

TRILOGÍA DEL CRISTO CLONADO
LIBRO SEGUNDO

EL
NACIMIENTO
DE UNA
ERA

James BeauSeigneur



Lectulandia

Decker Hawthorne debe consumir una importante misión: proteger a Christopher Goodman, el elegido.

Siglo XXI. Dos holocaustos nucleares han sacudido el planeta y matado a millones de personas. En Jerusalén, ciento cuarenta y cuatro mil judíos mesiánicos han desarrollado poderes sobrenaturales y deben lealtad a un hombre que dice ser el apóstol Juan. Todos los países del mundo, ante la gravedad de estos hechos, y olvidando sus rencillas y diferencias, se ven obligados a unirse bajo un único mando de las Naciones Unidas para afrontar un futuro que presagia catástrofes y misteriosas plagas que anuncian el último paso evolutivo: el nacimiento de una nueva era. En ella se descubrirá una asombrosa verdad oculta hasta ahora, un secreto de relevancia devastadora y universal que revelará el increíble futuro del hombre... y la verdadera naturaleza de Dios.

Lectulandia

James BeauSeigneur

El nacimiento de una era

Libro Segundo

Trilogía del Cristo clonado - 2

ePub r1.0

Dermus 19.07.15

Título original: *Birth of an Age*

James BeauSeigneur, 1988

Traducción: Alicia Frieyro Gutiérrez

Las siglas KJV que acompañan a algunos pasajes corresponden a King James Version of the Bible

Editor digital: Dermus

Primer editor: Dermus (r1.0)

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Gerilyne, Faith y Abigail, que tanto han
sacrificado para que esta trilogía fuera posible.
Y sobre todo para Shiloh, cuyo sacrificio fue aún mayor.
Espero que de algo haya servido.

AGRADECIMIENTOS

Durante el proceso de escritura de la *Trilogía del Cristo clonado* hube de recurrir a especialistas de diversos campos de investigación para garantizar la precisión y credibilidad de la novela. Otros me proporcionaron directrices editoriales, asistencia profesional o apoyo emocional. Entre todos ellos están John Jefferson, doctor en Filosofía; Michael Haire, doctor en Filosofía; James Russell, doctor en Medicina; Robert Seevers, doctor en Filosofía; Peter Helt, doctor en Derecho; James Beadle, doctor en Filosofía; Christy Beadle, doctora en Medicina; Ken Newberger, maestría en Teología; Eugene Walter, doctor en Filosofía; Clement Walchshauser, doctor en Teología; Coronel Arthur Winn; Elizabeth Winn, doctora en Filosofía; Ian Wilson, historiador; Jeanne Gehret, maestría en Letras; Linda Alexander; Bernadine Asher; Matthew Belsky; Wally y Betty Bishop; Roy y Jeannie Blocher; Scott Brown; Dale Brubaker; Curt y Phyllis Brudos; Dave y Deb Dibert; Estelle Ducharme; Tony Fantham; Georgia O'Dell; Mike Pinkston; Capitán Paul y Debbie Quinn; Doug y Beth Ross; Doris, Fred y Bryan Seigneur; Mike Skinner; Gordy y Sue Stauffer; Doug y Susy Stites.

NOTA IMPORTANTE DEL AUTOR

Como es habitual en cualquier novela de suspense, no todo es lo que parece en la *Trilogía del Cristo clonado*, de forma que el lector no debe dar nada por sentado hasta haber concluido la lectura de la trilogía completa. No obstante, soy consciente de que una historia sobre la clonación de Cristo puede ser contemplada con recelo por algunos cristianos. Durante la lectura, por tanto, se ha de tener presente en todo momento lo siguiente: primero, que ninguno de los personajes, ninguno, habla por boca del autor. Segundo, que he adoptado el punto de vista de un narrador objetivo, que cuenta la historia y transcribe los diálogos según se van desarrollando, y que se resiste a juzgar o comentar la veracidad de los personajes de la historia. Al lector cristiano le pido paciencia y le recuerdo las palabras de Eclesiastés 7, 8: «Mejor es el remate de una cosa que su comienzo»^[1].

Así pues, invito al lector a disfrutar de la *Trilogía del Cristo clonado*, sean cuales sean sus convicciones religiosas.

«¿Son éstas las sombras de las cosas que han de suceder, o solamente de las que es posible que sucedan?».

CHARLES DICKENS, *Canción de Navidad*

«Pues surgirán falsos mesías y falsos profetas y realizarán grandes señales y portentos, hasta el punto de engañar, si fuera posible, aun a los elegidos».

MATEO 24,24

PRÓLOGO

EL PODER EN ÉL; EL PODER EN TODOS NOSOTROS

DESIERTO DE ISRAEL

Acababa de amanecer. Robert Milner guiaba a Decker Hawthorne, que al volante de un *jeep* de alquiler atravesaba el puerto de montaña para reunirse con Christopher. Había cargado el coche con comida, agua embotellada y un botiquín de primeros auxilios. En su mente se alternaban la preocupación por el estado en el que iban a encontrar a Christopher y la expectación por lo que Robert Milner le contara en el vestíbulo del Ramada Renaissance cuarenta días atrás. La desnudez del paisaje le trajo recuerdos de su estancia en el desierto dieciocho años antes, cuando él y Tom Donafin habían recorrido el Líbano en dirección a Israel antes de ser rescatados por Jon Hansen. De repente, le embargaron los sentimientos encontrados que había sentido entonces cuando allí tumbado en el suelo, atrapado en la alambrada y con tres rifles apuntándole directamente a la cabeza, había reconocido de repente el emblema de la ONU en los cascos de los soldados y caído en la cuenta de que él y Tom estaban a salvo.

Las otras veces que, en el pasado, había rememorado ese momento, Decker había atribuido su suerte a que se encontraba, una vez más, en el sitio adecuado en el momento oportuno. Ahora no podía sino pensar que era mucho más que eso. De no haber ocurrido, no habría conocido a Jon Hansen y menos aún habría acabado siendo su jefe de prensa. Y de no haber trabajado para Hansen, después secretario general, Christopher no habría disfrutado de las mismas oportunidades para trabajar en la ONU, dirigir luego una de sus agencias más importantes y finalmente convertirse en embajador de la ONU ante el Consejo de Seguridad. Aquello era más que suerte.

Se le ocurrió que la cadena de acontecimientos no había empezado en aquella carretera del Líbano. Antes estaban la destrucción del Muro de las Lamentaciones, y el secuestro de Tom y él; y aún antes de eso, todo lo que había hecho posible que viajara a Turín. Estaba claro que sin aquel viaje a Italia él no habría recibido jamás, aquella fría noche de noviembre, la llamada del profesor Harry Goodman invitándole a visitarle en Los Ángeles para compartir su descubrimiento sobre la Sábana Santa.

Sin dejar de pensar en la sucesión de circunstancias que le habían llevado hasta ese momento preciso, Decker intentó dar con el eslabón más débil de la cadena, con el suceso en apariencia menos importante sin el cual nada de lo demás habría sucedido.

—Hay cosas que debemos atribuir al destino —dijo Robert Milner rompiendo el silencio. Era como si le hubiera estado leyendo el pensamiento.

—Oh... sí, supongo que sí —repuso Decker.

Pocas veces se había sentido Decker tan impaciente como los días antes de su partida hacia Israel en busca de Christopher. Hubo momentos en los que apenas podía concentrarse en su trabajo, tan obsesionado estaba en contar los días que faltaban para el regreso de Christopher e imaginar lo que ocurriría después. Milner había hablado de una era tan oscura y desoladora que la devastación de la Federación Rusa y el Desastre no serían nada en comparación. El horror de ese pensamiento quedaba mitigado por la esperanza de que Milner también pudiera prever el futuro. De momento no había ocurrido ningún cataclismo, eso era evidente, aunque los disturbios en India y Pakistán bien podían ser el anuncio de lo que estaba por llegar. Decker supo entonces que no le quedaba más remedio que aceptar las cosas como vinieran, pero deseaba no tener que pensar una y otra vez en ello, sobre todo si, como decía Milner, aquellos sucesos eran inevitables.

En la pista, más adelante, empezó a tomar forma lo que hasta entonces no había sido más que una mancha borrosa. De haberla visto antes, Decker la habría tomado por un arbusto o por el tocón de un árbol o por un animal, tal vez, pero hasta el instante en que la vio se había fundido tan bien con el fondo que parecía formar parte intrínseca del paisaje.

—Ahí está —dijo Milner.

Decker pisó con fuerza el acelerador. Mientras se acercaban, volvió a preguntarse en qué estado se iban a encontrar a Christopher. La última vez que estuvieron juntos, Christopher le había dicho que empezaba a cuestionarse si su vida no había sido un error. Ahora, cuarenta días después, se había convertido, según Milner, en el hombre que habría de conducir a la humanidad a «la última y más gloriosa etapa de su evolución».

Un instante después pudieron verle con claridad. Llevaba el abrigo y las ropas sucios y hechos jirones. Estaba flaco, pero fornido. En aquellos cuarenta días, el pelo le había crecido hasta teparle las orejas y ahora lucía una espesa barba. Cuando Decker vio su cara, le asombró por un momento el impresionante parecido con el rostro de la Sábana. Aunque con una gran diferencia, no obstante. El semblante de la Sábana destilaba serenidad y aceptación ante la muerte. La expresión de Christopher era la de un hombre decidido a cumplir con su misión.

Milner fue el primero en bajar del *jeep*. Corrió hasta Christopher y le abrazó. Las palmadas que le dio en la espalda levantaron una pequeña nube de polvo. Christopher se acercó entonces a Decker, que le tendió la mano. Éste la rechazó y en su lugar le estrechó también entre sus brazos. A pesar del mal olor que despedía, Decker prolongó el abrazo durante un buen rato.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Decker—. Estaba preocupado por ti.

—Sí, sí. Estoy bien. —Entonces se giró levemente para dirigirse a Decker y Milner, y continuó—: Ahora lo veo todo con claridad. Formaba parte del plan.

—¿De qué plan? —preguntó Decker.

—He hablado con mi padre. Quiere que concluya su tarea.

—Te refieres a... ¿Dios? ¿Has hablado con Dios?

Christopher asintió.

—Sí —dijo en voz baja—. Quiere que complete la misión que empecé hace dos mil años. Y voy a necesitar vuestra ayuda.

Decker se sentía como en la cresta de una ola gigante. De repente, su vida tenía más sentido del que jamás pudo imaginar. Había creído lo que Milner le contó sobre el destino de Christopher; de lo contrario, nunca habría dejado a Christopher solo en el desierto. Pero entonces todo había sido teórico. Ahora lo escuchaba de los labios del propio Christopher. Aquél era un momento de inflexión del que no había marcha atrás, no sólo en las vidas de aquellos tres hombres, sino en el transcurso mismo del tiempo. Igual que la venida de Cristo había dividido el tiempo en un antes y un después, ésta se convertiría también en una línea de demarcación a partir de la cual iba a medirse todo lo demás. Éste era sin duda el nacimiento de una Nueva Era. Decker deseó que Elizabeth estuviera viva para compartir el momento con ella.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —consiguió decir Decker.

—Debemos regresar a Nueva York de inmediato —contestó Christopher—. Hay millones de vidas en juego.

* * *

Antes de salir de Nueva York, Decker había pedido prestado un jet privado a David Bragford, a quien le contó que era para Milner. Tal y como había planeado, el jet y la tripulación esperaban, cuando Decker, Christopher y Milner llegaron al aeropuerto Ben Gurion. Decker le había traído a Christopher algo de ropa y artículos de afeitado, pero aunque aceptó con gusto la ducha del avión de Bragford y el cambio de ropa, Christopher decidió desechar la maquinilla y conservar la barba.

Mientras degustaba su primera comida en cuarenta días, Decker le resumió todo lo acontecido en la ONU. Luego, Christopher se dedicó a estudiar con suma atención el montón de documentos que Decker había traído para que él examinara.

* * *

A las tres horas de vuelo, uno de los miembros de la tripulación entró en la cabina con un gesto de honda preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Decker.

—Señor —dijo—, el comandante acaba de escuchar el parte de radio. Al parecer, ha estallado la guerra nuclear en la India.

—Llegamos tarde —susurró Christopher para sí al tiempo que hundía el rostro entre las manos.

El miembro de la tripulación continuó.

—La Guardia Islámica Paquistaní ha detonado dos bombas nucleares en Nueva Delhi. Hay millones de muertos.

Permanecieron en silencio, sobrecogidos, durante un buen rato, luego Decker se dirigió a Milner.

—Esto es de lo que hablabas en Jerusalén, ¿verdad?

—Sólo el comienzo —dijo Milner, que se inclinó hacia adelante y pulsó el mando a distancia para encender la televisión por satélite.

En la pantalla apareció, casi al instante, el hongo de la primera bomba atómica que había estallado en Nueva Delhi. Pareció que la espesa nube de escombros hacía retroceder el cielo como un inmenso rollo de pergamino viejo y resquebrajado. Dos días después de que la Guardia Pakistaní hiciera pública la colocación de artefactos nucleares, la cadena de televisión había instalado cámaras de control remoto que grababan sin cesar desde las afueras de las ciudades señaladas, por si la Guardia hacía efectivas sus amenazas. Aun a dieciséis kilómetros de distancia, la cámara empezó a vibrar violentamente cuando la colosal onda expansiva de la explosión hizo temblar la Tierra. Ante la cámara, varios cientos de metros más allá, un pequeño edificio de dos plantas se vio sacudido por el temblor antes de venirse abajo. Un instante después, un brillante resplandor en la pantalla marcaba el momento de la segunda explosión.

«Esto es lo que ocurría hace aproximadamente una hora —dijo el comentarista, su voz sembrada de terror—, cuando dos explosiones atómicas, detonadas por la Guardia Islámica Paquistaní, sacudían el subcontinente indio. Se cree que la acción podría responder a la prohibición de entrada de armas en Pakistán desde China y al nuevo ultimátum lanzado por el general Brooks, comandante en jefe de las fuerzas de la ONU destacadas en la región. Fuentes próximas a la Guardia Islámica Paquistaní informan de que los líderes del movimiento estaban convencidos de la inminente localización de las bombas por parte de fuerzas especiales de la ONU, lo que habría situado a la India en una posición más que favorable para, definitivamente, invadir Pakistán.

»Escasos minutos después de las explosiones, el gobierno Pakistaní condenaba el ataque de la Guardia e insistía en calificar el movimiento como un grupo insurrecto sin relación alguna con el gobierno Pakistaní. Pero para entonces, la India ya había lanzado contra Pakistán su respuesta en forma de dos misiles de cabeza nuclear. China, que al parecer ya estaba preparada para contrarrestar la respuesta de la India, ha puesto en marcha sus sistemas de interceptación, que han neutralizado con éxito los misiles indios antes de que alcanzaran su objetivo.

»Antes de este lanzamiento, China había intentado permanecer neutral durante el largo conflicto entre sus vecinos. Neutralidad que, no obstante, ha sido puesta en entredicho con frecuencia, por haber sido comerciantes de armas chinos los principales suministradores de armamento de Pakistán».

Mientras Christopher, Decker y Milner miraban la televisión, no dejaban de llegar

nuevas informaciones. La guerra estaba desarrollándose a un ritmo frenético. En respuesta a la intervención de China, la India había lanzado un ataque convencional contra sus estaciones de interceptación y enviado al mismo tiempo cinco misiles más contra Paquistán. Tres consiguieron ser neutralizados; dos alcanzaron sus objetivos.

Pakistán respondió entonces al ataque indio con el lanzamiento de sus propios misiles nucleares, y escasos minutos después, la Guardia Islámica Paquistaní detonaba el resto de las bombas colocadas en ciudades indias.

Durante una tregua momentánea en los ataques, la cadena dio paso a las imágenes que le llegaban vía satélite de una cámara instalada en un vehículo de exploración por control remoto y que mostraban las primeras escalofriantes escenas de los suburbios de Nueva Delhi. Todo se encontraba envuelto en llamas. Las calles estaban sembradas de escombros. En el cielo, una espesa humareda negra procedente de los incendios y la lluvia radioactiva ocultaba el Sol poniente como un paño negro. Por todas partes yacían cientos de personas, muertas o agonizantes. Justo delante del vehículo, apareció de repente, despatarrado en medio de la calle, el cuerpo casi desnudo de una joven india. La ropa, salvo unos pocos jirones, se había quemado por completo. En las partes menos abrasadas de su cuerpo, donde todavía quedaba algo de piel, el estampado de flores del sari que vestía se había grabado en su carne como un tatuaje.

Sentada junto al cuerpo de la joven, aturdida, una niña de tres o cuatro años alzó la vista hacia el vehículo y empezó a gritar. Las bombas no habían sido tan compasivas con ella como con su madre; en los dos o tres días siguientes se iría apagando poco a poco hasta que la vida, finalmente, la dejara ir. La cámara se posó sobre ella durante unos instantes. Tenía la piel cubierta de ampollas abiertas.

Christopher apartó la mirada de la pantalla.

—Yo podía haberlo evitado —dijo.

Sus palabras tardaron un poco en traspasar el espanto y registrarse en la mente de Decker.

—Christopher, no había nada que pudieras hacer —contestó Decker—. Es inútil que te eches la culpa.

—Pero algo sí que podía haber hecho. Antes de salir de Nueva York te dije que Faure iba a hacer algo que desencadenaría una catástrofe, y que nada de lo que yo hiciese podría evitarlo. Pero no era verdad. Había una cosa que sí podía haber hecho. Y ahora, por culpa de mi indecisión, han muerto millones de personas y van a morir muchas más. Incluso después de la guerra seguirán muriendo a causa de la lluvia y el envenenamiento radioactivos. Y si la ONU no acude de inmediato en su ayuda, morirán muchos millones más de hambre y enfermedades.

—Pero es absurdo que te culpes por esto. Si todo es el resultado de alguna decisión de Faure, entonces la responsabilidad es suya y solamente suya.

—Oh, claro que la responsabilidad es enteramente de Faure. Fue él quien restituyó al general Brooks y lo puso de nuevo al mando, y fue él quien indicó a

Brooks que lanzara los dos ultimatos. Con el primero, Faure pretendía rematar la guerra a favor de la India. A cambio esperaba obtener el apoyo de Nikhil Gandhi a su candidatura a futuro secretario general. Con el segundo ultimátum, Faure creyó que podría doblegar a la Guardia Islámica. El general Brooks le aseguró que la Guardia no tenía colocadas bombas atómicas en la India, ¡pero Faure sabía el riesgo que estaba corriendo! Si no había bombas, el ultimátum destaparía el farol de la Guardia India. Por otra parte, si la amenaza era real, Faure sabía que la guerra desestabilizaría la India hasta tal punto que Gandhi tendría que regresar casi con toda seguridad para la reconstrucción y entonces, Rajiv Advani le sustituiría como miembro permanente en el Consejo de Seguridad. Fuere cual fuere el resultado, Faure sabía que saldría beneficiado.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Decker, incapaz de creer que Faure sacrificase tantas vidas para convertirse en secretario general.

—Lo estoy —repuso Christopher—. No digo que Faure pretendiera desencadenar una guerra nuclear. Pero con su inagotable ansia de poder, su desidia al frente de la OMP y la designación de hombres corruptos, Faure creó el ambiente propicio para una guerra. Luego, en su desesperada carrera por convertirse en secretario general, lanzó a los combatientes uno contra otro.

—Christopher tiene razón —afirmó Milner.

—Faure también es el responsable del asesinato de la embajadora Lee —añadió Christopher—. Y ahora planea el de Yuri Kruszkegin. No hay nada que no sea capaz de hacer con tal de alcanzar sus objetivos. He de detenerle ahora, antes de que haga más daño.

—¿Y por qué no se limitó a asesinar a Gandhi, en lugar de comprometer tantas vidas? —preguntó Decker, que todavía intentaba asimilar la magnitud de la maldad de Faure.

—La muerte de la embajadora Lee se atribuyó a un accidente —contestó Milner—. Y muchos considerarían la de Kruszkegin una mera coincidencia. Pero nadie atribuiría al azar la muerte de tres miembros permanentes, sobre todo si al poco tiempo Faure consigue la Secretaría General precisamente gracias a la sustitución de esos representantes. Además, el asesinato de Gandhi no iba a librarle de tener que lidiar desde la Secretaría General con los problemas de la India y Pakistán. Era mucho mejor intentar solucionar la guerra lo antes posible a favor de la India y congraciarse con Gandhi que dejar que recayeran sobre él las sospechas de tres muertes prematuras.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Decker a Christopher.

—En el tercer capítulo del Eclesiastés —repuso Christopher—, el rey Salomón escribió que todo tiene su tiempo: su hora de nacer y su hora de morir, su hora de plantar y su hora de arrancar lo plantado; su hora de curar y su hora de matar.

Decker trasladó su mirada de Christopher a Milner varias veces antes de volverse hacia la pantalla del televisor. Mientras la cámara ofrecía una vista panorámica de la

devastación, en la distancia, allí donde la humareda y la nube radioactiva no habían envuelto la tierra con su fúnebre velo, la Luna se elevó sobre el horizonte, un globo rojo como la sangre en el cielo profanado.

* * *

El avión tardó dos horas más en aterrizar en Nueva York. Fueron directamente a la sede de Naciones Unidas, donde el Consejo de Seguridad celebraba una reunión a puerta cerrada. En oriente caía la noche y la guerra avanzaba imparable. Las cabezas nucleares se precipitaban sobre la Tierra como frutos maduros e iluminaban el cielo como estrellas fugaces. La destrucción se extendió casi mil kilómetros por el interior de China, mientras que al sur llegaba hasta la ciudad india de Hyderabad. Al oeste y al norte de Pakistán, las gentes de Afganistán, el sudeste de Irán y el sur de Tajikistán reunían a sus familias y tras juntar todo lo que podían cargar a la espalda se batían en rápida retirada, huyendo de la guerra. En pocos días, la climatología local inundaría sus campos, ríos y arroyos con lluvia tóxica.

Pakistán era ya poco más que una tumba abierta. La India había agotado por completo su arsenal. Lo que le quedaba de ejército sobrevivía en pequeños racimos completamente aislados del mando central. La mayoría de los soldados moriría pronto a causa de la radiación. China era la única potencia combatiente que todavía conservaba el control sobre su ejército y no tenía ningún interés en continuar con la guerra.

Las pocas horas transcurridas desde su partida de Israel y la llegada a la ONU habían sido suficientes para que comenzara y finalizara la guerra. La estimación final de bajas iba a superar los cuatrocientos veinte millones. No había ganadores.

* * *

Christopher abrió la puerta de la sala del Consejo de Seguridad y entró como una exhalación, seguido de cerca por Decker y Milner. Todos los presentes conocían a Decker, pero hacía un año y medio que no veían a Milner y el cambio experimentado por Christopher no se reducía al pelo y la barba; su semblante era otro muy distinto. Al reconocer a Christopher, Gerard Poupardin, que estaba sentado a cierta distancia de Faure, miró a otro asesor y lanzó una carcajada.

—Pero ¿quién se cree que es? ¿Jesucristo?

Christopher aprovechó la oportunidad que le brindaba el desconcertante silencio que se había hecho en la sala.

—Señor presidente —dijo Christopher dirigiéndose al embajador canadiense, que ocupaba el estrado asignado al presidente del Consejo de Seguridad—, aunque no es mi intención interrumpir al consejo en la urgente tarea de aliviar a los pueblos de la

India, Pakistán, China y los países vecinos, ¡hay uno entre nosotros que no está en condiciones de emitir su voto ni en el seno de una camarilla de ladrones ni mucho menos en el de tan noble organismo!

—¡Está usted fuera de orden! —exclamó Faure poniéndose en pie de un salto—. Señor presidente, el representante temporal de Europa está fuera de orden.

El embajador canadiense estiró el brazo para coger el mazo, pero se quedó paralizado ante la potente mirada de Christopher.

—Señores miembros del Consejo de Seguridad —continuó Christopher.

—¡Está usted fuera de orden! —exclamó Faure por segunda vez.

Christopher miró a Faure, quien de repente y sin explicación alguna se derrumbó sobre su asiento y quedó en silencio.

Christopher continuó.

—Señores miembros del Consejo de Seguridad, rara vez en la historia puede imputarse la causa de una guerra a un único hombre. En esta ocasión, no es así. Aquí sentado entre ustedes se encuentra el hombre sobre quien pesa casi toda la culpa de esta guerra sin sentido. Ese hombre es el embajador francés, Albert Faure.

Faure se levantó trabajosamente.

—¡Mentira! —gritó.

Christopher enumeró las acusaciones contra Faure.

—¡Mentira! ¡Todo mentira! —gritó Faure—. Señor presidente, este ultraje ha llegado demasiado lejos. Es evidente que el embajador Goodman ha perdido la razón por completo. —Faure sintió que recuperaba las fuerzas—. Insisto en que sea reprendido y expulsado de esta cámara, y que...

Faure volvió a enmudecer, al tiempo que Christopher se giraba y le señalaba con el brazo totalmente extendido.

—Confiesa —dijo Christopher en un tono bajo y autoritario.

Faure miró a Christopher incrédulo y se echó a reír en voz alta.

—¡Confiesa! —repitió Christopher, elevando el tono esta vez.

La risa de Faure cesó de golpe. El pánico en su mirada no dejaba traslucir ni la ínfima parte del tormento que estaba sufriendo. Sin previo aviso, sintió como si su sangre se tornara en ácido al circular por las venas. Todo su cuerpo parecía arder por dentro.

—¡Confiesa! —gritó Christopher la tercera vez.

Faure miró a los ojos de Christopher y lo que allí vio no le hizo dudar ni un instante más sobre cuál era la fuente de aquel dolor tan repentino. Aterrorizado, se tambaleó y se asió a la mesa que tenía delante. Un hilo de sangre brotó de su boca y le recorrió la barbilla, al morderse la tierna carne del labio inferior; la mandíbula se le había atenazado sin control como la de quien sufre una agonía insoportable. Gerard Poupardin corrió hacia Faure, mientras los que estaban junto al embajador le ayudaban a tomar asiento.

El dolor era cada vez más intenso. No tenía escapatoria.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó de repente con una angustia terrible, al tiempo que se liberaba de quienes le sujetaban—. ¡Es verdad! ¡Todo lo que dice es verdad! La guerra, la muerte de la embajadora Lee, el plan para asesinar a Kruszkegin, ¡todo!

Los presentes le miraban atónitos, incrédulos. Nadie comprendía lo que allí estaba ocurriendo, menos aún Gerard Poupardin. Pero todos le habían oído, Faure había confesado.

Faure esperaba librarse ahora de aquel tormento, y no estaba equivocado. Tan pronto hubo concluido su confesión, cayó al suelo, muerto.

Alguien salió corriendo en busca de un médico, y durante quince minutos la sala permaneció sumida en la confusión, hasta que el cuerpo sin vida de Faure fue finalmente sacado de la sala.

—Señores —dijo una sombría voz desde un lugar cercano a donde Faure había caído muerto. Era Christopher—. Una cuarta parte de la población mundial ha muerto o corre peligro de muerte en China, la India y los confines orientales de Oriente Próximo. Es mucho lo que hay que hacer, y rápido. Por poco delicado que parezca: desaparecido el embajador Faure, y hasta que Francia pueda enviar a un nuevo embajador y las naciones europeas elijan a su nuevo representante permanente, seré yo, como representante temporal de Europa, quien asuma el cargo de representante permanente de la región. Señores, retomemos entonces nuestro trabajo.

* * *

El forense dictaminó que la muerte de Albert Faure se había debido a un ataque al corazón, provocado, al parecer, por el tremendo peso de la culpa. Decker no necesitaba explicación alguna; Christopher había empezado a ejercer los desconocidos poderes que guardaba en su interior.

Sólo le restaba a Decker esperar y rezar por que aquellos poderes estuvieran a la altura de los retos a los que el mundo tendría que hacer frente, mientras Christopher conducía a los hombres hacia la última etapa de su evolución y el nacimiento de la Nueva Era de la humanidad.

DOLORES DE PARTO

NUEVA YORK, NUEVA YORK

A pesar de no haber durado más que un día, la guerra entre China, India y Pakistán se saldó con cientos de millones de muertos. A ellos se sumarían millones más como consecuencia de los efectos de la radiación, las enfermedades y el hambre. La naturaleza también se cobró su número de víctimas. Los animales salvajes, forzados a abandonar su hábitat natural, atacaban ahora a los debilitados supervivientes humanos que huían del holocausto. En la sede de la ONU, los días inmediatamente posteriores a la guerra se consagraron a la celebración de interminables reuniones destinadas a paliar el sufrimiento de los supervivientes. La provisión de alimentos era prioritaria, de ahí que su experiencia en la Organización para la Agricultura y la Alimentación otorgara a Christopher un papel central, que desempeñó con buen saber y una energía incansable. La desaparición de Albert Faure no suscitó las demostraciones de duelo que se vivieron con ocasión de las muertes del secretario general Hansen y la embajadora Lee. Hubiera habido tiempo para ello, pero nadie derramó lágrimas por el responsable de tanta desgracia. Francia se apresuró a nombrar a un nuevo embajador, y la elección del sucesor de Faure en el seno del Consejo de Seguridad fue programada para la semana siguiente.

El regreso del ex subsecretario general Robert Milner se celebró por todo lo alto con una recepción en la sede del Lucius Trust a la que acudieron varios cientos de miembros y admiradores, entre ellos no pocos delegados de la ONU. Milner aprovechó la oportunidad para expresar su apoyo incondicional al nombramiento de Gaia Love como sucesora de Alice Bernley al frente de la organización y animó a los miembros a ser diligentes en la continuación de la labor del Trust. Milner, cuyas palabras fueron recibidas con un aplauso ensordecedor, concluyó confirmando el rumor, que ya circulaba entre los seguidores del Trust, de que su regreso de Israel era la prueba más concluyente de que el «momento» estaba muy próximo.

Decker Hawthorne dedicó los tres días siguientes a responder al aluvión de solicitudes de información sobre la guerra y sus consecuencias, las reuniones del Consejo de Seguridad, la investigación sobre los asuntos de Albert Faure y a atender, con sumo placer, el creciente interés hacia Christopher.

Pasaron cuatro días antes de que Decker, Christopher y Milner pudieran reunirse de nuevo, y lo hicieron en el despacho de Christopher. Una vez allí, los tres hombres tomaron asiento en cómodos butacones de cuero dispuestos en torno a una mesa baja, mientras les servían el café.

—¿Tienes el artículo que me comentaste? —preguntó Christopher.

Decker asintió y echó mano a su maletín, del que extrajo una copia de *The New*

York Times.

—Creo que esto le va a interesar, subsecretario —dijo Christopher dirigiéndose a Milner.

—Es de la edición de ayer —empezó Decker—. Aparece en la página dieciséis y sitúa la información en Jerusalén.

Mientras más de medio mundo concentra su atención en la tragedia que asola Oriente, en Israel, dos hombres —de los que uno asegura ser el apóstol Juan, de dos mil años de edad, y el otro, «el que llega con el espíritu y el poder de Elías»— profetizan el acaecimiento de una tragedia aún más terrible. Líderes de una secta muy importante y activa en Israel conocida como Koum Damah Patar (KDP) aseguran que la Tierra está muy próxima a sufrir una serie de terribles cataclismos, como la lluvia de fuego, la colisión de un meteoro o asteroide gigantesco contra la Tierra, que envenenará la tercera parte del agua dulce del planeta y eclipsará una tercera parte del Sol y las estrellas.

Aunque la mayoría de israelíes considera la actividad de estos hombres poco más que irritante, algunos se toman muy en serio sus palabras y aseguran que son los responsables de la sequía que vienen sufriendo Israel y el resto de Oriente Próximo los últimos diecisiete meses. Sus seguidores creen que uno de ellos, aquel al que llaman rabí Yochanan —Juan en hebreo—, es nada menos que el mismísimo apóstol Juan del Nuevo Testamento cristiano, quien, a pesar de no aparentar más de cincuenta y tantos años, tiene de hecho más de dos mil. El otro hombre, que se dice venido, como lo hizo Juan Bautista antes que él, «con el espíritu y el poder de Elías», es un antiguo rabino jasídico llamado Saul Cohen. Al igual que el sumo sacerdote de Israel, Chaim Levin, Cohen fue uno de los seguidores del rabino neoyorquino Menachem Scheerson. Cohen fue repudiado por la comunidad judía hace casi veinte años, cuando empezó a pregonar que Jesús era el Mesías judío.

Juan y Cohen, ataviados con túnicas de sayal o tela de saco, proclaman por las calles de los pueblos y ciudades de Israel su mensaje sobre la ira de Dios contra la Tierra. A su aspecto descuidado se suma el hecho conocido de que apenas se lavan y de que acostumbran a cubrirse la cabeza de ceniza y hollín, igual que en la antigüedad lo hacían quienes estaban de duelo. A pesar de la insistencia de la prensa, se niegan a conceder entrevistas y en su lugar recitan sin fin sus amenazas.

Los miembros del KDP, cuyo número al parecer se eleva exactamente a ciento cuarenta y cuatro mil, se han convertido en una constante molestia para el resto de compatriotas israelíes y también para los turistas, y se les acusa de ser los principales responsables de la caída del ya debilitado sector turístico del país. Estas personas se dedican a abordar a sus confiadas víctimas, las acusan de actos o pensamientos que su secta considera inmorales, y luego proceden a amenazar con la maldición eterna a quienes no muestren arrepentimiento. Incluso se han atrevido a asaltar con su arenga al sumo sacerdote Levin.

Aunque la pertenencia al KDP parece que se limita a hombres judíos solteros, el grupo cuenta con numerosos seguidores. A los miembros se les puede identificar fácilmente por la caligrafía hebrea de color rojo que lucen en la frente. En Israel son muchos los que opinan que los KDP poseen poderes psíquicos, y la mayoría afirma que los que les abordaron poseían información personal muy detallada sobre sus vidas. Al ser entrevistados, los miembros han probado ser en su mayoría muy poco cooperativos y han preferido hacer una demostración de sus poderes adivinatorios sobre el que suscribe este artículo.

Fuentes internas del KDP, no obstante, aseguran que el grupo cree que los tan difamados Albert Faure, embajador de Naciones Unidas, y el general Charles Brooks son la imagen espiritual del primero y el segundo de los «jinetes del Apocalipsis», a los que hace referencia el libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento. El hambre, que ha provocado la muerte de millones de personas, se dice que representa al tercer jinete, mientras que el cuarto podría estar representado simbólicamente por los diecisiete meses de guerra que culminaron en el devastador intercambio nuclear.

Según las proclamaciones de los dos líderes del KDP, los sucesos que profetizan recaerán sobre las gentes de la Tierra porque la humanidad «se ha negado a respetar las leyes de Dios y a aceptar la compasión de Dios». Dicen que la razón de que el castigo anunciado provenga del cielo es que en lugar de adorar al «Dios verdadero», los hombres han adorado al Sol, la Luna y las estrellas; lo que aparentemente hace referencia a la astrología.

En caso de cumplirse sus profecías sobre la colisión de un asteroide contra la Tierra, no sería la primera vez que ocurre algo así. Muchos científicos aseguran que fue precisamente el impacto de un asteroide el causante de la extinción de los dinosaurios a finales del periodo cretácico, hace sesenta y cinco millones de años. Según la doctora Jean Spring, que participa en el programa Palomar Planet-Crossing Asteroid Survey, del Observatorio de Mount Palomar, en Estados Unidos, existen varios miles de asteroides cuyas órbitas se cruzan con la terrestre. De entre ellos, aproximadamente novecientos cincuenta son de un kilómetro o más de diámetro. No obstante, la doctora se ha apresurado a añadir que las probabilidades de que un asteroide de gran tamaño impacte contra la Tierra en los próximos dos millones de años son extremadamente reducidas.

Cuando empezaron a aparecer los primeros miembros del KDP en Israel, la policía arrestó a cientos de ellos bajo cargos de alteración del orden. Pero las cárceles no tardaron en llenarse. Según fuentes del gobierno israelí, la policía ha intentado arrestar a los dos líderes de la secta, pero a pesar de contar con la ayuda del servicio de información israelí, han sido incapaces de infiltrarse en las filas del KDP. Ambos han salido ya a la luz, pero la policía sigue sin poder arrestarles debido a la asombrosa habilidad que tienen de esfumarse tan pronto se acerca la policía o, incluso, la secreta.

Una vez Decker hubo terminado de leer el último párrafo, Christopher se levantó de su asiento y se acercó a una de las estanterías con libros.

—Escucha esto —dijo mientras regresaba a su butaca con un libro encuadernado en piel en la mano. Era una Biblia.

Y el primero dio un toque de trompeta. Y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, y se les lanzó a la tierra; la tercera parte de la tierra se abrasó, la tercera parte de los árboles se abrasó, y toda [la] hierba verde se abrasó.

Y el segundo ángel dio un toque de trompeta. Y [algo] como un gran monte envuelto en fuego fue lanzado al mar: la tercera parte del mar se convirtió en sangre, murió la tercera parte de los seres vivos que [había] en el mar, y la tercera parte de las naves quedó destruida.

Y el tercer ángel dio un toque de trompeta. Y cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha: cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas (el nombre de la estrella es «Ajenjo»)^[2], y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y de los hombres murieron muchos debido a las aguas, porque se habían vuelto amargas.

Y el cuarto ángel dio un toque de trompeta. Y repercutió en la tercera parte del sol, y la tercera parte de la Luna y la tercera parte de las estrellas, de forma que la tercera parte de ellos se oscureció, el día perdió la tercera parte de su luz, y la noche lo mismo^[3].

—Esto suena espantosamente parecido a lo que Juan y Cohen predicen —concluyó Christopher pasando de página.

—¿Me estás diciendo que todo eso aparece en la Biblia? —preguntó Decker.

—Sí, en el libro del Apocalipsis —contestó Christopher—. Pero no es todo, hay más.

«Y haré que mis dos testigos profeticen durante mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio». Éstos son los dos olivos y los dos candelabros que están ante el Señor de la tierra; y si alguno quiere hacerles daño, de la boca de ellos saldrá fuego y devorará a sus enemigos; y si alguno quisiera hacerles daño, tendrá que sucumbir así. Éstos tienen el poder de cerrar el cielo para que no caiga lluvia durante los días de su ministerio profético, y tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda clase de plagas siempre que quieran^[4].

—¿Entonces todo lo que predicen se cumplirá? —preguntó Decker visiblemente preocupado.

—Creo que es posible que tengan el poder para hacer que se cumpla —repuso Milner—. Es a lo que me refería aquella mañana en el vestíbulo del hotel de Jerusalén.

Decker miró a Christopher y advirtió como de repente se le torcía el gesto con una mueca de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Decker.

—Por lo que acabo de leer —dijo Christopher—, si Juan y Cohen son realmente los «dos testigos» a los que se hace referencia, entonces son profetas. Son siervos de Dios.

—Ya, pero ¿no fue Juan quien escribió el Apocalipsis? —respondió Decker.

—¡Es verdad! —confirmó Christopher como si no se le hubiera ocurrido aquello hasta un instante después que a Decker—. ¿Podría ser que Juan estuviese intentando llevar a cabo ahora lo que en su tiempo escribió en el Apocalipsis? —dijo Christopher dirigiéndose a Milner.

—Podría ser, desde luego —contestó Milner—. Y como decía, creo que es probable que él y Cohen tengan el poder para hacer que estas cosas sucedan. Ahora bien, estimo muy improbable que fuera esto lo que Juan tenía planeado cuando escribió el Libro del Apocalipsis. La magnitud que han alcanzado sus poderes psíquicos y telequinésicos es algo muy reciente. Y dudo de que hace dos mil años intuyera que fueran a desarrollarse hasta este punto. Me inclino a pensar, más bien, que ha sido ahora, una vez descubierta su capacidad, cuando ha decidido emplear lo que escribió como una especie de proyecto a seguir. No sería la primera vez que se hiciese esto con una profecía bíblica. El líder sectario Charles Manson llevó a cabo un proyecto muy parecido en la década de los setenta, cuando se dedicó a combinar las palabras del Apocalipsis con la letra de las canciones de los Beatles. Pero los crímenes de Manson son insignificantes si se comparan con lo que planean Juan y Cohen.

—De acuerdo, alto ahí —dijo Decker—. No sé si es que soy algo lento —empezó con modestia—, pero es evidente que me he perdido algo. ¿Puede alguien explicarme, por favor, por qué estos tipos tienen todo ese poder y por qué quieren causar tanta destrucción?

—Perdona, Decker —respondió Milner—. Todo ha sucedido en poquísimo tiempo. Intentaré explicártelo. Como ya te dije en el hotel, en Israel, la humanidad está a punto de entrar en la fase final de su proceso evolutivo. Al completarse esta etapa, que nosotros llamamos Nueva Era, los humanos habrán alcanzado una condición tan superior a la actual como lo es la actual a los insectos. Los KDP han sido los primeros en entrar en esa etapa.

»Decker, ¿acaso no te has preguntado nunca qué es lo que hizo posible que el pueblo judío sobreviviera casi novecientos años sin un país propio? Superó la diáspora y, literalmente, docenas de intentos genocidas por parte de reyes, gobiernos y fanáticos. Ha florecido a pesar de sufrir la más cruel de las discriminaciones y, lo que es aún más sorprendente, ha conseguido evitar ser asimilado por las civilizaciones de su entorno. En la historia no hay otro pueblo que haya conseguido nada igual. Decker, es cierto que son diferentes de los no judíos. Puede que suene

racista, pero lo que quiero decir es que, de hecho, se encuentran ligeramente adelantados en la escala evolutiva. La diferencia es tan pequeña que es imposible medirla por medios conocidos, pero sí que explica que las primeras manifestaciones concretas de la llegada de la Nueva Era se hayan dado precisamente entre los judíos. El KDP es la punta de lanza de los cambios evolutivos que están por llegar. Estos cambios no tardarán en extenderse por todo el mundo, por todos los pueblos y razas.

—¿Y dónde encajan Juan y Cohen? —preguntó Decker.

—Como había ocurrido con los profetas bíblicos judíos que les precedieron —repuso Milner—, Juan y Cohen nacieron dotados de determinados poderes psíquicos. Sospecho que Jesús detectó esta cualidad en Juan y que por eso le eligió para que figurase entre sus discípulos, aun cuando Juan era mucho más joven que los demás apóstoles.

Decker se volvió hacia Christopher pensando que al formular Milner aquella suposición, tal vez afloraría en su mente algún recuerdo sobre su vida anterior. Christopher se encogió de hombros, para indicar que no recordaba nada al respecto.

—Hace miles de años, los hombres como Juan y Cohen habrían sido aclamados como grandes profetas. Hace sólo unos pocos, no habrían sido más que dos entre varios centenares de videntes de éxito relativo. Ahora, con la Nueva Era cada vez más próxima, se han visto catapultados muy por encima de lo conocido hasta ahora en la Tierra. Y aun así, el poder que poseen ahora no tardará en parecernos ridículo. Es imposible explicar la magnitud de lo que le espera a la humanidad. Tan pronto se descubra el potencial de la mente humana, el hombre empezará a contemplar a sus semejantes no sólo con la mirada, también a través del ojo de la mente. Empezaremos, tal y como lo han hecho ya los miembros del KDP, a conocer lo más íntimo de quienes nos rodean: sus necesidades y deseos, sus esperanzas y temores, su dolor y su felicidad, ¡su verdadero yo! Todos seremos desposeídos de esa fachada con la que algunos aparentan ser hermosos y otros feos, algunos encantadores y otros anodinos, algunos atractivos y otros repulsivos.

»Cuando podamos ver cómo son en realidad quienes nos rodean, no sólo su aspecto exterior sino su alma misma, entonces empezaremos de verdad a comprendernos los unos a los otros. Es evidente que lo que veremos no será agradable; es más, mucho será siniestro y corrupto. Pero también tendremos la capacidad de ver más allá de esa maldad y conocer su causa primera. Y a cada paso que demos en nuestra búsqueda por comprender lo que nos ha hecho ser como somos, iremos perdiendo rápidamente el deseo de odiar.

El entusiasmo de Milner crecía con cada frase y se hacía más y más contagioso. Milner cogió la Biblia que Christopher había dejado cerrada sobre la mesita.

—El apóstol Pablo lo describe maravillosamente en la Primera a los Corintios.

Pues conocemos de una manera incompleta, y profetizamos de una manera incompleta, pero cuando llegue lo perfecto quedará anulado lo incompleto;

cuando yo era pequeño hablaba como un niño pequeño, valoraba las cosas como un niño pequeño, discurría como un niño pequeño; cuando me hice hombre acabé con las niñerías. Ahora conozco de manera incompleta, entonces conoceré del todo, tal como soy conocido del todo^[5].

Milner dejó la Biblia sobre la mesa y continuó.

—Durante un tiempo, un breve espacio de tiempo, la humillación de ver nuestros pensamientos más íntimos sometidos al examen de los demás nos resultará insoportable. Pero eso pasará tan pronto todos y cada uno de nosotros sea despojado de toda pretensión y mentira, entonces comprenderemos que quienes nos rodean no son, en realidad, tan diferentes de nosotros mismos, sino que comparten las mismas esperanzas y los mismos miedos, las mismas necesidades y los mismos anhelos. Y cuando llegue ese momento, aprenderemos que la bendición de comprender al otro es tanta o mayor que la de sentirnos comprendidos por el otro.

»Aprenderemos a hablar y a escuchar con el corazón, y sólo entonces será posible una verdadera cooperación entre las gentes. ¡No hay límite a lo que seremos capaces de hacer cuando de verdad trabajemos juntos! ¡Y ello no será más que el principio! Todo esto sucederá en las próximas décadas, y será solamente el crepúsculo de la gloriosa Nueva Era.

El entusiasmo de Milner casi le había hecho saltar de la butaca.

—Cuando ese amanecer trascendente sea completo, el hombre sobrepasará en su desarrollo los límites de su cuerpo. Ahora no conocemos más que materia y energía, y operamos dentro de los límites que ambas nos imponen. Entonces conoceremos una forma completamente nueva. Llamarla «espíritu» no sería del todo inadecuado, pero ese término limitará esa forma a lo que ahora nos imaginamos que significa; y es tantísimo más. ¡El sistema solar, la galaxia, es más, el universo en sí, serán nuestros! ¡Viajaremos a lugares, tiempos, dimensiones, hasta ahora impensables! ¡No habrá límite!

Decker le miraba con los ojos abiertos de par en par, las cejas levantadas. Nunca había imaginado que la Nueva Era prometiera algo de tan apabullante magnitud. Y en ese breve instante, Decker quedó comprometido con su consecución.

—Y aun —continuó Milner— cabe la posibilidad de que todo esto nos sea arrebatado. Los próximos cinco o seis años serán los que determinen si entramos con decisión en la gloriosa luz de la Nueva Era o si, por el contrario, nos sumimos en la oscuridad de nuestro odio y nuestro temor. Si elegimos este último camino, el día mismo de la elección comenzaremos a morir como especie. Puede que tardemos cien años, puede que doscientos, pero es seguro que el hombre se destruirá, y con él, la Tierra.

—El hombre debe evolucionar o morir —dijo Christopher para sí—. Es lo que me dijo mi padre en el desierto: «El hombre debe evolucionar o morir».

—Aun cuando podemos ver la emergencia de una promesa tan maravillosa como

es la Nueva Era —continuó Milner—, también percibimos el espectro de una espantosa y macabra amenaza. Dicen que la historia es el registro de la inhumanidad del hombre para con el hombre. Nuestra historia desde el Desastre es triste prueba de ello: la destrucción de Rusia, la guerra entre China, India y Pakistán. Y aparte de las guerras, está la violencia individual. El índice de crímenes violentos ha crecido dramáticamente en los años posteriores al Desastre —dijo, refiriéndose a aquel día diecisiete años atrás en el que el mundo había perdido prácticamente la quinta parte de su población de forma repentina y misteriosa.

—¿Tiene el Desastre algo que ver con todo esto? —preguntó Decker.

—No, qué va. Sólo utilizo la fecha a modo de referencia. A lo que apunto es a que según se va aproximando la Nueva Era, la era antigua se debate por sobrevivir. No es que la era en sí tenga poder alguno, sino más bien que la humanidad, al sentir la llegada de algo nuevo y desconocido, se aferra estúpidamente a lo ya conocido, sin importarle lo autodestructivo que pueda ser. Nos asimos a nuestro pasado como el marinero que se aferra al mástil de un barco que se hunde, en lugar de nadar hasta el bote salvavidas que flota unos metros más allá. Al apelar al miedo que el hombre tiene a lo desconocido, Juan y Cohen han pervertido el papel del KDP.

—Pero si el problema del KDP radica en su liderazgo —dijo Decker—, entonces la amenaza al futuro del hombre proviene en realidad de Juan y Cohen. ¿No podrías hacer algo como lo que hiciste con Albert Faure? —preguntó dirigiendo su mirada a Christopher—. Si es cierto que van a ser los desencadenantes de la destrucción de la que habla el artículo, se lo merecen. Y aun cuando no se lo merezcan todavía, ¿no podríamos tomar alguna medida preventiva?

Milner contestó en lugar de Christopher.

—Me temo que no es tan sencillo.

—No, ya me lo imaginaba —dijo Decker, y dejó escapar un suspiro de resignación—. Pero, de todas formas, ¿por qué no?

—La entrada en la Nueva Era debe ser fruto de una elección voluntaria. No se puede forzar ni empujar a nadie a hacerlo. En este sentido, se trata de un paso en la evolución totalmente diferente a todos los anteriores. La evolución, tal y como el mundo la ha experimentado hasta ahora, ha sido una «evolución material». Es decir, que su empuje ha producido cambios físicos en los que las criaturas han ido progresando a lo largo de caminos de avance divergentes. Nunca ha sido una cuestión de elección. Las especies que se adaptaban y evolucionaban sobrevivían, las que no, desaparecían. La vía de la evolución material seguida por la especie humana ha alcanzado su nivel máximo de realización. El siguiente y último paso evolutivo no será material, sino espiritual. Y por esa razón tiene que darse una elección; una que dé ímpetu y se convierta en el catalizador del cambio. Todos y cada uno de nosotros debe elegir entre ingresar en la Nueva Era o permanecer en el pasado.

»Eliminar a Juan y Cohen no facilitaría la toma de una decisión correcta, sino que se limitaría a eliminar toda posibilidad de elección. Por irónico que parezca, si no se

puede elegir permanecer en la era presente, es imposible entrar en la Nueva Era.

—Entonces, ¿Juan y Cohen son, en efecto, un mal necesario?

Milner asintió.

—Admiro tu concisión —dijo—. De no haber sido Juan y Cohen, habrían sido otros u otra cosa. La presencia del mal es necesaria para la emergencia del bien.

—Pero si la elección es fundamental, ¿qué hay del KDP? Al seguir a Juan y Cohen, es evidente que han optado por la alternativa equivocada, y aun así han entrado en la Nueva Era.

—No, Decker. Nadie entra en la Nueva Era sin el resto; esa puerta debe ser franqueada como especie, no como individuo. Antes de que llegue ese momento, se producirán algunas manifestaciones previas. Igual que a la salida del Sol le precede el alba, nosotros percibimos las señales de la llegada de la Nueva Era manifestadas en el KDP. Pero el día no comienza con el alba, sino con la aparición del sol.

Milner continuó.

—El hecho de que esas manifestaciones sean más evidentes en el KDP no significa que ellos hayan entrado en la Nueva Era. Ellos todavía pueden elegir entre adentrarse en el nuevo día o regresar a la oscuridad. Todavía pueden elegir entre continuar tras los pasos de Juan y Cohen o seguir a Christopher. Esta opción les será ofrecida a todos los habitantes del mundo.

—Pero ¿cómo van a hacer esa elección? ¿Cuándo sabrán que tienen que hacerla? —preguntó Decker.

—Desconozco la fecha exacta. La oportunidad de elegir no llegará hasta que el mundo esté preparado para decidir. Pero sí sé que hasta que llegue el momento, se debe dar rienda suelta a Juan y Cohen para que hagan cuanto les plazca.

—¿Me estás diciendo que hay que apartarse a un lado y dejar que hagan lo peor?

—Eso me temo —contestó Milner—. Sólo así llegará la humanidad a estar preparada para dar ese paso voluntario tan necesario.

—Vamos, en resumen, que Christopher no puede brindar al mundo la oportunidad de dejar de golpearse contra un muro, sino esperar a que éste decida hacerlo voluntariamente cuando ya esté cubierto de sangre.

—Pues... sí —dijo Milner esbozando media sonrisa—. De nuevo, déjame que te elogie por tu habilidad para llegar al fondo del asunto.

—De acuerdo —dijo Decker—, sólo una pregunta más... de momento, por lo menos.

—Dime.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Bueno, ésa es una larga historia. Basta con decir que podemos estar seguros de que a pesar de los poderes proféticos de Juan y Cohen y de su capacidad para que cuanto profetizan se haga realidad, hay por lo menos una cosa que afirman en ese artículo que es rematadamente falsa: Saul Cohen no llega con el espíritu y el poder del profeta Elías, pero yo sí.

—¿Qué quieres decir?

—Recordarás que Alice Bernley tenía un guía espiritual al que ella se refería como el maestro Djwlij Kajm o, a veces, «el Tibetano».

Decker asintió.

—Pues bien, cuando Alice falleció, el maestro Djwlij Kajm vino a mí. Durante los seis meses que permanecí en Israel antes de que tú y Christopher llegaraís, seguí un proceso preparatorio bajo la supervisión del Maestro. Al concluir ese periodo y mediante un proceso algo complicado de explicar, recibí en mí el espíritu de Elías. Ambos estamos aquí.

Decker parpadeó varias veces para borrar el asombro de su mirada.

—La profecía judía dice que el profeta Elías, posiblemente el más grande de todos los profetas judíos y quien, según su sucesor, Eliseo, no murió, sino que fue arrebatado vivo al cielo^[6], volverá^[7]. Ésa es la razón de que Saul Cohen afirme llegar en el espíritu y el poder de Elías. Pretende simular el regreso de Elías ante el pueblo judío. Pero lo cierto es que eso es imposible, porque el espíritu de Elías reside en mi interior. Somos uno. Yo soy su boca y él, mis ojos.

—Entonces, ¿sabes todo lo que va a ocurrir? —preguntó Decker.

—El conocimiento yace en nuestro interior —dijo Milner, que al emplear el plural se refería a sí mismo y a quien le poseía—. Pero hay un velo al otro lado del cual tengo prohibido asomarme. Sospecho que tras él se esconde algo muy doloroso, de lo que Elías quiere protegerme durante el máximo tiempo posible. Llegado el momento, el velo será levantado.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Decker—. ¿Nos sentamos a esperar mientras Juan y Cohen causan sus estragos en el mundo?

—De ninguna manera —repuso Milner.

—Entonces, ¿qué? Revelamos la identidad de Christopher y aceleramos el credo de la Nueva Era ¿o qué?

—¡No! —exclamó abruptamente Christopher, como reprendiendo a Decker—. Lo siento —dijo pasado un instante—, no era mi intención ser tan grosero. Pero el caso es que, a pesar de la magnífica explicación del subsecretario Milner, todavía queda mucho por dilucidar. Una cosa es hablar de lo que nos espera y otra muy diferente ser el responsable de que ocurra. El tiempo que pasé con mi padre fue demasiado breve. Todavía es mucho lo que ignoro. Pero de una cosa no hay duda: la Nueva Era no consiste en sustituir una religión por otra. Es más, es justamente lo contrario. Se trata de que la humanidad llegue a confiar en sí misma, en el dios que hay dentro de cada uno de nosotros.

»Karl Marx decía que la religión es el opio del pueblo, pero se equivocaba. ¡La religión no es el opio, es la materia incendiaria del pueblo! ¡No hay peor mal que el ejecutado en nombre de la religión! ¡No hay crueldad más despiadada que la alimentada por la ira misericordiosa! ¡No hay mejor excusa que la religión para que un hombre robe o mate a otro! ¡La religión ha sido la causante de más guerras,

cruzadas, inquisiciones piadosas, discriminación, desigualdad, prejuicio, agravio, intolerancia, fanatismo, intransigencia, injusticia, que ninguna otra causa conocida a lo largo de la historia! Los hindúes matan a los musulmanes, los musulmanes a los judíos, los católicos a los protestantes, los budistas a los hindúes... y así hasta el infinito.

Durante unos instantes se hizo un profundo silencio mientras Decker reflexionaba, atónito de no haber pensado en todo ello mucho antes. Ahora todo parecía tan obvio. Después de todo, eran las diferencias religiosas las que habían servido de línea de demarcación en la guerra indo-paquistaní y factores clave en el apoyo de China a Pakistán.

—Para responder a tu pregunta, Decker —interpoló Milner—, lo que debe hacerse no tiene que ver con la religión, sino con la política, aunque me resisto a utilizar ese término dadas sus connotaciones negativas. Lo primero es que Christopher sea elegido representante permanente de Europa. Es mucho lo que se ha hecho ya para alcanzar esta meta. Necesitamos los votos de dieciocho países de la región europea, y creo que ya cuenta con ellos.

—¡Genial! —exclamó Decker—. Pero ¿cómo puedes estar tan seguro?

—En estos tres últimos años, desde que regresamos de Israel, he tenido ocasión de reunirme con varios miembros europeos. Como a buena parte del resto de representantes, les impresionó el aplomo con el que Christopher manejó la situación con Faure. Su lógica les compele a creer que la confesión de Faure no fue otra que el resultado del peso insoportable de su culpabilidad y que Christopher no hizo más que exponer esa culpa. Nadie cree seriamente que Christopher tuviera directamente algo que ver en la muerte de Faure. Pero aun más importante —continuó Milner— es la manera tan admirable con la que Christopher se ha colocado en la posición de representante permanente provisional. El mundo entero ha estado pendiente de la retransmisión televisada de las reuniones del Consejo de Seguridad y de Christopher, como hombre del momento. En una coyuntura tan crítica como la que vivimos, después de una guerra tan absurda, el mundo necesita un héroe, y nadie mejor que Christopher para desempeñar el papel. —Decker ya lo sabía, pero disfrutaba escuchándolo en boca de Milner—. Es más, no me sorprendería que fuera elegido con la unanimidad de los votos.

—A su debido tiempo —continuó Milner—, el segundo paso a dar será la elección de Christopher como secretario general. Hace años que yo y el Lucius Trust trabajamos en ello, y sinceramente creo que podemos contar ya con el apoyo de más de una tercera parte de los miembros de la Asamblea, y con por lo menos cuatro de los representantes del Consejo de Seguridad.

—¿Me estás diciendo que toda esa gente sabe lo de Christopher?

—No, claro que no. Sólo un grupo muy reducido de personas aparte de los aquí presentes conoce su identidad, sólo aquellos en los que confío plenamente. El resto no tiene más que una vaga idea de lo que será la Nueva Era y de que ésta será

liderada por un hombre muy poderoso, alguien cuya misión y cuyo destino serán gobernar la Tierra con benevolencia y misericordia.

CÍRCULOS CERRADOS

NUEVE SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El camarero del Wan Fu, el restaurante chino situado en la esquina de la Segunda Avenida y la calle Cuarenta y Tres, cerca de la sede de la ONU, dejó la cuenta sobre la mesa junto con cuatro galletitas de la fortuna. Como siempre, Decker se esperó a coger la última, como si con ello aumentaran las probabilidades de que la fortuna que le tocara estuviera realmente destinada a él y no fuese el resultado de apresurarse a coger la galletita equivocada.

—La mía dice: «Pronto te embarcarás en un largo viaje» —dijo Jackie Hansen.

—La mía dice lo mismo —dijo Jody MacArthur, una de las secretarias del despacho de Decker.

—¡Genial! —exclamó Jackie—. ¿Dónde podríamos ir?

—Bueno, mientras vosotras os vais de viaje, yo me quedaré aquí gastando lo que gane en la lotería —dijo Debbie Marz, la asesora administrativa jefe de Decker.

—¿Por qué? ¿Qué dice la tuya? —preguntó Jody.

—Dice: «Una pequeña inversión podría generar cuantiosos dividendos». Y mi horóscopo decía que hoy es un buen día para correr un riesgo. Me parece que es el día perfecto para comprar un billete de lotería.

—Yo iré contigo —dijo Decker—. ¿No te importa que juegue los mismos números, verdad?

—¿Qué? ¿Y compartir las ganancias? Lo siento, señor; pero de eso nada.

—¿Qué dice la tuya, Decker? —preguntó Jackie.

—Dice: «Te gusta la comida china».

—Venga ya —dijo Jackie con una carcajada. Decker le entregó el papelito y ella lo leyó—. Es verdad —anunció al resto de la mesa.

—Bueno, has sido tú quien ha elegido comer en un chino —comentó Debbie Marz.

Cuando salieron del restaurante, la temperatura era bastante agradable. El sol brillaba y llenaba el aire de una suave calidez primaveral. A su alrededor, los pájaros surcaban el cielo y picoteaban en las aceras. Varios vendedores ambulantes ofrecían gafas de sol, pañuelos, aerosoles de autodefensa, recuerdos de Nueva York y flores. A Decker le costaba imaginar que los sucesos anunciados por Juan y Cohen pudieran llegar a ocurrir. Durante un tiempo era lo único que había ocupado sus pensamientos. En las noches sucesivas a la elección de Christopher como representante permanente de Europa ante el Consejo de Seguridad, apenas había conseguido dormir debido a las continuas pesadillas. Ahora, dos meses después, la idea de que la destrucción asolará el planeta le resultaba inimaginable. Pensó que tal vez el daño no sería más

que muy localizado. El planeta era muy grande. Tal vez ocurriera en otro lugar, no allí. Después de todo, ni siquiera la guerra entre China, India y Pakistán, tan terrible como había sido, había llegado a afectar realmente la vida en Nueva York. Por supuesto que era mucho lo que se estaba haciendo en la ONU para la reconstrucción de los países afectados, el cuidado de los enfermos y la provisión de remedios paliativos a quienes sufrían de las enfermedades por radiación más graves, pero el trabajo se realizaba en acogedoras salas de reuniones donde lo peor a lo que tenían que enfrentarse era a los casos y las fotografías del sufrimiento de otros. No es que a Decker no le importaran las víctimas directas de la guerra, pero al contemplar cuanto le rodeaba en aquel bonito día de primavera, todo aquello le parecía muy lejano. En ese día, en ese momento, sólo parecía existir la primavera.

Como siempre le ocurría cuando se dejaba llevar por sus pensamientos durante un largo espacio de tiempo, Decker empezó a pensar en Elizabeth y sus hijas. Los años transcurridos desde su muerte en el Desastre no parecían sino intensificar su añoranza. A Elizabeth le encantaba la primavera. Se habían conocido una primavera en el mismo café en el que luego Decker conoció a Tom Donafin. Ella había entrado en el local en el momento en que él intentaba tocar en la guitarra los acordes de una canción que había compuesto. Le había parecido bastante buena al ensayarla, pero al aparecer ella fue como si la canción perdiera todo su contenido y sus rasgueos se hicieron más y más torpes. De aquello hacía cuarenta y cuatro años, pero al rememorar el momento pudo sentir cada emoción como si acabara de ocurrir.

Algo más adelante, en la acera, un grupo reducido de personas se había concentrado alrededor de un hombre barbado produciendo una ruidosa conmoción. Jackie, Jody y Debbie aminoraron el paso para echar un vistazo. Decker salió de su ensimismamiento e hizo lo mismo. Nada más advertir Decker lo que estaba ocurriendo, el hombre se giró y le miró directamente a los ojos. Su frente parecía rociada de sangre. Decker reconoció las marcas.

—La religión no es la causante del mal, señor Hawthorne —empezó el hombre—. ¡No es más que una buena excusa para quienes hacen el mal! Y como que el Señor Supremo vive, que Él no se complace en la muerte del malvado, sino en que se enmiende y viva.

—¡Seguid andando! —dijo Decker a sus acompañantes, mientras las reunía como un pastor al rebaño y las animaba a seguir adelante.

Delante de la sede de la ONU vieron a otros dos KDP, rodeados de sendos grupitos de personas. Decker no tardó en enterarse de que varios miles de miembros del Koum Damah Patar habían partido de Israel para repartirse por todo el mundo. Al parecer, sus objetivos principales eran las ciudades con importantes poblaciones judías, y Nueva York contaba con una de las más numerosas.

DOS MESES DESPUÉS. CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS

Sola en el laboratorio del Centro de Astrofísica Harvard-Smithsonian de la Universidad de Mississippi, la estudiante de doctorado Mary Ludford se restregó los ojos y dio otro sorbo al café, ya templado, que llenaba la taza que conservaba desde los catorce años. Aquél era el único recuerdo que tenía de su padre, que las había abandonado a ella y a su madre ocho años atrás. Para salir a flote, su madre había vendido sus pertenencias, y lo que no consiguieron vender lo quemaron, rompieron o tiraron a la basura. Su madre nunca había entendido por qué Mary quiso conservar la taza; Mary tampoco estaba muy segura. Se la había comprado a su padre en un anticuario para el Día del Padre un año antes de que se fuera, y estaba grabada con una viñeta de *Calvin y Hobbes*, el tebeo favorito de su padre desde niño. Aquella copia no autorizada del cómic era tan falsa como el amor de su padre hacia ella. Y si había algo en todo aquello de lo que estaba segura era que si no la cafeína del café, la amargura de los recuerdos que contenía aquella taza evitarían siempre que se quedara dormida. En aquel momento, sin embargo, su mente estaba muy lejos del odio que sentía hacia su padre.

Llevaba varias horas analizando imágenes computerizadas en su monitor de alta resolución, marcando la posición de algunas de las galaxias más alejadas de la Tierra. Las imágenes, captadas por detectores electrónicos capaces de registrar un único fotón de luz, se habían tomado desde el telescopio de ciento veinte pulgadas del Observatorio de Mount Wilson, en California. En el marco de las investigaciones que realizaba para su tesis doctoral, Mary Ludford analizaba ahora el corrimiento en rojo registrado desde cada una de las galaxias para calcular su grado de recesión de la Tierra. El efecto del corrimiento en rojo, descubierto por el astrónomo Edwin Hubble, resulta del hecho de que con la expansión del Universo y la recesión de las galaxias en relación a la posición de la Vía Láctea, la luz que emiten dichas galaxias es más o menos roja dependiendo de su distancia de la Tierra. Así, el corrimiento en rojo se emplea como una especie de cinta de medición cósmica para determinar la distancia y la velocidad de alejamiento de la Tierra.

Mary había confinado su estudio a una pequeña región situada en el límite de uno de los vacíos del espacio visibles a simple vista en la constelación de Bootes. Al pasar de imagen, descubrió algo inesperado. Había tres puntos de luz que, en lugar de alejarse de la Tierra, parecía que se movían hacia ella. Rápidamente saltó a otras dos imágenes de la misma zona que habían sido tomadas dos y cuatro horas antes de la primera. En ambas aparecían los tres mismos puntos de luz. Aquello sólo tenía una explicación lógica, pero al consultar la última actualización del *Astrological Survey* comprobó que no se esperaba en esa zona la aparición de ningún asteroide de magnitud conocido.

Consultó el reloj y decidió que era un buen momento para hacer un descanso, así que apagó el equipo. Por la mañana informaría sobre su descubrimiento a su director de tesis, pero ahora lo celebraría con una *pizza*. La identificación de nuevos asteroides no constituía un gran descubrimiento, pero era su primera vez. Por

insignificante que fuera para la comunidad científica, aquél no dejaba de ser un motivo de alegría para ella.

* * *

A la mañana siguiente, Mary Ludford enseñó las imágenes a su director, el doctor Jung Xiou, quien se mostró de acuerdo con su conclusión; los cuerpos sin identificar eran asteroides casi con toda probabilidad.

—No es mi especialidad —admitió el doctor Xiou—, pero parecen bastante grandes. ¿Cuándo se tomaron las imágenes?

Ella comprobó sus datos, aunque ya conocía la respuesta.

—Hace dos semanas —contestó.

—Ya veo, pues tienes que elaborar un informe sobre el descubrimiento y enviar una copia al MPC —dijo en referencia al Centro de Planetas Menores de la Unión Astronómica Internacional, que se ocupa de recibir todos los informes astronómicos—. Les llamaré para pedirles que observen el fenómeno.

—Perfecto —dijo ella—, voy a ponerme a ello.

—Telefonaré también al doctor Watson a Mount Wilson para ver si podemos programar la obtención de algunas imágenes más.

—Buena suerte. Me imagino que estarán ocupadísimos.

—No sería buena señal que no lo estuvieran —repuso Xiou—. Bueno, ¿y cómo va el resto de tu trabajo? —preguntó en alusión a su tesis.

—Oh, pues va avanzando, poco a poco. Espero poder enseñarle otro informe provisional dentro de aproximadamente una semana.

El doctor Xiou asintió con un gesto de aprobación.

—Ya me dirá lo que le dicen en Mount Wilson —dijo ella haciendo ademán de irse.

—Por supuesto —contestó Xiou volviendo a su trabajo—. Oh, Mary —exclamo cuando ella ya salía por la puerta—, ¿has pensado en qué nombre ponerles?

Mary Ludford sabía que antes que nada se asignaría a cada asteroide un código basado en la fecha de su primer avistamiento. Más adelante, cuando volvieran a ser avistados en su siguiente órbita, pasarían a ser conocidos con los nombres de su elección. También sabía que lo habitual era dejar al descubridor que eligiera los nombres a su antojo. Los hay que llevan el nombre de divinidades griegas y romanas, de científicos, políticos, poetas y filósofos; unos pocos llevan el nombre de alguna ciudad, e incluso hay cuatro descubiertos a comienzos de la década de los noventa a los que se bautizó John, Paul, George y Ringo.

—Creo que me gustan Calvin, Hobbes y Ajenjo —dijo ella con una sonrisa.

La idea no hizo sino confundir al doctor Xiou.

—Lo de Calvin y Hobbes creo que está bastante claro. Son los personajes de esa tira cómica que aparece en tu taza de café. Pero ¿Ajenjo? ¿Te refieres a *ajenjo*, como

en Hamlet? —dijo pensando en un verso de la obra de Shakespeare^[8].

—No —contestó Mary—, a la *señorita* Ajenjo. Es el nombre de la profesora de primaria de Calvin.

—Bueno, en ésa sí que me hubiesen pillado en el Trivial —confesó Xiou.

—La verdad es que es una tontería —admitió Mary—. He intentado recordar el nombre de la niña que sale en la tira, pero sólo me acordaba del nombre de la profesora. —Mary empezaba a sentirse algo ridícula—. Si no le gusta, puedo...

—No, no, está bien —la tranquilizó—. Supongo que esperaba que le pusieras a uno mi nombre.

—¿Y quién iba a saber pronunciarlo? —dijo ella con una carcajada.

* * *

Pasaron dos semanas antes de que el Observatorio de Mount Wilson, en California, pudiera programar la toma de otra serie de imágenes de los tres asteroides descubiertos por Mary Ludford. La importancia de lo que las imágenes revelaron mereció una llamada personal, y una afortunada coincidencia hizo que Mary Ludford se encontrara con Xiou en el momento en que ésta se produjo. Por solicitud del doctor James Waters del Observatorio de Mount Wilson, en el otro extremo del país, la llamada fue transferida al monitor de pared de Xiou. En un instante la amplia superficie plana de la pantalla se iluminó y el doctor Waters apareció ante ellos a tamaño real. La claridad de la imagen daba la falsa impresión de que éste se encontrara en el despacho contiguo y que alguien hubiese abierto una ventana entre las dos estancias. Reforzaba drásticamente esta sensación la cualidad más destacable de la pantalla: cada centímetro hexagonal de la superficie hacía las veces a su vez de cámara y enviaba su señal individual al hexágono correspondiente en la pantalla receptora. Con la ayuda del ordenador del sistema, que compensaba los bordes entre cada una de las cámaras, los múltiples puntos de vista permitían apreciar una imagen prácticamente tridimensional.

El doctor Xiou presentó a Mary al doctor Waters; sólo faltó que se dieran la mano.

—¿Qué tal, Mary? Me alegro de que estés aquí para ver esto —dijo el doctor Waters, diluyendo aún más la diferencia entre «aquí» y «ahí».

—Hola, doctor Waters —repuso Mary—. Me alegra poder conocerle por fin.

—Lo mismo digo, Mary. Pero, por favor, llámame Jim.

Mary asintió.

—Para serte sincero, Mary —empezó Waters—, lo que has descubierto nos ha dejado perplejos a todos los del observatorio.

Waters presionó una de las teclas de función del teclado de su ordenador y la imagen de la pantalla del despacho de Xiou se transformó al instante en otra compuesta por un pequeño recuadro a la derecha con un primer plano de Waters,

mientras que el resto lo ocupaba lo que Mary no tardó en reconocer como una de las imágenes a partir de las cuales había hecho su descubrimiento.

—Esta primera fotografía —empezó Waters— es una de las que se tomaron el mes pasado, con los tres objetos situados aquí, aquí y aquí.

Mientras hablaba, Waters empleaba el puntero del ratón para señalar cada uno de los objetos.

—La segunda fotografía —continuó al tiempo que cambiaba la imagen— fue tomada anoche. Y como puedes ver, el albedo de cada uno de los objetos —situados aquí, aquí y aquí— ha aumentado considerablemente al acercarse a la Tierra.

—Disculpa, Jim —dijo el doctor Xiou—. Sigues refiriéndote a ellos como objetos. ¿Son asteroides o no?

—Por el momento, lo único que puedo decirte —contestó Waters— es que así lo creo. Sus órbitas guardan mayor parecido con la de un cometa que con la de un asteroide, con un afelio bastante más allá de la órbita de Neptuno y un perihelio a medio camino entre las órbitas de Mercurio y Venus. Lo que más nos ha sorprendido es su procedencia y por qué no los hemos visto antes. A partir de la trayectoria y la velocidad, hemos calculado sus órbitas y todo indica que cruzan la órbita terrestre, lo que los convertiría en asteroides clase Apolo, y aun así ninguno de nuestros barridos anteriores los había detectado.

—¿Alguna teoría? —preguntó Xiou.

—Bueno, según todas nuestras previsiones, sus órbitas los adentrarán en la órbita de Júpiter durante un periodo de solamente dos años y medio aproximadamente en sus periodos de revolución de quince años. Puede ser que no hayamos observado en el lugar adecuado cuando estaban lo suficientemente cerca para resultar de interés, pero, si he de ser sincero, dudo que a todo el mundo se le haya pasado tres asteroides de semejante tamaño dada la atención que han suscitado siempre los asteroides clase Apolo. Nos vamos a poner de inmediato a revisar los archivos de este campo de investigación. Otra posibilidad es que sean planetoides errantes provenientes del exterior de nuestro sistema solar y que no han sido capturados por la gravedad solar sino muy recientemente.

»Los dos asteroides más próximos a la Tierra, que han sido designados 2031 KD y 2031 KE y que me dicen que vas a bautizar Calvin y Hobbes —Mary asintió con una sonrisa—, están a trescientos cincuenta mil kilómetros uno de otro, lo que es relativamente poco. El más grande, el 2031 KF, y que tú has bautizado Ajenjo, les sigue a unos sesenta y siete millones de kilómetros. Como decía, los tres son bastante grandes si se comparan con otros asteroides clase Apolo. El primero, el 2031 KD, es irregular, con forma de riñón, y posee un diámetro medio de unos veinte kilómetros. El segundo, el 2031 KE, es esférico y presenta unos tres kilómetros de diámetro. Pero el 2031 KF es un monstruo de casi cincuenta kilómetros de diámetro, lo que lo convertiría en el más grande de los asteroides que cruzan la órbita terrestre, más incluso que Eros, un asteroide oblongo con una anchura de unos veinte kilómetros.

—¿A qué distancia de la Tierra les traerían sus órbitas? —preguntó el doctor Xiou.

—Ésa es precisamente la razón de mi llamada.

El doctor Waters se acercó al teclado y presionó otra tecla de función. De inmediato, la imagen de la pantalla rotó para ofrecer una vista general computerizada de la sección del sistema solar entre el Sol y el punto más allá de la órbita de Marte donde las fotografías más recientes situaban a los asteroides. En la parte superior central de la pantalla aparecían los tres asteroides, que no parecían más que puntos diminutos de luz en la vastedad de esta diminuta fracción del sistema solar.

—Hemos introducido en el ordenador los datos de las órbitas de los asteroides para obtener una simulación de su avance y éste es el resultado.

Waters inició la simulación y cada uno de los cuerpos empezó a moverse, dibujando su órbita en la pantalla. Los asteroides avanzaron rápidamente formando un estrecho arco en dirección contraria a las manillas del reloj, que descendía hacia la parte inferior izquierda de la pantalla. En la esquina superior izquierda, un contador mostraba el paso del tiempo a la vez que progresaba la simulación. Más abajo en la pantalla, la Tierra dibujaba su órbita casi circular alrededor del Sol.

Según avanzaba la simulación, el doctor Jung Xiou empezó a sentirse cada vez peor. Mary Ludford, boquiabierta, se llevó la mano a la boca. Mientras el contador iba enumerando día tras otro, las órbitas de los dos asteroides en cabeza los acercaban más y más a la Tierra, esbozando una conclusión terroríficamente inevitable. Justo cuando la colisión parecía inminente, la imagen de la pantalla pasó a ofrecer otra más ampliada, en la que se podía ver claramente que la Tierra eludía la colisión con los asteroides por muy poco.

—Como veis, estamos hablando de dos pasadas muy próximas —dijo el doctor Waters al tiempo que la simulación mostraba como la Tierra esquivaba por poco la colisión con los dos asteroides. Waters detuvo la simulación durante un instante para comentar lo que acababan de ver. El calendario de la simulación se había detenido en el 3 de julio—. Hemos vuelto a introducir los cálculos en el simulador —dijo— y observado de cerca los asteroides, pero parece que el 2031 KD pasaría a ochocientos kilómetros. El 2031 KE pasaría aún más cerca, a unos quinientos kilómetros. Podría incluso entrar brevemente en contacto con la atmósfera exterior. Si así fuere, entonces, basándonos en la trayectoria, rebotaría en ésta igual que una piedra lanzada con un ángulo muy cerrado contra el agua. Los asteroides 2031 KD y 2031 KE nos proporcionarían una fabulosa oportunidad para avistar un fenómeno único. A las distancias calculadas, el 2031 KD aparecería en el cielo con un tamaño dos veces más grande que la Luna, y si el 2031 rebota en la atmósfera, entonces disfrutaremos de unos maravillosos fuegos de artificio.

—Es genial, Jim —dijo Xiou—, pero he de reconocer que me habías asustado.

—Bueno, ésa era la buena noticia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Xiou.

—El problema es el 2031 KE. Las órbitas de los tres asteroides tienen una inclinación similar, que varía entre los cuarenta y un grados de la Eclíptica del 2031 KD y el 2031 KE, a los menos de treinta y ocho grados del 2031 KF. Pero, mientras el 2031 KD y el 2031 KE dibujan órbitas casi idénticas alrededor del Sol, la del 2031 KF es mucho más grande. En este momento, los tres están bastante próximos los unos de los otros en términos cósmicos, pero no es más que una coincidencia. Sus trayectorias irán apartándose más y más según se aproximen al Sol. Eso significa, como podréis comprobar cuando ponga en marcha el resto de la simulación, que el 2031 KD cruzará la órbita terrestre en el punto A, el 3 de julio, seguido menos de tres horas después por el 2031 KE.

Mientras hablaba apareció en la pantalla una A mayúscula de color blanco sobre el punto donde las órbitas de los dos primeros asteroides habían pasado la Tierra.

—La órbita del 2031 KF, no obstante, la cruzará aproximadamente cuarenta y tres días después en el punto B.

En ese momento apareció en la pantalla una B mayúscula algo más abajo y a la izquierda de la A.

—Si sus órbitas fueran más parecidas, de forma que el 2031 KF cruzara también la órbita terrestre en algún punto cercano al punto A, entonces para cuando llegara allí, la Tierra se encontraría casi ciento tres millones de kilómetros más adelante en su órbita y fuera de todo peligro. Por el contrario, y si nuestros cálculos preliminares son correctos, cruzará la órbita terrestre en el punto B, el día 15 de agosto.

Waters pulsó una tecla para reanudar la simulación. El tercero y mayor de los asteroides había quedado momentáneamente fuera de la imagen de la ampliación, pero ahora apareció de nuevo justo en el extremo izquierdo superior de la pantalla. La visión era impactante, y el doctor Waters oyó con toda claridad el grito apagado que lanzaron sus interlocutores al observar la progresión de la simulación.

—¿Una colisión? —preguntó Xiou intentando mantener la compostura a pesar de la escena que se desplegaba ante él.

No hizo falta que el doctor Waters respondiera. Al momento, un instante después de que el contador cambiara de fecha al 15 de agosto, se produjo el impacto. En la simulación, la Tierra, con un diámetro de casi trece mil kilómetros, se reducía a absorber el cuerpo, mucho más pequeño, y continuaba el avance a lo largo de su órbita. Aunque aquella imagen pudiese representar con exactitud la vista desde el espacio, el panorama desde la Tierra iba a ser mucho más dramático.

—Por el momento, la simulación se basa en un número limitado de datos —dijo Waters—. Todavía cabe la posibilidad de que mis cálculos estén equivocados. Vamos a intentar tomar unas cuantas fotografías más de los asteroides esta noche e intentar atar cabos, pero todo indica que nos enfrentamos a la probabilidad de un impacto directo contra la Tierra.

Se produjo un largo e incómodo silencio, tras el cual el doctor Xiou formuló su pregunta.

—¿De qué daños estamos hablando?

—Si combinamos los efectos primarios y secundarios —contestó el doctor Waters—, hablamos de la destrucción de toda o casi toda la vida en el planeta.

CUANDO COLISIONAN LOS MUNDOS

DOS DÍAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El embajador Jeremiah Ngordon, de Chad, representante de África Occidental y presidente de turno del Consejo de Seguridad, declaró abierta la sesión del pleno extraordinario. La reunión había sido convocada por el doctor Alsie Johnson, del Instituto de Ciencia Espacial de Naciones Unidas, y por la embajadora Helia Winkler, de Alemania, quien había reemplazado a Christopher como representante temporal de Europa después de ser éste elegido representante permanente europeo. Winkler también había ocupado el puesto de Christopher a la cabeza de la Organización Mundial para la Paz (OMP), y en calidad de tal acompañaba ahora al doctor Johnson.

Los convocados a esta sesión a puerta cerrada conocían de sobra el motivo de la reunión, pero tras las necesarias presentaciones de invitados y las obligadas expresiones de mutua admiración que siempre preceden a todo evento político, la presidencia procedió a iniciar la sesión con un resumen de los sucesos que la habían precipitado. Entre el contingente de ocho científicos y tres generales de la OMP allí presente para informar y responder a las preguntas del Consejo de Seguridad, se encontraban el doctor James Waters, del Observatorio de Mount Wilson, y el doctor Jung Xiou, del Centro de Astrofísica Harvard-Smithsonian. Mary Ludford, descubridora de los asteroides, también estaba allí, pero no figuraba en la lista de oradores.

A pesar de tratarse de un pleno a puerta cerrada, no había intención alguna de mantener la información en secreto por mucho tiempo. Peor que hacerla pública habría sido que se produjera una filtración. Pero era esencial que se informara a la opinión pública de la manera más sosegada y tranquilizadora posible. El peligro era sin duda real, pero no se trataba de una crisis irremediable. El único propósito de la reunión era asegurarse de que el remedio tuviese alguna probabilidad de éxito. La comunidad científica creía haber dado con la solución y sólo quedaba que los gobiernos proporcionaran los apoyos financiero y logístico necesarios.

Decker Hawthorne, responsable de recoger la información en la reunión, había escogido minuciosamente al personal, incluidos los técnicos de imagen y sonido. Se había acordado pasar determinados cortes a la prensa, pero sólo después de una juiciosa edición del material. Atento al pleno, que ya había iniciado la sesión, Decker escuchaba bolígrafo en mano dispuesto a anotar las frases que luego convendría eliminar de la grabación a fin de no alarmar en exceso a la opinión pública. Su semblante no revelaba signos de angustia, pero Decker era plenamente consciente de que nadie en la sala, salvo él y Christopher, comprendía realmente la dimensión del problema al que se enfrentaban. Nadie había establecido todavía relación alguna entre

los asteroides y lo que dos hombres, Juan y Cohen, habían profetizado cinco meses atrás. Pero ¿cómo iban a hacerlo? La mayoría de los presentes ni siquiera sabía quiénes eran Juan y Cohen, y los que sí, los consideraban poco más que un par de chalados. Con todo, era imposible que los presentes no hubieran oído cuando menos alguna historia sobre los peculiares seguidores de aquellos hombres, los Koum Damah Patar. Todos los países del mundo contaban con alguno entre ellos; en la mayoría había cientos.

El doctor Alsie Johnson, del Instituto de Ciencia Espacial de Naciones Unidas, pronunció unas breves palabras introductorias antes de presentar a los invitados. A continuación dio la palabra al doctor Waters, quien se encargó de explicar en líneas generales la índole de la amenaza antes de proceder a hacer la narración de una versión ligeramente actualizada de la simulación que, dos días atrás, había mostrado al doctor Xiou y a Mary Ludford. Desde entonces, el reajuste del cálculo de los itinerarios de los asteroides desvelaba que el primer y el segundo asteroides, el 2031 KD y el 2031 KE, iban a pasar por lados opuestos de la Tierra. El primero y más grande de los dos lo haría aproximadamente a algo más de seis mil kilómetros de la Tierra, siguiendo una trayectoria noroeste sudeste sobre buena parte de Norteamérica y Sudamérica, la noche del 3 de julio. El segundo asteroide pasaría tres horas después, a unos mil seiscientos kilómetros de distancia, por el lado iluminado del planeta, cruzando buena parte del noroeste y del sudeste de Asia, Filipinas y Nueva Guinea.

América sería la que disfrutaría de la mejor panorámica del fenómeno. Desde el norte y el sur se iba a poder contemplar durante varias horas al primer asteroide surcando a toda velocidad el cielo nocturno. Al otro lado del planeta, el asteroide iba a ser más difícil de localizar en el cielo diurno, donde se divisaría no como una luz rutilante, sino como un punto gris —de aspecto muy similar al que presenta la Luna durante el día—, que pasaría inadvertido a todo aquel que no lo estuviera buscando en el cielo. La esperanza de presenciar el rebote contra la atmósfera de la Tierra se había descartado, para desilusión de muchos.

La verdadera amenaza provenía del tercer asteroide, el 2031 KF, con diferencia el más grande de los tres dado su diámetro de cincuenta kilómetros. Como ya habían demostrado los primeros cálculos del doctor Waters, el 2031 KF se dirigía directamente a la Tierra e impactaría contra ésta, si no se hacía nada para evitarlo, el 15 de agosto, cuarenta y tres días después del paso de los dos primeros asteroides. Pero la humanidad pensaba presentar batalla. La ciencia moderna estaba preparada para evitar el cataclismo. E, irónicamente, iba a hacerlo con las mismas herramientas que hasta el momento habían amenazado con destruir la vida en el planeta.

La doctora Terri Hall, ex alumna de la célebre astronauta Eleanor Helin, convertida ya en una de las mayores expertas en asteroides, tomó la palabra a continuación del doctor Waters.

—En nuestro sistema solar hay, literalmente, millones de asteroides —empezó—,

aproximadamente un millón de los cuales posee un diámetro de al menos un kilómetro. El mayor, Ceres, mide mil treinta y tres kilómetros (unas seiscientos veinte millas) de diámetro. La mayoría de asteroides traza su órbita entre Marte y Júpiter. Además, hay varias decenas de miles de asteroides que pueden clasificarse dentro de otros tres grupos: los del grupo Aten, cuyas órbitas se circunscriben entre la Tierra y algo más allá de Marte; los del grupo Apolo, cuyas órbitas cruzan la órbita terrestre; y los Amor, cuyas trayectorias dibujan órbitas entre las de la Tierra y Venus.

»De tiempo en tiempo, ya sea en el itinerario de su órbita normal o como resultado de una interferencia, como puede ser la gravedad de otro cuerpo o la colisión entre asteroides, un asteroide puede entrar en una órbita que se cruce con la de la Tierra. No obstante, se trata de un caso muy poco frecuente. En el transcurso de los últimos mil millones de años, se cree que es posible que hayan colisionado contra la Tierra unos cuatrocientos asteroides de menos de medio kilómetro de diámetro. Eso nos da una media de una colisión cada dos millones y medio de años. Dado que la superficie terrestre está cubierta de agua en sus tres cuartas partes, sólo se trata de un dato estimativo, basado en el número de cráteres hallados en tierra firme y en las escasas evidencias de que se dispone sobre la caída de asteroides en los océanos. La Tierra alberga un número aproximado de cuarenta y cinco cráteres de los que se sabe a ciencia cierta que son el resultado del impacto de un asteroide. Éstos varían de tamaño, desde siete kilómetros y medio hasta ciento cuarenta kilómetros, es decir, unas ochenta y cinco millas. Los más grandes y antiguos son el de Vredefort, en Sudáfrica, y el de Sudbury, en Ontario. Ambos miden aproximadamente ochenta y cinco millas de diámetro y fueron formados por asteroides de unos diez kilómetros, o seis millas, de diámetro. El de Vredefort tiene unos mil novecientos setenta millones de años de antigüedad; el de Ontario se formó hace unos mil ochocientos cuarenta millones de años. Se cree que hubo otros cráteres más pequeños de más de mil millones de años de antigüedad que han desaparecido debido a los efectos de la erosión.

»El más conocido de los impactos es, probablemente, el del asteroide de aproximadamente diez kilómetros de diámetro que cayó hace sesenta y cinco millones de años frente a la costa de la península de Yucatán, cerca de Chicxulub, en México. A esta colisión se atribuye la extinción de los dinosaurios. Más recientemente, hace unos dos millones y medio de años, se produjo el impacto de un asteroide de unos seiscientos metros, o un tercio de milla, de diámetro en el Pacífico Sur, al oeste del extremo meridional de Sudamérica. Se estima que la magnitud de aquella colisión fue, como mínimo, de veinticinco mil megatones, que viene a ser dos veces y media más destructiva que la suma del armamento nuclear mundial, sin la radiación, por supuesto.

»No todos los asteroides que penetran en la atmósfera impactan contra la superficie terrestre. A comienzos del siglo pasado, a las siete de la tarde hora local del 30 de junio de 1908, un asteroide o, tal vez, un cometa (no se sabe con certeza),

penetró en la atmósfera a la altura de la cuenca del río Podkamennaya Tunguska en Siberia. Explotó en el aire a unos once mil metros sobre la superficie de la Tierra.

Aunque los detalles del suceso siguen siendo un misterio, parece ser que el asteroide o cometa se desplazaba a casi mil cuatrocientos cuarenta y ocho kilómetros por segundo. Debido al ángulo de aproximación y a su velocidad, el aire debió de ejercer sobre él una tremenda presión aerodinámica que, al superar la resistencia de compresión del cuerpo, lo hizo añicos.

»Aunque el objeto en sí nunca llegó a alcanzar la superficie terrestre, la fuerza de la presión que ejerció sobre ésta al estallar fue la equivalente a una bomba de doce megatonnes. Destruyó dos mil setenta y un kilómetros cuadrados de bosque; la gente que se encontraba en un radio de setenta y dos kilómetros fue derribada y abrasada por el calor; el resplandor del estallido pudo divisarse a cientos de kilómetros de distancia; y el sonido se llegó a escuchar a nada menos que novecientos sesenta y cinco kilómetros de distancia.

»Un fenómeno igualmente insólito fue captado, de hecho, por varias películas caseras en el cielo de Wyoming, al oeste de Estados Unidos, en agosto de 1972 —el doctor Hall señaló hacia las pantallas de proyección, que en ese momento mostraban la imagen de un cielo azul salpicado de nubes. Un pequeño retumbo, como el de un avión a reacción en la distancia, empezó a brotar por los altavoces y, entonces, pareció emerger de la nube que ocupaba el centro de la pantalla —aunque en realidad procedía de mucho más arriba— una luminosa bola blancuzca seguida de lo que se asemejaba a una larga cola de vapor. Hall continuó—: En esta ocasión, un gran meteoro de unos setenta metros de diámetro y cerca de mil toneladas de peso se adentró en la atmósfera y llegó a aproximarse a una distancia de casi cincuenta y ocho kilómetros de la superficie de la Tierra. El meteoro siguió una trayectoria casi paralela a la superficie terrestre durante casi mil seiscientos kilómetros, desde el norte de Utah a Alberta, en Canadá, a una velocidad aproximada de cuarenta y nueve mil ochocientos noventa kilómetros por hora, antes de volver a salir de la atmósfera. Dado que su velocidad no descendió en ningún momento por debajo de la de escape —cuarenta mil doscientos treinta kilómetros por hora—, el objeto pudo atravesar la atmósfera y escapar de la gravedad de la Tierra para continuar su rumbo.

»Pero volvamos a los asteroides que se dirigen en este momento hacia la Tierra. Basándonos en el albedo o reflexión de cada uno de los asteroides, los tres parecen ser de tipo M. Ello significaría que su composición es en un noventa por ciento de metal y en un diez por ciento de material rocoso. Calculamos que el noventa y cinco por ciento del metal es hierro, el cuatro por ciento níquel, y el uno por ciento restante lo componen otros metales. En cuanto a su origen y teniendo en cuenta el grado de inclinación, creemos que se trata de asteroides Hungaria —caracterizados por el elevado índice de inclinación de su órbita—, procedentes de los cinturones de asteroides existentes entre Júpiter y Marte y que de una forma u otra se han desviado de sus órbitas originales. Las imágenes más detalladas de los asteroides las ha

obtenido el radio telescopio de mil pies del Observatorio de Arecibo, en Puerto Rico. Las mejoras aplicadas recientemente al telescopio han hecho posible que éste proporcione imágenes con una resolución de treinta pies o más.

El doctor Hall hizo entonces una señal al técnico encargado de las tres grandes pantallas de la sala, que habían sido dispuestas en torno a la mesa, para que resultaran perfectamente visibles a todos los miembros del Consejo de Seguridad. El asistente pulsó una tecla de función, y cada pantalla se dividió en tres para ofrecer imágenes simultáneas de los tres asteroides.

El doctor Xiou prosiguió entonces con la explicación.

—No hemos hallado pruebas concluyentes —empezó, llamando la atención de los presentes hacia las imágenes de las pantallas— de que los asteroides hayan sufrido recientemente una colisión de magnitud suficiente para desviarlas de sus respectivas órbitas. Por tanto, debemos deducir que dicha divergencia se debe a algún efecto gravitacional del todo inusual. El planeta Júpiter puede hacer estragos entre las órbitas del cinturón de asteroides principal, pero en este caso se debe descartar al planeta porque en el momento en que calculamos que se produjo la salida de los asteroides de sus órbitas, Júpiter se encontraba a cientos de millones de kilómetros de distancia, al otro lado del Sol. Existen, no obstante, otras teorías.

»Por lo que hemos podido observar y según nuestros cálculos —continuó—, la teoría que mejor se adapta a la evidencia de la que disponemos es que los asteroides hayan sido expulsados de sus órbitas por un cuerpo lo suficientemente pequeño como para haber escapado a nuestros sistemas de detección a su paso por nuestro sistema solar. Para que ello fuera posible, el cuerpo tendría que haber tenido una fuerza gravitacional extremadamente alta en comparación con su tamaño. Existen dos tipos de cuerpos que obedecen a esta descripción: podría tratarse de un pequeño fragmento de estrella enana blanca, que hubiese salido despedida hace millones de años como consecuencia de la colisión entre dos enanas blancas, o si no de un agujero negro de tamaño muy reducido.

»Una enana blanca es una estrella que, con el tiempo, ha sido despojada de sus electrones. Estas estrellas conservan buena parte de su masa pero poseen una densidad muy elevada. En este estado, una estrella del tamaño de nuestro Sol podría compactarse a una esfera con un diámetro de tan sólo veinte kilómetros, que son aproximadamente doce millas. Si entraran en colisión dos estrellas de este tipo, los fragmentos resultantes serían expulsados a velocidades impredecibles.

»Dado su tamaño, un fragmento de una enana blanca podría atravesar fácilmente nuestro sistema solar sin ser detectado, y si pasara lo suficientemente cerca de un asteroide, podría sin lugar a dudas modificar su órbita. El elevado contenido de hierro de los tres asteroides no hace sino confirmar esta hipótesis, puesto que se sabe de la existencia de enanas blancas —como por ejemplo la estrella PG 1031+234— que poseen campos magnéticos de hasta setecientos millones gauss, un nivel que se acerca a la fuerza teórica máxima posible.

»Los agujeros negros se parecen a las enanas blancas en que son también producto del aplastamiento de objetos a una densidad increíble. El campo gravitacional de la materia superdensa que conforma un agujero negro es lo suficientemente potente como para atrapar la luz. Los agujeros negros a los que se hace referencia con mayor frecuencia son aquellos del tamaño de nuestro Sol o incluso mayores, producto del colapso de estrellas al final de su vida. Pero también se pueden dar agujeros más pequeños. En teoría podrían existir agujeros negros con la masa de una luna pequeña comprimida al tamaño de un puñado de átomos. La apariencia de un agujero negro es una zona de oscuridad, así que uno pequeño podría también pasar desapercibido a su paso por nuestro sistema solar. E incluso el más pequeño de los agujeros negros podría poseer un campo gravitacional lo suficientemente potente como para expulsar a un asteroide de su órbita normal.

El grupo de científicos prosiguió con la explicación como si impartiera una clase durante otros veinte minutos, en el transcurso de los cuales plantearon teorías, mostraron tablas y simulaciones, y recurrieron a casos verídicos para demostrar sus tesis. Al final, el embajador Yuri Kruszkegin, de Khakasia, aprovechando una breve pausa, interrumpió a los ponentes y formuló la pregunta que para entonces estaba ya en mente de todos.

—¿Puede concluirse, entonces, por lo que acaban de explicar y por los documentos que nos han proporcionado, que recomiendan el empleo de armas nucleares para destruir el tercer asteroide? —dijo Kruszkegin.

—Así es, embajador —contestó el doctor Johnson.

Alsie Johnson estaba acostumbrado a tratar con políticos casi a diario y sabía que a pesar de contarse entre los seres con más verborrea de la especie humana, también eran los primeros en insistir en que los demás fueran al grano. Había llegado el momento de ir al fondo del asunto y la pregunta de Kruszkegin invitaba por fin a hacerlo.

—¿Y ello qué implicaría? —preguntó Kruszkegin.

—Dado el riesgo, pensamos que el empleo de capacidades excesivas e incluso de destrucción total no sólo está justificado, sino que es crucial —contestó Johnson.

—No creo que haya nadie en el planeta que discrepe en eso —apuntó uno de los miembros del Consejo de Seguridad.

—Lo cierto es que no faltan armas nucleares para la misión —continuó Johnson—. Lamentablemente, el número de lanzaderas capaces de alcanzar el objetivo con una cabeza nuclear no es tan abundante. Para poder salir de la atmósfera e impactar contra el tercer asteroide a una distancia segura para la Tierra, las lanzaderas deben ser capaces de alcanzar la velocidad de escape.

»Si dispusiéramos de tiempo suficiente, lo idóneo sería proceder a la detonación de varias cabezas justo delante del asteroide a fin de aminorar su velocidad o alterar ligeramente su curso. Con tiempo, la alteración de su curso en tan sólo un grado o de su velocidad en una pulgada por segundo, sería suficiente para evitar la colisión.

Desgraciadamente, no es el caso. No disponemos de tiempo ni de recursos para llevarlo a cabo. La única opción que puede salvar a la Tierra es la destrucción completa del asteroide cuanto antes.

El doctor Johnson hizo un gesto al doctor James Stewart, del Centro de Investigación Ames de Moffet Field, en California, para que continuara con la explicación, y éste, a su vez, le hizo una señal al asistente encargado de las pantallas.

Al comenzar la simulación, el doctor Stewart procedió a narrar y explicar lo que ocurría en la pantalla.

—Cuando nuestros misiles alcancen el asteroide, su masa será expulsada en todas direcciones, y algunos fragmentos continuarán su trayectoria hacia la Tierra. Cuanto más lejos se encuentre el asteroide de nuestro planeta en el momento del impacto, menor será el número de fragmentos que penetre en la atmósfera.

»Si alguno de ellos fuera de gran tamaño —continuó el doctor Stewart—, aún supondría una amenaza. Nuestro objetivo, por tanto, no ha de ser únicamente romper el asteroide en pedazos más pequeños, sino pulverizarlo. Según nuestros cálculos, y seguimos aún trabajando en ello, dicho propósito requerirá el lanzamiento de cuarenta cabezas nucleares de veinte megatones cada una contra la cara frontal del asteroide. Todas ellas deben alcanzar el objetivo y ser detonadas simultáneamente un instante antes del impacto. Se trata de una misión que sólo puede llevarse a cabo con misiles de cabezas múltiples independientes o MIRVs, lo que reduce aún más nuestro inventario de lanzaderas óptimas. Para ser más exactos, sólo existen dos lanzaderas con capacidad para alcanzar el objetivo y transportar los MIRVs. Se trata del misil estadounidense Minuteman III y del misil de fabricación rusa SS-11 Segó. Pero no acaban aquí nuestros problemas. Ambos son sistemas relativamente anticuados, la mayoría de los cuales o bien ha sido transformada en pesadas lanzaderas para puestas en órbita o ha sido destruida en cumplimiento de diferentes tratados de desarme. A ello hay que añadir que tanto el Minuteman III como el Segó requieren sustanciales modificaciones para la misión.

»Nuestros planes en este momento pasan por enviar tres oleadas de misiles a fin de que la segunda y la tercera constituyan la línea de retaguardia necesaria para rematar la misión si la primera no consigue destruir el asteroide por completo.

Mientras la simulación ilustraba cómo la segunda y tercera oleadas de misiles destruían o desviaban los escasos fragmentos grandes de asteroide restantes, el doctor Stewart concluyó su explicación resaltando que la tecnología necesaria ya existía y había sido ensayada, y que todos los participantes en el proyecto creían en la perfecta viabilidad del plan.

Cuando hubo terminado tomó la palabra el doctor John Jefferson, del Laboratorio Nacional de Oak Ridge.

—Como ya ha resaltado el doctor Stewart, es importante que destruyamos el asteroide cuanto antes, para limitar al máximo la lluvia de restos sobre la Tierra. Pero existe una segunda razón que hace imperativa su destrucción temprana. El polvo

resultante de la explosión va a ser al principio altamente radioactivo.

La noticia fue recibida con gestos de intranquilidad por todos los presentes en la sala, que cayeron entonces en la cuenta de la obviedad: era evidente que tras la explosión nuclear el polvo fuese radioactivo.

—Al igual que ocurre con la lluvia resultante de cualquier explosión nuclear —continuó Jefferson—, el índice de radioactividad irá disminuyendo con el tiempo. Cuanto mayor sea el lapso de tiempo entre la destrucción del asteroide y la llegada de sus restos a la Tierra, menor será el índice de radioactividad del polvo.

—¿Con cuánta antelación debemos lanzar los misiles para minimizar el nivel de radiación? —interrumpió el embajador Ngordon.

—Sin conocer la composición exacta del asteroide ni de las partículas que llegarán a la Tierra, es imposible contestar con exactitud a su pregunta. No obstante y basándonos en las estimaciones que de dicha composición ha elaborado el doctor Hall, creemos que debe ser destruido por lo menos catorce días antes de que los fragmentos restantes alcancen nuestro planeta. Si se hace después, los efectos de la radiación podrían ser graves y en algunos casos, puede que incluso fatales. Esta estimación da por contado que pasarán dos días más antes de que comiencen a atravesar la atmósfera cantidades considerables de polvo.

—¿Cuándo debe hacerse el lanzamiento? —preguntó Ngordon.

—Esperamos hacerlo dentro de nueve días, el día 27, embajador —contestó el doctor Johnson—. Si conseguimos estar preparados para esa fecha, los misiles alcanzarán el asteroide treinta y cuatro días después, el 31 de julio, en un punto situado a treinta y siete millones de kilómetros de la Tierra. De esta forma pasarán quince días antes de que el polvo alcance la Tierra, es decir, un día más del mínimo necesario.

—Entonces, ¿podrá hacerse?

—Sí, señor. Pero debemos contar con el pleno apoyo de la ONU y, en particular, con el de los países que poseen las lanzaderas necesarias.

—Señor presidente —empezó el embajador estadounidense Jackson Clark dirigiéndose al presidente del Consejo de Seguridad, el embajador Ngordon—, creo que sabe que puede contar con el apoyo incondicional del pueblo norteamericano en este proyecto. Sé que hablo en nombre de nuestro presidente al afirmar que proporcionaremos todos los misiles Minuteman de los que dispongamos. Y tengo el convencimiento de que los científicos e ingenieros estadounidenses trabajarán día y noche si es necesario para prestar todo el apoyo técnico, el equipo y el personal requeridos.

Kruszkegin hizo un ofrecimiento similar en nombre de los países que antaño formaban las repúblicas de la Unión Soviética. Una de las ironías de la devastación nuclear que asoló Rusia como resultado de su ataque a Oriente Próximo era que varios centenares de los misiles de largo alcance que no llegaron a ser lanzados habían sobrevivido a la destrucción por encontrarse protegidos en silos antinucleares.

Concluidas las dos intervenciones, el embajador Clark se dirigió al doctor Johnson.

—¿Qué hay de nuestros sistemas de defensa estratégica? ¿Podrían emplearse contra el asteroide?

—Me temo que no —repuso el doctor Johnson—. Las armas de energía dirigida, entre las que se incluyen varios tipos de láser y de haces de partículas, tienen suficiente alcance para llegar al objetivo, pero ni siquiera la suma de la potencia de todas ellas lograría efecto alguno sobre un cuerpo con la masa de la que hablamos. Sus fuentes de energía se idearon para emitir ráfagas dirigidas contra el objetivo durante un corto espacio de tiempo y no para realizar un asalto continuo sobre un objetivo de gran tamaño. En cuanto a las armas de energía cinética —principalmente las de base terrestre y algunos de los interceptores en órbita—, sí que disponen de un poder destructivo mayor, pero por el contrario no poseen el alcance suficiente para llegar al objetivo.

El embajador Clark asintió para indicar que se hacía cargo de la situación.

La reunión se prolongó algún tiempo más, y cuando ya parecía que se habían resuelto lo mejor posible los asuntos que les ocupaban, Christopher, que hasta entonces había permanecido en silencio, dirigió una nueva pregunta al doctor Johnson.

—Me preocupan los otros dos asteroides —dijo—, ¿están convencidos de que no representan una amenaza?

—Sí, señor —contestó Johnson—. Como mostraba la simulación, los dos primeros asteroides van a pasar muy cerca —más cerca que cualquier otro gran asteroide de la historia conocida—, pero no representan amenaza alguna.

—¿Cabe alguna probabilidad de que sus cálculos sobre la trayectoria de los dos primeros asteroides sean erróneos? Me da la sensación de que nos estamos confiando demasiado.

—Señor, comprendo su preocupación, pero los cálculos han sido fijados independientemente por catorce observatorios y universidades diferentes. Se han verificado hasta tres veces, y el margen de error no ha sido en ningún caso superior o inferior a los cien kilómetros, que son aproximadamente sesenta millas.

Christopher dejó escapar un suspiro y dio unos golpecitos con el bolígrafo en la mesa, como si reflexionara sobre cómo abordar la cuestión para obtener la respuesta que deseaba oír.

—Pero ¿qué pasará después? Por sus explicaciones se deduce que las nuevas órbitas de los asteroides los llevarán a cruzarse regularmente con la órbita terrestre. ¿Acaso no podrían representar una amenaza en el futuro? ¿No sería mejor destruirlos ahora?

—Hay que tener en cuenta en todo momento, señor embajador —contestó el doctor Johnson—, que la órbita terrestre abarca un espacio enorme. El hecho de que un asteroide la cruce no va a suponer siempre una amenaza. Como indicábamos

antes, hay miles de asteroides que cruzan la órbita terrestre, pero el cálculo de cada una de sus órbitas permite predecir si alguno de ellos llegará a suponer una amenaza para la Tierra en algún momento de los próximos millones de años. Si nos basamos en estas estimaciones, podemos concluir que ni el 2031 KD ni el 2031 KE volverán a acercarse a menos de un millón seiscientos mil kilómetros de la Tierra hasta dentro de tres millones y medio de años. Claro está que, por si acaso, seguiremos observándolos de cerca, al igual que vigilamos periódicamente las órbitas de otros asteroides Apolo y Amor.

Christopher parecía desesperado por obtener una respuesta diferente. Decker no estaba del todo seguro si la suya era una causa perdida o no. Milner y Christopher habían insistido en lo inevitable de la destrucción anunciada por Juan y Cohen, al menos por el momento. Él no estaba de acuerdo, pero carecía de los argumentos suficientes para discutir sobre profecías y el destino con hombres como Milner y Christopher. Aun así, al observar y escuchar a Christopher, Decker supo que, en aquel preciso instante, éste buscaba alguna razón, la que fuera, para destruir los dos primeros asteroides antes de que pudiesen alcanzar la Tierra. La comunidad científica aseguraba que los asteroides 2031 KD y 2031 KE no representaban amenaza alguna para el planeta y Christopher quedaría en ridículo si planteaba la destrucción de los asteroides por parte de la ONU basándose solamente en lo que decían dos fanáticos tarados. Pero Juan y Cohen habían profetizado una catástrofe devastadora y si poseían el poder suficiente para lanzar los asteroides contra la Tierra desde el espacio, era muy poco probable que a estas alturas fallaran el blanco, por mucho que las simulaciones indicaran lo contrario. El propio Christopher había reconocido que Juan y Cohen no podrían, es más, no debían ser detenidos hasta que buena parte de la devastación que anunciaban fuese un hecho. Christopher sabía, mejor que nadie, que cualquier intento por detenerles sería en vano. El arresto con que a pesar de todo continuaba luchando por aquella causa inútil no hizo sino aumentar la admiración que Decker ya sentía hacia él.

—¿Y si nos sirviéramos de los dos primeros asteroides para ensayar la metodología de destrucción planeada para el tercero? —insistió Christopher—. ¿Acaso no es lógico... bueno... hacer una prueba intentando destruir los dos primeros asteroides y comprobar que la teoría y tecnología que planean utilizar con el tercer asteroide son las correctas?

La idea cayó bien entre los otros miembros permanentes y temporales del Consejo de Seguridad, y muchos asintieron convencidos de la lógica de la sugerencia. Decker contuvo la respiración. ¿Era posible que la razón fuera a vencer las siniestras tentativas de Juan y Cohen?

—Señor embajador —contestó el doctor Johnson—, aunque lo que dice tiene mucho sentido, existen tres razones por las que su idea no puede llevarse a cabo. En primer lugar, si hiciéramos un lanzamiento contra uno de los dos primeros asteroides y nuestros cálculos no fueran del todo exactos, entonces, en lugar de destruir el

objetivo, podríamos alterar su trayectoria y correr el riesgo de lanzarlo directamente contra la Tierra. Segundo, en el caso de que el lanzamiento tuviera éxito y destruyéramos el 2031 KD o el 2031 KE, entonces, tal y como demostraba la simulación de la destrucción del tercer asteroide, los restos saldrían disparados en todas direcciones. Aun cuando pudiésemos efectuar el lanzamiento dentro de nueve días, los misiles sólo alcanzarían los asteroides cuando estuvieran a dos días y medio de la Tierra. La lluvia de desechos resultante de la explosión seguiría siendo radioactiva y podría producir miles de muertos. Y por último está el problema de los recursos. Todos los recursos de los que disponemos, incluido el tiempo, deben reservarse para el 2031 KF, que es el que representa la amenaza.

Ante una respuesta tan contundente e indiscutible, era absurdo seguir discutiendo. Si la ciencia afirmaba que los dos primeros asteroides no constituían riesgo alguno, nada iba a convencer a nadie de lo contrario.

EN VÍSPERAS DE LA DESTRUCCIÓN

QUINCE DÍAS DESPUÉS. OBSERVATORIO DE SACRAMENTO PEAK, NUEVO MÉXICO

Mary Ludford se enjugó las lágrimas antes de asomarse al espejo del baño para comprobar su aspecto. Tenía los ojos enrojecidos, lo que podía atribuirse fácilmente a la falta de sueño; aquellas dos últimas semanas habían estado plagadas de madrugones y trasnoches. En el fondo no se consideraba merecedora de tantas atenciones, pero lo cierto era que desde que saltó la noticia sobre los asteroides, los medios habían hecho de ella una suerte de heroína internacional, y el cansancio venía a ser el precio que el mundo exigía a sus celebridades. Ahora le iba a servir de excusa. Era mucho más sencillo achacar su aspecto al agotamiento que reconocer que había llorado.

A pesar de la naturaleza nada heroica del descubrimiento, lo cierto era que había sido ella la primera en detectar la amenaza y, con ello, la responsable de proporcionar al mundo el tiempo necesario para preparar su defensa. Aparte, estaba en la naturaleza misma de los medios informativos el deseo de ponerle cara a un tema tan complejo. Así que allí estaba Mary Ludford en las portadas de *Newsweek*, *Time* y *News World*; en los telediarios y tertulias televisivas; en numerosos programas especiales que radio y televisión dedicaban ahora a los asteroides; y en el escenario central, ofreciendo sus comentarios, mientras se producía el lanzamiento de los misiles que habrían de destruir el tercer asteroide gigante, el 2031 KF. Los lanzamientos se habían efectuado sin incidencias. Cada misil había partido en el momento justo de la secuencia planeada y luego, después de dibujar una órbita alrededor de la Tierra, había continuado su veloz avance hacia aquella masa amenazante, situada a ciento dos millones de kilómetros de distancia. El éxito parecía asegurado, y así, una vez entrevistados expertos y «gente de la calle», y aireadas la inquietud y confusión reinantes, los medios informativos volvieron a centrar su atención en Mary Ludford.

Ahora que la destrucción del tercer asteroide era casi un hecho, la aclamación general debería haber brindado a Mary unos días de entusiasmo y diversión, un soñado periodo de hoteles de lujo y restaurantes caros, de codearse con gente famosa y poderosa. Pero al agotamiento se sumaba un pensamiento que había turbado su mente desde el primer momento en que los focos se fijaron en ella. ¿Qué ocurriría si su padre la veía en la televisión? ¿Intentaría telefonarla? Al principio temió que pudiese llamarla. Si lo hacía, ¿qué iba a decirle? ¿Sería capaz de hablarle a pesar de la ira que sentía hacia él por haberlas abandonado a ella y a su madre? Luego tomó la determinación de que si, en efecto, la llamaba, le lanzaría sus reproches y luego le colgaría el teléfono. Mary ensayó mentalmente lo que iba a decirle e incluso practicó

con el auricular cómo colgarle. Pero entonces empezó a esperar ansiosa la llamada, temiendo que ésta no se produjese. Luego abandonó su plan anterior y pensó que si la llamaba, tal vez pudieran hablar. Tal vez tuviera él alguna razón que explicara el porqué de su partida. No podía ser una buena razón, pero sí una comprensible, una que la animase a perdonarle.

Ahora sabía que no había hecho sino engañarse. Ya habían pasado dos semanas desde que la entrevistaron por primera vez en un canal internacional, y su padre no había intentado ponerse en contacto. Era imposible que no la hubiese visto por televisión o en las revistas y periódicos. Y allí estaba ella, como una tonta, malgastando sus lágrimas por alguien a quien aparentemente ni siquiera le importaba si ella existía o no. De nuevo decidió que le colgaría el teléfono si la llamaba. No se le ocurrió que al decidir no pensar más en él volvía al principio de aquel círculo vicioso. Lo cierto era que no podía dar por perdida la esperanza.

Satisfecha con su aspecto, el más presentable posible, y con la falsa determinación de no dedicar más tiempo a sufrir por su padre, Mary Ludford salió del aseo para volver a reunirse con los investigadores científicos y los periodistas que llenaban la sala de conferencias del edificio del laboratorio principal para repasar los detalles de última hora. Después se dividirían en grupos y se trasladarían a las tres instalaciones independientes desde donde iban a realizarse las actividades de aquella noche. Cuando llegó, la reunión había concluido y la sala de conferencias estaba vacía.

Mary recorrió lentamente la calle en dirección noroeste; dejó atrás las furgonetas de la prensa y se adentró en el camino que, entre árboles, conducía al Hilltop Dome. Quienes vivían y trabajaban en el observatorio se habían acostumbrado al aire enrarecido, pero para los no habituados, los casi tres mil metros de altitud a los que se encontraba Sacramento Peak no se prestaban a caminatas a paso ligero. Detrás de ella se elevaba el Grain Bin Dome^[9], el insólito edificio del primer Observatorio de Sacramento Peak, así llamado por haberse erigido a partir de un viejo almacén agrícola. Más atrás se levantaba la John W. Evans Solar Facility, una construcción de aspecto mucho más tradicional, dedicada principalmente a la investigación de la fotosfera, la cromosfera y la corona solares. A su izquierda, la estructura más emblemática del complejo, la torre blanca del Tower Telescope, destacaba con sus imponentes cuarenta metros de altura contra el cielo nocturno. En su interior, el telescopio se adentraba en el seno de la montaña otros sesenta y siete metros a lo largo de un pozo abierto. Era un instrumento imponente, pero estaba específicamente diseñado para observaciones solares y carecía de utilidad para rastrear y observar asteroides. Éste iba a ser el único de los cuatro observatorios de Sacramento Peak que permaneciera inactivo aquella noche.

El Observatorio de Sacramento Peak, que durante setenta años había funcionado casi exclusivamente como observatorio solar, no era la única instalación que iba a modificar su cometido habitual. En el proyecto participarían más de doscientos

observatorios de todo el mundo, muchos de los cuales estaban especializados en otros campos de la astronomía y nunca se habían consagrado al estudio de asteroides.

A pesar de la escasez de oxígeno, Mary decidió continuar su paseo más allá del Hilltop Dome hasta el mirador situado entre éste y el Tower Telescope. La noche era clara y permitía divisar al sudoeste, más allá de la vasta extensión de dunas de yeso de la cuenca del Tularosa, los montes de San Andrés y el pico Organ. Las luces de El Paso, en el Estado de Texas, resplandecían en la distancia, al sur. Al elevar la vista hacia el cielo septentrional, fijó su mirada en los dos objetos que la habían sacado de su tranquilo estudio sobre galaxias en recesión. Los dos eran visibles a simple vista desde hacía dos noches, pero ahora resultaban inconfundibles en el firmamento; dos puntos brillantes algo por encima del horizonte casi justo al norte. En su posición actual, el segundo y más pequeño de los asteroides (el 2031 KE) se encontraba algo más arriba que el primero (el 2031 KD) en el cielo. Pero según avanzara la Tierra por su órbita, el 2031 KE daría la impresión de precipitarse por debajo del primero, y tres horas después de que el 2031 KD surcara los cielos del hemisferio occidental, el 2031 KE desaparecería tras el horizonte para proseguir su trayectoria por el firmamento de la mitad oriental del globo.

Mary desanduvo el camino hasta el Hilltop Dome. Al entrar en la instalación miró hacia el enorme monitor de la pared, que ofrecía una imagen telescópica de los asteroides. Además de realizar numerosas pruebas, estimaciones y estudios, los observatorios situados a lo largo de los itinerarios de los asteroides actuaban como estaciones de localización, desde las que se seguía el avance de los asteroides y se proporcionaba información por satélite al resto de observatorios y a las emisoras de televisión de todo el mundo. El telescopio Hubble había sido orientado de forma que pudiera ofrecer la mejor vista de la aproximación de los asteroides al planeta desde el norte. Al principio, los asteroides se encontraban dentro del campo de visión del telescopio en órbita, pero al acercarse, había sido necesario enfocarlos por separado. Ahora, a pocas horas de su paso y desaparición, el Hubble centraría su observación en el primer asteroide hasta que éste dejara la Tierra atrás, y luego rotaría rápidamente para enfocar el segundo.

La cobertura por televisión y en Internet incluía dos emisiones vía satélite en las que se apreciaba de forma ininterrumpida la aproximación de ambos asteroides. Hasta pocas horas antes, habían ofrecido una imagen nada espectacular, en forma de dos diminutos puntos de luz sobre un fondo plano. Su interés radicaba en los dos contadores digitales que, en la esquina inferior derecha de la imagen, marcaban la distancia entre cada uno de los asteroides y la Tierra. Ciento cuatro mil seiscientos kilómetros por hora era una velocidad que sin duda sorprendía a la mayoría de los espectadores, pero se decía que incluso los más entendidos habían dado muestras de asombro al comprobar cómo los contadores de distancia avanzaban a una velocidad de veintinueve kilómetros por segundo. Otras cadenas de televisión ofrecían programas especiales sobre los asteroides, durante los cuales se actualizaban con

frecuencia los datos referentes a su aproximación.

A pesar de tan amplia cobertura mediática, muchos habían preferido observar los asteroides en directo, y los comercios no tardaron en agotar sus existencias de telescopios para aficionados y prismáticos de alta precisión. El avistamiento de diversos objetos, tanto reales como imaginados, por parte de un puñado de observadores sobreexcitados e inexpertos había provocado pequeñas escenas de pánico al ser interpretados como un posible nuevo grupo de asteroides que se precipitaba contra la Tierra. Pero la histeria no se limitaba a estos pocos. A pesar de los repetidos llamamientos a la tranquilidad por parte de la ONU y de investigadores científicos de todo el mundo, había quienes seguían insistiendo en interpretar el suceso como el anuncio del fin del mundo. Para otros, el paso de los asteroides constituía, más que un motivo de preocupación, una excusa para celebrar extravagantes fiestas del fin del mundo.

Las autoridades locales habían reparado en cómo el incremento en las ventas de telescopios y prismáticos se había visto acompañado de un importante aumento de denuncias por delitos de voyeurismo y de exhibicionismo por parte de quienes deseaban ser espiados. Pero la policía apenas tenía tiempo para ocuparse de estas faltas, debido al drástico incremento de delitos más graves, como asesinatos, violaciones y robos, perpetrados en su mayoría por delincuentes convencidos de que, ante la probabilidad de que llegara el fin del mundo, convenía disfrutar al máximo del poco tiempo que les quedaba.

Muchas series de televisión se habían apresurado a modificar el guión para incluir la aproximación de los asteroides en sus historias, y un culebrón que llevaba ya tiempo en antena y que empezaba cada capítulo con una vista de la Tierra girando en el espacio añadió a la escena una imagen generada por ordenador de los asteroides.

Para otros, en particular los proclives a la depresión, el temor al fin inminente había sido más de lo que podían soportar. Las clínicas especializadas en cuidados paliativos se vieron tan superadas por la petición de citas que no habían tenido más remedio que suspender por completo las consultas sin cita previa. Sencillamente, carecían de personal médico y administrativo suficiente para hacer frente a la demanda. La tensión de la espera a recibir estos cuidados había resultado tan insoportable para algunos que, sin más, habían optado por acabar con sus vidas sin asistencia médica alguna.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

En el despacho privado de su residencia oficial de Nueva York, el embajador italiano Christopher Goodman, acompañado de Robert Milner y Decker Hawthorne, observaba en el televisor la aproximación de los asteroides. A los comentaristas y presentadores de noticias se les veía faltos de material con el que llenar la última hora antes de que el primer asteroide empezara a surcar el cielo del hemisferio occidental.

A estas alturas ya se había entrevistado a todas las personas posibles y se habían emitido una y otra vez todas las noticias paralelas imaginables.

Decker cambió de canal y escuchó los últimos minutos de un informe que hablaba de cómo pequeños grupos de personas se habían reunido en distintos rincones del mundo para entonar cánticos y concentrarse a fin de crear un «escudo mental positivo» que protegiese a la Tierra de los asteroides. Decker sacudió la cabeza.

—¿Os lo podéis creer? —preguntó retóricamente.

—Pues no es muy distinto de lo que hicieron Juan y Cohen para desatar el desastre que se nos viene encima —contestó Christopher.

—Entonces, ¿pueden evitarlo? —preguntó Decker señalando a los cantores, repentinamente animado por tan inesperado rayo de esperanza.

Christopher negó con la cabeza.

—No. Juan y Cohen son demasiado fuertes, y aquí nuestros amigos cantores son todavía demasiado débiles. Pero es importante que lo intenten. Ahora son como niños. La sabiduría de la infancia les permite adivinar lo que debe hacerse, pero carecen de la fuerza necesaria para conseguirlo, y, sin embargo, siguen intentándolo. Sobre ellos se erigirá la Nueva Era.

OBSERVATORIO DE SACRAMENTO PEAK, NUEVO MÉXICO

Transcurrida otra media hora, la silueta del primer asteroide comenzó a tomar una forma más nítida ante los televidentes y quienes trabajaban en los observatorios. A poco más de sesenta y nueve mil kilómetros de distancia, ya podía distinguirse con claridad la superficie salpicada de pequeños cráteres. Su extraña silueta, semejante a la de un habano algo torcido y arrugado, y su envergadura, de casi veinte kilómetros, hacían que tanto en tamaño como en forma guardara bastante parecido al asteroide Eros. Rotaba sobre un eje situado aproximadamente a una tercera parte de su longitud por cada extremo, por lo que parecía tambalearse en lugar de girar. El segundo asteroide, situado ahora a una distancia de la Tierra similar a la de la Luna, era mucho más esférico y de unos dos kilómetros y medio de diámetro.

En la pantalla, la imagen cambiaba cada poco tiempo. Unas veces se centraba en uno u otro de los asteroides, y otras se dividía en dos para mostrar a ambos simultáneamente. Los asteroides estaban ya tan próximos a la Tierra que cada cambio de perspectiva revelaba una nueva e impresionante visión de los visitantes interplanetarios.

Los astrónomos del Observatorio de Sacramento Peak se encontraban ya inmersos en los últimos preparativos necesarios para realizar sus experimentos y tareas de observación. Sólo ocho miembros de la plantilla, compuesta por treinta y cinco investigadores científicos y veintidós asistentes, estudiantes de doctorado, iban a permanecer en sus puestos en el Hilltop Dome, desde donde Mary Ludford era testigo del acontecimiento. Los periodistas se repartieron en pequeños grupos por los

diferentes observatorios para cubrir cada instante de tan histórico momento. Mary hubiese preferido participar activamente en las tareas de investigación, pero no estaba suficientemente familiarizada con las peculiaridades de los equipos de Sacramento Peak. Por otra parte, el acoso de la prensa apenas la habría dejado tiempo para hacer algo de provecho.

Periodistas de medio mundo cubrían un aspecto u otro de la noticia, así que no había momento en el que alguno de ellos no estuviera haciéndole preguntas, tomando notas de sus reacciones a la evolución del suceso o merodeando a su alrededor por si se le ocurría decir o hacer algo que pudiera ser noticia. En aquel preciso instante sólo la acompañaban un periodista y un cámara, y como parecía que Mary no iba a decir o hacer nada de relevancia por el momento, el reportero le hacía preguntas sobre lo que en ese momento ocurría a su alrededor. Ella nunca había utilizado un equipo exactamente igual al de Sacramento Peak, pero sabía lo suficiente como para responder a sus consultas.

Cuando por fin no tuvo más que preguntar, el periodista se sentó en una banqueta a observar la aproximación de los asteroides en la pantalla gigante. Pasados unos cinco minutos volvió a la carga.

—¿Por qué se desvía la imagen? —preguntó mientras observaba la imagen partida de los dos asteroides.

Mary miró hacia la pantalla.

—¿A qué se refiere? —preguntó al no observar alteración alguna.

—La imagen del primer asteroide, la de la izquierda de la pantalla, se está desviando lentamente hacia la derecha.

Mary observó con detenimiento la pantalla durante un momento. Creyó percibirlo también, pero la deriva era tan tenue que no estaba del todo segura.

—Tal vez parezca que se esté desviando debido a la rotación del asteroide —sugirió.

—No, en serio —insistió él—. Hace unos minutos estaba más a la izquierda de la pantalla. Es evidente que se está desviando hacia la derecha.

Mary intentó recordar si la imagen había cambiado en los últimos minutos. Lo cierto era que sí que le parecía que antes la imagen había estado algo más centrada en la pantalla.

—Es probable que esta imagen la estemos recibiendo desde un observatorio diferente al de hace unos minutos. El asteroide no está tan centrado en el campo de visión de este telescopio como en el anterior.

—No, no puede ser por eso —insistió el periodista—. Llevo rato observando. Las imágenes por satélite siguen procediendo del Observatorio Dominion de Astrofísica de Canadá. —Consultó sus notas y dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre el lugar donde así lo había anotado antes de añadir—: No ha cambiado en los últimos veinte minutos.

Mary miró el monitor, que indicaba el origen de la señal por satélite desde la que

se obtenía la imagen. No estaba muy segura, pero el periodista podía estar en lo cierto. Aunque tampoco es que importara demasiado; ahora ya era más que evidente que el primer asteroide estaba desviándose lenta pero constantemente hacia la derecha.

—Iré a preguntar —dijo.

Mary se acercó al doctor Alvin Taylor, jefe del equipo científico de la John W. Evans Solar Facility, del Observatorio de Sacramento. Se había pedido a los periodistas que se mantuvieran alejados del equipo y de la zona de trabajo para no entorpecer la labor de los investigadores, normas que Mary consideró no la incluían a ella.

—Disculpe —le dijo al doctor Taylor, que en ese momento acababa de hablar con una de las investigadoras del equipo.

—¿Sí? —contestó el doctor Taylor al tiempo que la otra científica descolgaba un auricular y empezaba a marcar un número de teléfono.

—Verá, estábamos ahora mismo fijándonos en la imagen del 2031 KD —empezó, refiriéndose al primer asteroide—, y parece que se desvía lentamente hacia la derecha de la pantalla.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —contestó Taylor—. La doctora Lane está telefoneando al Observatorio Dominion de Astrofísica para ver qué ocurre —añadió, e hizo un gesto señalando hacia la mujer que estaba al teléfono.

Mary y el doctor Taylor permanecieron en silencio mientras prestaban oído a la conversación e intentaban adivinar de qué se hablaba, pero la brevedad de la llamada no les permitió sacar nada en claro.

—Sí. De acuerdo. Buena suerte —escucharon que decía la doctora Lane antes de dar por finalizada la conversación.

—Son conscientes del problema —le dijo la doctora Lane al doctor Taylor tan pronto hubo colgado—. Creen que se trata de un error acumulativo causado por su sistema de posicionamiento por segmentos. Están intentando corregirlo.

El Observatorio Dominion de Astrofísica, emplazado en una boscosa colina justo al norte de Victoria, en el extremo sur de la isla de Vancouver, en el Estado de la Columbia Británica, destacaba en el campo del estudio de las estrellas variables, las estrellas Beta Cep, las órbitas de estrellas dobles y el estudio de la distribución periódica de los elementos químicos. Los asteroides no eran ni mucho menos su especialidad, pero al igual que muchos otros observatorios, el Dominion había dejado de lado sus tareas habituales para participar en aquella oportunidad sin precedentes. Había sido designado observatorio principal para este tramo de cobertura debido a su emplazamiento septentrional y a la reciente puesta en marcha en sus instalaciones de un telescopio de espejo fragmentado (SMT)^[10] de 7,6 metros. Con un diámetro una vez y medio mayor y una potencia de absorción de luz dos veces y un cuarto mayor que el antaño célebre telescopio de doscientas pulgadas de Mount Palomar, el SMT del Dominion empleaba un mosaico de espejos hexagonales que desde el punto de

vista óptico funcionaba de forma parecida a un espejo monolítico. A fin de obtener una imagen coherente, cada segmento debía ser reposicionado continuamente con respecto al resto de espejos que conformaban el mosaico. Ello se conseguía mediante una serie de sensores y actuadores de posición emplazados en los soportes de los espejos, que mantenían un enfoque común con el resto de segmentos. Estos sensores y actuadores parecían ser el origen del problema.

—Si no consiguen arreglarlo —dijo la doctora Lane—, pasarán a emitir la imagen del observatorio de reserva, que si no me equivoco es... —Lane echó un vistazo al programa que llevaba en una carpeta de pinza—. Sí, en efecto. Es el de Kitt Peak.

OBSERVATORIO DE KITT PEAK, ARIZONA

La cúpula blanca del Observatorio Steward se levantaba como un hongo gigantesco de color blanco entre los riscos y paredes de granito de Kitt Peak, desde donde se cernía imponente sobre la reserva de los indios papago. Sede de la mayor concentración de telescopios en funcionamiento del hemisferio norte y acreditado con numerosos adelantos en instrumental astronómico, Kitt Peak cumplía en esta ocasión el papel de observatorio de apoyo al Observatorio Dominion de Astrofísica de Canadá. Los investigadores de Kitt Peak no esperaban que llegara a ser necesaria su ayuda, pero si se diera el caso no tenían más que conectar su equipo emisor y sincronizarlo con las coordenadas de emisión del Dominion para reemplazarlo. No obstante, cuando sonó el teléfono en Kitt Peak, el doctor Chapman trataba de solventar un problema propio, y ni él ni sus colegas habían advertido el defecto en la emisión de las imágenes desde el Dominion.

—Doctor Chapman, soy el doctor Watson, del Observatorio Dominion de Canadá —dijo la voz al otro lado del auricular—. Estamos teniendo problemas con nuestro telescopio de 7,7 metros. Hasta el momento hemos podido compensar el error, pero creo que será mejor que tomen ustedes las riendas por si acaso.

—Gracias —dijo Chapman—, pero me temo que nuestro SMT de once metros también está dando problemas. No conseguimos averiguar la causa, pero todo apunta a un error acumulativo en el sistema de posicionamiento del segmento, que ha hecho que parezca que el asteroide haya modificado su trayectoria.

Entre ambos interlocutores se hizo un largo silencio.

—¿Hola? —dijo el doctor Chapman, temiendo que se hubiese cortado la comunicación.

—Sí, sigo aquí —contestó el doctor Watson desde Dominion—. ¿Hace cuánto que ha empezado?

—Pues nos hemos dado cuenta hace unos diez minutos —repuso Chapman.

De nuevo se hizo el silencio.

—¿Han estado observando nuestra imagen? —preguntó Watson pasados unos instantes.

—Hace un rato que no, la verdad. Como ya le comentaba, hemos estado muy ocupados con nuestro propio equipo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

—Será mejor que eche un vistazo.

El doctor Chapman se echó hacia atrás en la silla y, torciendo el cuello para sortear la mesa que ocupaba su campo de visión, miró la imagen partida de los dos asteroides que ofrecía la gran pantalla. Tardó escasos segundos en apreciar la variación en la trayectoria, y cuando lo hizo no podía creer lo que veían sus ojos. Chapman se levantó de un salto, auricular en mano, para obtener una mejor perspectiva de la pantalla. Pero ni la mejora en el campo de visión ni el nuevo ángulo cambiaron las cosas; y apenas necesitó un instante para darse cuenta de lo que ocurría. No podía ser una coincidencia. Era imposible.

Al otro lado de la línea, el doctor Watson sólo podía escuchar el sonido de fondo de varias voces masculinas.

—¡Tom! ¡Frank! —exclamó Chapman, llamando a sus colegas—. ¡Mirad esto! —gritó, y señaló hacia el monitor.

Los dos investigadores levantaron la vista hacia el monitor, se giraron hacia la imagen que en ese momento proporcionaba su propio telescopio y volvieron a mirar a Chapman; en sus miradas se leía el mismo interrogante: ¿estaba el monitor ofreciendo la imagen de su telescopio? Chapman negó con la cabeza como respuesta. El más alto de los dos hombres miró hacia un pequeño monitor que indicaba la fuente de la que procedía la imagen; el otro volvió a mirar con asombro la imagen del monitor grande.

—¿Qué ocurre? —preguntó el doctor Watson, inquieto ante tan prolongado silencio, pero Chapman no contestó.

—¡No puede ser! —oyó que gritaba el doctor Watson al otro lado del auricular. La exclamación no hizo sino confirmar sus peores temores.

—¿Han contrastado esto con alguien más? —preguntó Chapman a Watson con urgencia en la voz—. ¿Qué hay del Hubble?

—No cuelgue —dijo Watson—. Lo comprobaremos ahora mismo.

Lo cierto era que no hacía falta, porque Kitt Peak estaba perfectamente equipado para verificar lo que ocurría; aun así, Chapman permaneció al teléfono unos cuarenta y cinco segundos y escuchó la reacción de histeria que se producía al otro lado del auricular cuando Watson informó al resto del equipo del Observatorio Dominion de Astrofísica sobre el resultado de la llamada. A continuación colgó y volvió a sentarse, sin esperar la respuesta de Watson. A su espalda, los periodistas habían traspasado la barrera invisible que debía impedirles interrumpir la labor de los investigadores, y exigían ser informados sobre lo que ocurría. Los otros dos astrónomos se apresuraron a telefonar al resto de observatorios, con la esperanza de que alguno les dijera que estaban equivocados, pero no había error alguno. Y pocos minutos después pudieron confirmarlo.

El asteroide 2031 KD había cambiado inexplicablemente de trayectoria y se

dirigía peligrosamente hacia la Tierra. Era imposible determinar *dónde* se produciría el impacto, ni siquiera si *habría* un impacto; no quedaba tiempo para elaborar una simulación. El asteroide no estaba más que a trece mil novecientos kilómetros y llegaría a la atmósfera exterior de la Tierra en menos de ocho minutos.

ROCA EXTRATERRESTRE

A las 7h 33m 22s hora de Greenwich (GMT), a quinientos diez kilómetros de la superficie de la Tierra y justo encima de Tiski, pueblo del norte de Siberia situado en las proximidades del delta del Lena, el asteroide 2031 KD penetró a una velocidad de veintinueve kilómetros por segundo (ciento tres mil setecientos kilómetros por hora) en la región más remota de la ionosfera terrestre. El ángulo de descenso era tan agudo que recorrió más de once kilómetros en paralelo a la superficie de la Tierra por cada kilómetro y medio de caída. Con ese ángulo de descenso, la densidad de la atmósfera aumentó con relativa lentitud, por lo que la temperatura de la superficie del asteroide fue subiendo a un ritmo de doce grados centígrados por segundo. Este lento pero estable incremento de la resistencia de la atmósfera, más densa, contra la forma irregular del asteroide, combinado con su peculiar eje de rotación, hizo que el objeto empezara a tambalearse y dar vueltas.

Ochenta y un segundos después de atravesar la ionosfera, a una altitud de casi ciento setenta y cuatro mil metros, la fricción de la atmósfera sobrecalentó la capa exterior del asteroide, que empezó a brillar. Dieciséis segundos más tarde penetraba las zonas exteriores de la estratosfera, a noventa y seis kilómetros de la superficie terrestre. Casi al mismo tiempo, la temperatura de la corteza del asteroide alcanzó mil quinientos veintisiete grados centígrados, punto de fusión de la aleación de níquel y hierro que componía la mayor parte de su masa, cuyos giros eran ya frenéticos. Llegado este punto, comenzaron a desprenderse del coloso de veinte kilómetros de ancho millones de diminutos fragmentos de ablación de metal fundido, dejando una estela metálica de níquel-hierro al rojo vivo que, combinada con la fricción del asteroide, sobrecalentaba la atmósfera circundante.

De haber sido más esférico, el asteroide habría conservado la misma trayectoria que llevaba al penetrar en la atmósfera. Lo que le habría llevado a pasar a cuarenta y seis kilómetros de la superficie terrestre sobre el norte de Canadá y, sin llegar jamás a colisionar con la Tierra, habría continuado su curso durante seis minutos y medio hasta regresar al espacio. Así había ocurrido en agosto de 1972, cuando un meteoro de tamaño considerable había atravesado la atmósfera sobre el oeste de Estados Unidos y Canadá. Pero en esta ocasión, las condiciones eran diferentes dada la forma irregular del asteroide. En su avance por un aire más y más denso, el asteroide soportaba sobre él el empuje cada vez mayor de dos fuerzas opuestas, inercia y resistencia. De la misma manera que el diseño del ala de un avión permite que éste se eleve, la forma y el movimiento del asteroide se combinaban para lanzarlo en la dirección opuesta, es decir, contra el suelo. De momento ganaba la inercia, pero la resistencia ya había hecho que el asteroide descendiera varios kilómetros, y a cada kilómetro que descendía el aire se hacía más espeso y la resistencia mayor.

Sería poco riguroso afirmar que el asteroide estaba cayendo; la gravedad de la Tierra apenas ejercía influencia alguna en su rumbo. La velocidad al entrar en la atmósfera era más de dos veces y media superior a la necesaria para escapar a la fuerza de la gravedad de la Tierra, y ahora, esa velocidad había disminuido relativamente poco, sólo 0,9 kilómetros por segundo. No obstante, había otros factores que sí que podían alterar el rumbo del asteroide con respecto a la superficie terrestre. Entre ellos estaba el incesante progreso de la Tierra en su órbita alrededor del Sol, la curvatura de la Tierra y, en menor medida, la rotación propia de la Tierra, a una velocidad comparativamente lenta de unos mil seiscientos nueve kilómetros por hora. El efecto de la combinación de estos tres factores era que la ruta del asteroide dibujaba una curva como la que dibuja una pelota lanzada con efecto, desviándolo ligeramente hacia el este en su inexorable rumbo hacia el sur, mientras se aproximaba cada vez más a la superficie terrestre.

Escasos segundos después, sobre el mar de Beaufort, al norte de bahía Mackenzie en los Territorios del Noroeste de Canadá, el asteroide alcanzó un punto crítico en su aproximación. Según las leyes físicas cualquier onda de choque generada a una altitud superior a cincuenta y nueve mil metros no alcanza el nivel del suelo, ya que rebota en la zona inferior de la atmósfera, de mayor densidad. En esta ocasión, sin embargo, ciento once segundos después de penetrar en la atmósfera y mientras el asteroide rebasaba los cincuenta y nueve mil metros de altitud, una onda de choque de la potencia del más devastador de los terremotos resquebrajó el cielo candente.

* * *

Más abajo, cerca de Kay Point, al sur de la isla Herschel, los varones de media docena de familias esquimales inuit rastreaban pacientemente la bahía desde sus barcas —unos arpón en mano, otros con rifles de gran calibre—, a la espera de que el sucio lomo blanco y gris de alguna ballena beluga asomara a la superficie. Eran las once treinta y cinco de la noche, pero poco importaba lo avanzado de la hora, tan al norte y en esta época del año, en la «tierra del sol de medianoche». El último amanecer se había producido el 21 de junio, doce días atrás, y para el próximo atardecer, en el 18 de julio, faltaban todavía quince días. A unas decenas de metros de ellos, en tiendas junto a la orilla, dormían sus familias, a la espera de la siguiente captura, para encargarse de desollar y despojar a la ballena blanca de todo lo aprovechable. De pronto, todas las miradas se desviaron hacia el cielo, para contemplar con espanto el espectáculo que ofrecía el firmamento. Pero en cuestión de segundos la visión se adentró en el cielo meridional y desapareció.

Los hombres permanecieron en silencio, paralizados, unos instantes después del paso del asteroide. Luego, al unísono, empezaron a gritarse unos a otros en su lengua nativa; la emoción era tal que por unos momentos ignoraron por completo la pareja de ballenas beluga que había salido a la superficie a escasos veinte metros de donde

se encontraban. Entonces alguien las señaló y avisó a los demás. Aquellos cuyas barcas estaban más próximas a las ballenas desecharon el asteroide de sus pensamientos y se pusieron manos a la obra; arrancaron los pequeños motores fueraborda y acercaron cuanto pudieron sus embarcaciones de cinco metros a las despreocupadas ballenas. A la proa de cada barca se habían apostado ya dos hombres que, de pie, sostenían, uno, un arpón de mano atado por una cuerda a dos barriles metálicos de cerveza vacíos, y el otro, un rifle, con el que remataría la faena tan pronto el arpón hiciera blanco.

A una velocidad de trescientos treinta y cinco metros por segundo, pasaron tres minutos antes de que la onda de choque del asteroide alcanzara las barcas, más abajo. Cuando lo hizo, las golpeó como lo hubiera hecho un muro de ladrillo, haciendo añicos, como si de cristal barato se tratara, los cascos de fibra de vidrio, astillando los huesos de los hombres y sus familias como madera de balsa y reduciendo sus cuerpos a sacos informes.

* * *

Detrás del asteroide se formó un tremendo vacío que la atmósfera circundante se apresuró en llenar, creando una cola de aire sobresaturado sobre el océano Ártico y una racha de viento que al rizarse formó hileras e hileras de enormes ciclones, como remolinos detrás de una barca de pedales.

Para los habitantes de Kaktovik, en Alaska, doscientos un kilómetros más al oeste, el asteroide apareció en el cielo como una gigantesca estrella en llamas. (Pasaron ocho minutos y medio antes de que las primeras rachas de viento les alcanzaran; apenas dos minutos después, el pueblo entero había desaparecido en el mar Ártico y con él todos sus residentes). Para los desafortunados esquimales inuit de Kay Point, emplazados directamente bajo el asteroide, había sido como si el sol de medianoche explotara. Doce segundos después, para las gentes de Fort McPherson, trescientos veintiún kilómetros más al sur, por donde el asteroide pasó a tan sólo cuarenta y un kilómetros de la superficie, fue como si ardiera el firmamento.

Nadie en Fort McPherson entendía lo que estaba ocurriendo. Las noticias sobre el cambio de curso del asteroide empezaban a emitirse ahora por televisión y radio y, al no haber tiempo para recrear simulaciones por ordenador, nadie podía ni siquiera aventurarse a hacer estimaciones sobre el nuevo rumbo del asteroide o sobre dónde y cuándo impactaría contra la Tierra, si es que lo hacía. En Fort McPherson, los adultos señalaban y sus hijos daban palmas regocijados, como ante una exhibición de fuegos de artificio. Casi todos, grandes y pequeños, permanecían despiertos a pesar de lo avanzado de la hora para contemplar el asteroide. Les habían dicho que no iba a verse más que una luz brillante, como una estrella gigante, surcando el cielo a toda velocidad. Pero lo que vieron fue una montaña de fuego del tamaño de la isla de Manhattan que se desmoronaba sobre ellos y los dejaba atrás a una velocidad

increíble, seguida de una estela en llamas tan luminosa como la mañana misma. Fue una visión imponente que ninguno tuvo tiempo de asimilar. Cuatro segundos después, cuando el asteroide se encontraba ya ciento seis kilómetros más al sur pero seguía claramente visible por su enorme tamaño, las gentes de Fort McPherson lo seguían contemplando atónitos al tiempo que eran engullidos desde detrás por una onda de calor de proporciones nucleares.

No tuvieron escapatoria, pero la suya fue, por lo menos, una muerte rápida. Todas las personas y objetos situados en un radio de veinticuatro kilómetros al este y al oeste de Fort McPherson fueron incinerados y reducidos a cenizas en escasos segundos. Lo que no se quemó se fundió, y todo fue barrido del lugar por la tremenda onda expansiva del asteroide, y no quedó rastro en el paisaje repentinamente baldío de los hogares, escuelas o vidas de las setecientas veinte almas llenas de vigor que allí habían vivido.

Cargados con la humedad del mar Ártico y de los ríos Peel y Channel, los vientos huracanados de la estela del asteroide se extendieron en cuestión de minutos por cientos de kilómetros al este y al oeste, arrancando y derribando miles de kilómetros cuadrados de bosque virgen canadiense, borrando de la faz de la tierra a pueblos enteros, y reduciendo a escombros cuanto se encontraban a su paso. Tras ellos, gigantescas bolas de fuego, avivado por la atmósfera sobrerrecalentada y el metal fundido del asteroide, fueron arrastradas por el viento como llamas infernales, que consumían cuanto quedaba, como en un horno gigantesco, y en pocos minutos reducían bosques centenarios a brasas humeantes. Lagos y ríos enteros rompieron a hervir a borbotones, destruyendo toda forma de vida en su seno, antes de ser succionados por la inmensa fuerza del viento. El vapor se condensaba en las diminutas partículas de asteroide fundido ya frías, en el polvo y en otros residuos, y se precipitaba en forma de lluvia. Parte caía sobre la Tierra, parte era barrida a la atmósfera superior por la tremenda fuerza del viento, donde se congelaba en forma de pedriza, caía y volvía a repetir el ciclo hasta que enormes pedriscos, algunos de hasta once kilos, se precipitaron sobre la Tierra, chisporroteando, como mantequilla en una sartén, al entrar en contacto con el abrasado paisaje.

Bajo el asteroide, los escombros, incluidos objetos de varias toneladas de peso, fueron barridos y arrastrados a velocidades de miles de kilómetros por hora. Automóviles, camionetas, camiones, barcos, caravanas, aviones, losas de roca y de hormigón, fragmentos de casas y otras estructuras, junto con su contenido —tan retorcidos y destrozados que apenas guardaban algún parecido con su estado anterior—, fueron izados del suelo y transportados por el aire a cientos de kilómetros de distancia.

Unos ciento sesenta kilómetros al sur de Fort McPherson, a sesenta y seis grados latitud norte, el asteroide empezó por fin a penetrar en la noche. Sesenta y tres segundos después, diecinueve mil kilómetros al sur de donde había estado ubicado Fort McPherson, el asteroide pasó a 30,32 kilómetros sobre el oeste de Edmonton,

Alberta, la primera zona densamente poblada en su trayectoria, y descargó sobre sus setecientos cincuenta mil habitantes la misma destrucción que con anterioridad habían sufrido los de Fort McPherson, Fort Goodhope, Norman Wells, Fort Norman y Wrigley. En escasos segundos, todas las construcciones de la ciudad y su extrarradio fueron pasto de las llamas. La mayoría de la población murió con la primera explosión de calor y la lluvia de hierro fundido; el resto lo hizo escasos momentos después en los incendios o fueron absorbidos por la estela del asteroide. A la mortal fusión se sumaron explosiones de gas natural, petróleo y otros combustibles, que incineraron los restos de los pueblos y hogares de los alrededores de Edmonton como rastrojos. En las calles, el asfalto en llamas fluía como agua, formando charcos de brea allí donde el terreno formaba alguna hondonada. Aquí y allá, la intensidad del calor alcanzó temperaturas tan altas como para derretir los fragmentos de vidrio de los edificios demolidos.

En los diecisiete segundos siguientes, el asteroide pasó sobre Red Deer, Calgary y Medicine Hat descargando sobre todas una destrucción similar. Los pocos edificios que quedaron en pie en los límites occidentales de Calgary fueron derribados como castillos de arena por la onda de choque que siguió escasos momentos después. A los ocho segundos, el asteroide atravesó implacable la frontera con Estados Unidos, y sólo cuatro segundos más tarde, ahora a menos de veinticuatro kilómetros de la superficie del planeta amenazado y después de arrasarse Shelby, Havre, Great Falls, Lewiston y Roundup, alcanzó Billings, en el Estado de Montana.

La estela del asteroide, de más de cuatrocientos ochenta y dos kilómetros de largo, arrastraba con violencia los objetos que había ido recogiendo por el camino, como la cola de una cometa infantil. Entre los más pequeños se contaba un número creciente de seres antes vivos —tanto personas como animales— que, al no encontrarse lo suficientemente cerca del asteroide, no habían sido incinerados por la onda de calor, aunque sí zarandeados y despedazados. Sus cuerpos sin vida, semejantes ahora a muñecos de trapo viejos y desgastados, sufrían una tremenda presión y luego eran barridos a zonas de vacío casi absoluto, donde eran aplastados como uvas y exprimida su sangre como vino de sacrificio en honor a la roca extraterrestre. Animales salvajes, ciervos, alces, caribúes y osos, miles de cabezas de ganado y ovejas, y poblaciones enteras de pueblos y aldeas entregaban su sangre a la mezcla de lluvia y granizo tan pronto eran succionados y desplazados cientos o miles de kilómetros en escasos segundos. Entre los despojos humanos, estaban los de muchos que habían muerto las semanas previas y que, arrancados de sus tumbas recientes por la violenta turbulencia, se habían unido al cortejo del asteroide.

De forma imperceptible, salvo para los satélites meteorológicos que observaban su avance desde lo alto, y sin trascendencia alguna para quienes se encontraban a cientos de kilómetros de su trayectoria, más abajo, la velocidad del asteroide disminuía muy lentamente debido a la resistencia de la atmósfera terrestre. Para cuando alcanzó Billings, había caído a unos veinticinco kilómetros por segundo.

Treinta y un segundos y más de un millón de vidas cobradas después, cuando pasaba a 18,9 kilómetros sobre Fort Collins, Boulder, Denver y Aurora, en Colorado, la velocidad se había visto disminuida en otros 0,4 kilómetros por segundo.

Las montañas Rocosas no sirvieron para contener el viento y el calor, que las atravesó como una exhalación, y ocasionó en Grand Junction, Montrose, Cortez y Durango la misma destrucción ocurrida en bosques, lagos y ciudades de más al norte.

* * *

Kilómetro a kilómetro, ciudad a ciudad, el asteroide mantuvo inexorable su despiadado avance, destruyendo todo aquello situado a trescientos veintiún kilómetros de su ruta. Colorado Springs, Pueblo y Trinidad, en Colorado; Raton y Tucumcari, en Nuevo México; Amarillo, Lubbock, Sweetwater, Odessa, Midland, Abilene y San Angelo, en Texas; y un millar de pueblos al este y al oeste desaparecieron por completo o fueron reducidos a montones de escombros irreconocibles. Fort Worth y Dallas apenas corrieron mejor suerte. Cuando el asteroide llegó a Austin, en Texas, no habían pasado más que cinco minutos y siete segundos desde su entrada en la atmósfera. Su velocidad había disminuido a 23,8 kilómetros por segundo y su altitud era ya de tan sólo doce mil treinta y siete metros sobre el nivel del mar. El coste material y de vidas fue incalculable.

Veinticuatro segundos más tarde, después de haber devastado San Antonio y Corpus Christi, el asteroide pasó sobre Brownsville, en Texas, y Matamoros, en México, y continuó su trayectoria hacia el sudeste, cruzando el golfo de México. Su altitud era ya de tan sólo ocho mil quinientos veintinueve metros sobre el nivel del mar y su velocidad había descendido a 23,5 kilómetros por segundo. De nuevo sobre el agua, la estela del asteroide volvió a cargarse de humedad con la que alimentar y sustentar las monstruosas tormentas creadas a su paso.

Segundos después de abandonar tierra firme, y a una altitud de algo menos de seis mil cuatrocientos treinta y siete metros, ocurrió algo digno de investigarse científicamente, pero que dadas las circunstancias atrajo escasa atención. Desde el momento en que el asteroide penetró por primera vez en la atmósfera, su masa empezó a cargarse de electricidad estática como resultado del roce con el aire. Cuando la caída lo situó a seis mil noventa y seis metros sobre la superficie terrestre, el asteroide liberó una carga electromagnética en forma de relámpago, tan inmensa y potente que, literalmente, vaporizó el agua donde cayó, creando momentáneamente un cráter gigantesco de quinientos cuarenta y ocho metros de diámetro y setenta y nueve metros de profundidad.

El asteroide tardó sólo cuarenta y dos segundos en atravesar los novecientos treinta y tres kilómetros del golfo de México, tras lo cual penetró de nuevo en tierra firme dieciséis kilómetros al oeste de Paraíso, México, a una altitud de tan sólo dos mil noventa y dos metros sobre el nivel del mar. Hasta entonces la altitud del

asteroide se había venido calculando como la media entre el punto más bajo y el más elevado sobre el nivel del mar de la parte más baja a cada rotación. Pero llegado este momento, la media dejó de ser orientativa. Dada la forma y giros del asteroide, la distancia entre éste y la tierra variaba en más de un kilómetro y medio a cada giro de ocho segundos y medio, dependiendo de qué parte del asteroide estuviera más cerca de la tierra en el momento de la medición. El asteroide estaba ya tan próximo a la superficie que la altitud media no importaba tanto como la distancia entre los dos cuerpos en cada instante concreto.

Además había otro factor cada vez más relevante. Al avanzar por el sur de México en dirección a las estribaciones de la Sierra Madre del Sur, el terreno se elevaba rápidamente y salía a su encuentro.

Cuanto más se aproximaba a la superficie, disminuía la potencia de la carga estática que necesitaba el asteroide para superar la distancia hasta la tierra, así que empezó a liberar un rayo tras otro, que fueron fulminando los restos de madera y escombros que habían desafiado a los vientos que precedían a su anfitrión. Nada más liberar la electricidad estática acumulada, recuperaba su carga como consecuencia de la fricción con la atmósfera y en menos de un segundo volvía a descargarse con efectos demoledores similares. Al acercarse a la tierra, el intervalo entre rayos fue disminuyendo hasta que la velocidad de descarga y carga fue tan rápida que a simple vista —de haber sobrevivido alguien para presenciarlo— habría parecido que un sólido relámpago envolvía la anchura total de veinte kilómetros del titán giratorio y arrasaba todo lo que se encontraba a su paso milésimas de segundos antes de barrerlos consigo.

Cuarenta y ocho kilómetros más adelante, la tierra se levantaba como queriendo recibir a su visitante celestial. La sucesión de sierras rocosas, cada una ligeramente más elevada que la anterior, se erguía unos segundos más allá, aguardando silenciosa y desafiante en medio del camino del asteroide. El impacto era inminente.

Al aproximarse a la serie de picos situados trece kilómetros al noroeste de la comunidad de Petalcingo, en Chiapas, México, el asteroide rozó la superficie de la primera montaña, horadando un paso de dieciocho metros de profundidad y 2,8 kilómetros de ancho. El contacto aminoró la velocidad del asteroide de forma tan imperceptible que ni los satélites meteorológicos que observaban el fenómeno desde lo alto pudieron medir la diferencia. Su paso por la siguiente cordillera no fue tan limpio.

La segunda cumbre se erigía desafiante ante el invasor, superando la cota inferior del asteroide en algo menos de mil metros. Aunque su tamaño resultaba insuficiente para detener el asteroide, sí que iba a disminuir considerablemente su velocidad. Una fracción de segundo más tarde, el asteroide alcanzó a la montaña novecientos setenta y cinco metros por debajo de la cumbre. La colisión descabezó el pico, lanzó millones de toneladas de rocas y fragmentos de asteroide en un radio de mil novecientos kilómetros de distancia, y fue recogida por todos los detectores sísmicos

del planeta. Una milésima de segundo después, el movimiento giratorio del asteroide estrelló la prominencia más importante de su masa contra la cresta de la siguiente montaña, ligeramente más baja, pulverizó el pico con la presión y provocó una avalancha de rocas que se precipitó sobre los valles de más abajo. Un pueblecito de trescientos habitantes que ocupaba la ladera fue arrastrado hasta el fondo del valle, donde quedó sepultado por toneladas de rocas y escombros. Las montañas vecinas fueron sacudidas y los corrimientos de tierra resultantes llegaron hasta cuarenta y ocho kilómetros de distancia. Tiempo después, los científicos calcularían que la potencia de la colisión había sido de unos cinco megatones de TNT, o el equivalente a doscientas cincuenta veces la potencia de la bomba lanzada sobre Hiroshima.

El impacto contra la cumbre de la montaña más baja propulsó el asteroide hacia el cielo, de tal forma que pasó justo por encima de la más alta de las montañas y salió despedido algo más hacia el este. El impacto, apenas perceptible, había no obstante modificado de forma relevante la rotación del asteroide. El cambio era ínfimo, pero suficiente para reducir el coeficiente de resistencia y que la inercia se convirtiera en la fuerza principal y alterara, así, la aerodinámica del asteroide. Como resultado, en lugar de ser arrastrado lenta e inexorablemente hacia el suelo, el asteroide viajaba ahora casi en línea recta. Dada la curvatura de la Tierra y el hecho de que la velocidad del asteroide fuera todavía más que suficiente para contrarrestar la gravedad terrestre, el asteroide empezó a elevarse sobre la superficie. Aunque lo hacía de forma apenas perceptible —aproximadamente once metros de subida por cada kilómetro y medio—, para cuando alcanzó Ciudad de Guatemala, trescientos treinta y cuatro kilómetros más al sur, el asteroide se había elevado dos mil trescientos cuarenta y cinco metros, hasta una altitud media de tres mil doscientos ocho metros, lo que lo situaba bien por encima de las montañas que descansaban a su paso.

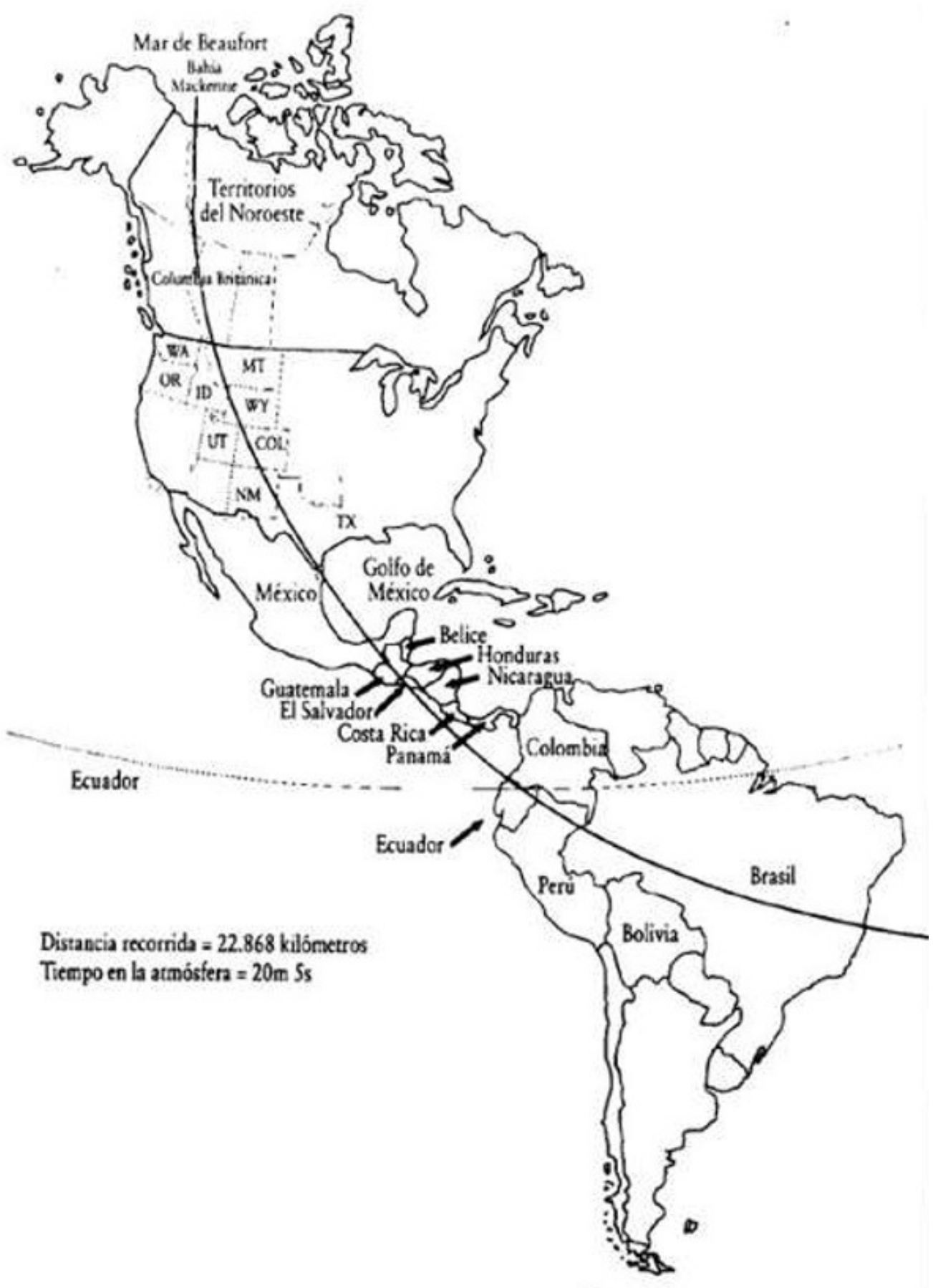
A efectos prácticos, poco importaron estos cambios en su trayectoria y su altitud. El grado de destrucción provocado por el asteroide no se vio modificado. Los habitantes de Ciudad de Guatemala sufrieron el mismo destino que el que habían encontrado las gentes de las demás ciudades por las que había pasado.

El asteroide tardó sólo 13,5 segundos en atravesar Guatemala y cruzar la frontera de El Salvador a medio camino entre San Vicente y San Salvador, con dirección a la costa pacífica salvadoreña. Una vez sobre el Pacífico, se mantuvo a unos doscientos cincuenta y siete kilómetros de la costa de Centroamérica excepto allí donde el litoral dibuja una curva hacia el norte pasado Punta Mariato, en Panamá. A lo largo de su travesía sobre el océano continuó el ascenso y cuando arribó a la costa de Colombia había alcanzando una altitud de diecisiete mil trescientos ocho metros. Siete segundos después, a una velocidad de 18,3 kilómetros por segundo, el asteroide pasó a dieciocho mil ciento ochenta y cinco kilómetros sobre Ipiales, en la frontera de Colombia con Ecuador.

Bajo el asteroide, el bosque húmedo de la costa pacífica colombiana —llamado Chocó por los lugareños— y los grandes bosques amazónicos de los llanos orientales

se convirtieron en leña para los vientos y el fuego que acompañaban al asteroide. Cientos de especies de flora y fauna específicas de la jungla sudamericana fueron destruidas de un plumazo, al tiempo que millones de acres rompían en llamas casi al instante.

Cuatro minutos y veintiocho segundos más tarde, a una altitud de cincuenta mil ochocientos ochenta y cinco metros y después de haber destruido las ciudades costeras de Itabuna e Ilhéus, en Brasil, el asteroide alcanzó el océano Atlántico. Había recorrido la parte más ancha del continente sudamericano en sólo seis minutos y ocho segundos. Setenta segundos después, a una velocidad de 15,44 kilómetros por segundo, pasó a cincuenta y ocho mil setecientos metros sobre las islas Trinidad y Martin Vaz, en el Atlántico. Al aumentar su altitud y enrarecerse más y más el aire, la resistencia disminuyó rápidamente, lo que permitió que el asteroide fijara su itinerario, dibujara un ángulo más pronunciado de alejamiento de la superficie terrestre y redujera el tiempo necesario para salir de la atmósfera.



Distancia recorrida = 22.868 kilómetros
 Tiempo en la atmósfera = 20m 5s

A las 7h 53m 27s a.m. GMT, a cuatrocientos noventa y siete kilómetros sobre Bethanie, en Namibia, el asteroide 2031 KD regresó al espacio. Su paso por la atmósfera terrestre no había durado más de veinte minutos y había cubierto veintidós mil ochocientos sesenta y ocho kilómetros. Había atravesado quince zonas horarias y causado más destrucción que todas las guerras anteriores a la era atómica juntas. Cuando penetró en la atmósfera, el asteroide viajaba a veintinueve kilómetros por segundo; cuando la abandonó, no lo hacía más que a 13,5 kilómetros por segundo (cuarenta y ocho mil ochocientos cuarenta kilómetros por hora). Aunque se trataba de una velocidad suficiente para escapar de la fuerza gravitatoria terrestre, el paso por la atmósfera de la Tierra había modificado su órbita y lo lanzaba ahora directamente contra el Sol. En el vacío del espacio y atraído por la tremenda fuerza de gravedad del Sol, el asteroide iría ganando más y más velocidad. Doce días después de abandonar el planeta y tras alcanzar la increíble velocidad de ciento nueve kilómetros por segundo, el asteroide penetraría en la órbita del planeta Mercurio. Veintidós horas después empezaría a derretirse bajo el efecto del calor solar, y pocas horas después, se transformaría en una nube gaseosa antes de ser finalmente absorbido por el Sol.

El fenómeno habría proporcionado una oportunidad de observación sin precedentes a los investigadores del observatorio solar emplazado en lo alto de Sacramento Peak, en Nuevo México. Pero aquello era ya imposible. Ya no *había* un observatorio en Sacramento Peak, había sido destruido. Todo lo que quedaba era una cumbre desnuda, despojada de toda vegetación y de construcciones humanas. El edificio del Tower Telescope había sido segado a nivel del suelo, y sólo un agujero de sesenta y siete metros en la montaña marcaba el lugar donde había estado.

Pero el efecto devastador del asteroide estaba lejos de desaparecer, aun después de que abandonara la atmósfera terrestre. Más tarde, la inspección de las ruinas revelaría que no había habido supervivientes en un radio de doscientos cincuenta y siete kilómetros al este y al oeste de su ruta. Más allá, hasta novecientos sesenta y cinco kilómetros al alrededor, los pocos que habían logrado sobrevivir a la descarga inicial y a los incendios y tormentas habían quedado sordos, como consecuencia del estallido timpánico causado por la tremenda onda de choque. Su impacto provocó el derrumbe de muros situados hasta a mil doscientos ochenta y siete kilómetros de distancia, y algunos testigos aseguraron haber oído el estruendo a distancias de hasta dos mil novecientos kilómetros, lo que convertía la intensidad de la explosión en la segunda más potente después de la explosión del Krakatoa en 1883, que pudo oírse a cuatro mil ochocientos kilómetros de distancia. Y mientras las primeras tormentas e incendios habían abierto un surco de entre mil doscientas noventa y dos mil doscientos cincuenta kilómetros de ancho a lo largo del continente americano, el fuego seguiría ardiendo con fiereza y sin control en muchas zonas durante varios meses, destruyendo aproximadamente una tercera parte de los bosques del planeta.

Horas después, cuando los vientos comenzaron a amainar, cientos de millones de toneladas de residuos se precipitaron sobre la Tierra junto con la lluvia, el granizo y la sangre: restos retorcidos de automóviles; raíces, ramas y troncos de árbol;

materiales de construcción de todo tipo; cristales; amasijos de basura imposibles de identificar; rocas; desechos y todo tipo de escombros. Del cielo caían también cuerpos, la mayoría desnudos, y muchos despojados de sus extremidades.

En Yuma, Arizona, a mil noventa y cuatro kilómetros del recorrido del asteroide, Guy y Marcie Alexander y sus dos hijas, que habían tenido la fortuna de sobrevivir a las tormentas, salieron del sótano para descubrir que su casa había sido destruida por completo. Sólo una bañera de la segunda planta, suspendida en el aire por las cañerías, ofrecía una pequeña pista de lo que había habido en el desnudo solar poco menos que dos horas antes. Incapaces de comprender lo ocurrido, la familia deambulaba bajo la lluvia por lo que había sido su hogar, demasiado turbados para llorar. En el asfalto, antes camino de acceso a su pequeña casa unifamiliar, yacían boca abajo la cabeza y el torso desnudo y ensangrentado de una mujer, caídos aquí después de que la tormenta los liberara de sus garras. Guy Alexander ordenó a su mujer y a sus hijas que no miraran, y se apresuró a buscar algo con que cubrir el cuerpo. Apretó las mandíbulas y, aguantando las náuseas, volvió la cabeza de la mujer para ver de quién se trataba, pero los huesos estaban tan aplastados que el rostro resultaba irreconocible. Asumió que debía de tratarse de alguna vecina. Jamás habría imaginado que el cuerpo había sido transportado ochocientos kilómetros por la tormenta, y que, durante un breve lapso de tiempo, la mujer cuyos restos yacían a sus pies había sido conocida en el mundo entero por haber descubierto tres asteroides.

* * *

El índice de muertes como consecuencia directa del efecto del asteroide 2031 KD se estimó en ciento setenta y cinco millones. El paso del asteroide iba a sumar otro factor adverso a la estadística, pero no sería evidente hasta dos o tres semanas después. Al penetrar en la atmósfera, el 2031 KD había producido una grave alteración en la capa de ozono terrestre, que no hizo sino complicarse cuando al regresar al espacio, el asteroide arrastró consigo millones de kilómetros cúbicos de atmósfera. Aunque éstos serían rápidamente recuperados por la fuerza de la gravedad, este doble efecto devastador sobre la capa de ozono iba a extenderse y afectar a todo el planeta. En pocas semanas, el ozono volvería a ofrecer su manto protector sobre la superficie de la Tierra, pero para entonces el planeta habría estado expuesto a un baño de luz ultravioleta suficiente como para dañar seriamente los procesos enzimáticos de las plantas en todo el mundo.

Las herbáceas, una de las principales variedades de plantas junto con las plantas de hoja ancha, que se distinguen por sus hojas largas y finas y que incluyen especies como el maíz, el trigo, el centeno, la avena, la cebada y la caña de azúcar, dependen en grado muy elevado de la síntesis de aminoácidos aromáticos durante los procesos enzimáticos. Si dicho proceso es bloqueado como consecuencia del efecto nocivo de herbicidas o luz ultravioleta, la hierba ve interrumpido de inmediato su crecimiento. Aproximadamente una semana y media después, agotada la reserva de aminoácidos aromáticos, la planta adquiere un tono rojo anaranjado, que luego se torna en amarillo

y finalmente en marrón, y muere después de tres semanas. Fue así como, tres semanas después del paso del asteroide, todas las plantas herbáceas que, a lo largo y ancho del planeta, habían estado expuestas a los rayos ultravioletas del Sol se marchitaron y murieron. En algunas zonas, la hierba volvió a brotar antes de otoño y las cosechas de grano pudieron plantarse de nuevo para el año siguiente. Pero entretanto, la hambruna se cobró varios millones de vidas más.

Desde las regiones que no se habían visto afectadas por los efectos inmediatos del 2031 KD, el resto de la humanidad contemplaba atónita la increíble destrucción acaecida sobre el planeta. Las grabaciones por satélite del paso del asteroide se editaron para ofrecer una única y completa reproducción de la masacre y la destrucción.

Las imágenes no dejaron a nadie indiferente. Quienes carecían de familiares o amigos en las zonas afectadas tenían otros motivos por los que preocuparse. Allí afuera quedaban dos asteroides más; y se dirigían hacia la Tierra. Científicos y autoridades intentaban tranquilizar a la población, señalando que el cambio en la trayectoria del primer asteroide había sido un hecho del todo inusual y que no había nada que temer del segundo. Hubo quien se aventuró a ofrecer una mejor hipótesis sobre lo ocurrido con el primer asteroide, y ésta caló rápidamente en los medios de comunicación, que buscaban desesperados algún tipo de explicación. La teoría defendía que, al igual que un agujero negro diminuto o un fragmento de enana blanca habían desviado al principio a los tres asteroides de sus órbitas, un fenómeno similar había afectado al primer asteroide al acercarse a la Tierra; posiblemente se había tratado del mismo agujero negro o fragmento de enana blanca que había cambiado la órbita de los asteroides en un primer momento. Para el público, sin embargo, la explicación no hacía sino plantear aun más interrogantes: ¿seguía allí afuera? ¿Ejercería un efecto similar sobre el segundo asteroide? ¿Podía aquella masa suponer una amenaza en sí para la Tierra? Y lo que era peor, ¿podría acaso evitar que los misiles lanzados contra el tercero y más grande de los asteroides (que los científicos decían podía destruir *toda* forma de vida en el planeta) alcanzaran su objetivo?

Al último interrogante se podía responder con relativa certeza. Los misiles, que habían iniciado su viaje hacía cinco días y llevaban casi cinco millones de kilómetros recorridos, habían ya superado la distancia de la Tierra en la que el primer asteroide había variado de rumbo, y las medidas telemétricas de todos los misiles indicaban que seguían su trayectoria sin novedad. En lo referente a si el diminuto agujero negro o el fragmento de enana blanca, o lo que fuera, seguía allí afuera y si suponía una amenaza para la Tierra —ya fuera porque pudiera alterar el rumbo del segundo asteroide o porque pudiese colisionar contra el planeta—, las posibilidades eran casi nulas. «En el espacio, los cuerpos se encuentran en constante movimiento», había dicho uno de los científicos entrevistados. «La posibilidad de que vuelvan a repetirse las circunstancias necesarias para cambiar el rumbo del segundo asteroide y lanzarlo contra la tierra es tan remota que resulta inimaginable».

El embajador Christopher Goodman contemplaba con la mirada perdida a quienes lo rodeaban, mientras discutían en la reunión de urgencia del Consejo de Seguridad la forma de proporcionar ayuda a los supervivientes de la devastación causada por el asteroide. Hacía menos de dos horas del paso de éste. Como era lógico, el primer punto a tratar era el envío de equipos para analizar la situación y poder recomendar luego qué hacer. Aparte de aquello, no podían hacer otra cosa que disponer lo necesario para el reparto de ayuda.

Pero no iba a ser tarea fácil. La ONU todavía tenía problemas para asistir a los supervivientes de la guerra entre China, India y Pakistán, y ahora eran, en gran medida, los países de donde provenía aquella ayuda quienes se encontraban necesitados de apoyo. Nadie había expuesto el tema abiertamente, pero los representantes permanentes en el Consejo de Seguridad de los países destrozados por la guerra eran plenamente conscientes del problema. Sabían que los países de Norteamérica y Sudamérica se centrarían ahora en cubrir sus propias necesidades, y que ello pondría fin o recortaría de manera sustancial el envío de ayuda a Oriente.

Su única esperanza era conseguir que Europa y el Norte de Asia incrementaran el envío de ayuda. Pero desde el punto de vista diplomático, no era el momento más adecuado para sacar el tema de la ayuda a China y la India. Norteamérica y Sudamérica habían sufrido un duro golpe y no era de recibo que, con las ruinas de la destrucción todavía humeantes, algunos miembros exhibieran una excesiva preocupación por sus propios problemas. Era mejor aguardar y discutir el asunto en privado con los representantes permanentes del Norte de Asia y de Europa algo más adelante. Además, el representante permanente de Europa, Christopher Goodman, parecía estar en aquel momento totalmente sumido en sus pensamientos.

Si los embajadores de China y la India hubiesen sabido lo que Christopher sabía, se habrían dado cuenta de que los problemas de sus países estaban a punto de agravarse mucho más. Juan y Cohen habían demostrado que no lanzaban amenazas en balde. La primera profecía se había cumplido al pie de la letra. Y si el resto de las profecías seguían el mismo camino, el sufrimiento no había hecho sino empezar.

AZOTE SÚBITO

CORDILLERA KISO, JAPÓN

Mientras proseguían con el cometido de observar la aproximación del segundo asteroide, los astrónomos de la estación remota del Observatorio Astronómico de Tokio, situada doscientos kilómetros al oeste de Tokio, permanecían atentos al televisor y a las explícitas imágenes de la destrucción que había causado el primer asteroide en el continente americano.

Eran científicos y sabían lo improbable que era que se repitiese lo sucedido con el asteroide 2031 KD. Aun así, no había ni uno que no estuviera, como el resto de la población mundial, pendiente del televisor, por si se producía la más mínima variación en el rumbo del segundo asteroide. Cuando empezó, nadie pronunció palabra. Al principio, era tan ínfima que sólo podía detectarse a través del instrumental más sensible, y este tipo de aparatos es, por su propia naturaleza, el más susceptible a cometer errores. Aparte, era tan increíble por improbable que el segundo asteroide hubiese cambiado de rumbo que nadie deseaba ser el primero en hablar y arriesgarse a sembrar el pánico como consecuencia de un ínfimo error informático. Pero la variación aumentaba por segundos, y el equipo científico del observatorio supo enseguida que no se trataba de un error: el asteroide estaba cambiando de rumbo. Al poco la variación le resultaría evidente hasta a un principiante.

El doctor Yoshi Hiakawa, director de la estación remota de Kiso, del Observatorio Astronómico de Tokio, miró hacia el equipo de televisión e hizo una señal al corresponsal jefe para que se acercara.

—Hemos detectado una ligera variación en el rumbo del asteroide —le dijo en el tono más trivial que pudo.

El periodista esperó en vano a que el investigador ampliara la información.

—¿Se dirige hacia nosotros? —le apuró.

—Si mantiene el rumbo actual, no colisionará contra la Tierra —dijo el doctor Hiakawa—. Pero si el ángulo de variación del rumbo original sigue aumentando, podría darse esa posibilidad, sí.

—¿Y si lo hace, dónde caerá?

—Como le decía, por el momento no hay indicios de que vaya a chocar contra la Tierra, sino solamente que está sufriendo en su trayectoria una variación anómala para la que no encontramos explicación.

—¿Qué le digo al público? —preguntó el periodista.

El doctor Hiakawa meneó la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Yo le doy la información. Lo que usted haga con ella es

asunto suyo.

Hiakawa no deseaba hacer cundir el pánico, y arriesgarse a causar aún más víctimas, pero tampoco quería ser el responsable de ocultar información. Dejar la decisión en manos de la prensa era la salida más airosa por la que podía optar, y así lo hizo.

Hubo que esperar casi media hora para determinar si el asteroide colisionaría contra la Tierra o no. Luego, no fue más que cuestión de minutos calcular con cierta exactitud el lugar en el que se produciría el impacto. El asteroide 2031 KE impactaría contra la Tierra en algún punto próximo a o en el interior mismo de la cuenca de las Filipinas, en el océano Pacífico. Enseguida comenzaron a emitirse avances informativos en los que se aconsejaba a los residentes de la zona que se refugiaran en zonas altas y llanas, apartadas de cualquier tipo de construcción, para protegerse de la ola gigante o *tsunami* (a menudo erróneamente calificada como marejada) y de los terremotos que el impacto iba a provocar.

* * *

Eran las 10h 47m 18s GMT cuando el asteroide 2031 KE atravesó la atmósfera terrestre. A diferencia de su predecesor, el rumbo del segundo asteroide no dejaba lugar a dudas sobre la certeza de un impacto. Doce segundos después de penetrar en la atmósfera, y a una velocidad de ciento ocho mil doscientos setenta y seis kilómetros por hora, la temperatura de la corteza del asteroide superó los mil quinientos veinticinco grados centígrados, punto de fusión del hierro. Casi al instante, las gotas de hierro fundido que iban desprendiéndose del asteroide formaron un escudo cóncavo, que al concentrar buena parte de la temperatura del asteroide, hizo posible que el núcleo del meteorito permaneciese frío. La ardiente cola roja de hierro líquido confería al asteroide el aspecto aterrador de una gigantesca montaña en llamas.

Tan sólo ocho segundos después de penetrar en la atmósfera, después de que las aves marinas que volaban por la zona fueran abrasadas vivas por tan tremenda emanación de calor, y de que sus plumas carbonizadas llenaran el aire con su putrefacto hedor, el asteroide alcanzó el nivel del mar. Setecientos cincuenta y seis kilómetros al sur de Kochi, Japón, en la sección más meridional de la cuenca de Shikoku, el asteroide 2031 KE se estrelló contra el océano Pacífico, lanzando las aguas a sesenta y siete mil metros de altitud.

A pesar de la elevada resistencia del agua, el asteroide no necesitó más que un tercio de segundo para alcanzar el fondo marino, a cinco mil setecientos noventa metros de profundidad. Su descenso por las aguas fue tan veloz que llegó al fondo antes de que el mar pudiera llenar el vacío, creando momentáneamente un foso abierto de tres kilómetros de diámetro entre superficie y el fondo. La tripulación de un petrolero que navegaba a menos de dos kilómetros del punto de impacto pensó

que el asteroide se estrellaría contra ellos, pero cuando la embarcación fue engullida por el abismo, no les quedó duda alguna sobre cuál iba a ser la causa exacta de su muerte.

El asteroide chocó contra el fondo marino con una potencia equivalente a noventa mil megatones (noventa mil millones de toneladas de TNT), o nueve veces la potencia de destrucción total de la suma del armamento nuclear mundial en el punto álgido de la guerra fría, o cuatro millones y medio de veces la potencia de la bomba atómica de Hiroshima. En el núcleo del impacto, a una temperatura tres veces superior a la de la superficie solar, se vaporizaron la arena y la roca con las que entró en contacto el asteroide, y en un radio de veintidós kilómetros, el agua del mar rompió a hervir violentamente y llenó el aire de un vapor abrasador que escaldó, como a langostas en una olla, a los ciento cincuenta y siete hombres que componían la tripulación de la fragata de la Armada japonesa.

Abriéndose paso como una bala en un pedazo de madera blanda, el asteroide creó un cráter gigantesco de treinta y cinco kilómetros de diámetro y diecinueve mil metros de profundidad. De haber impactado en seco o en aguas menos profundas, la metralla habría llenado la atmósfera y formado un oscuro manto de polvo sobre la totalidad del planeta. En pocas semanas, dicho manto habría acabado con toda o casi toda la vida en la Tierra. Al caer, no obstante, en una de las zonas más profundas del océano, en aguas de más de cinco mil seiscientos metros de profundidad, sólo fue expulsado sobre la superficie del océano aproximadamente el dos por ciento o noventa y seis mil millones de toneladas de desechos. De éstos, la vasta mayoría se componía de grandes fragmentos de hierro y tectitas gigantes, que volvieron a caer sobre la Tierra en un radio de dos mil quinientos setenta y cuatro kilómetros. Sólo un porcentaje mínimo del material era lo suficientemente pequeño para permanecer suspendido en el aire.

Aunque la resistencia del agua evitó que la mayor parte de los fragmentos pequeños saliera a la superficie y contaminara de polvo la atmósfera, el mar, en cambio, se llevó la peor parte y más de 3,8 billones de toneladas de desechos lo suficientemente pequeños como para quedar suspendidos en las corrientes oceánicas —entre ellos más de setecientos veinte mil millones de toneladas de partículas de hierro del asteroide— fueron arrastrados por el océano por las olas gigantes nacidas como consecuencia del impacto.

En el fondo marino, la fuerza del impacto inicial y la consiguiente fractura del manto terrestre produjeron terremotos a gran escala que pudieron sentirse a miles de kilómetros en todo el Cinturón Circumpacífico y en las placas tectónicas euroasiática, de las Filipinas y de las Fiji. En tierra firme, decenas de miles de personas morían aplastadas bajo los escombros de los edificios derrumbados, y en el mar, los temblores produjeron, a cientos de kilómetros de distancia, nuevas olas gigantes que se convertirían en un pequeño adelanto de las producidas directamente por el impacto.

En la bahía de Wangpan Yang, al sur de Shanghai, en China, el Pacífico empezó de repente y sin previo aviso a retroceder a increíble velocidad hacia mar abierto, arrastrando consigo prácticamente todo lo que flotaba en el agua que no estuviese firmemente atado o anclado. Con un aterrador estruendo de siseos, sorbetones y gorgoteos, las aguas que bañaban la costa hasta la desembocadura del río Fuchun fueron drenadas en menos de cinco minutos, dejando en seco miles de hectáreas de fondo marino. En Wangpan Yang, barcos y cargueros bien anclados de todos los tamaños quedaron varados en el fondo. Salvo las de casco plano, las embarcaciones habían volcado y yacían recostadas sobre un lado, y las tripulaciones habían tenido que descolgarse de cubierta y abrirse paso entre las criaturas marinas que las aguas, en su retirada, habían dejado varadas. En la orilla, la gente, estupefacta ante el espectáculo que ofrecían los peces y el botín de algún que otro naufragio largamente olvidado, se lanzó rauda a aprovechar lo que a todas luces se les presentaba como un regalo de la naturaleza, ignorando que lo que ahora se les daba les sería reclamado con igual prontitud, junto con sus vidas.

En la boca de la bahía, los tripulantes de los barcos que la marea arrastraba mar adentro se aferraban aterrados a cubierta mientras contemplaban con impotencia cómo sus embarcaciones, grandes y pequeñas, eran succionadas hacia el turbulento seno de muerte de la ola que, como una imponente montaña espumeante de sesenta y siete metros de alto, se aproximaba a ellos.

Escasos minutos después se repetía lo mismo en todas las bahías y en la desembocadura de todos los ríos importantes de la costa asiática, y las aguas del Pacífico se adentraban en China hasta tres kilómetros tierra adentro. A lo largo del río Yangtsé, las inundaciones llegaron hasta Nanjing.

Las regiones costeras y las ciudades de Taiwán quedaron sumergidas bajo las aguas, un desastre que se saldó con cuatro millones de muertes e incalculables pérdidas económicas.

Aunque gigantescas, aquellas primeras olas no eran sino la pálida sombra de las que estaban por llegar. A dos o tres horas de allí, según el punto geográfico de referencia en la costa asiática, se originó en el punto de impacto del asteroide una cadena de olas que, como ondas, se expandió hacia afuera formando anillos que avanzaban por el océano a más de setecientos veinticuatro kilómetros por hora; olas tan grandes que, a su lado, la que había arrasado la bahía de Wangpan Yang no era más que una pequeña onda. Cientos de millones de vidas en las islas Ryukyu, en Okinawa, Filipinas, Malasia, Indonesia, las Marianas Septentrionales y Guam; en las islas Sunda, las Palau, en Micronesia, las Carolinas, las Salomón, las Marshall, las Santa Cruz, las Gilbert y las islas Phoenix; en Nueva Zelanda y en las islas Cook, y muchos cientos más se encontraban indefensas en la trayectoria de las gigantescas olas asesinas.

En Siberia, Corea, China y Vietnam, los que en tierra habían sobrevivido a los terremotos y al primer *tsunami* huían como podían hacia el interior en busca de zonas

elevadas. Los barcos amarrados que las primeras olas no habían logrado echar a pique y que pudieron reunir en tan breve espacio de tiempo a la tripulación suficiente levaron anclas y se adentraron en el mar, con la esperanza de alcanzar aguas profundas antes de que el tamaño de las olas fuera insalvable. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Cuando la cadena de olas empezó a remontar la plataforma continental asiática, la ola en cabeza alcanzaba ya cincuenta y cinco metros de alto; para cuando se encontraron a veinte millas de la costa, esa misma ola había superado los trescientos noventa y seis metros. Las embarcaciones que habían abandonado el puerto buscando refugiarse en aguas más profundas descubrieron que navegaban hacia una muerte segura tan pronto divisaron la pared de agua que avanzaba veloz a su encuentro y a la que ninguna nave podía sobrevivir. Enseguida, barcos de todas las formas y tamaños fueron arrasados y engullidos como barcos de papel por olas como leviatanes.

* * *

A lo largo y ancho de la cuenca del Pacífico, se repitieron en todos los países escenas similares, algunas protagonizadas por olas de hasta ochocientos cincuenta metros en el momento de alcanzar el litoral. La Armada china y la japonesa quedaron reducidas a poco más que media docena de embarcaciones cada una. Miles de cargueros procedentes de y con destino a Japón, China y otros países e islas de la cuenca del Pacífico; más de cien superpetroleros con los tanques repletos y otros que regresaban de vacío; millones de barcos pesqueros comerciales, y un número incalculable de pequeñas embarcaciones, y sus tripulantes, fueron presa de las inclementes olas.

Una hora después, el frente de olas alcanzó Nueva Guinea, cuya situación en plena trayectoria entre el punto de impacto y Australia hizo que recibiera de lleno el embate de las olas reduciendo considerablemente su efecto devastador en la isla continente situada al sur.

Dado su origen volcánico, las islas de Hawai contaban con no pocas zonas elevadas, y con ocho horas de aviso para escapar de las olas gigantes, la mayoría de isleños cargaron sus coches, camiones, camionetas o carros con tantos enseres como pudieron y partieron hacia el cono volcánico inactivo más cercano en busca de refugio. Al no estar las islas rodeadas por una plataforma, como ocurre en los continentes, las olas no alcanzaron la increíble altura de las de la costa asiática. Pero no por ello dejaron de ofrecer un espectáculo aterrador a los isleños, que desde lo alto de las montañas pudieron contemplar cómo una sucesión de paredes de agua de noventa metros de alto, que se desplazaban a seiscientos cuarenta kilómetros por hora, arrasaban el paisaje, dejando atrás extensiones de roca desnuda.

Al borde de la caldera del Kilauea, los investigadores del Observatorio Vulcanológico de Hawai estaban inmersos en un problema muy diferente. Entre el

alud de datos sismológicos y de telemetrías de satélite, el grupo de científicos dirigido por el doctor Jules Lewis supervisaba los tremendos efectos que el asteroide 2031 KE había producido al fracturar el manto terrestre. En la región conocida como el «Cinturón de Fuego», que rodea al océano Pacífico y abarca Japón, Filipinas, Indonesia, Nueva Zelanda, Chile, Bolivia, Centroamérica, México, la costa oeste de Estados Unidos, Canadá y Alaska, los diferentes medidores detectaban nuevos focos de actividad volcánica y un incremento en la ya existente. No era inminente, pero cada vez resultaba más evidente que en las semanas o meses posteriores entrarían en erupción docenas o más de volcanes, como consecuencia directa del impacto del asteroide.

Al otro lado del Pacífico, en la costa oeste del continente americano, dispusieron de mucho más tiempo para prepararse. La cadena de olas gigantes tardó dieciséis horas en recorrer las seis mil cuatrocientas millas que la separaba de cabo Mendocino, en California; el primer punto de la costa americana que sufrió el azote de las olas. Pasaron otras nueve horas más antes de que llegaran a Iquique, en Chile, el punto más alejado del litoral pacífico americano. Tras ser advertidos de la fuerza de las olas gigantes, los habitantes tuvieron tiempo más que suficiente para resguardarse en las zonas elevadas, y la mayoría de los barcos pudo adentrarse en aguas profundas. Los que estaban en dique seco y las embarcaciones pequeñas fueron abandonados.

En todos los países hubo un colectivo, el de los saqueadores, que desafió la llegada inminente de las olas confiando en poder huir a terreno elevado con el mayor botín posible justo antes de la llegada de las olas. Algunos murieron tiroteados por propietarios que defendían sus pertenencias. La mayoría de los saqueadores más conservadores sobrevivió. Los que esperaron demasiado o fueron tan incautos de buscar refugio en las plantas altas de los rascacielos murieron ahogados o aplastados bajo los escombros a que quedaron reducidas las construcciones tras el embate de las olas.

* * *

Las aguas no empezaron a calmarse hasta algo más de una semana después, porque los grandes *tsunamis* no golpean y desaparecen, sino que rebotan como la señal de un radar en las masas de tierra que encuentran en su camino, y vuelven una y otra vez a través del mar repitiendo su destrucción. La envergadura de la catástrofe no permitió realizar un recuento exacto del número de víctimas. La mayoría de estimaciones calculaba un total de doscientos millones de fallecidos. Entre el cinco y el seis por ciento murió, probablemente, a bordo de los millones de embarcaciones que continuamente surcan las aguas del Pacífico y navegan entre sus miles de islas.

Tras la magnitud del desastre acaecido en la superficie, otro cataclismo empezaba a fraguarse bajo las olas. Una semana entera estuvieron las olas gigantes surcando el

Pacífico de un extremo a otro, no sólo entre Asia y América, también entre Siberia y Alaska y el Antártico, ocasionando con su movimiento drásticos cambios en la temperatura del océano, provocando estragos en el frágil ecosistema oceánico y matando a miles de millones de peces y otras formas de vida marina. Aún peores fueron los daños causados por los billones de toneladas de desechos, arrastrados a través del océano desde el punto de impacto, que enturbiaron las aguas y tiñeron la superficie del Pacífico de rojo encarnado, como resultado de la oxidación de setecientos veinte mil millones de toneladas de partículas de hierro procedentes del asteroide. La suciedad bloqueó casi por completo el paso de la luz solar hacia las profundidades, interrumpiendo con ello los procesos de fotosíntesis en el fitoplancton —las delicadas plantas marinas que además de constituir la base de la cadena alimentaria proporcionan el oxígeno tan vital para las todas las formas de vida marina—. Al morir el fitoplancton, lo hicieron también las criaturas marinas que dependían de él para su alimento, seguidas rápidamente por las de los niveles superiores de la cadena alimentaria. Enseguida descendió también el nivel de oxígeno del océano. Y dos semanas después, la vida marina del Pacífico se había extinguido casi por completo.

* * *

Y así, como ocurrió con la primera, se cumplió la segunda e inclemente profecía de Juan y Cohen. Quedaban dos más.

AJENJO

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

En la inmensidad del espacio, a ciento ochenta y seis millones de kilómetros del Sol, tres grupos de cabezas nucleares impulsadas por la inercia surcaban el vacío a más de cuarenta mil kilómetros por hora rumbo al asteroide designado 2031 KE A treinta y siete millones de kilómetros de su posición, los aterrados habitantes de un planeta devastado aguardaban ansiosos cualquier novedad sobre el intento de destruir la amenaza. Su fracaso traería consigo la muerte casi segura de lo que quedaba de vida en el planeta.

A las 7h 27m 32s GMT, el primer grupo de cuarenta cabezas nucleares cónicas de veinte megatones comenzó a desplegarse según lo planeado, disponiéndose a interceptar el asteroide de cuarenta y ocho kilómetros de diámetro, que avanzaba hacia la Tierra a más de ciento cuatro mil kilómetros por hora. Por el momento todo se desarrollaba según lo programado, pero todavía quedaba por superar la prueba de fuego. En diez minutos, cuando se situaran a cien metros del asteroide, se produciría la detonación de las cabezas nucleares en un primer intento por destruir el objetivo. Con una velocidad frontal combinada superior a ciento cuarenta y cuatro mil kilómetros por hora, el margen de acierto para que la detonación se produjera a cien metros del blanco era inferior a 0,002 segundos.

En la Tierra, la humanidad aguardaba. Situado ya aproximadamente a media distancia entre la Tierra y Marte, el gigantesco asteroide brillaba en el cielo nocturno como una gran estrella. En caso de un fallo total o parcial, el segundo y tercer grupo de cabezas nucleares, que habían sido lanzados después del primero en intervalos de treinta y cinco minutos, brindarían dos oportunidades más de conseguir el objetivo. Entre la segunda y tercera cargas, varios dispositivos infrarrojos debían monitorizar el éxito de la carga anterior y establecer teleméricamente para las cabezas nucleares del grupo siguiente los nuevos objetivos entre los grandes fragmentos restantes que se dirigieran hacia la Tierra.

Dada la distancia, hubo que esperar dos minutos y cuatro segundos a que llegara a la Tierra la señal con los datos sobre la interceptación del asteroide por la primera carga; el mismo tiempo que tardó en llegar al planeta el destello de luz producido por las explosiones. Instantes después, la gente se frotaba los ojos para recuperar la visión y oteaba el cielo en vano intentando localizar la estrella amenazadora. Para gran alivio de todos y sorpresa de muchos, la interceptación había sido todo un éxito, y su efecto superaba incluso las estimaciones más optimistas. La mayor parte de la masa del asteroide había sido reducida a fragmentos cuyo tamaño variaba entre el de una partícula de polvo y el de una roca de apenas un metro cúbico. Y de entre los

fragmentos de mayor tamaño, ninguno se dirigía hacia la Tierra.

Según se fueron recibiendo los datos sobre el éxito del impacto, se tomó brevemente en consideración la posibilidad de utilizar las cabezas nucleares de la segunda y tercera carga para dispersar aún más el material que todavía se dirigía rumbo a la Tierra, pero tras un detenido análisis de la situación, se decidió que los fragmentos restantes no constituían una amenaza y que la detonación no haría sino aumentar su carga radioactiva.

Por tanto se resolvió dispersar los misiles, los cuales fueron detonados una vez se encontraron completamente alejados de los restos de asteroide que se dirigían hacia la Tierra. El análisis científico de la interceptación concluyó que el éxito imprevisto de la primera carga se había debido a la singular composición del asteroide, cuya masa predominantemente férrea estaba aparentemente entretejida de venas de piedra o de algún metal mucho más frágil que el hierro.

* * *

En el mundo entero se sucedieron grandes festejos que celebraban la destrucción del tercer asteroide. Para alguien procedente de otro planeta, aquellas celebraciones habrían resultado, cuando menos, curiosas, puesto que mientras la gente se regocijaba y brindaba por el éxito, el fuego seguía activo en los bosques de dos continentes devastados, las aguas del mayor océano del planeta ya no albergaban vida alguna, y la extendida actividad volcánica escupía nubes de vapor, dióxido de carbono, gases sulfurosos, ceniza y ascuas a la atmósfera.

DOS SEMANAS DESPUÉS

A pesar de la creciente capa de humo y ceniza volcánica que cubría la estratosfera, los cielos ofrecieron un espectáculo de fuegos de artificio sin precedentes, que se prolongó durante las dos noches en las que los millones de toneladas de polvo y pequeñas partículas del tercer asteroide atravesaron la atmósfera. Las cabezas nucleares habían cumplido su objetivo excepcionalmente bien, tanto que apenas habían quedado fragmentos lo suficientemente grandes como para resistir la entrada en la atmósfera y alcanzar la Tierra con un tamaño reconocible. Como la mayoría de meteoritos, los fragmentos pequeños del asteroide empezaron a fundirse al contacto con la estratosfera, ofreciendo un breve fogonazo en el cielo nocturno antes de desintegrarse en diminutas partículas de polvo candente que se enfriaban y se precipitaban inofensiva e inadvertidamente sobre la superficie terrestre.

DOS DÍAS DESPUÉS. VILLA VALERIA, ARGENTINA

Juan Pérez apretaba, preso de la emoción, la mano de su abuelo mientras caminaban en el frío aire nocturno, justo antes del amanecer, hacia el lago de tres hectáreas y media y hacia la aventura que allí les esperaba. En la otra mano, Juan llevaba su nueva y flamante caña de pescar. Era el día de su sexto cumpleaños y lo iba a celebrar con su primera salida de pesca. La cabeza le bullía con imágenes de la enorme pieza que iba a capturar y la cara que pondría su madre cuando se la enseñara al regresar a casa.

Sobre sus cabezas, la nube de ceniza volcánica ocultaba casi por completo la luz de las estrellas, y la Luna parecía envuelta en una espesa niebla negra. Su abuelo mantenía la linterna bajo el brazo para iluminar el sendero que conducía al lago, y aunque todavía les separaban algo menos de veinte metros de la orilla, Juan recordó la advertencia que éste le había hecho sobre la importancia de moverse con sigilo para no espantar a los peces, y empezó a caminar de puntillas.

La brisa ligera que soplab a sus espaldas cambió de dirección y llevó hasta ellos el inconfundible hedor a pescado podrido. Al echarse Juan la mano a la nariz, poco le faltó para meterle la caña en el ojo a su abuelo. Éste se agachó para esquivar el golpe, soltó la mano de su nieto y caminó lentamente hacia el lago, dejando solo a Juan, con la mano tapándose la nariz. El pequeño se alegró de que le dejara atrás; de repente aquello de la pesca no parecía tan divertido como había pensado.

Al levantar la linterna para iluminar la superficie del lago, el abuelo descubrió la fuente del olor. Hasta donde alcanzaba la vista, la superficie del agua estaba cubierta de peces hinchados flotando boca arriba.

MONTE GRETN, PENNSILVANIA

Cuando sonó la alarma, Betty Overholt estiró el brazo, apagó el despertador, y enterró el rostro en la almohada mientras buscaba a tientas el interruptor de la lámpara. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Sin prisa, asomó los ojos por encima de la almohada para acostumbrarse a la luz, y su nariz se llenó con el delicioso aroma a café recién hecho y beicon procedente de la cocina. Como siempre, su marido, Paul, estaba ya en pie y había empezado a preparar el desayuno. Siempre había envidiado esa capacidad de levantarse cada mañana a la misma hora sin necesidad de un despertador. Era cosa de los genes, pensaba. Hijo, nieto y bisnieto de vaqueros, Paul Overholt no podía haber salido de otra manera. Cuando estaba en el instituto, había llegado a contemplar la posibilidad de estudiar Derecho, pero el día después de cumplir los diecisiete, sus padres y sus dos hermanos mayores fallecieron en el Desastre, y él quedó solo a cargo de la granja.

Cuando Betty entró en la cocina, Paul ya había empezado. Salvo por un detalle, se trataba del desayuno de siempre: revuelto de tres huevos de las gallinas de su corral, seis lonchas de beicon del cerdo que habían sacrificado el mes anterior, un buen vaso de leche fresca ordeñada de la vaca la noche previa, y una taza doble de café. Lo

único que faltaba ese día eran las cuatro tostadas. El pan se había convertido en un alimento muy caro y difícil de encontrar desde la enfermedad que había atacado a las herbáceas, incluidos el trigo, el centeno y el maíz. En el sitio de Betty había una ración más pequeña de lo mismo, excepto café, porque no había llegado a acostumbrarse al sabor a azufre del agua del pozo.

Paul salió de la casa en dirección al granero, y dejó a Betty recogiendo los restos del desayuno y metiendo los cacharros en el lavaplatos. Faltaba una hora para el amanecer pero Paul Overholt había recorrido tantas veces el camino hasta el granero que rara vez necesitaba una linterna para guiarse. Además, estaba la luz del granero, que había encendido desde el porche al salir de la casa. Durante el último mes, no obstante, la mezcla del humo procedente de los incendios activos al oeste y de la ceniza volcánica que llenaba la atmósfera había oscurecido tanto el cielo nocturno que Betty insistía en que llevara siempre una linterna, no fuera a tropezar. La temperatura era fría; había refrescado desde hacía un par de semanas. En el telediario decían que la temperatura había bajado una media de dieciocho grados sobre la habitual debido a la capa de ceniza.

Lo cierto es que tampoco hacía falta que Paul empezara a ordeñar tan temprano. Había reducido a un tercio las cabezas de ganado para poder estirar el heno del año anterior. Pero era el horario al que él, y también sus vacas, estaban habituados. Al igual que Paul, las vacas no necesitaban un despertador para saber cuándo tocaba el ordeño. Y así, cuando llegaba cada mañana, ellas estaban allí, esperándole.

Paul había tenido más fortuna que la mayoría. El invierno anterior había sido muy suave y la granja Overholt tenía todavía un silo rebosante de maíz y un granero lleno de heno del año precedente. Eso y el hecho de que Paul hubiese plantado la mayoría de sus campos de trébol, cosecha a la que no había afectado la plaga, habían hecho posible que conservara casi todo el ganado y pudiera continuar ordeñando. A pesar de todo —o, más bien, gracias a todo—, aquél era un buen año para los Overholt, el precio de la leche estaba por las nubes. La carne de vacuno había bajado como consecuencia del incremento de sacrificios, pero seguro que la situación se normalizaría ese mismo año.

A medio camino entre la casa y el granero, advirtió que algo no iba bien. Las vacas estaban demasiado calladas. No es que sean animales precisamente ruidosos, pero con sesenta vacas en el prado junto al granero, lo habitual era oír algún que otro mugido; y el ruido de los excrementos y la orina cayendo al suelo era casi constante. Al aproximarse, Paul comprobó a la luz del granero que allí no había vacas esperándole.

Era casi habitual que faltara alguna que otra vaca, incluso había ocasiones en las que no había ninguna, pero éstas eran las menos. Paul Overholt ahuecó las manos delante de la boca a modo de megáfono y gritó: «¡Suk, vacaaa! ¡Suk, suk, suk, suk, vacaaa!». Era el mismo reclamo que utilizaban su padre y su abuelo. Es más, conocía a muy pocos vaqueros que no llamaran así a sus vacas. Tan familiar le resultaba que

jamás se había parado a pensar en lo ridículo que sonaba.

Las vacas ya no tardarían en venir, así que decidió aprovechar el retraso para prepararlo todo. Entró en la fresquera y comprobó que el tanque refrigerador de acero inoxidable de más de cinco mil quinientos litros funcionaba correctamente. La leche que había ordeñado la noche anterior estaba a 3,8 °C, la temperatura idónea. A continuación hizo circular por los conductos una solución de cloro para eliminar las bacterias. Concluida la desinfección, estimó que había pasado tiempo suficiente para que al menos algunas vacas se hubiesen acercado hasta el granero.

En ese momento entró en la fresquera su mujer.

—¿Y las vacas? —preguntó.

—¿No están ya ahí afuera? —inquirió Paul.

—No, no hay ni una —repuso ella.

—Las he llamado.

—Ya. Te he oído.

—Pues no sé —dijo él—. Puede que anoche me dejara la portilla cerrada. Lo dudo, pero iré a echar un vistazo. Tú adelántate y ve llenando de forraje los comederos y prepara la mezcla de sal.

Paul salió del establo y descendió hacia el prado siguiendo el arroyo. No recordaba haber cerrado la portilla, pero si lo había hecho, no sería la primera vez que hacía algo sin pensar, sobre todo con tantas cosas en la cabeza. Y la noche anterior había estado meditando sobre una conversación que había mantenido con sus hermanos la noche antes del Desastre y...

Paul Overholt tropezó y cayó al suelo. Sus pies habían chocado con algo, que resultó ser una vaca. El animal no se movió cuando Paul cayó sobre él, así que era poco probable que sólo estuviera dormido. En ese momento deseó haber llevado encima la linterna. Miró al animal de cerca, e incluso en la oscuridad pudo ver que estaba muerto y bastante hinchado, por lo que dedujo que llevaba así varias horas. Paul corrió hasta el granero, cogió la linterna y regresó. Cuando llegó al lugar, enfocó la linterna hacia la vaca muerta. No había señales de que hubiese sido víctima del ataque de algún depredador; no había sangre por ninguna parte, así que tampoco había sido obra de algún cazador insensato; la panza del animal tampoco estaba descolorida, lo que descartaba el impacto de un rayo; y no era una vaca que hubiese parido hacía poco y estuviese amamantando a su ternero, así que tampoco podía haber muerto de fiebre de la leche. No tenía otra opción que esperar a que amaneciera, para examinarla mejor, llamar al veterinario y que éste determinara la causa de la muerte. Lo último que deseaba es que aquello se extendiera al resto del rebaño. Y dependiendo de qué se tratara, era posible que tuvieran que desechar la leche ordeñada la noche anterior.

De momento, no obstante, el misterio no estaba del todo resuelto. Paul continuó hacia la portilla que pensaba podía haberse dejado cerrada. La encontró abierta de par en par. Llamó a las vacas de nuevo, pero no oyó nada. Paul enfocó el haz de la

linterna hacia un bulto que obstaculizaba el camino. Era otra vaca, hinchada y rígida. El hallazgo le desconcertó por completo. Corrió hacia el arroyo que discurría al extremo del prado. Allí encontró otra vaca, muerta también. Y luego otra, y otra. Paul se detuvo, como paralizado, y elevó la linterna sobre su cabeza para iluminar el campo que se extendía ante él. A su alrededor, pero sobre todo a orillas del riachuelo, yacían las vacas, inertes.

GDANSK, POLONIA

El doctor Alexander Zielenski entró en la sala de urgencias del Hospital St. Stanislawa con Anna, su hija de cinco años, en brazos. La niña se había puesto enferma esa noche. Parecía un simple dolor de estómago, pero en lugar de mejorar, los síntomas se habían ido agravando con el paso de las horas. Al principio había intentado atajar el dolor, pero la niña había sufrido varios accesos de vómito incontrolados, seguidos de episodios de diarrea aguda, y el doctor decidió llevarla al hospital. El aparcamiento estaba completo, hecho nada habitual a aquella hora del día, así que acercó el coche hasta el aparcamiento reservado al personal sanitario y estacionó en su plaza reservada. Al entrar en la unidad de urgencias comprobó enseguida por qué el aparcamiento estaba lleno. La sala estaba repleta de hombres, mujeres y niños esperando a que les atendieran. Los pocos que se encontraban relativamente bien ocupaban las sillas y bancos de la sala. El resto yacía tumbado en el suelo, donde sus familiares intentaban confortarlos. El aire apestaba a vómito.

El doctor Zielenski examinó con detenimiento los rostros de los pacientes que, demacrados, parecían víctimas de desnutrición severa.

—Gracias a Dios que estás aquí, Alexander —oyó que decía una voz familiar a su espalda—. Toda ayuda es poca.

Se volvió y comprobó que era su colega el doctor Josef Markiewicz.

—Oh, vaya —dijo el doctor Markiewicz al ver a Anna en brazos de su padre—. También ha caído la pobre Anna.

—¿De qué se trata? —preguntó Zielenski.

—No estamos seguros todavía —repuso Markiewicz, y condujo a Zielenski al interior de un despacho vacío donde poder hablar con él en privado—. Por los síntomas, todo indica que se trata de cólera, pero estamos haciendo análisis para asegurarnos. Empieza con ardor de estómago y de garganta, seguido de vómitos severos y después de diarrea. Al principio las deposiciones son fecales, pero luego adquieren un aspecto acuoso y a menudo contienen sangre. Los pacientes sufren de sed y deshidratación extremas, pero cuanto beben lo expulsan a los pocos minutos. Presentan un cuadro de astenia y colapso físico; rasgos demacrados; piel húmeda y cianótica; luego aparecen calambres en las pantorrillas. Con el paso de las horas, el pulso se hace cada vez más débil e irregular, y la respiración más y más dificultosa. La muerte...

—¡Muertos! —le interrumpió Zielenski, e instintivamente apretó a su hija aún más contra sí.

—Aquí, de momento, tenemos tres. He hablado con Lech, del St. Tadeusz. Ellos tienen dos hasta ahora, y por lo que sé, en Varsovia superan la docena.

—No tenía ni idea. ¿Cómo iba el cólera a golpear con tanta rapidez sobre un área tan extensa?

El doctor Markiewicz meneó la cabeza.

—Necesito que atiendan a Anna enseguida —dijo Zielenski dándose por enterado de la situación a pesar de desconocer la causa.

—Vamos a examinarla y a cogerle una vía para que vaya recuperando líquido.

En ese mismo instante, se abrió la puerta y entró el doctor Jakob Nowak.

—Perfecto —empezó—, una de las enfermeras me ha dicho que estabas aquí.

—Tengo que cogerle una vía a mi hija de inmediato. ¿Puede esperar? —preguntó Zielenski.

—Es sólo un minuto —insistió Nowak—. Estábamos equivocados. No es el cólera.

—Y entonces, ¿qué es? —preguntó Zielenski sin darle tiempo a Nowak a terminar.

—Se trata de un envenenamiento —dijo Nowak—. Arsénico —continuó antes de que Zielenski le interrumpiera de nuevo—. Afecta a toda Polonia.

—Pero ¿cómo? —preguntó Zielenski incrédulo.

—Está en el agua.

LA IRA DE DIOS

NUEVA YORK, NUEVA YORK

—Se han comunicado miles de casos de envenenamiento por arsénico en todo el mundo —anunció el doctor Sumit Parekh, de la Organización Mundial de la Salud, ante la reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad de la ONU—. Al principio pensamos que la nube de ceniza volcánica, en continua expansión, era el foco del arsénico. Pero las muestras de aire tomadas a distintas altitudes en distintos puntos del planeta han revelado la presencia de índices de arsénico poco significativos que, desde luego, resultan sin duda insuficientes para causar un envenenamiento tan extendido. Por esa razón hemos relacionado el arsénico con la nube de desechos procedente del tercer asteroide.

—¿Acaso sugiere que el asteroide estaba compuesto de arsénico? —preguntó el embajador Clark, representante de Norteamérica.

—No en su totalidad, no. Pero sí que contenía lo suficiente para constituir un problema. Es muy poco usual que un asteroide contenga índices de arsénico suficientes para causar lo que estamos experimentando; la mayoría de los meteoritos examinados no contienen más que pequeñas cantidades de arsénico, que a menudo no sobrepasan el uno por ciento del total de su composición^[11].

—¿Se ha probado esta teoría? —preguntó el embajador Fahd, representante de Oriente Próximo.

—Así es —contestó Parekh—. De todos los fragmentos identificables de asteroide que han alcanzado la Tierra, la mayoría no supera el tamaño de un pomelo. Varios de los pedazos recuperados han sido enviados a museos y universidades, pero la mayoría se los ha quedado de recuerdo la gente que los encontró. El Luther College de Decorah, en Iowa, posee uno de los mayores, un fragmento de ciento treinta kilos y medio. Con su colaboración, hemos podido confirmar la hipótesis de que, efectivamente, presenta vetas de un material quebradizo gris apagado que al quebrarse revela un color blanco de estaño con un brillo metálico característico. Otras pruebas posteriores lo han verificado. El tercer asteroide contaba en su estructura con una retícula de arsénico. Creemos que ésa es la causa de que se despedazara por completo al recibir el impacto de la primera tanda de misiles. El polvo de asteroide depositado en la Tierra ha penetrado en el nivel freático y contaminado los lagos, ríos y pantanos, envenenando así el agua potable de miles de poblaciones.

—Pero el envenenamiento parece demasiado aleatorio —dijo el embajador Clark—. Afecta a una ciudad y se salta la siguiente por completo.

—Entendemos que ello obedece a varios factores, entre ellos el climático. Como ocurre con la lluvia, hay zonas donde el polvo de arsénico ha caído en cantidad muy

elevada y otras donde el viento ha evitado que éste se depositara. Allí donde sí que ha caído sobre la superficie, los ríos y pantanos de escasa profundidad se han visto más afectados debido a la mayor concentración de arsénico disuelta en el agua. Cuanto más profundo es el río o el pantano, menor la concentración. En el caso de los pozos, la mayoría no está afectada porque se alimentan de manantiales subterráneos y es muy reducida el área de superficie expuesta. Otros factores que afectan de manera determinante la disolución del arsénico en el agua son la temperatura y el pH del agua. Hay que añadir que, al tratarse de un elemento que disuelto en el agua se vuelve incoloro, inodoro e insípido, no hay forma de detectar su presencia por métodos sencillos. Esto hace necesario efectuar un análisis exclusivo de cada fuente de agua, a fin de determinar si está contaminada o no.

—¿Y cuánto va a durar esto? —preguntó Clark—. ¿Se puede hacer algo para depurar el agua?

—El cambio de las condiciones climáticas, la temperatura, la variación de los índices de pH y la sedimentación del arsénico harán posible que dentro de unos seis meses, tal vez, las reservas de agua vuelvan a ser potables. Hasta entonces es muy probable que mueran millones de personas si no se consigue suministrar agua potable a las zonas afectadas.

TRES DÍAS DESPUÉS

Jason Baker permaneció en silencio, para no molestar a su esposa, Judy, que dormía en el asiento del copiloto de la camioneta, con la cabeza apoyada contra la puerta. Eran las seis menos cuarto de la mañana, cinco minutos antes del amanecer. A pesar del manto de humo y ceniza que cubría el cielo, había luz suficiente para ver y para comprender las implicaciones de lo que se desplegaba ante él, allí sentado de cara al Sol naciente.

Según el planificador de viajes de Internet, se encontraban a mil seiscientos ochenta y seis kilómetros de su devastado hogar, en lo que fuera Seaside, California. Todavía faltaban mil setecientos setenta y tres kilómetros para llegar a su destino — Patterson, Louisiana—, donde esperaban encontrar a los padres de Jason aún con vida y un lugar donde empezar de nuevo. Pero la estimación de la distancia se basaba en las condiciones previas al impacto de los asteroides. Jason echó un vistazo al cuentakilómetros del salpicadero. Con tantas vueltas atrás, rodeos e itinerarios imprevistos, ya habían sumado dos mil seiscientos kilómetros a los mil seiscientos ochenta programados. Ahora, al contemplar cómo el Sol despuntaba en el horizonte, supo que lo recorrido no era sino la parte más sencilla del viaje.

La luz anaranjada del alba llenó la cabina y se posó sobre el rostro de Judy, que se removió en el asiento, estiró sus miembros dormidos y se masajeó los músculos del cuello, agarrotados después de dormir varias horas en tan incómoda postura. Al abrir los ojos, el escenario surrealista que se desplegó ante ella acabó de despertarla de un

plumazo. Sin pronunciar palabra, Judy, igual que su marido, pasó varios minutos examinando la insólita estampa con perpleja curiosidad. En el horizonte, los rayos del Sol atravesaban la nube de ceniza volcánica y el humo de miles de hectáreas de bosque quemado, iluminando desde abajo el espeso manto que cubría el planeta. El cielo, un lienzo negro y gris, presentaba aquí y allá zonas menos opacas e incluso grandes rasgones informes por los que se colaba la luz del día. En alguna que otra parte, incluso, se apreciaban vastas y sorprendentes pinceladas de color azul, gris pardo y naranja sucio. En primer plano se extendía un paisaje carbonizado, plantado con retorcidos pedazos de metal y montones de desechos. Pequeños barrancos como lechos de río secos recorrían serpenteantes el terreno, obstruidos por enormes rocas.

En aquella superficie lunar, no había rastro de vida, ni pretérita ni actual. Y aun así, había demasiados restos de presencia humana como para considerarlo uno más de los exóticos espectáculos que en ocasiones ofrece la naturaleza. Así y todo, no había antecedentes en la historia de la humanidad que pudieran explicar lo que se desplegaba ante ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Judy, por fin—. ¿Dónde estamos?

Jason había seguido conduciendo caída la noche, hasta que perdió de vista la carretera y las condiciones le impidieron proseguir sin riesgo. Conocía la respuesta a las preguntas de Judy, pero no acababa de creérselo del todo. Señaló a la pantalla del GPS de la camioneta. Judy contempló el paisaje circundante y de nuevo volvió a mirar el GPS, donde se podía leer «cruce de la Interestatal 40 con Rio Grande Blvd., Albuquerque, Nuevo México».

NUEVE MESES DESPUÉS. JERUSALÉN, ISRAEL

Nadie los vio llegar. Nadie los había vuelto a ver después del impacto del primer asteroide. Y entonces, de pronto, allí estaban —los profetas, los lunáticos—, levantando tantos recelos como el mensaje que seguro venían a anunciar. Recorriendo las calles de Jerusalén, con mucha parsimonia y resolución, repetían una y otra vez en hebreo: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, por los siguientes toques de trompeta de los tres ángeles que van a tocar!»^[12].

El cielo de Jerusalén era del gris de la arpillera cubierta de ceniza que colgaba de sus cuerpos, pero hasta donde la vista alcanzaba no se divisaban nubes de lluvia. Hacía dos años y medio que los campos de los kibutz yacían resechos y yermos. Sólo los que se regaban con agua de las desalinizadoras israelíes producían alguna que otra cosecha. No, el gris del cielo no era otra cosa que el cada vez más fino pero omnipresente manto de humo y de ceniza volcánica. La última erupción se había producido cinco meses atrás, pero la capa persistía, ocultando hasta una tercera parte de la luz del Sol durante el día y la de la Luna y las estrellas por la noche.

Cuanto habían augurado en el pasado se había cumplido, y ahora regresaban de nuevo. Aunque en el resto del mundo la mayoría seguía sin relacionar las profecías y

lo acaecido sobre el planeta, las gentes de Jerusalén lo habían hecho ya hacía tiempo.

Enseguida se envió una unidad móvil de la televisión local para que los siguiera e informara sobre sus profecías. Pero ellos se limitaban a repetir lo mismo una y otra vez: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, por los siguientes toques de trompeta de los tres ángeles que van a tocar!». Una extraña energía parecía envolver a los dos hombres y hacía temblar de miedo a cuantos se hallaban a su alrededor. Nadie osaba acercarse, ni siquiera la policía, que no tardó en acudir, pero que se limitó a mantener la distancia y observar.

La situación se alargó durante varias horas. Los profetas siguieron caminando, repitiendo su mensaje; la policía mantenía a raya a los curiosos, y cámaras y periodistas los perseguían. Entonces, en un giro inesperado de los acontecimientos, los hombres empezaron a caminar hacia el monte del Templo.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Cuando Decker llegó al despacho de Christopher Goodman, Robert Milner ya estaba allí. El televisor estaba encendido y era evidente que se habían enterado ya de las noticias procedentes de Jerusalén. Sin mediar palabra, Christopher le invitó a sentarse en el butacón de cuero situado junto al suyo, y allí tomó asiento, reuniéndose así con ellos ante la pantalla. Decker reconoció el escenario de inmediato. Se trataba de una de las calles de los alrededores del monte del Templo, en el casco antiguo de Jerusalén; él había estado allí en más de una ocasión. Un periodista británico narraba los hechos.

«Los dos hombres continuaron su marcha sin provocar incidentes hasta que la policía se percató de que pretendían acercarse al Templo, el santuario más sagrado del judaísmo y principal atracción turística de Israel. Temerosa de que estos dos fanáticos pudieran perturbar a los fieles y a los visitantes del Templo, la policía les dio el alto, aunque infructuosamente. Como podrán comprobar los espectadores por las imágenes proporcionadas por nuestro corresponsal en la zona, la policía ha procedido entonces a su arresto. Al aproximarse la patrulla, compuesta por doce efectivos, los dos hombres cesaron por fin de repetir su mensaje y lanzaron la siguiente advertencia en hebreo a la policía: “Deteneos o probaréis la ira de Dios”. La policía continuó su avance y entonces...».

En la pantalla, Decker, Christopher y Milner vieron ahora cómo los efectivos de la patrulla policial israelí empezaban a sufrir convulsiones y a gritar de dolor, e instantes después estallaban en llamas. Pero el fuego no procedía de los uniformes; más bien, había brotado del interior de sus cuerpos, ardiendo hacia el exterior y prendiendo después la ropa. A pesar de lo escalofriante de la escena, la cámara no había dejado de grabar captando cada uno de aquellos horribles minutos mientras los dos hombres en arpillera permanecían allí de pie, entre alaridos y carne en llamas. No estaba seguro —la imagen a través de las llamas no estaba clara y los gritos

ensordecían cualquier otro sonido—, pero a Decker le pareció ver que los dos hombres lloraban.

«Varios refuerzos policiales han abierto entonces fuego contra los dos hombres — continuó el reportero británico—, aunque con consecuencias igualmente terribles». Se oyó entonces una ráfaga de disparos, pero era como si las balas no alcanzaran su objetivo. Y como sus compañeros antes que ellos, los policías que habían disparado ardieron instantáneamente. Tras la emisión de las espeluznantes imágenes, el periodista prosiguió con el relato.

«Muertos o agonizantes los miembros de la patrulla, y sin rastro de la llegada de refuerzos, los dos han reanudado en silencio su marcha hacia el Templo sin que nadie intentara detenerlos y dejando atrás los montones de carne humana carbonizada».

La imagen cambió, prueba de que se habían cortado algunos minutos de la grabación, y en la pantalla aparecieron Juan y Cohen, en sus arpilleras cubiertas de ceniza, ante la amplia escalinata de piedra que asciende al Templo. La policía del Templo se mantenía a distancia, sus rifles en posición de alerta, intentando, al parecer, que la muchedumbre de fieles y turistas no se aproximara demasiado a los hombres, aunque nadie habría osado hacerlo. A mitad de la escalinata, acompañado por sólo unos pocos de sus ayudantes, que le seguían a cierta distancia a su espalda, había un hombre menudo con barba, ataviado con ropajes y un tocado muy elegantes. El periodista continuó:

«Al llegar a la escalinata del Templo, el sumo sacerdote judío, Chaim Levin, un hombre que rara vez se deja grabar por las cámaras, les esperaba a mitad de la escalinata. No sabemos si pretendía hacerles frente o si sólo había salido a presenciar el suceso en directo; lo cierto es que ya sea por temor o por respeto al sumo sacerdote, o porque su único objetivo era llamar la atención de Chaim Levin, los dos hombres no han seguido adelante. Al contrario, se han limitado a repetir su mensaje para que todos lo pudieran oír, añadiendo que la primera penalidad llegará pronto; han dado media vuelta y se han alejado tranquilamente. La cámara de nuestro corresponsal los ha grabado mientras se alejaban del Templo, seguidos por la policía y por algunos de los curiosos más osados».

La imagen había cambiado de nuevo, y ahora mostraba a Juan y Cohen en el extremo norte de la ciudad moderna.

«A las afueras, el ejército israelí aguardaba la llegada de los dos hombres, con aparente nerviosismo, temiendo correr, tal vez, la misma suerte que la policía. Pero llegados a los límites de la ciudad, y ante la mirada de cientos de personas y de nuestras cámaras —como podrán comprobar en estas increíbles imágenes—, los dos hombres se han detenido y se han esfumado».

Al pronunciar el periodista estas palabras, Juan y Cohen desaparecieron de la pantalla, dejando a la muchedumbre de policía, periodistas, soldados y curiosos boquiabierta y mirándose unos a otros con incredulidad.

«Que estos hombres, a los que conocemos como Juan y Cohen, poseen poderes

fuera de lo corriente es ya innegable —decía ahora el reportero, cuya imagen aparecía por primera vez en pantalla desde el comienzo del reportaje—. En Israel, muchos achacan la larga sequía en la zona a la intervención de estos dos hombres y se afanan en destacar las sorprendentes similitudes entre las profecías que anunciaron en enero pasado y la devastación producida por los tres asteroides. Algunos creen incluso que ellos y sus seguidores son los responsables de que los asteroides modificaran su órbita para lanzarse contra la Tierra.

»Sean quienes sean —concluyó el comentarista—, visto lo que han hecho aquí hoy, no podemos sino plantearnos varios interrogantes: ¿son enviados de Dios como aseguran ser? ¿Acaso se trata de profetas apocalípticos? Y si no, ¿procede, entonces, su poder de otra fuente? Y si sí que son enviados de Dios, no cabe sino preguntarse: ¿nos hallamos ante una manifestación de la ira divina?».

Milner se acercó al televisor y lo apagó.

—¿No podéis hacer nada para detenerlos? —suplicó Decker.

—Todavía no ha llegado la hora —contestó Christopher, meneando la cabeza—. El mundo no está preparado para conocer la verdad aún.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro? —insistió Decker.

—Cuando estuve en el desierto de Israel, mi padre me dijo que sólo sabré que ha llegado la hora cuando comprenda lo que he de decirle al mundo y comprenda toda la verdad sobre mí mismo.

—¿Y? —dijo Decker, instándole a continuar.

Christopher meneó la cabeza, señal evidente de su frustración.

—Pero esto no puede seguir así. ¡Tienes que hacer algo! ¡Alguien tiene que detenerlos!

Christopher dejó caer la cabeza y presionó las manos contra las sienes, como si intentara evitar que ésta estallara por la presión. Parecía sufrir un gran dolor. Decker no lo había visto así jamás.

—Decker —dijo Milner—, no hay nada que él pueda hacer.

Decker sabía que de haber podido hacer algo, Christopher ya lo habría hecho hacía tiempo. Su insistencia era fruto de su frustración, del dolor y la rabia. El mundo estaba al filo de la destrucción, habían muerto cientos de millones de personas, la mitad del planeta se debatía por encontrar comida y agua suficientes para sobrevivir, y aun así no había nada que ellos pudieran hacer. Decker apoyó su mano sobre el hombro de Christopher.

—Lo siento, Christopher —dijo—. Sé que todo esto te duele también, ¡pero es que es tan increíblemente insoportable!

—Lo sé, Decker —susurró Christopher sin levantar la mirada.

—Entonces, por el momento esperamos, ¿nada más? —preguntó Decker.

—Al menos no le harán más daño al planeta. —Christopher levantó la cabeza y dejó deslizar los dedos por las mejillas hasta quedar entrelazadas las manos—. Ahora se concentrarán en herir a la gente, nada más.

Parecía un augurio nada prometedor.

PLAGA

DOS MESES DESPUÉS. JERUSALÉN, ISRAEL

Pasaron casi dos meses antes de que Juan y Cohen fueran vistos de nuevo, y su aparición fue casi idéntica a la anterior, aunque en esta ocasión la policía recibió órdenes estrictas de no interferir o intentar apresar a la pareja si no se veían claramente amenazadas la seguridad o las instituciones públicas. Una vez más, Juan y Cohen recorrieron las calles de Jerusalén repitiendo su mensaje, y de nuevo se acercaron hasta la escalinata del Templo. Esta vez su mensaje era mucho más largo. Tal como apareció transcrito en los periódicos al día siguiente, decía así:

Escuchad, oh naciones de la Tierra, lo que el Señor, Dios de Israel, Creador del Cielo y de la Tierra, ha dicho: «¡Maldito el varón que confía en el hombre y hace de la carne su brazo, mientras de Yahveh se aparta su corazón! Será como tamarisco en la estepa». ¡Escuchad! Y el quinto ángel dio un toque de trompeta. Y vi una estrella caída del cielo a la tierra: se le dio la llave del pozo del abismo infernal, y abrió el pozo del abismo infernal, y del pozo subió humo, como el humo de un horno grande, y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo, y del humo saltaron a la tierra langostas, y se les dio poder como el poder que tienen los alacranes de la tierra; se les dijo que no hicieran estragos a la hierba de la tierra, ni a nada verde ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres que no llevaran la marca de Dios sobre la frente; y se les concedió no que los matasen, sino atormentarlos por cinco meses, con un tormento como el que produce el alacrán cuando pica a un hombre; y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la encontrarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos^[13].

Como en la ocasión anterior, tan pronto hubieron hecho su anuncio ante el Templo, Juan y Cohen abandonaron el lugar y caminaron hasta el extremo norte de la ciudad. Allí, rodeados de testigos, y de cámaras que emitían el suceso en directo para todo el mundo, volvieron a esfumarse. Como esta vez no hubo muertes, las cadenas carecían de material morboso para sus emisiones, pero aprovecharon la oportunidad que les brindaba el acontecimiento para volver a emitir las imágenes de quienes habían muerto calcinados durante la anterior aparición de la pareja.

DIEZ DÍAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

Decker Hawthorne dio una propina al taxista y se apeó del vehículo, que se había detenido ante el edificio de la Secretaría de Naciones Unidas. Hacía un día

deprimente, cubierto de niebla, como lo eran ahora casi todos, aunque la situación mejoraba poco a poco. Buena parte de la ceniza volcánica se había depositado, y la temperatura ya sólo era doce grados más baja que la habitual; así y todo, el Sol no se veía con claridad más que de tanto en tanto. La hierba había vuelto a salir; lo que era de agradecer teniendo en cuenta que, a pesar de que la ausencia de luz solar había atrofiado el crecimiento de las plantas herbáceas, aún se esperaba obtener cuando menos una pequeña cosecha.

Al acercarse a las puertas giratorias que brindaban acceso al vestíbulo de la Secretaría General, oyó un sonido parecido al de un helicóptero aproximándose y levantó la vista. En vez de un aparato, Decker se encontró con que el manto de ceniza volcánica parecía haberse transformado, de pronto, en un espeso líquido gris, que se derramaba lentamente sobre la tierra. Entornó los ojos para ver mejor qué era aquello, pero sin éxito. Cuanto más descendía la nube oscura, más intenso era el ruido. De una carrera Decker se refugió bajo la marquesina de la entrada del edificio, y volvió a mirar hacia arriba. El ruido era ya un rugido que parecía retumbar sobre toda la ciudad. El grueso de la masa oscura se hallaba a poco más de un centenar de metros sobre el suelo, pero en algunas partes se derramaba como petróleo, cubriendo la sección superior de los edificios circundantes e incluso las ramas más altas de los árboles. De pronto empezó a oír cómo la gente gritaba aterrorizada a su alrededor, y al fijarse, descubrió por fin de qué se trataba: era una nube inmensa de insectos, pero de una especie que él no había visto jamás. Tenían el tamaño de pájaros pequeños; y se contaban por millones.

Decker corrió hacia la puerta, pero ya se habían posado sobre él una docena de insectos. Consiguió pasar al interior, pero con él lo hicieron también un centenar más de aquellos bichos. Los que él llevaba encima se habían prendido de su ropa, pero entonces uno trepó por el cuello de la camisa hasta la nuca. Decker alzó la mano para apartarlo, pero no llegó a tiempo y un dolor abrasador estuvo a punto de derribarle al suelo cuando la criatura, simultáneamente, le picó con el aguijón de la cola y le mordió para chupar su sangre. En el vestíbulo, la gente chillaba y palmoteaba desesperada, mientras los insectos mordían y picaban allí donde hallaban una fracción de carne descubierta.

El dolor era casi insoportable, pero Decker se llevó la mano de nuevo a la nuca para intentar aplastar el insecto. La criatura, que era más grande de lo que esperaba, casi le llenaba la palma de la mano. Como no podía aplastarlo, se lo arrancó del cuello, lo arrojó contra el suelo y lo pisó. El dermatoesqueleto no cedió hasta que no hubo descargado todo su peso sobre él, y entonces reventó y salpicó el suelo de entrañas y sangre, incluyendo parte de la que ya le había chupado a Decker.

En la calle, la gente corría intentando, sin éxito, zafarse de los insectos o dar con alguna puerta abierta. Pero los que ya estaban dentro de los edificios habían cerrado con llave o bloqueado las puertas, para evitar que se colaran más insectos al interior, abandonando a su suerte a los desafortunados que se hallaban en el exterior. Como

anunció la profecía, sólo los que llevaban «la marca de Dios sobre la frente» —los miembros del Koum Damah Patac, con su sangrienta señal inscrita sobre el ceño— se libraron de la plaga. Una pareja de miembros del KDP, que se encontraba en la acera de enfrente del edificio de la ONU a la llegada de Decker, permanecía allí observando el ataque, sin que los insectos se les acercaran.

En torno a Decker, los gritos y palmoteos iban en aumento, a la vez que más y más gente de la plaza de delante del edificio atravesaba las puertas giratorias y dejaba entrar más insectos. En su agonía, Decker olvidó por completo que todavía llevaba otros insectos prendidos de la ropa. De repente sintió un feroz picotazo en el tobillo izquierdo, justo por encima del zapato, y casi de inmediato otro en el muslo izquierdo, y todavía otro más en la pantorrilla derecha, cerca de la parte de atrás de la rodilla. Los tenía por todas partes, mordiendo y machacando la tela del traje con sus dientes y sus patas espinosas, hundiendo la cabeza y el aguijón en su carne. A cada picotazo, Decker atrapaba al insecto y lo lanzaba contra el suelo, pero el dolor era tan agudo que no remataba la labor pisándolos. Así que los insectos permanecían unos segundos en el suelo aturcidos por el golpe, se espabilaban y volvían a levantar el vuelo, para atacar a otra víctima o prenderse de nuevo a Decker. Finalmente, Decker cayó al suelo retorciéndose de dolor, mientras dos insectos más se escurrían por el interior de la espalda de la chaqueta y empezaban a mordisquearle la camisa. El dolor era demasiado intenso para seguir luchando; hizo acopio de fuerzas y rodó sobre su espalda, con la esperanza de aplastarlos, pero sólo consiguió que los agujones se le clavaran más adentro.

Entonces se produjo una estampida para salir del vestíbulo, con empujones, codazos y atropellos. Los que encontraban un despacho abierto se colaban dentro y cerraban la puerta tras de sí, para dejar fuera a quienes venían inmediatamente detrás.

Decker estaba tumbado boca arriba en el suelo, sin poder moverse, y sintió que un insecto se le posaba en la cara. Cuando ya iba a clavarle el aguijón, Decker perdió el conocimiento, y el insecto, curiosamente, pareció perder interés y se fue volando. Lo mismo hizo el resto de criaturas que seguían prendidas de él. Las dos que permanecían atrapadas entre su espalda y el suelo dejaron de mordisquear, y empezaron a retorcerse y escurrirse por el dorso intentando escapar de allí. Los entomólogos descubrieron después que los insectos no atacaban a las víctimas que ya habían perdido el conocimiento a causa de las picaduras.

En el exterior, miles de insectos se lanzaban volando contra las lunas de cristal, para alcanzar a la gente del interior. El impacto sólo los aturcía un poco, y las aceras a los pies de los ventanales empezaron a bullir con hexápodos tambaleantes, que intentaban recomponerse para reemprender el vuelo.

El punto débil de los insectos era, probablemente, su persistencia; una vez aterrizados sobre una víctima, no cesaban en su ataque hasta quedar saciados de sangre o hasta que aquélla quedaba inconsciente. A su persistencia se sumaba la fiereza del asalto, que los convertía en blancos fáciles. Cuando llegaron al vestíbulo

los refuerzos del personal de seguridad, la mayoría de los insectos que habían penetrado en el interior del edificio ya se hallaban prendidos de sus respectivas víctimas y, a excepción de los que abandonaban sus cuerpos inconscientes, quedaban muy pocos libres para interferir en la labor del personal de seguridad. Así, mientras un grupo se ocupaba de evitar que entraran más insectos por las puertas, otros corrieron en auxilio de las víctimas y descubrieron, como lo había hecho Decker, que la mejor forma de matar a las criaturas era arrancarlas de la piel, arrojarlas contra el suelo y pisarlas con todas sus fuerzas.

Los efectivos de la división de servicios médicos de la ONU no tardaron en llegar y empezar a socorrer a las víctimas. Había multitud de personas tendidas en el suelo, inconscientes; otras gritaban de dolor a causa de los verdugones de las picaduras. Un guarda de seguridad, que había capturado vivos a dos insectos, los sujetaba uno en cada mano por la parte superior de su extraño abdomen, mientras éstos se retorcían lanzando picotazos al aire con sus aguijones. Se los había arrancado a una anciana de la cara y la pierna, donde éstos se encontraban succionando la sangre de su víctima semiinconsciente. Seguro que alguien tendría interés en echar un vistazo a aquellas peculiares criaturas; y allí de pie, empezó a preguntarse dónde podría encontrar un tarro de cristal lo suficientemente grande para meterlas dentro.

Afuera, el estruendoso aleteo de los insectos subió de volumen, en el momento en que millones de ellos levantaban el vuelo. Treinta segundos después se habían esfumado rumbo a otra zona de la ciudad, en busca de nuevas víctimas. Los cuerpos encogidos de personas desmayadas salpicaban las aceras y el asfalto.

* * *

Los entomólogos no se ponían de acuerdo, ni tampoco se atrevían a hacer conjeturas sobre la especie o el género de los insectos. Como fuere, no había noticia hasta entonces de su existencia; se trataba de una mutación extraña e inexplicable. El tamaño de las criaturas variaba entre seis y medio y más de siete centímetros y medio de largo, y el abdomen medía unos dos centímetros de ancho por algo menos de espesor. Las alas eran robustas, aunque transparentes, y la envergadura superaba ligeramente los quince centímetros. Un grueso dermatoesqueleto de color gris oscuro les cubría casi todo el cuerpo, como una coraza. Éste era el escudo que convertía en tarea casi imposible aplastar a los insectos. Sobre la cabeza, el caparazón era espinoso y ostentaba un tono dorado luminoso, que le otorgaban el centenar de finas fibras de unos dos centímetros y medio de largo que brotaban de debajo, y que eran sorprendentemente similares al pelo humano. La cara del insecto guardaba un espeluznante parecido al rostro humano, aunque algo más plano. En la boca, comparativamente dos veces más grande que la humana, exhibían un par de colmillos de aspecto imponente, que empleaban para desgarrar rápidamente la ropa y luego morder a su víctima. Remataba la cola un enorme aguijón, con el que el insecto

inyectaba a la víctima un veneno no identificado.

Los insectos viajaban en enormes enjambres de hasta veinticuatro kilómetros de ancho, y permanecían en cada lugar el tiempo justo para alimentarse de sus víctimas, mientras éstas seguían conscientes, luego proseguían su camino. El enjambre que había aterrizado en la plaza de Naciones Unidas volaba ahora hacia el nordeste, pero no era el único; cientos como él habían aparecido, como por arte de magia, en distintos puntos del globo. Allí donde las construcciones no ofrecían la protección que brindan materiales tan resistentes como el hormigón, el acero o el cristal, el número de personas afectadas por las mordeduras y picaduras de los insectos fue muy superior al contabilizado en Nueva York.

La disección no hizo sino sumar un nuevo elemento de confusión sobre el origen del insecto; para desconcierto de los entomólogos, no se pudo identificar ningún tipo de órgano reproductor.

* * *

Cinco horas después, Decker volvió en sí. Tenía en el brazo una vía intravenosa por la que se le suministraba suero para evitar que se deshidratara. Estaba en uno de los dispensarios del edificio de Naciones Unidas rodeado de otras víctimas, algunas conscientes y otras no. Los que estaban despiertos, como él, hubiesen deseado no estarlo. Ya no se escuchaban aquellos penetrantes gritos de agonía, solamente quejidos penosos, pero no porque se hubiese aliviado del dolor a quienes los emitían, sino porque estaban demasiado agotados para seguir gritando. El dispensario no tenía ni mucho menos la capacidad necesaria para hacer frente a tan elevado número de pacientes, pero los hospitales neoyorquinos se encontraban totalmente colapsados por la afluencia de víctimas del ataque. Sencillamente, no había otro lugar donde ubicarlas.

A su alrededor todo eran llantos y quejidos, pero tampoco es que le importara. Unos pocos suplicaban la muerte, pero el dolor que sentía Decker era demasiado intenso como para que los problemas de los otros pudieran distraerle. Dieciséis verdugones enormes, de entre quince y veinte centímetros de diámetro, le cubrían la piel de arriba a abajo. La temperatura le había subido a treinta y nueve grados y medio, como consecuencia de la reacción del cuerpo al veneno. Jamás había experimentado un dolor semejante. Gimoteaba, y las lágrimas no cesaban de surcar sus mejillas, pero ni siquiera lo sabía. Los médicos le habían suministrado las dosis más elevadas de una docena de tranquilizantes diferentes, pero ninguno había surtido efecto. Cada segundo que pasaba era una eternidad. El tiempo se había detenido, y ahora sólo conocía el tormento.

De entre la selva de perchas metálicas que poblaba el espacio junto a su cama, con sus zarcillos y sus frutos de plástico transparente, le observaba un rostro familiar, aunque Decker no lo veía. Christopher Goodman miró a su alrededor, para

cerciorarse de que no había médicos ni enfermeras cerca, y extendiendo la mano tocó a Decker en la frente. Al hacerlo, una placentera ola de alivio recorrió el cuerpo de éste. Estaba agotado, pero en ese mismo instante desaparecieron el dolor y la fiebre.

—¿Cómo estás, viejo amigo? —preguntó Christopher, con una sonrisa.

Decker rompió a llorar, aliviado.

—Gracias —dijo sollozando, y alargó la mano para tocar el brazo de Christopher.

—He venido en cuanto me he enterado —contestó Christopher.

Decker miró a los que seguían tumbados a su alrededor, y luego levantó la vista hacia Christopher. Éste asintió con la cabeza y se alejó. Christopher se movía rápidamente de cama en cama pero, a diferencia de lo que había hecho con Decker, ahora, cada vez que tocaba a uno de los pacientes, susurraba suavemente «duerme», y éstos se sumían silenciosamente en un sueño apacible, ignorando el regalo que les había sido otorgado.

Con enorme esfuerzo, Decker consiguió mantener los ojos abiertos, para ver como Christopher abandonaba la sala para atender a otros pacientes. Luego se quedó dormido.

NAORIMASHITA

DOS DÍAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

Al despertar, Decker se encontró rodeado por varios médicos de la ONU, que examinaban su cuerpo, extrañados. Los verdugones habían desaparecido, igual que los de los demás pacientes. Era algo que los médicos no se podían explicar. En el resto del mundo, las víctimas del primer día de ataques de los insectos no se habían recuperado todavía. Los resultados del análisis del veneno apuntaban a que su efecto podía tardar una semana o más en remitir. Y, sin embargo, se hallaban ante un único grupo aislado de pacientes que parecían ser la excepción a la norma. En su caso, no sólo había desaparecido el dolor; la recuperación era completa e incluso algunos aseguraban no haberse sentido tan bien desde hacía años.

Decker se incorporó en la cama. Varios pacientes habían abandonado ya el dispensario.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó a la médico encargada.

—Dos días —contestó.

—¿Y qué hay de...? Esto... —Decker vaciló, sin saber cómo referirse exactamente a los insectos que le habían atacado.

—¿Las langostas? —dijo la doctora, echándole una mano con la pregunta. Decker asintió, ligeramente sorprendido ante el término escogido—. Siguen aquí.

Decker encontró su ropa y sus zapatos en una taquilla, y empezó a vestirse. El traje, que había sido nuevo, estaba todo agujereado como resultado del ataque de los insectos. Una vez vestido se miró al espejo. La barba de dos días y aquel traje andrajoso le daban un aspecto absolutamente desaliñado. Pero se podría asear y mudar de ropa más tarde; por el momento, lo que deseaba antes que nada era ver a Christopher.

* * *

—¡Cuánto me alegro de que estés bien! —exclamó Jackie Hansen, al tiempo que corría a darle un abrazo a Decker, nada más entrar éste en la oficina de Christopher, en la misión italiana—. Fui a verte al dispensario, pero tenías tanto dolor que dudo mucho de que te enteraras de que estaba allí.

—Es poco lo que recuerdo salvo el dolor —dijo Decker, devolviéndole el abrazo—. ¿Está Christopher?

—Acaba de salir, pero no tardará en volver. Puedes esperarle en el despacho, si quieres —le ofreció Jackie.

—Gracias —dijo Decker dirigiéndose hacia la puerta del despacho.

—El subsecretario Milner también le está esperando.

—Oh —dijo Decker. Desde que Christopher regresó del desierto israelí, Milner no parecía separarse de él ni un instante.

—Por cierto, bonito traje —añadió Jackie sonriendo, e introdujo el dedo meñique en uno de los agujeros.

Decker puso los ojos en blanco.

Cuando entró en el despacho, Milner estaba sentado a la mesa de Christopher y hablaba por teléfono. Levantó la vista y empezó a examinarle con lo que Decker interpretó como un gesto de desaprobación; no se trataba solamente de los agujeros del traje o de la barba sin afeitar. Había algo más.

Decker le saludó con un gesto, sin estar muy seguro de qué era lo que había provocado aquella extraña reacción en Milner, y se acercó hasta la ventana. Abajo, la calle estaba prácticamente desierta. Había menos de una docena de coches, y sólo un par de peatones, que se desplazaban a toda prisa. Pasado un momento, Christopher entró en el despacho.

—Decker, ¿cómo te encuentras? —preguntó Christopher con cierta emoción en la voz.

—De maravilla —repuso Decker—. Gracias por lo que hiciste. Supongo que no debería sorprenderme en lo más mínimo, pero no sabía que pudieras hacer cosas así.

—Yo tampoco —contestó Christopher—. En ese momento, me pareció que era lo más natural que podía hacer.

Robert Milner colgó el auricular e hizo ademán de unirse a la conversación, pero Christopher se le adelantó.

—Bienvenido —dijo, volviéndose hacia él—. Te hacía en España.

—Y así era —contestó Milner—, hasta que me enteré de lo ocurrido en el dispensario de la ONU.

—¿Quieres decir que la gente sabe lo que ocurrió? —le interrumpió Decker.

—No —contestó Christopher tranquilamente—. No exactamente. Lo único que se sabe es que, por una razón inexplicable, los pacientes del dispensario experimentaron una recuperación inusitadamente rápida.

—Christopher, no puedes correr esta clase de riesgos —dijo Milner—. ¿Y si alguien te ve? —Milner había levantado la voz, aunque a causa de la preocupación y no con ira.

—Cuando me enteré de que habían atacado a Decker, sentí que no podía abandonarle —insistió Christopher.

—No —dijo Milner, mientras miraba a Decker frunciendo el entrecejo y meneando la cabeza—. Supongo que no. Pero ¿era necesario curar a todos los demás? Los médicos podrían haber pasado por alto la recuperación de una persona, pero ¿cómo lo iban a hacer del dispensario entero?

—Estaban sufriendo mucho. Tenía que hacer algo.

—Christopher, hay gente sufriendo en todo el planeta. En la guerra entre China, India y Pakistán murieron más de cuatrocientos millones de personas, y cientos de millones más lo hicieron a causa de los asteroides. En China se mueren de hambre porque cientos de miles de hectáreas de tierras de cultivo en el litoral han quedado inutilizadas por la sal que dejaron atrás los *tsunamis*. La costa oeste del continente americano no es ya más que un yermo pantanal. Lo que queda de Japón, Filipinas, Malasia y el resto de países que antes dependían de la pesca en el Pacífico se han visto obligados a racionar los alimentos y carecen de una industria que las sustente. Las cosechas no cubren más que una mínima parte de las necesidades a lo largo y ancho del planeta... —Milner se detuvo aquí, pero podía haber seguido con aquella lista mucho más tiempo—. Pero tú sabes tan bien como yo —concluyó— que todo esto es parte del proceso. Igual que las contracciones en un parto. Es una fase del nacimiento de la era que está por llegar. Si intervienes en ese mecanismo de cambio, puedes eliminar el dolor, pero también te arriesgas a minar por completo el proceso de alumbramiento.

—Bob, no fueron más que un puñado de personas —argumentó Christopher.

—Por lo que he oído, eran más de cien.

—Pero es imposible que esto pueda alterar en lo más mínimo el proceso.

—Sí que podría, si alguien llega a verte.

—Tuve mucho cuidado.

Milner suspiró; había dicho lo que tenía que decir y no iba a discutir más sobre el asunto.

—Bueno —dijo suspirando otra vez—, supongo que ya no hay nada que podamos hacer.

—Ya verás como no pasa nada —dijo Christopher.

—Pero no dejes que vuelva a ocurrir. Ya sé que es muy duro ver sufrir de cerca a la gente, pero no te puedes permitir que el corazón gobierne sobre la razón.

—Lo sé, Bob. Lo sé —contestó Christopher—. Gracias por estar aquí para recordármelo.

—¿Y estás seguro de que no te vio nadie?

—Tuve mucho cuidado.

Hubo una pausa, y Decker aprovechó la oportunidad para intentar obtener las respuestas a algunos interrogantes.

—La doctora de la división de servicios médicos llamó, «langostas» a los insectos. ¿Es acaso una coincidencia o sabe ya la gente que Juan y Cohen están detrás de todo? Lo digo porque doy por descontado que esos bichos son las «langostas» de las que hablaban Juan y Cohen en su profecía.

Robert Milner sacó un ejemplar de *The New York Times* de su cartera. Las primeras páginas incluían, casi exclusivamente, artículos sobre las langostas —informaciones sobre los lugares donde habían atacado, estimaciones del número de personas afectadas por las picaduras, consejos para sellar casas y edificios—, y una

encuesta de ámbito internacional en la que el ochenta y seis por ciento de los encuestados hacían responsables de los ataques a Juan y Cohen. Milner señaló un titular en el que se podía leer: «Continúa la búsqueda de los “profetas” en Israel».

—No los van a encontrar, está claro —dijo Milner.

Decker se sentó y leyó por encima uno de los artículos. Los enjambres de langostas habían azotado el hemisferio norte y los trópicos. Las únicas zonas que se libraron del ataque estaban en el hemisferio sur, donde ahora era invierno. Al parecer las langostas eran sensibles a las bajas temperaturas. Las bandadas eran tan grandes que podían rastrearse fácilmente por satélite y por radar, permitiendo así a la Organización Meteorológica Mundial anticiparse a los ataques y advertir a tiempo a la población de las ciudades hacia las que se dirigían. Con todo, todavía no era seguro permanecer demasiado tiempo en el exterior, porque había grupos más reducidos de alimañas que se separaban de los enjambres principales y cuyos movimientos resultaba imposible rastrear ni predecir. Hasta el momento, el empleo contra los insectos de pesticidas aprobados por la ONU no había dado resultado.

Además de provocar un dolor agudo, el veneno de las langostas interfería con la actividad de los riñones y el hígado, alterando la eliminación de la toxina así como la acción de los tranquilizantes. Irónicamente, ejercía el mismo efecto sobre los sedantes (inductores de la muerte) aprobados por la ONU, y aun también hacía ineficaces, sin razón aparente, los inhibidores de la sodio-potasio-ATPasa (antaño empleados en las ejecuciones). Así que, aunque muchas de las víctimas habrían optado de sumo grado por acabar con su vida antes que soportar el dolor, es dudoso que los medicamentos paliativos aprobados por la Organización Mundial de la Salud hubieran conservado su efectividad.

—Tengo una reunión en Barcelona dentro de cuatro horas y media —dijo Milner cerrando su maletín—. No puedo perder el próximo avión supersónico que sale del aeropuerto Kennedy.

Decker levantó la vista del periódico.

—Ten cuidado ahora cuando vayas a por el coche.

—El chófer viene a recogerme a la puerta. Es relativamente seguro salir, siempre que sea por unos pocos minutos. Además, me han dicho que se las oye venir, a las langostas.

—Bueno, sí —dijo Decker, que tenía experiencia—, si vuelan en un enjambre de gran tamaño.

—No me llevará más de unos pocos segundos llegar hasta el coche. Seguro que no me pasa nada.

—Está bien —dijo Decker—. Pero, créeme, ¡más vale que no te pique uno de esos bichos!

—Lo tendré en cuenta —dijo Milner.

Decker volvió a su artículo mientras Christopher acompañaba a Milner fuera del despacho. Cuando regresó, Decker le habló con reconocimiento.

—Bueno, yo sí que entiendo lo que hiciste. Y te lo agradezco.

—Sólo quiere lo mejor —repuso Christopher—. Él mira el bosque, no los árboles.

—Ya, pero no entiendo cómo puede esperar que te mantengas al margen y no hagas nada, estando en tu mano paliar el sufrimiento de una persona.

Christopher se encogió de hombros. Había dado por zanjada la discusión.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó.

—Pues me gustaría pasar por casa, para darme una ducha y cambiarme de ropa, pero no es que me atraiga demasiado la idea de volver a salir ahí fuera. Bastante he tenido con tener que correr hasta aquí desde el otro lado de la calle —dijo refiriéndose al trayecto desde el edificio de la ONU hasta la misión italiana—. No me veo corriendo tres manzanas y subiendo una larga escalinata, para llegar al Hermitage.

La cómoda proximidad del apartamento de Decker a la ONU implicaba, sin embargo, no necesitar coche, y había muy pocos taxistas dispuestos a arriesgarse a salir con las langostas. Si quería ir a casa, tendría que hacerlo a pie.

El teléfono de Christopher emitió un zumbido, anunciando una llamada interna de Jackie Hansen.

—Señor embajador, está aquí el embajador Tanaka, que desea verle —le anunció refiriéndose al embajador de Japón, miembro permanente del Consejo de Seguridad, en representación de los países de la cuenca del Pacífico.

—No esperaba ninguna visita —dijo. Pero habría sido una grave falta de etiqueta hacer esperar al embajador, así que al momento añadió—: Hazlo pasar.

El embajador Tanaka era un hombre esbelto, que rondaba los setenta y tantos. Era miembro permanente desde hacía siete años, y antes de eso había sido miembro temporal del Consejo durante dos años.

—Embajador —empezó Tanaka al entrar—. Le ruego disculpe esta intromisión, pero...

—Ni mucho menos, embajador —le tranquilizó Christopher cordialmente—. ¿Qué se le ofrece?

El embajador japonés parecía incómodo, como si no supiera por dónde empezar o como si lo que había pensado decir le resultara ahora inapropiado y más difícil de formular de lo esperado. Christopher se mantuvo a la espera.

—Embajador, ya sabe que siempre he respaldado el buen quehacer del subsecretario Robert Milner y del Lucius Trust. El subsecretario lleva años anunciando la llegada de un *krishnamurti*, el soberano de la Nueva Era. —El embajador Tanaka no podía ocultar el malestar que le producía hablar del asunto, pero le superaba la determinación de cumplir con la misión en la que ya se había embarcado. Decker intentó disimular su propia inquietud ante el objeto al que a todas luces apuntaban las palabras de Tanaka—. En el Trust —continuó Tanaka—, se ha dicho siempre que, antes de morir, el subsecretario Milner y Alice Bernley verían al *krishnamurti*. —Tanaka hizo otra pausa y continuó—: La directora Bernley ya ha

muerto. —El embajador Tanaka calló y bajó la mirada hacia el suelo. Decker levantó los ojos hacia el techo y se mordió el labio inferior; ya no había duda de adónde les llevaba Tanaka con su soliloquio—. Por favor —dijo Tanaka suplicante—, las langostas han picado a mi nieta. Se muere. Habían venido de Japón a visitarnos y...

—Embajador, nadie ha muerto a causa de las picaduras de las langostas —dijo Christopher, pero la interrupción no amedrentó a Tanaka.

—Embajador Goodman, ¿es usted el *krishnamurti*, el soberano de la Nueva Era?

Decker ocultó la cara en la palma de la mano. Se alegró de que el embajador Tanaka no estuviera mirándole, porque seguro que la expresión de su rostro habría delatado la verdad. Al asomarse entre las rendijas de los dedos, le alivió constatar que Christopher manejaba la situación con mucha más calma.

—Embajador Tanaka —contestó Christopher—, el subsecretario Milner también me ha hablado de la profecía sobre este soberano, pero me temo que...

—Sé que curó a los que estaban en el dispensario de Naciones Unidas —le interrumpió Tanaka.

Christopher se quedó mudo. Tanaka continuó.

—La señora Love me ha dicho que le vieron salir justo después de producirse la mejoría de los pacientes —dijo refiriéndose a Gaia Love, que había sido nombrada nueva directora del Lucius Trust tras la muerte de Alice Bernley—. Por favor, si es usted el *krishnamurti*, tiene que curar a mi nieta. Es muy pequeña, no tiene más que ocho años. La han picado once veces.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par, y Decker y Christopher vieron como Jackie Hansen intentaba impedir el paso a un hombre de rasgos asiáticos, de treinta y pocos años. En sus brazos llevaba el cuerpo exánime de una niña —la nieta del embajador—, cuidadosamente envuelta, debido a la fiebre, en una espesa manta de algodón azul.

—Señor —decía en ese momento Jackie Hansen—, no puede pasar sin ser anunciado.

—Está bien —dijo Christopher al instante—. Déjale pasar.

Jackie se hizo a un lado y cerró la puerta después de que el joven hubo entrado.

—Éste es mi hijo Yasushi y... —Tanaka retiró con delicadeza la manta que cubría la cara de su nieta—. Y ésta, mi nieta Keiko.

Christopher miró a la niña un momento, pero enseguida retiró la vista y se volvió bruscamente hacia la ventana.

—Lo siento —dijo finalmente—, no puedo hacer nada. Debería estar en un hospital.

—Los médicos dicen que no hay nada que ellos puedan hacer —replicó Tanaka—. Pero usted puede curarla.

—Lo siento —repitió Christopher.

Una expresión de derrota barrió lentamente la esperanza que, hasta ese momento, se había podido leer en el rostro del embajador. Por un momento, Tanaka se quedó

allí, inmóvil, mientras Christopher seguía mirando por la ventana. Finalmente, el embajador miró a su hijo y luego al suelo.

—Siento haberle molestado, embajador —dijo Tanaka, y se dirigió hacia la puerta para abrirle paso a su hijo. Christopher siguió sin volverse, mientras el embajador Tanaka, su hijo y su nieta abandonaban el despacho y cerraban la puerta tras de sí.

Christopher se giró, y miró sucesivamente a la puerta y a Decker. Entonces, de súbito, se acercó hasta la puerta y la abrió.

—Embajador —llamó—. Embajador Tanaka —dijo—, por favor, vuelvan.

Tanaka entró inmediatamente en el despacho, seguido por su hijo, con la niña. Christopher les esperaba junto a la puerta, que se encargó de cerrar una vez estuvieron dentro.

—Embajador, me pone usted en una situación muy comprometida —dijo Christopher.

—Entonces, ¿la curará? —dijo Tanaka, que buscaba conseguir una respuesta afirmativa de Christopher, antes de que cambiara de parecer.

—Lo haré, sí —contestó Christopher—. Pero han de prometerme, usted y su hijo, que no revelarán nada de esto a nadie. Y menos aún al subsecretario Milner y a la señora Love —añadió casi en un susurro.

—Sí, por supuesto. Lo que sea —dijo Tanaka volviéndose hacia su hijo, que también asintió.

Christopher se acercó a la niña y, con sumo cuidado, retiró la manta, que le cubría el rostro. En el lado derecho de la frente tenía una picadura que le había producido una hinchazón en todo ese lado de la cara, deformando horriblemente sus dulces rasgos. Entonces, posó su mano sobre el verdugón y susurró en japonés *naorimasbita*, que significa «estás curada»; al instante la hinchazón desapareció. Decker miró a Christopher y le sobresaltó la expresión de aprensión que por un momento nubló su mirada. Era una mirada que ya había visto antes.

El embajador Tanaka retiró la manta para examinar a su nieta. Los verdugones habían desaparecido así como la fiebre. El asombro en su rostro era evidente. Había acudido a Christopher en busca de un milagro, pero era evidente que no lo había creído del todo posible. Tanaka cayó postrado de rodillas a los pies de Christopher y empezó a repetir una cantinela en japonés, que Decker interpretó tenía tanto de adoración como de gratitud.

Christopher se agachó para levantarlo.

—Por favor, embajador —dijo—, esto no es necesario. Sólo cumpla su promesa. Llévense a la niña unas semanas a algún lugar donde nadie vaya a hacer preguntas.

—Sí. Sí. Por supuesto. Lo que usted diga.

—Decker —dijo Christopher—, por favor, pídele a Jackie, con la mayor discreción posible, que despeje la oficina de personal, y luego acompaña al embajador, su hijo y su nieta hasta la salida. Asegúrate de que nadie de los que los vieron entrar les ven salir. —Decker asintió y salió del despacho. Al poco rato,

regresó para acompañarlos a la salida, con la nieta del embajador envuelta en la manta, igual que como cuando habían entrado. Al llegar a la puerta, Christopher detuvo al embajador Tanaka.

—Embajador —dijo—, una pregunta.

—Lo que quiera —contestó Tanaka.

—¿Tiene idea de quién fue la persona que me vio salir del dispensario de la ONU, después de que se curaran los pacientes allí ingresados?

—Creo que fue la señora Hansen —dijo Tanaka.

—Hmm... Bien. Gracias —dijo Christopher—. Supongo que volveré a verle en la reunión del Consejo de Seguridad del próximo jueves, ¿no?

—Sí —dijo Tanaka con una reverencia. Teniendo en cuenta que el embajador Tanaka rara vez cumplía con el saludo japonés tradicional fuera de su país, esta reverencia resultó particularmente respetuosa.

Cuando regresó Decker, Christopher ya había llamado a Jackie al despacho. Una vez le hubo asegurado Decker a Christopher que todo había ido bien, Jackie prosiguió con su explicación.

—Estaba en el dispensario tratando de reconfortar a Decker —dijo—. Estuve allí una media hora y luego salí un momento para ir al aseo. Cuando regresé, vi cómo te ibas, y di por hecho que habías ido a visitar a Decker. Pero cuando llegué a su cama, él estaba perfectamente bien; todos lo estaban. Los verdugones y la fiebre habían desaparecido. No supe qué pensar. Y entonces me enteré de que el efecto del veneno tardaba una semana en desaparecer. Iba a preguntarte sobre ello, pero como no estaba muy segura de qué decir, pues lo fui postergando. Y entonces, ayer, a la hora del almuerzo, fui al Lucius Trust, como de costumbre, para meditar. Mientras estaba allí —supongo que se me notaba que le estaba dando vueltas a algo en la cabeza—, Gaia Love me preguntó qué era lo que me preocupaba, y se lo conté. Intenté no ser muy precisa, pero creo que se lo imaginó. Espero no haber causado demasiados problemas —concluyó con un gesto de honda preocupación.

Christopher meneó la cabeza.

—No, no te preocupes —la reconfortó—. Pero no se lo comentes a nadie más. Y, por favor, si tienes alguna duda más, pregúntame a mí primero.

Jackie asintió conforme y se volvió hacia la puerta, pero antes de llegar se giró de nuevo hacia ellos.

—Sí que hay algo que me gustaría preguntarte —dijo remisa.

—¿Sí?

—¿Curaste tú a las personas del dispensario?

—Sí —afirmó Christopher tajantemente.

—¿Y también a la nieta del embajador Tanaka?

—Sí.

—Entonces... ¿eres el *krishnamurti*, el mesías de la Nueva Era?

—Sí.

Jackie levantó los brazos al aire, para a continuación cubrirse la boca con las manos.

—Lo sabía. Lo sabía —dijo.

—Jackie —dijo Christopher con voz firme—, no debes contárselo a nadie.

—No, señor no lo haré —prometió ella. Decker se fijó en que Jackie no había llamado jamás *señor* a Christopher en privado; al fin y al cabo lo conocía desde que ella tenía catorce años.

—Gracias, Jackie. Y ahora ve a ver si puedes devolver la oficina a su rutina habitual.

—Sí, señor.

Decker esperó a que Jackie saliera.

—Espero que hayas hecho lo correcto —dijo una vez estuvo la puerta cerrada.

—Creo que no tenía elección —contestó Christopher—. Iba a tener que contárselo tarde o temprano. Si se lo hubiese contado antes, nada de esto habría ocurrido, eso para empezar. Además, confío en ella totalmente.

Decker abordó entonces otro asunto que le tenía preocupado.

—Mientras curabas a la nieta del embajador, ha habido algo que no sé... Tenías una expresión rara en la cara, casi como si hubiera algo que te asustara.

—Oh. Bueno, yo... Seguro que no es nada. Sólo es que... ¿Recuerdas la extraña sensación que te conté me invadía cuando hacía viajes astrales?

—Sí, claro. Me contabas que era como pasear por una pradera, y que aunque todo a tu alrededor parecía estar en calma, sentías como si en algún lugar cercano se estuviese librando una batalla.

—Exacto —dijo Christopher—. Y, de una manera u otra, tenía la sensación de ser yo el objeto de esa batalla. Y a cada nuevo viaje astral, aun cuando seguía sin poder verla ni oírla, la batalla parecía estar cada vez más cerca y haberse recrudecido. Era como si alguien o algo tratara de atraparme, y como si alguien o algo distinto quisiera evitarlo. —Christopher se encogió de hombros y meneó la cabeza—. No sé.

—¿Y has tenido la misma sensación cuando curabas a la niña? —preguntó Decker.

Christopher asintió.

—Y también cuando curé a las personas del dispensario.

—Yo ya te había visto esa expresión. Fue cuando visitamos al subsecretario Milner en el hospital.

Christopher volvió a asentir.

—Aquella fue la primera vez que tuve ese sentimiento desde que dejé de hacer viajes astrales.

—Bueno, pues entonces —dijo Decker—, exceptuando aquella época, parece que has tenido esa sensación cada vez que hacías algo que podría considerarse sobrenatural.

Christopher guardó silencio un segundo antes de coincidir con la teoría de

Decker.

—Pero ¿qué significa? —preguntó.

Decker se quedó pensativo un rato y luego meneó la cabeza.

—Ah, bueno —dijo pasados unos instantes—, tenemos otro asunto del que ocuparnos, ¿qué pasa con Gaia Love?

—Supongo que habrá que llamar al subsecretario Milner para que lo solucione —dijo Christopher extendiendo el brazo hacia el teléfono—. Hará todo lo que él le pida. Creo que estoy a tiempo de cogerle antes de que llegue al aeropuerto; así podrá llamarla desde el avión.

—¿Vas a contarle lo de la nieta del embajador Tanaka?

—No. No hay motivos para preocuparle con eso ahora. Además —continuó Christopher mientras empezaba a marcar el número—, Tanaka puede no ser nuestro único problema. Se me ha *pasado* decir que dos de las personas que curé en el dispensario de la ONU son las esposas de sendos miembros del Consejo de Seguridad.

LA FUENTE DE ESTOS PODERES

SEIS SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El embajador Christopher Goodman, cómodamente instalado en su butacón preferido, disfrutaba de un *amaretto* con hielo mientras miraba las noticias, en el amplio estudio forrado de madera de su residencia oficial. Desde su primera embestida, las langostas eran las protagonistas de todos los telediarios. Además de la cobertura mediática de los ataques, los meteorólogos seguían sus movimientos desde el espacio, vía satélite. En el reportaje que en ese momento daban por televisión, aseguraban que había un noventa por ciento de probabilidades de que la ciudad de Nueva York sufriera, en el transcurso de los dos días siguientes, un nuevo ataque por uno o más, de tres grandes enjambres cercanos. Si se daba el caso, la ciudad tenía planeado suspender todas las actividades, salvo las básicas, para que la gente permaneciera en sus hogares y lejos de las calles.

Sonó el timbre de la puerta y Christopher sintonizó en el televisor la cámara de la puerta de entrada. El mayordomo ya había acudido a abrir. Era el embajador Toréos, de Chile, representante permanente de Sudamérica en el Consejo de Seguridad. El chileno no acostumbraba a presentarse sin avisar, pero que lo hiciera sólo —sin ningún ayudante—, y pasadas las nueve de la noche, era del todo insólito.

Christopher apagó el televisor y salió a recibirle.

—Buenas noches, embajador —dijo Christopher—. Pase, pase.

—Buenas noches —contestó Toréos algo violento. Sabía que se estaba saltando el protocolo al presentarse de aquella manera, pero estaba resuelto a hablar con Christopher.

—¿Le importa que nos instalemos en el estudio? —le invitó Christopher educadamente—. Estaba disfrutando de un *amaretto*. ¿Le apetece algo de beber?

—Sí, gracias —contestó el otro.

—¿Qué tomará?

—Eh... un *amaretto* estará bien.

Christopher se volvió hacia su mayordomo.

—Carl...

—Enseguida, señor —contestó éste—. Se lo serviré en el estudio.

—Gracias —dijo Christopher—. Embajador, por aquí, por favor.

El embajador Toréos siguió a Christopher hasta el estudio, y ambos tomaron asiento.

—Y bien, embajador, ¿a qué debo el honor? —le preguntó Christopher; antes de que Toréos pudiera contestar, llegó Carl con la copa del embajador.

—Embajador —empezó Toréos cuando el mayordomo se hubo ido, y quedó

cerrada la pesada puerta de doble hoja—, ¿me permite que le hable con absoluta franqueza?

—Por supuesto, embajador —contestó Christopher, y luego ofreció—: Embajador, si se trata del proyecto de reforestación de su región, permítame que le asegure que puede contar con todo mi apoyo.

Christopher se refería a un proyecto de gran envergadura con el que se pretendía reforestar, a largo plazo, los casi 5,8 millones de kilómetros cuadrados de bosque tropical sudamericano destruidos por el primer asteroide. Aunque primordial para Sudamérica, el proyecto no era prioritario para la mayoría del resto de regiones, las cuales tenían que hacer frente a sus propios problemas. De momento, el proyecto estaba estancado. En el hemisferio sur todavía era invierno, y aun cuando la capa de ceniza se había disipado lo suficiente para empezar a plantar, era probable que, con la llegada de la primavera, las langostas viajaran al sur en busca de temperaturas más cálidas e impidieran a los trabajadores progresar en la replantación.

—Gracias, embajador —dijo Toréos—. Me alegra mucho saberlo, pero estoy aquí por un asunto de índole más personal.

Christopherladeó la cabeza ligeramente hacia la derecha y levantó una ceja.

—Ya veo, entonces... —Christopher meneó la cabeza, desconcertado—. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

—Embajador, a mi mujer le han diagnosticado un tumor cerebral inoperable. Los médicos le dan tres meses de vida. Embajador, nunca he sido un hombre religioso, pero en los días que corren, ¿quién puede negar la existencia de poderes superiores? —El embajador Toréos hizo una pausa y respiró profundamente. Christopher no le interrumpió—. He oído decir que usted tiene el poder de sanar. Me han dicho que fue usted quien llevó a cabo la inexplicable recuperación de los pacientes del dispensario de la ONU, después del primer ataque de las langostas, y que también curó a la nieta del embajador Tanaka.

Christopher dejó escapar un gruñido apenas perceptible; era obvio que la curación de la niña no se había mantenido tan en secreto como debía.

—Si posee ese poder —continuó Toréos—, se lo imploro, se lo suplico... Cure a mi esposa. Es una buena mujer. No podría vivir sin ella. Por favor, si tiene el poder, no deje que muera. —El embajador Toréos guardó entonces silencio, esperando una respuesta. Pasó un minuto. Christopher tenía que responder.

—¿Qué quiere que haga, embajador? —respondió finalmente Christopher—. ¿Dónde está su esposa?

—Está en casa, en Santiago.

—¿Puede viajar?

—No, embajador.

Christopher frunció el ceño y suspiró, a un tiempo.

—Es un viaje muy largo. No sé cuándo podré escaparme. Tendré que consultar mi agenda.

—Oh, le ruego que me disculpe, embajador —le interrumpió Toréos—. Nada más lejos de mi intención pretender que viaje hasta Chile. —Una expresión de gran desconcierto mudó el rostro de Christopher—. Si tiene el poder de sanar —continuó Toréos—, no tiene más que desearlo y ella estará curada.

Christopher se quedó pensativo, se reclinó lentamente en la butaca, cruzó las manos y sonrió, al parecer más para sí mismo que al embajador Toréos.

—Tiene razón, embajador —dijo pasado un minuto—, sí que existen poderes superiores. Pero no se encuentran ahí afuera, en algún lugar de la inmensidad. Usted dice que no es un hombre devoto, pero se lo aseguro, esos poderes no son un montón de supercherías religiosas. La fuente de esos poderes reside en cada uno de nosotros. Usted no me necesita. La fe en que su esposa puede ser sanada, a pesar de encontrarnos a miles de kilómetros de distancia, es poder suficiente. Regrese a casa. Ella está bien y le espera.

DOS MESES DESPUÉS

Aparentemente, se habían reunido para cenar y compartir la oración vespertina. Pero el embajador Jeremiah Ngordon, representante permanente de África oriental, tenía otra razón para invitar a casa a su colega musulmán, el nuevo representante permanente de Oriente Próximo, el embajador Abduhl Rashid, de Yemen. Al día siguiente iba a someterse a votación en el Consejo de Seguridad el Paquete Consolidado de Ayuda Humanitaria, y quería saber qué iba a votar Rashid. Era el miembro permanente de nombramiento más reciente, y reemplazaba a su antecesor en el cargo, el embajador Fahd, que había renunciado un mes atrás por razones de salud. El voto de Rashid era uno de los que harían inclinarse la balanza de uno u otro lado, y aunque Ngordon pensaba que podría contar con él, Rashid no se había comprometido en ningún momento a apoyarle.

El Paquete Consolidado de Ayuda Humanitaria era un importante proyecto de financiación, con el que se pretendía proporcionar una mayor asistencia a las regiones más golpeadas por los efectos de los asteroides y también a las zonas afectadas por la guerra entre China, India y Pakistán. El proyecto, redactado por una comisión compuesta por tres miembros permanentes y presidida por Christopher Goodman, buscaba combinar y ampliar dos paquetes de ayuda anteriores, y modificar la cuantía de las contribuciones que debía aportar cada región. El primer paquete, conocido como Programa de Ayudas para Asia e India, sólo había cubierto las zonas afectadas por la guerra. A pesar de la gravedad de aquel enfrentamiento bélico, los daños estaban muy localizados en una única parte del planeta. Luego llegaron los dos asteroides y, con ellos, un paquete de ayuda adicional de la ONU, conocido como Programa de Ayuda para Desastres Naturales. Pero nada más ser aprobado, cayó el tercer asteroide, contaminando la tercera parte de las reservas de agua potable del globo.

La ceniza que saturaba el cielo no había empezado a disiparse hasta ahora, y la plaga de langostas hacía casi impracticables el cultivo y cualquier tipo de actividad productiva que requiriese trabajar al aire libre. La nueva situación no había hecho sino enfrentar a los países y regiones que al principio habían votado a favor de los paquetes. Mientras se trató de problemas localizados, había sido bastante fácil argumentar que las regiones menos afectadas ayudaran a las demás. Pero ahora que los problemas habían pasado a ser de índole mundial, las regiones querían su dinero, su trabajo y su comida para ellos. A la dificultad que entrañaba conseguir que se aprobara el paquete, se sumaba ahora la necesidad de forzar un acuerdo entre los países de cada región, en lo referente al porcentaje exacto que iba a tener que aportar cada uno a la contribución regional. Este asunto había requerido particular diplomacia a la hora de conseguir un acuerdo de compromiso por parte de los países europeos que, junto con Oriente Próximo, iban a ser quienes realizaran la mayor aportación de ayuda a las otras regiones.

Los embajadores Ngordon y Rashid compartían una cena a base de especialidades árabes tradicionales: cordero asado, arroz, pollo, pan, queso *feta*, *doukh* (yogur rebajado) y Coca Cola. Tras un rato de charla informal, Ngordon abordó el asunto.

—¿Ha decidido ya cuál será su voto mañana en la presentación del Paquete Consolidado de Ayuda? —preguntó.

—Voy a votar a favor del paquete —contestó Rashid. Ngordon esbozó una sonrisa y asintió satisfecho. Ahora podía estar seguro de contar con el apoyo suficiente para su aprobación—. He de añadir, no obstante —continuó Rashid—, que la opinión pública está dividida casi a partes iguales en los países de mi región. Y he de confesarle que yo mismo tengo mis reservas. —La expresión de Ngordon invitaba a Rashid a explicarse—. Comprendo las razones por las que es necesario apoyar el Paquete Consolidado de Ayuda —dijo Rashid—. El embajador Goodman no ha escatimado tiempo ni esfuerzo, en las últimas semanas, para subrayar lo mucho que el paquete beneficiará a Oriente Próximo, a largo plazo. Y no es que yo esté en contra del paquete, nada más lejos. Pero ¿no le extraña que el embajador Goodman esté tan ansioso por que se apruebe? Después de todo, el peso de la financiación de la medida va a recaer principalmente en su región. Qué curioso que se preocupe tanto por que se apruebe. —Rashid dio un sorbo a su Coca Cola y luego añadió—: No había visto nunca a un hombre tan empeinado en repartir la riqueza de su región.

—Pero me está diciendo que *también* usted lo apoya —replicó Ngordon, y añadió—: o por lo menos es lo que creo que tiene usted pensado hacer. Y, sin embargo, el proyecto exige claramente que su región aporte casi tanto como Europa. ¿No se encuentra usted, entonces, en una posición similar a la del embajador Goodman, ansioso por regalar parte de la riqueza de su región?

—En efecto —repuso Rashid—. Pero con una diferencia sustancial: a Oriente Próximo le interesa que los demás se recuperen. El mundo depende de mi región por el petróleo, y nosotros dependemos de él por los bienes y servicios. Y, cómo no,

también hay que tener en cuenta —dijo reconociendo lo que era obvio con sólo una ligera reticencia— que cuando el mundo sufre, sufre el precio del petróleo. Pero ¿cuál es el interés del embajador Goodman? Europa no necesita que la India, China o América se recuperen para prosperar. Europa dispone prácticamente de todo lo que necesita: recursos naturales, industria, agricultura, mano de obra especializada, y un mercado que absorbe cuanto produce. Y puede llegar a beneficiarse de petróleo de bajo coste. Lo poco de lo que carecen puede adquirirse a un precio mucho menor del que el embajador Goodman quiere entregar. Europa está en disposición, sí así lo elige, de convertirse en la primera potencia económica y tecnológica mundial, y sin embargo su representante en el Consejo de Seguridad no sólo se niega a hacerse con el poder, sino que está haciendo todo lo posible para perder el que tiene. —Abdhal Rashid comió otro pedazo de cordero, y concluyó—: No le comprendo, y por tanto, tampoco confío en él.

—Ya veo —dijo Ngordon—, pero estoy convencido de que descubrirá que Christopher Goodman no es otro que quien aparenta ser. Es uno de esos pocos hombres en el poder que anteponen el bien de la mayoría al beneficio de su propia región.

—Bueno —dijo el embajador Rashid con un revoloteo de manos—, ya veremos. —La alusión al carácter de Christopher Goodman brindó al embajador Rashid la oportunidad de preguntar a Ngordon sobre otro asunto—. Pero dígame —empezó—. He oído que cuentan unas historias muy extrañas sobre el embajador Goodman. Cosas muy curiosas, como que tiene el poder de sanar.

—Todo rumores —contestó Ngordon, desechando tajantemente la sugerencia—. Conocí a Christopher Goodman cuando no tenía más que veinte años, y en todo este tiempo no le he visto hacer nada fuera de lo normal. Vaya usted a saber cómo empiezan a correr estas historias. Yo me limito a no hacerles caso.

Ngordon miró su reloj. Eran las seis menos diez. Faltaban doce minutos para el ocaso —uno de los cinco momentos del día en los que los musulmanes devotos se colocan mirando a la alquibla, en dirección hacia la *Ka'ba*, en La Meca, para realizar la *salat* (oración ritual)—. Ngordon y Rashid se levantaron de la mesa y, concluida la ablución ritual o *wudu*, Ngordon condujo a su invitado hasta una habitación en el lado este del apartamento, donde una terraza se abría sobre Central Park. La temperatura en el exterior rondaba los diez grados y, mientras las zonas más cálidas del hemisferio norte seguían sufriendo incesantes ataques de los gigantescos enjambres de langostas, la llegada de días más fríos había mantenido a los insectos alejados de Nueva York durante casi dos semanas. El embajador Ngordon no dudó en abrir la puerta doble del balcón, que miraba al este y La Meca.

Los dos hombres tendieron sus alfombras de oración en el suelo y se arrodillaron a rezar. La oración se prolongaría unos quince minutos, hasta que el rojo resplandor del sol desapareciera en el horizonte, al oeste. Al encontrarse en pleno centro de Nueva York y en la fachada este del edificio, Ngordon iba a tener que confiar en su

reloj, para calcular el momento exacto en que se produjera el ocaso.

Mientras pronunciaban sus oraciones por encima de los sonidos de la ciudad, más abajo, un pequeño enjambre de unas cincuenta langostas atravesó inadvertidamente el hueco de la puerta abierta de la terraza.

* * *

El embajador italiano ante Naciones Unidas, Christopher Goodman, entró en su despacho. No eran más de las nueve, pero llegaba más tarde de lo habitual después de haber desayunado con Decker Hawthorne.

—Ponme con el embajador Ngordon —le pidió a Jackie Hansen nada más entrar.

—El embajador Ngordon y el embajador Rashid fueron atacados por langostas anoche —contestó Jackie. Christopher la miró sobrecogido.

—¿Es grave? —preguntó.

—No sé nada todavía.

—Bueno, pues entérate por mí, ¿quieres? Lo antes que puedas. Ah, y averigua dónde están ingresados.

—Otra cosa —añadió Jackie—, el subsecretario Milner le ha llamado ya tres veces. Quiere que le llame. Es urgente.

—Está bien, pásamelo —dijo Christopher, y entró en su despacho y cerró la puerta.

—Buenos días, Bob —dijo Christopher al teléfono, cuando Jackie le pasó la llamada—. ¿Qué pasa?

—Buenos días, Christopher —contestó Milner aceleradamente. Su voz delataba una honda preocupación—. Supongo que te habrás enterado ya de lo que les pasó anoche a los embajadores Ngordon y Rashid.

—Sí, me lo acaba de decir Jackie.

—¿Qué pasará ahora con la votación sobre el Paquete Consolidado de Ayuda? —preguntó Milner.

—Me temo que nada bueno —dijo Christopher—. Los embajadores Khalid y Khaton están totalmente en contra —explicó, refiriéndose a los representantes temporales de Oriente Próximo y África oriental que iban a sustituir a Ngordon y Rashid en el Consejo—. Estoy convencido de que votarán en contra.

—¿Puede posponerse la votación hasta que Ngordon y Rashid se hayan recuperado?

—No. Se ha fijado definitivamente para la sesión plenaria de esta tarde.

—Hay que hacer algo —dijo Milner—. El paquete debe ser aprobado como sea.

—Estoy de acuerdo contigo, por supuesto —dijo Christopher—, pero la votación no puede aplazarse.

Ambos guardaron silencio durante unos diez segundos, y luego Milner habló. Por su voz no quedaba muy claro si estaba inspirado o si había tomado una difícil

decisión.

—¿Dónde tienen a Ngordon y Rashid? —preguntó—. ¿Están ingresados?

—No lo sé. Le he pedido a Jackie que lo averigüe.

—Tienes que ir a verles.

Se hizo otra larga pausa, y luego Christopher pidió una aclaración:

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Tienen que estar presentes en la votación.

—Pero...

—Ya sé lo que he venido diciendo hasta ahora, pero no tenemos más remedio que hacer una excepción.

* * *

Cuatro horas más tarde, al abrir la sesión del Consejo de Seguridad, la embajadora alemana Helia Winkler, representante temporal de Europa, se encontró inesperadamente supliendo al embajador Christopher Goodman de Italia. No había avisado que fuera a perderse la reunión, y resultaba inimaginable que lo hiciera estando programada como estaba una votación de tan vital importancia. Pero las ordenanzas no podían ser más claras. Ante la ausencia de un representante permanente, el temporal debería ocupar su lugar hasta el regreso del primero o, en su defecto, hasta la elección de un nuevo representante permanente. Así las cosas, de entre los que este día ocupaban los lugares con derecho a voto en la mesa, tres eran miembros temporales: Winkler; el embajador de Uganda, que sustituía al embajador Ngordon; y el embajador de Siria, que reemplazaba al embajador Rashid.

Pocos minutos después de que se iniciase la sesión, Christopher entró silenciosamente en la sala. La embajadora Winkler no le vio entrar, así que permaneció en su sitio hasta que Christopher se acercó a ella y le dio un golpecito en el hombro. Ella se giró y con una sonrisa cedió el puesto a Christopher.

—Te estaba calentando el sitio —susurró ella.

—Gracias —dijo él devolviéndole la sonrisa.

Quince minutos después, mientras el Consejo escuchaba un informe sobre la producción agrícola, entraron en la sala los embajadores Ngordon y Rashid. Ellos, sin embargo, no pasaron tan desapercibidos como Christopher y quienes los sustituían no parecían estar tan dispuestos a cederles el puesto, pero sólo pudieron demorarse en los asientos unos segundos. Ngordon y Rashid ocuparon su lugar y la aprobación del Paquete Consolidado de Ayuda quedó garantizada. Más de uno lanzó una mirada a Christopher cuando los dos hombres hicieron su entrada, pero su expresión sólo reflejaba alegría por que los embajadores hubiesen llegado a tiempo para la votación, y Ngordon y Rashid, a su vez, no dieron señales de que Christopher tuviera nada que ver con su presencia en la sala. Los poderes de Christopher eran, prácticamente, un secreto a voces, aunque no lo suficiente como para que nadie se atreviera a

interrogarle en público sobre las extrañas historias que de él se contaban.

LO QUE ÉL HA DE HACER

DIEZ SEMANAS DESPUÉS. WASHINGTON, D.C.

En la Organización Meteorológica Mundial de Naciones Unidas, Ed Rifkin se rascó la cabeza y volvió a comprobar las coordenadas en su equipo.

—Ven a ver esto —le dijo al supervisor cuando estuvo seguro de que no había error alguno.

—¿Qué pasa? —preguntó Jeff Burke, supervisor de Rifkin.

—No estoy seguro. Hace un momento estaba siguiendo al enjambre 237a sobre el norte de África, y ahora ha desaparecido. Es como si se hubiese esfumado en el aire.

—Habrán descendido a tierra para alimentarse —sugirió Burke.

—No, señor. No lo creo. Las he visto bajar para comer muchas veces, y ésta ha sido diferente.

—A mí me ha pasado lo mismo en Mar del Plata, en Argentina —dijo otro rastreador.

—Ídem de ídem sobre Sidney, en Australia —se oyó que decía otra voz.

—Lo mismo en Miami.

Una docena más de rastreadores vocearon noticias similares.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Jeff Burke—. Quiero un recuento de todos los enjambres y de todas las bandadas menores que se puedan rastrear. ¡Quiero saber lo que pasa, y lo quiero saber ya!

Sucedía que en todos los rincones del planeta las langostas se estaban muriendo. El enjambre que cayó sobre Sidney, en Australia, era tan grande que se tardó dos semanas en limpiar los restos de langostas, aun con la ayuda de decenas de miles de gaviotas y otras aves. En otros lugares, la elevada concentración de insectos en las ciudades atascó las alcantarillas y los desagües. La plaga había durado cinco meses en total. Y ahora se había esfumado tan rápido como había aparecido antes. Era tiempo de congratularse. Pero la celebración no iba a durar mucho.

OCHO SEMANAS DESPUÉS. JERUSALÉN, ISRAEL

Era lo último que nadie hubiese querido escuchar. Habían vuelto. Y de nuevo traían consigo un mensaje de ira contra los hombres de la tierra. Como en ocasiones anteriores, volvieron a recorrer las calles de Jerusalén voceando su mensaje hasta llegar al Templo. Entonces, al pie de la escalinata, Juan y Cohen anunciaron una nueva profecía.

Y el sexto ángel dio un toque de trompeta. Y oí una voz [procedente] de las

esquinas del altar de oro que [estaba] ante Dios, que decía al sexto ángel que tenía la trompeta: «Suelta a los cuatro ángeles que están encadenados junto al gran río Éufrates». Y quedaron sueltos los cuatro ángeles que estaban preparados para aquella hora, día, mes y año, con el fin de matar a la tercera parte de los hombres. El número de las tropas de caballería [era] doscientos millones (oí su número)^[14].

Cuando Juan y Cohen abandonaron el Templo, lo hicieron de nuevo seguidos por la policía, la prensa y muchos curiosos. Esta vez, la policía detuvo a la multitud cuando ambos se aproximaban a los límites de la ciudad. Allí les esperaba el ejército. Los soldados habían despejado la calle y evacuado los edificios que rodeaban el lugar donde los dos hombres se habían esfumado en las dos visitas anteriores. Todo estaba dispuesto para hacer cuanto fuera necesario para capturarlos o matarlos.

Juan y Cohen continuaron su marcha. Ante ellos, una gigantesca red de nailon cubría el ancho de la calle. Los profetas siguieron adelante como si nada. Cuando estaban a escasos metros de ésta, la malla se vaporizó y ellos atravesaron la línea. Un momento después, un helicóptero empezó a descender hacia ellos, portando una jaula de barrotes de hierro, de un metro cuadrado de área y sin base. De haberse separado, Juan y Cohen podrían haber esquivado con facilidad una trampa tan ridícula, pero, como se preveía, se negaron a abandonar su trayectoria y continuaron su camino mientras la jaula descendía sobre ellos. No obstante, tan pronto hubo tocado ésta el suelo, los barrotes se pulverizaron y la pareja siguió adelante, impertérrita. Con la repentina pérdida de peso, el helicóptero perdió el control, se estrelló contra uno de los edificios vecinos y estalló, prendiendo en llamas ese bloque y otros dos colindantes; el accidente se saldó con once muertos.

Entonces entró en acción el ejército de tierra. Cuatro escuadrones de soldados abrieron fuego simultáneamente contra los dos hombres. Las balas no surtieron efecto. Es más, como ya había sucedido siete meses atrás, cada uno de los soldados fue consumido por el fuego al instante.

Cuando llegaron al límite de la ciudad, los dos hombres volvieron a desaparecer, dejando atrás a muertos y moribundos.

TRES SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

Christopher echó un vistazo a su reloj y dejó escapar un pequeño suspiro. Había sido un día muy largo, y la reunión del Consejo de Seguridad por fin llegaba a su conclusión. Christopher, a quien por orden de rotación le tocaba ejercer de presidente del Consejo, iba a levantar la sesión, cuando pidió la palabra el embajador Yuri Kruszkegin, representante permanente del Norte de Asia. Kruszkegin era uno de los miembros más veteranos y respetados de todo Naciones Unidas, organización para la cual trabajaba desde los tiempos de la antigua Federación Rusa.

—Señor presidente —empezó Kruszkegin—, con motivo del nonagésimo

aniversario de la fundación de Naciones Unidas, quisiera recordar a los presentes que hace ya más de cuatro años que este órgano opera de manera muy diferente a la que concibieron sus fundadores. Me refiero, en concreto, al hecho de que llevemos los cincuenta y dos últimos meses sin secretario general. Durante un breve periodo de tiempo, el inmediatamente posterior al fallecimiento prematuro de Jon Hansen, este órgano intentó cubrir el puesto, pero estábamos tan divididos que no logramos dar con un candidato de consenso.

»Desde entonces, hemos intentado operar por medio de un sistema de rotación, haciendo recaer en el cargo de presidente del Consejo prácticamente la totalidad de las funciones del secretario general, propiamente dicho. Estoy convencido, señor presidente, de que todos convendrán conmigo en que tanto el funcionamiento de este órgano, como el de la ONU en su conjunto, han demostrado ser más productivos y eficientes cuando estas responsabilidades recaían sobre la misma persona durante el mandato de cinco años establecido para el cargo de secretario general. Con demasiada frecuencia, han sido postergados o apartados para siempre asuntos de primera índole, cuando las responsabilidades del secretario general pasan al final de cada mes de un miembro del Consejo de Seguridad a otro.

»Creo que también reconocerán que los trágicos acontecimientos que han asolado nuestro planeta en los últimos tiempos, aun siendo terribles, han servido, no obstante, para acercar a los miembros del Consejo y formar un órgano más unificado. Señor presidente, estoy seguro de que este consejo ha alcanzado ya unos niveles de confianza mutua y de cooperación tales que deberíamos emplearnos a la labor de buscar un candidato que cubra la dirección de la Secretaría General.

»Como todos sabemos, el cargo requiere el talento y la dedicación de una persona muy especial; alguien que no ponga los intereses de su región por encima de los de las demás. Jon Hansen era una de esas personas. Creo que otro hombre de similar disposición ha aflorado como líder de este órgano.

»Señor presidente, señores miembros del Consejo, es por ello por lo que deseo nominar, para el cargo de secretario general, a un hombre cuya labor desinteresada para con la ONU y la población global ha quedado demostrada en repetidas ocasiones; un hombre que ha sido capaz, él solo, de forjar un consenso entre los países de su región para aportar la ayuda financiera y tecnológica necesaria para la implementación del Paquete Consolidado de Ayuda, y de convencer, uno a uno, al resto de miembros del Consejo de Seguridad para garantizar no sólo la aprobación del paquete, sino también su óptima funcionalidad para todas las regiones; un hombre que dotaría al cargo de secretario general de una visión y un saber hacer desconocidos, además de sabiduría y buen juicio; un hombre que denunció las monstruosas intenciones de Albert Faure, salvando así al mundo del régimen de un dictador comparable a Adolph Hitler o Joseph Stalin.

»Señor presidente, nomino para secretario general al distinguido embajador de Italia, el hombre que tan buen servicio ha prestado a su región y al resto del mundo,

el embajador Christopher Goodman.

El embajador Toréos de Chile, representante permanente de Sudamérica, a cuya esposa Christopher había curado, secundó la nominación rápidamente. El embajador Ngordon presentó la moción sin debate previo, y todo apuntaba a que fuera a someterse a votación sin que Christopher tuviera la oportunidad de abrir la boca. Finalmente, no obstante, aun cuando no se ajustase al reglamento, Christopher encontró el momento de poder hablar.

—No sé qué decir. Agradezco esta muestra de apoyo, pero no creo que esté de acuerdo con... Bueno, ¿podemos hacer una pequeña pausa y me lo pienso?

El Consejo de Seguridad acordó tomarse un descanso de media hora, y Christopher se dirigió rápidamente a su oficina para hacer una llamada. La podía haber hecho desde su sitio, en la sala del Consejo, pero necesitaba la privacidad que le prestaba su despacho. El pleno del Consejo de Seguridad se había emitido en directo por el circuito cerrado de televisión, y la noticia de la nominación ya había corrido como la pólvora por toda Naciones Unidas. De camino a la misión italiana, al otro lado de la calle, la gente iba dándole la enhorabuena; y al llegar al despacho, Jackie Hansen le recibió aplaudiendo.

—Oh, por favor, Jackie. ¿Tú también? No, por favor.

—Disculpe, señor secretario. No me he podido contener —repuso ella.

—No me llames «señor secretario» todavía —dijo él—. Ni siquiera he decidido aceptar el cargo.

—Pero no lo puedes rechazar. Es el lugar que te corresponde. Es tu deber; tu destino.

Christopher meneó la cabeza.

—No sé —dijo—. No sé si ha llegado todavía el momento. Mira, necesito que me localices a Decker y que pongas una conferencia con el subsecretario Milner de inmediato.

Decker Hawthorne estaba reunido, cuando un miembro de su equipo le informó de la nominación de Christopher. Después de excusarse, se acercó inmediatamente a un televisor para ver la emisión por circuito cerrado. Cuando se suspendió la sesión y Christopher salió de la sala del Consejo, Decker no se equivocó al suponer que éste se dirigía a su despacho, y se fue para allá. Cuando llegó. Christopher le estaba pidiendo a Jackie que lo localizara.

—Decker —dijo Christopher—, gracias por venir. Supongo que te habrás enterado de lo de la nominación.

—Lo he visto en el televisor del despacho. ¡Es estupendo! —Decker abrazó a Christopher y le dio unas palmadas en la espalda—. ¡Estoy tan orgulloso!

—Bueno, gracias. Pero no las tengo todas conmigo. Por lo que me había dicho el subsecretario Milner, esto no tenía que haber ocurrido hasta dentro de por lo menos unos meses.

Christopher y Decker entraron en el despacho y cerraron la puerta, mientras

Jackie intentaba localizar a Milner por teléfono.

—Decker, necesito que me aconsejes. ¿Qué hago?

—Te agradezco la deferencia —dijo Decker—, pero no puedo competir con el subsecretario Milner a la hora de ponerle fecha a las profecías.

—No, pero tú tienes algo de lo que Bob Milner carece. Tú ves las cosas desde la perspectiva que te da la vida real, algo imposible para él. —Decker no pudo sino sentirse halagado—. No me interesa tu opinión sobre la profecía; quiero saber lo que te dice tu instinto.

—Bueno —contestó Decker, que respiró hondo y arqueó las cejas como si así fuera a ver con más claridad el futuro—, creo que debes aceptar. —Y añadió sonriente—: Y hazlo rápido, antes de que se arrepientan.

Christopher sonrió.

—Claro que hay que tener en cuenta que el cargo no está asegurado. Recuerda que tendría que recibir el apoyo unánime de todo el Consejo de Seguridad, y después someter mi candidatura a votación ante el pleno de la Asamblea General.

—Bueno, creo que es buena señal que no haya sido motivo de discusión; no parece que nadie tuviera objeciones que hacer. Y el hecho de que haya habido un consenso unánime para hacer un receso de media hora también es una señal positiva. Si alguien fuera a votar en tu contra, habría anunciado su intención ya en la sesión, ahorrándose tiempo a sí mismo y al resto del Consejo de Seguridad. Eso habría puesto punto final a todo el asunto. Creo que tienes muchas posibilidades. Pero, como decías, queda todavía la aprobación de la Asamblea General.

—Sí, y ahí podría estar la cuestión.

Sonó el teléfono, y Christopher contestó al tiempo que Jackie le pasaba a Robert Milner.

—Bob, acaba de pasar algo de lo más inesperado por aquí y necesito que me orientes —empezó Christopher.

—Cuéntame, Christopher. ¿Qué ocurre?

—Esto... —balbució Christopher—. Acaban de nominarme para ocupar el cargo de secretario general.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Bob, ¿estás ahí? ¿Qué hago? ¿Acepto?

—Bueno, se ha adelantado un poco la cosa —dijo finalmente—, pero ¡sí! ¡Acepta! ¡Acepta!

—¡Extraordinario! —contestó Christopher.

—Cómo me hubiese gustado que Alice Bernley estuviera aquí para verlo.

—Y a mí, Bob —dijo Christopher afectuosamente—. ¿Cuándo regresas a Nueva York?

—Voy a tener que cambiar de planes, pero estaré ahí tan pronto como pueda.

—Perfecto. Nos vemos entonces. —Christopher colgó el auricular.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Decker.

—Dice que adelante.

* * *

Christopher regresó a la sala del Consejo de Seguridad y, en el ejercicio de sus funciones como presidente, reanudó la sesión. La votación fue unánime. Decker, que lo había acompañado hasta allí, recorrió con la mirada el círculo interior de escaños y pensó en las razones que habían llevado a cada uno de los miembros a votar a favor de Christopher. Las curaciones, de las que Christopher le había dado buena cuenta, explicaban algunos de los votos. A la derecha de Christopher estaba el embajador Ngordon, a quien éste había curado de las picaduras de langosta. Junto a él estaba Kruszkegin. Decker había tratado con él en el pasado y concluyó que éste sencillamente sentía cuanto había dicho al presentar su nominación; es decir, que la ONU necesitaba un secretario general a tiempo completo y que Christopher era un candidato cualificado, que podría contar con el beneplácito de sus colegas. Dos de los otros miembros permanentes estaban íntimamente relacionados con el Lucius Trust, razón suficiente para que ofrecieran su apoyo incondicional. Luego estaba el embajador Rashid, que, al igual que Ngordon, había sido sanado por Christopher; lo mismo que la esposa del embajador Toréos y que la nieta del embajador Tanaka. Con todo, quedaban dos votos para los que Decker no encontraba una explicación, aparte de que Christopher había trabajado con ambos y estaba muy bien considerado por todos.

Había, no obstante, otro factor en juego y no era otro que las últimas profecías de Juan y Cohen. Tan incuestionable era la magnitud de sus amenazas como inexplicables las dramáticas escenas del fallido intento por detener o eliminar a aquellos dos hombres. Aun así, sucede que quienes ocupan puestos de responsabilidad no aceptan con facilidad —y, por tanto, son incapaces de afrontar— cuanto entra en conflicto con la percepción de la realidad sobre la que se sustenta su poder. Así ocurría en el Consejo de Seguridad de la ONU. Como es evidente, nadie iba a reconocer abiertamente que su decisión de votar a favor de Christopher obedecía, en parte, al temor a las profecías de aquellos dos lunáticos israelíes. Y tampoco iban a admitir estar tomando una decisión basada en un sentimiento irracional que les decía, desde lo más profundo, que Christopher era el líder que salvaría al mundo o, por lo menos, lo guiaría a través de aquello a lo que hacía frente. Pero tampoco iban a negar que, hasta este punto, las profecías habían sido precisas y que, por lo tanto, era muy probable que lo continuaran siendo.

—Compañeros miembros del Consejo de Seguridad —empezó Christopher cuando se hubo hecho el silencio en la sala después de la votación—, me parece que el problema de la nominación es que es todo un honor y, a la vez, te brinda una nueva oportunidad para fracasar y quedar en ridículo cuando la candidatura se somete ante el pleno de la asamblea. —El comentario provocó la risa que buscaba entre los

miembros y el público presente—. Dicho esto y dado lo avanzado de la hora, creo que reservaré los discursos, si ha de haberlos, para la Asamblea General. Así que, sin más rodeos, acepto la nominación.

* * *

Solo en su apartamento, a Gerard Poupardin le consumía la rabia. La noticia de la nominación de Christopher a secretario general, que anunciaban todos los telediarios, todavía resonaba burlona en su mente. Después de la muerte de Albert Faure, Poupardin había permanecido en el gabinete del nuevo embajador francés, pero ya no era lo mismo. Echaba de menos la emoción de trabajar para un miembro del Consejo de Seguridad. El nuevo embajador, con un cargo análogo al de más de doscientos miembros de la ONU, parecía totalmente débil en comparación con Faure. Pero eso era lo de menos.

La comisión encargada de investigar la participación de Albert Faure en los acontecimientos que condujeron al trágico desenlace de la guerra entre China, India y Pakistán no había descubierto pruebas que incriminasen a Gerard Poupardin. Es más, aparte de la confesión de Faure instantes antes de su muerte, ni siquiera se habían hallado evidencias de peso que le implicaran a él. Y aun así, Poupardin era tristemente consciente de que al nuevo embajador le incomodaba tener al antiguo jefe de gabinete de Faure dirigiendo el suyo.

A Poupardin no le preocupaba su trabajo; eso, por lo menos, lo tenía asegurado. La legislación internacional en materia laboral convertía en tarea casi imposible despedir a *nadie* si no era por incompetencia manifiesta o un largo historial de clara ineptitud. En su lugar, el nuevo embajador francés había restado poder a Poupardin, transfiriendo muchas de sus responsabilidades a otros miembros del gabinete. Al final, Poupardin no era jefe de gabinete más que de nombre. La toma de decisiones la llevaba a cabo el embajador en persona o el gabinete en pleno.

Poupardin también echaba de menos la cercanía que había compartido con Faure. Desde el primer momento supo que era básicamente heterosexual, algo que convirtió la relación con él en algo aún más emocionante, por lo menos al principio. No ponía en duda que Faure disfrutaba con el componente sexual de su relación, pero con el tiempo, Poupardin acabó por esperar más de todo aquello. Quería el amor del embajador. Pero su deseo nunca se hizo realidad. Poupardin ocultó su decepción a Faure y, hasta donde pudo, a sí mismo. En ocasiones llegó a sospechar que aquél se valía de la relación para comprar su lealtad, pero Gerard nunca se había atrevido a echárselo en cara.

Al morir Faure, sus sospechas se desvanecieron y en los meses inmediatamente posteriores, Poupardin terminó por olvidarlas del todo. Al recordar ahora, dos años después, aquella relación, estaba completamente convencido de que Faure sí que le había amado, y mucho, aunque a su manera. Christopher Goodman —el hombre que

había provocado la muerte de Faure— podría ocupar el cargo que Faure ambicionaba para sí, y que Poupardin había deseado para él, y la idea de que pudiera llegar a conseguirlo le llenaba de resquemor e ira.

Poupardin rememoró por un instante la fantasía que tantas veces había recreado mentalmente. De hecho, era más que una fantasía, y eso la hacía aún más excitante. Había pensado en todos los detalles. Ocurriría la noche en que Faure asumiera el cargo de secretario general; una fiesta privada de mutua felicitación. Poupardin cerraría con llave la puerta del despacho, como lo había hecho antes tantas veces, pero en esta ocasión iba a ser la del despacho del secretario general de Naciones Unidas. Bajo la ropa, Poupardin llevaría el conjunto más seductor que Faure jamás le había visto. De esto estaba seguro, ya lo había comprado. Y ahora colgaba, sin estrenar, de una percha en el vestidor.

Pero en vez de Faure, el despacho lo iba a ocupar ahora nada menos que quien había causado su muerte.

Poco a poco, Gerard Poupardin empezó a comprender lo que tenía que hacer. Christopher Goodman debía morir.

EL VENGADOR DE SANGRE

NUEVE DÍAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

La votación en la Asamblea General se programó para dos semanas después de la nominación de Christopher, con el fin de proporcionar al candidato tiempo suficiente para reunirse con la junta política de cada una de las diez regiones mundiales. Inmediatamente antes de la votación, Christopher tendría que dirigirse a las Naciones Unidas y al mundo desde el Salón de la Asamblea General, en la sede central de la ONU, en Nueva York. A instancias del mismo Christopher, Decker estaba trabajando a fondo con él en la preparación del discurso. Decker no habría permitido que fuera otro quien lo hiciera. Christopher tenía sus propios colaboradores, pero para una ocasión tan importante era lógico recurrir a la experiencia y la maestría de Decker. No obstante, la disponibilidad de Decker quedaba algo limitada por sus propias responsabilidades.

El personal de la oficina de Decker podía manejar perfectamente las solicitudes de información que les llegaban de diferentes medios sobre la carrera de Christopher y sobre el proceso y procedimiento de elección del nuevo secretario general. Pero dado que era Decker, precisamente, quien se había encargado de educar a Christopher desde los catorce años, los medios insistían en entrevistarlo a él personalmente. Después de tantos años trabajando en prensa, le sorprendió descubrir cuán arduo era lidiar con los medios. Había asistido, literalmente, a miles de conferencias de prensa durante su vida, pero esto era diferente. Exceptuando la ocasión en la que él y Tom Donafin huyeron del Líbano, siempre había escrito sobre otra persona o ejercido de portavoz de otro. Ahora las preguntas iban dirigidas a él.

Decker acababa de regresar a su oficina, después de una de aquellas conferencias de prensa, cuando Christopher entró en el despacho con un montón de papeles bajo el brazo.

—Buenos días, señor secretario general —dijo Decker.

—Me gustaría que dejaras de llamarme así —dijo Christopher—. Vas a acabar echándome el gafe.

—Sólo estoy practicando —contestó Decker.

Christopher puso los ojos en blanco dándose por vencido.

—Vengo con la última versión del discurso —dijo levantando el montón de papeles en el aire—. ¿Tienes un momento para repasarla conmigo?

—Por supuesto —dijo Decker, a pesar de que tenía ya cuanto trabajo podía abarcar—. Vamos a echarle un vistazo.

Tomaron asiento y cuando estaban a punto de empezar, Decker observó que Christopher bostezaba.

—¿Te apetece un café antes de ponernos a ello? —ofreció.

—Sí, me vendría muy bien.

Decker abrió la puerta del despacho y pidió a Jody MacArthur, una de sus secretarias, que les trajera café. Cuando volvió a reunirse con Christopher, éste bostezaba de nuevo.

—¿Estás durmiendo lo suficiente?

Christopher volvía a bostezar, así que Decker tuvo que esperar para obtener una respuesta.

—Pues más bien poco estas últimas noches —contestó Christopher—. Desde la nominación, para ser exactos.

—No deberías trabajar tanto. También necesitas descansar.

—Ya lo sé. Pero no es eso. Sí que me acuesto, pero no consigo conciliar el sueño.

—No estarás nervioso, ¿verdad?

Christopher se encogió de hombros.

—No sé, a lo mejor es eso.

—Bueno, pues no hay razón para estarlo. La última encuesta realizada a los miembros revela una elevada intención de voto a tu favor.

—No, si eso está muy bien, pero no creo que mi elección sea lo que me inquieta.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué?

—Supongo que soportar el peso de la responsabilidad del cargo una vez gane. Ya te he contado que mientras estaba en el desierto, en Israel, mi padre me dijo que sólo cuando comprenda la verdad sobre mí mismo sabré que es mi hora de gobernar. — Christopher se encogió de hombros reflejando su confusión—. No creo que sepa más ahora de lo que sabía entonces. A lo mejor nos hemos precipitado. A lo mejor Bob se equivocó; a lo mejor debería haber rechazado la candidatura hasta estar seguro de que el momento había llegado.

Decker se quedó pensativo un momento; no era fácil dar con palabras de aliento útiles, en una situación semejante.

—Puede que la elección sirva de catalizador y por fin te sea revelado eso que todavía no comprendes. —No era una sugerencia demasiado convincente, pero por lo menos era algo—. Sea como sea —continuó Decker—, lo que no te va a servir de nada es perder horas de sueño dándole vueltas al asunto.

—Ya —coincidió Christopher—, pero ¿cómo voy a controlar mis sueños?

—¿A qué te refieres?

Christopher resopló con fuerza.

—Oh, pues al sueño ese tan absurdo de la caja. Probablemente no lo recuerdes. La última vez que lo tuve fue la noche que explotaron las cabezas nucleares sobre Rusia. Hace ya casi veinte años de aquello.

Decker meneó la cabeza.

—Recuerdo que esa noche te despertaste a causa de un sueño, pero no me acuerdo muy bien de qué fue lo que soñabas.

—Bueno, es un sueño muy raro; me produce una extraña sensación. Es como si lo hubiese soñado hace mucho, mucho tiempo; puede incluso que cuando era Jesús. Y aun y todo, la imagen es clara y fresca. Al principio estoy en una habitación rodeado por pesados cortinajes bordados con hilo de oro y de plata. El suelo es de piedra, y en el centro de la estancia, sobre una mesa, hay una vieja caja de madera, parecida a las que se usan para embalar. No sé por qué, pero en el sueño siento el impulso de mirar en su interior, aunque a la vez sé que lo que hay es aterrador. Cuando me acerco para mirar y no estoy más que a un par de metros de la caja, miro hacia abajo y veo que el suelo ha desaparecido. Empiezo a caer, pero consigo asirme a la mesa sobre la que descansa la caja. Intento aguantar allí colgado, pero al minuto se me resbalan las manos. Entonces oigo una carcajada terrible y espantosa.

—¿Y anoche volviste a soñar lo mismo? —preguntó Decker.

—El sueño se ha repetido todas las noches desde que fui nominado.

Se hizo una larga pausa mientras Decker intentaba, por un lado, buscar alguna pista que le revelara el significado del sueño, y por otro, pensar en algo con que reconfortar a Christopher.

—Y hay algo más —añadió Christopher—. No dejo de preguntarme si no nos hemos precipitado con la candidatura, pero también me preocupa la posibilidad de que, tal vez, hayamos esperado demasiado. —Christopher meneó la cabeza, en un gesto no de confusión, sino de turbación más bien—. Lo que sea que tienen Juan y Cohen en mente para su próxima maldición va a ocurrir muy, muy pronto; es cuestión de días. Y tengo la absoluta certeza de que va a ser mucho peor que todo lo que han hecho hasta ahora.

CINCO DÍAS DESPUÉS

Era el día en que Christopher Goodman debía dirigirse a la Asamblea General, y Gerard Poupardin telefoneó para decir que estaba enfermo. Saltando del telediario de una cadena de televisión a otro, miraba los reportajes sobre Christopher a través del humo de cigarrillo que viciaba el ambiente. A su alrededor, tirados por el suelo de su apartamento, por lo general siempre impecable, había docenas de artículos sobre Christopher que había recortado de los periódicos o arrancado de revistas. Poupardin apenas se movió mientras consumía el cigarrillo casi hasta el filtro y luego lo apagaba aplastando la colilla contra un platito que usaba a modo de cenicero. En los tiempos que corrían, el arte de fumar había quedado reducido a un puñado de incondicionales de las películas antiguas, y los ceniceros se vendían básicamente como cachivaches inútiles en los anticuarios. Poupardin no había vuelto a fumar desde la adolescencia y se quedó pasmado al descubrir que el precio de la cajetilla rondaba los veintiséis dólares internacionales. Con todo, no era un precio muy alto a pagar si, a cambio, conseguía calmar los nervios. Además, pronto no necesitaría el dinero.

Podría haberse acercado a cualquier tienda y comprar sin más algo más fuerte y

seguro que más barato que los cigarrillos —casi todo era legal ya, siempre que se contase con una receta médica y no se consumiera antes de conducir o manejar herramientas pesadas—. Y con el pasaporte diplomático, incluso estos obstáculos dejaban de serlo. Pero Poupardin necesitaba permanecer despierto, en pleno control de sus facultades. No iba a tener más que una oportunidad para ejecutar la tarea que se había impuesto.

Poupardin extrajo otro cigarrillo de la cajetilla. El último. No había hecho bien los cálculos, la cajetilla tenía que haberle durado veinte minutos más. Ahora sólo le quedaba un cigarrillo y todavía faltaban veinte minutos para matar. Decidió darse una buena ducha y empezar a prepararlo todo. Se reservaría el último cigarrillo para después. Por el momento, lo volvió a introducir en la cajetilla, que depositó al extremo de la mesa junto al revólver calibre 38, corto, que había comprado dos días atrás.

* * *

Decker estaba sentado en su despacho releendo el discurso de Christopher por enésima vez. Volvía a sentirse como un novato, agobiado por cada palabra, consultando su viejo y manoseado tesoro, leyendo el texto a viva voz, para asegurarse de que las palabras brotaban con fluidez y penetraban suavemente en el oído del oyente, al tiempo que transmitían sinceridad y confianza. En las tres últimas relecturas del texto, no había realizado corrección alguna, pero decidió leerlo una vez más por si acaso.

Cuando se disponía a hacer la *última* lectura del discurso de dieciocho páginas, sonó el zumbido del intercomunicador del teléfono.

—Señor Hawthorne —dijo una voz femenina.

—¿Sí? —contestó Decker sin levantar la vista del texto.

—Disculpe si le interrumpo.

—No te preocupes, Jody. ¿Qué pasa?

—Llaman de Seguridad del vestíbulo de visitantes. Hay un hombre que pregunta por usted. Le he explicado que está usted ocupado y que tendría que pedir cita, pero dice que es amigo suyo. Ha insistido mucho.

—No espero a nadie. ¿Cómo te ha dicho que se llama?

—Señor Donovan.

Decker se quedó pensativo un momento.

—Me parece que no conozco a nadie con ese nombre. ¿Te ha dicho por qué quiere verme?

—No, señor. Sólo que es amigo suyo y que deseaba verle. ¿Le digo que está ocupado?

—No —contestó desganado—. Puede ser que le haya conocido en alguna fiesta o en algún acto oficial. Anda, pásame la llamada aquí al despacho.

—Sí, señor —contestó ella; un segundo después sonaba el teléfono de Decker.

—¿Hola? —dijo Decker—. Soy Decker Hawthorne.

—Sí, señor. Soy Johnson, de Seguridad del vestíbulo de visitantes. Está aquí el señor Tom Donafin, que quiere verle.

Decker se quedó repentinamente en silencio.

—¿Señor? —dijo el guarda pasados unos instantes, no del todo seguro de si Decker seguía al otro lado del auricular.

—¿Ha dicho *Donafin*? —preguntó Decker. Su secretaria había dicho *Donovan*.

—Sí, señor —contestó el guarda.

—¿Podría deletrearlo, por favor? —Decker escuchó como el guarda de seguridad le preguntaba al visitante que deletreará su apellido, y en respuesta, oyó una voz que casi hace que se le pare el corazón.

—Dé... o... ene... —empezó a repetir el guarda de seguridad.

—Bajo enseguida —le interrumpió Decker, y colgó el auricular. Llegó al rellano del ascensor a toda carrera. Sólo entonces, mientras aporreaba nervioso el suelo con el pie esperando a que llegara el ascensor, se dio cuenta de que era imposible. ¡Tom Donafin había muerto! Había ocurrido en Israel, el primer día de la última guerra árabe israelí. Llegó el ascensor y Decker se introdujo en el interior, preso de la confusión. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no podía sino dejarse llevar por su impulso.

En el trayecto desde la planta treinta y ocho hasta el vestíbulo, Decker intentó contemplar, rápidamente, todas las explicaciones posibles. No podía ser un familiar. Tom no tenía familia. Podía tratarse de alguien con el mismo nombre, pero eso no explicaba la voz ni la razón de que el hombre se hubiese identificado como un amigo. Si en el pasado hubiera conocido a otro Tom Donafin, seguro que lo recordaría. ¿Podían estar sus recuerdos jugándole una mala pasada? ¿O acaso era todo un sueño? ¿Estaba alguien gastándole una broma pesada? No, pensó, ninguno de sus conocidos de ahora había llegado a conocer a Tom Donafin. Y no tenía amigos con un sentido del humor tan sádico. Decker repasó una a una todas las posibilidades, avanzando frenético hacia la conclusión a la que tanto deseaba llegar, pero temeroso de que alguna explicación lógica que se hubiera saltado por el camino diera al traste con sus esperanzas. Enseguida comprendió que era sencillamente imposible eliminar todas las explicaciones en tan breve tiempo, así que decidió cambiar de punto de vista.

¿Podía tratarse de verdad de Tom Donafin? Decker repasó mentalmente las circunstancias de su muerte. El coche de Tom había recibido el impacto de un misil aire-aire extraviado, durante la última guerra árabe israelí; no había habido supervivientes. La fuerza de la explosión, a la que se sumó la deflagración de la gasolina, había destrozado e incinerado el coche hasta tal punto que fue imposible recuperar nada parecido a un resto humano... ¿Acaso se había salvado Tom de la explosión?

Justo cuando el ascensor se detenía en la primera planta y se abría la puerta, se le

ocurrió que había una prueba irrefutable en la que no había pensado hasta ese momento. Habían pasado casi veinte años. Si Tom seguía vivo, se habría puesto en contacto con él mucho antes. La conclusión era evidente. A pesar del nombre del visitante, a pesar de la aparente similitud de su voz a la de Tom, Tom estaba muerto.

Decker respiró hondo y abandonó el ascensor. Por un momento se quedó parado, sin saber qué hacer. Mientras estaba allí, se dio cuenta de que estaba temblando y que su corazón se había disparado. Pensó en regresar al despacho, pero todavía sentía el impulso de seguir adelante, y aún tenía curiosidad. Además, Johnson, de Seguridad, le estaba esperando.

Atravesando los vestíbulos del edificio de la Secretaría en dirección al de la Asamblea General, Decker intentó desechar esos breves momentos de confusión y deseó que todo aquello no resultara una absoluta pérdida de tiempo. Al llegar al vestíbulo de visitantes, se esforzó por refrescar en su mente los términos del discurso de Christopher. Todavía quedaban un par de puntos cuya expresión podía mejorarse. Estaba el asunto de... Decker escudriñó los rostros y los perfiles de quienes se encontraban junto al mostrador central de seguridad, en medio del vestíbulo, cerca de la puerta. Allí no reconoció a nadie, exceptuando a Johnson, que en ese momento levantó la vista y vio como Decker se aproximaba.

Johnson le miró, y sin decir nada, se giró y señaló hacia un hombre que, de espaldas a ellos, miraba hacia el Jardín Norte a través de las puertas de cristal del edificio. Al acercarse Decker, el hombre se dio la vuelta.

Era Tom Donafin.

A pesar de la llamada que había recibido en el despacho; a pesar de haber creído escuchar la voz de Tom al otro lado del auricular; a pesar del torrente de emociones y pensamientos que le inundaron de camino al vestíbulo, ver a su viejo amigo vivo cogió a Decker tan desprevenido como si hubiera tropezado con él en medio de una calle desierta.

Durante un momento, Decker no hizo otra cosa que quedarse mirando. Tom le miraba también y dejó que se le escapara una pequeña sonrisa mientras sus ojos exploraban los cambios experimentados en veinte años. Las arrugas y las canas, los kilos de más y la inconfundible mirada del éxito. Le había echado de menos más que Decker a él, probablemente. Para Decker Tom estaba muerto; nunca había existido la más remota posibilidad de volver a verle. Tom, sin embargo, siempre había sabido la verdad; para él se había tratado de un exilio autoimpuesto, de una cuestión de voluntad más que de fatalidad. Ahora —aunque fuera por unos breves instantes—, volvían a estar juntos.

Ninguno de los dos se movió conscientemente, pero cuando se dieron cuenta se habían fundido en un abrazo, y lloraban de alegría.

Pasó un buen rato sin que ninguno pudiera decir nada. No tenían palabras.

Ninguno se enjugó las lágrimas; ninguno quería dejar de abrazar al otro.

—Pensaba que estabas muerto —dijo Decker al fin.

—Lo siento, Decker. Lo siento —contestó Tom sin reprimir el llanto.

Decker esperó un momento hasta que consiguió hablar de nuevo.

—¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Dónde has estado? ¿Estás bien?

—Lo siento, Decker. De verdad que lo siento —repitió Tom, pero no le ofreció ninguna explicación.

A su alrededor, la gente miraba, algunos descaradamente, cómo se abrazaban y lloraban. Pero no importaba. Finalmente, Tom consiguió preguntarle si había algún sitio donde pudiesen hablar.

—Claro que sí, claro —contestó Decker, y se enjugó las lágrimas igual que Tom.

Decker localizó con la vista a Johnson, el guarda de seguridad.

—Está bien —le dijo Decker—. Viene conmigo.

—De acuerdo, señor —repuso Johnson.

—Por favor, Tom —imploró Decker, mientras caminaban juntos—, cuéntame lo que pasó. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has tratado nunca de localizarme?

—Lo hice —contestó Tom—. Pero... Mira, deja que te lo cuente todo desde el principio. —Decker asintió conforme—. Cuando empezaron los enfrentamientos en Israel, yo estaba ingresado en Tel Aviv. En plena ofensiva, la embajada británica envió un conductor al hospital, para que me sacara de allí. Creo que debió de ser a instancias del embajador Hansen. —Decker no quiso interrumpirle para contarle su participación en aquel episodio; se limitó a asentir indicando que estaba al tanto—. Yo recogí mis cosas y acompañé al conductor. Era un tipo joven, se llamaba Polucki. —Tom no había olvidado su nombre—. De camino a la embajada topamos con un caza que se había estrellado contra un edificio, así que le pedí a Polucki que parara y yo me bajé para hacer algunas fotos.

Las palabras de Tom evocaron en la mente de Decker una imagen de los días que habían pasado juntos; Tom jamás se separaba de su cámara. Decker sonrió con nostalgia mientras entraban en el ascensor.

Tom continuó.

—Sobre nuestras cabezas se desplegaba un duelo de cazas. El MiG disparó un misil, pero el israelí consiguió esquivarlo. Cuando me giré hacia el coche, el misil impactó contra él. El pobre Polucki murió al instante. Recuerdo el resplandor, pero antes de que pudiera pestañear me golpeó la ola expansiva de la explosión.

»Lo siguiente que recuerdo es haber despertado en el piso de un médico, en el Tel Aviv ocupado. La médico, porque era una mujer, se llamaba Rhoda Felsberg; me contó que su rabino me encontró y me llevó hasta allí cargado a la espalda. Si no es por él, estoy seguro de que habría muerto en aquella calle.

Al salir del ascensor, Decker guió a Tom hasta su oficina, donde se detuvieron el tiempo justo para presentarle a Jody MacArthur, su secretaria. Cuando ya iban a entrar en el despacho, llegó Christopher.

—Decker —empezó Christopher nada más entrar—, ¿has hecho algún cambio más en el discurso?

—No. La última copia que te mandé a la oficina es la versión definitiva.

—Perfecto, ¿significa eso que estás contento con ella?

—Sí —dijo Decker, con un gesto contemplativo—. Estoy bastante contento, aunque ya me conoces, nunca quedo satisfecho del todo.

—Creo que es uno de los mejores que has escrito jamás —dijo Christopher.

—Bueno, en realidad ha sido un esfuerzo conjunto —repuso Decker, aunque estaba de acuerdo con la apreciación de Christopher en su conjunto—. Christopher —dijo Decker cambiando de tema—, quiero que conozcas a una persona. Es un viejo amigo mío.

—Pues claro, Decker, pero ¿podemos dejarlo para un poco más tarde? Tal vez mejor después del discurso.

—Oh... Sí, claro —contestó Decker. La respuesta de Christopher le desconcertó. Le parecía una grosería ignorar así a Tom, que estaba allí, de pie, a su lado. Jody MacArthur también se quedó muy sorprendida, pero a Tom no pareció molestarle.

—Perfecto. Bueno, pues deséame suerte —dijo Christopher mientras cruzaba la puerta de la secretaría.

—Buena suerte —dijeron solícitos Decker y Jody al unísono.

Tan pronto Christopher se hubo marchado, Decker se volvió hacia Tom.

—Tom, disculpa —le dijo—. Seguro que tenía prisa. Hoy es un gran día, ¿sabes?

—Claro, Decker. No te preocupes —contestó Tom.

Cuando estuvieron cómodamente instalados en el despacho de Decker, Tom continuó con su narración.

—Parece ser que una vez en el piso de Rhoda pasé dos semanas medio inconsciente, pero no recuerdo nada de aquello. Pasó casi un mes hasta que recuperé totalmente la conciencia. Poco después intenté telefonearte para contarte lo que había pasado, pero con la ocupación rusa era casi imposible poner una conferencia a Estados Unidos. Las veces que conseguí que pasaran la llamada no había nadie en casa. Cuando terminó la ocupación, te llamé a casa una y otra vez, pero no obtuve respuesta.

—Para entonces ya me había mudado a Nueva York —le aclaró Decker—. Pero podías haber escrito.

—Decker —empezó Tom, y entonces casi en un susurro para subrayar la veracidad de lo que le decía, continuó—: La explosión en la que murió Polucki me dejó ciego.

Decker se enderezó en su asiento. Con las cejas arqueadas, el mentón levantado y una mirada escrutadora, no tuvo tiempo de formular con palabras la pregunta que ya se leía en su rostro.

—El resplandor de la explosión me quemó las córneas —continuó Tom—, y se me clavaron en la cara y en los ojos muchas partículas de cristal. Al oftalmólogo que me trató le sorprendió que pudiera incluso percibir los focos brillantes de luz.

—Pero ahora sí que ves.

—Decker, Dios me curó... milagrosamente. Estuve ciego durante seis meses, y luego, a la misma velocidad a la que me habían cegado el resplandor y los cristales, volví a ver de nuevo, mejor incluso que antes del accidente.

Decker miró a Tom; era evidente que Tom creía lo que estaba diciendo. Decker no tenía razones para dudar de la sinceridad de su amigo, pero casi sin darse cuenta examinó su expresión unos segundos en busca de alguna señal que le delatara que su amigo le engañaba. No encontró ninguna. Decker suspiró y meneó la cabeza antes de volver a retrepase en su asiento.

—Si llegas a contarme esto hace unos años —le dijo—, te habría tomado por loco. Ahora, ya no estoy tan seguro.

—Créeme, Decker. Es verdad. Estuve totalmente ciego durante seis meses. Todavía pueden verse algunas cicatrices si miras de cerca. —Tom se señaló los ojos, y Decker se fijó de pronto en la alianza, que hasta el momento le había pasado desapercibida.

—¡Aguarda un momento! —dijo preso de la emoción, elevando el tono—. ¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que extendía el brazo y le agarraba la mano a Tom.

—Oh, sí —contestó Tom, a punto de sonrojarse—. Bueno, ya casi había llegado a esa parte.

—Pero ¿con quién? ¿Cuándo? ¿Está ella aquí, en Nueva York? ¿Está aquí contigo? —preguntó Decker visiblemente emocionado.

—No, no —repuso Tom, y contestando al último interrogante dijo—: Sigue en Israel.

—Oh, vaya, qué pena. Pero ¿podré conocerla más adelante, verdad?

—Sí, ella también tiene ganas de conocerte.

—Tom, es estupendo, ¡de verdad! —dijo Decker, que miraba al rostro sonriente de Tom y al anillo de su mano, por turnos—. Bueno, y ¿quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde la conociste?

—Se llama Rhoda.

Decker cayó en la cuenta de inmediato.

—¿Te refieres a Rhoda como-se-llame? ¿A la médico que te cuidó?

—Rhoda Felsberg —dijo Tom—. Sí. Sólo que ahora es Rhoda Donafin, claro.

—¡Qué buena noticia! No sabes cómo me alegro. De verdad, ¡es estupendo! ¿Cuánto lleváis casados?

—Diecinueve años.

Decker dejó caer los brazos a los costados y sacudió la cabeza; en su rostro se reflejaba una mezcla de júbilo, por su amigo, y de angustia, por los años perdidos.

—Así que es allí donde has vivido todo este tiempo, ¿en Israel? —preguntó pasados unos instantes.

—Sí —contestó Tom—. Tenemos una casita a las afueras de Tel Aviv. Bueno, *teníamos*. La acabamos de vender.

—¿Tenéis niños?

—Sí, tres —respondió Tom—. Dos chicos y una chica.

Decker esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Era un día maravilloso, casi increíble. Tom guardó silencio y se limitó a compartir la sonrisa con Decker. Luego continuó con su relato.

—Después de la ocupación rusa, pero antes de que me curara, cuando pensaba que no iba a volver a ver nunca más, telefoneé a *News World* para presentar mi renuncia y reclamar una indemnización por accidente laboral. Huelga decir que jamás cobré el seguro porque, como la mayoría de compañías de seguros, la mía quebró al tener que hacer frente a las reclamaciones después del Desastre. Pregunté por ti en *News World*, pero me pareció que a nadie le apetecía hablar sobre ti.

—No creo que se quedaran muy contentos conmigo cuando me fui —admitió Decker—, y no les culpo; la verdad es que me porté como un cretino. Pero no me creo que no te dijeran que estaba trabajando en la ONU.

Tom se encogió de hombros.

—Aun así, en todos estos años y una vez recuperada la visión, seguro que podías haber contactado conmigo.

Tom no respondió. Decker sabía que con la ceguera, la curación y luego la boda, y todo inmediatamente después de los meses de cautividad en el Líbano, era muy posible que Tom hubiese querido dejar el pasado atrás... y con él a Decker. Era posible... pero no probable. Su amistad era demasiado estrecha para eso; habían pasado por demasiadas cosas juntos. Además, le pareció que Tom ocultaba algo.

* * *

Gerard Poupardin salió de la ducha. Mientras se secaba fue consciente por primera vez de una sensación que venía sintiendo desde hacía ya tiempo, y a la que no había prestado atención hasta ahora. Había aparecido de repente, como esas jaquecas que permanecen latentes hasta que adquieren la intensidad suficiente como para causar malestar. La sensación había traspasado el umbral de cuanto puede ignorarse, y una vez rota la barrera, pareció ir rápidamente a más.

Cuando se le ocurrió la idea de matar a Christopher por primera vez, no pasó de ser más que una ocurrencia desorbitada, con la que no obstante empezó a jugar por el puro placer de imaginar cómo podría llevarse a cabo. Fue un paso sencillo, porque todo resultaba muy hipotético. Pero la fantasía se convirtió muy pronto en pensamiento, y el pensamiento en consideración. La consideración dio paso entonces a la contemplación, y la contemplación a la planificación. Y ahora, por fin, los planes iban a tomar cuerpo y hacerse realidad. Poupardin no había dejado nunca de pensar que podría detenerse en cualquier momento de la escalada que había iniciado. Pero lo que descubrió fue que, a cada paso, el impulso que le había ayudado a superar los obstáculos anteriores se intensificaba considerablemente, empujándole a subir el siguiente escalón, haciendo la escalada más y más liviana. El último obstáculo que se

levantaba a su paso era, sin duda, el más alto, pero sentía la necesidad de seguir adelante.

Parte de él quería olvidarse de todo aquello de una vez por todas, y todavía creía que era capaz de hacerlo. Pero por el momento, ganaba el impulso de seguir adelante. Atrapado en una corriente contra la que no podía nadar, Poupardin sólo podía convencerse de que le arrastraba hacia la dirección deseada.

Además, se argumentaba a sí mismo, tampoco hacía falta tomar una decisión ya; no todavía. Lo lógico, pensaba, era permanecer abierto a todas las opciones. Siempre cabía la posibilidad de que cambiara de parecer al aproximarse el momento. Y si ocurría así, no tenía más que abortar su misión y nadie se enteraría jamás. Probablemente, era incluso mejor esperar antes de tomar una decisión, pensó, así dispondría de todo el tiempo necesario para pensar con detenimiento. No daría ningún paso sin estar plenamente convencido, pero, claro, tampoco quería que el miedo le hiciera perder la oportunidad.

En realidad, la decisión de postergar la toma de una decisión no iba a concederle más tiempo para pensar, sólo iba a servir para sofocar sus pensamientos durante otro rato más.

Poupardin dobló la toalla, la colgó aseadamente en el toallero, y se dirigió al vestidor. En una percha, separada del resto de camisas, pantalones y trajes, había una única prenda, oculta todavía en el interior de la bolsa en la que había salido de la tienda. Llevaba allí más de dos años, esperando el día en que Albert Faure fuera nombrado secretario general. Pero ese día ya no llegaría jamás.

Poupardin descolgó la percha, retiró el envoltorio y pasó los dedos por el encaje blanco. Su mente retrocedió hasta el día en el que la había comprado en el departamento de caballeros de Harrods. Aprovechando el receso del almuerzo, se había acercado hasta allí para atender, con unos amigos, a una pasarela de ropa interior masculina, y aunque sólo iba a mirar, cuando vio la prenda en el modelo supo que tenía que ser suya. A pesar de su elevado precio, le pareció que merecía la pena.

Qué diferente, pensó, había sido esa ocasión, de la experiencia de adquirir el revólver en aquella casa de empeños pequeña y miserable.

El contacto del sedoso género con su cuerpo tuvo un efecto erótico que le hizo recobrar e intensificar muchos y muy buenos recuerdos de Faure. La imagen que le devolvió el espejo habría distraído de sus quehaceres a cualquiera, pero se negó a que nada le desviara de su propósito. Poupardin se dio media vuelta, escogió un traje gris marengo y acabó de vestirse a toda prisa.

* * *

Decker decidió no presionar más a Tom. Si había alguna otra razón por la cual éste no había insistido más en intentar contactar con él, entonces dejaría que Tom se tomara el tiempo necesario para contárselo. Lo importante era que estaba vivo y que

ahora estaban juntos. Por el momento, prefirió preguntarle más sobre su familia.

—¿Y dices que acabáis de vender vuestra casa de los alrededores de Tel Aviv?

—Sí —contestó Tom—. El rabino Cohen nos dijo que era el momento de vender nuestras propiedades y conseguir dinero en efectivo.

Cohen es un apellido judío bastante común, pero Decker tenía que preguntar de todas formas.

—¿No será el mismo que ha estado anunciando todas esas profecías, haciendo que la gente estalle en llamas y todo eso, no? —Decker formuló la pregunta casi como si fuera un chiste, convencido de que su amigo no podía de ninguna manera estar relacionado con semejante chiflado.

Pero para su espanto, Tom asintió.

—El rabino Saul Cohen es el hombre que me encontró y me llevó hasta Rhoda. Si no lo hubiera hecho, yo habría muerto tirado en la calle. La mano de Cohen fue el instrumento de que se sirvió Dios para devolverme la vista, y él mismo nos casó —dijo Tom.

De pronto se produjo un cambio radical en el ambiente. Resultaba obvio que los lazos entre Tom y Cohen eran muy estrechos. Decker podía ver con claridad que para liberar a su amigo de las garras de Cohen iba a ser necesario un proceso de desprogramación largo e intensivo.

—Tom —dijo—, sé que Cohen posee muchos poderes extraordinarios. Pero lo que importa es de dónde los saca y con qué fines.

—La fuente de su poder es Dios —contestó Tom—. Y él y Juan lo emplean para hacer la voluntad de Dios.

De haber escuchado esa afirmación de la boca de otro que no fuera su viejo amigo Tom Donafin, Decker no habría dudado en iniciar una discusión a gritos, pero ahora sólo pensaba en ayudar a Tom a entrar en razón.

—Tom, ¿era voluntad de Dios que Cohen y Juan emplearan sus poderes para lanzar tres asteroides contra la Tierra? —preguntó retóricamente, aunque con compasión—. ¿Era voluntad de Dios que cientos de millones de personas murieran y otros tantos millones más resultaran heridos y se quedaran sin hogar? Tom, el primer asteroide abrió un tajo de casi dos mil kilómetros de ancho en el corazón del continente americano. Lo he visto de cerca, y la devastación es inimaginable; no quedan ciudades, ni bosques, ni granjas, nada; parece un paisaje lunar abrasado. ¡Cinco países de Centroamérica y Ecuador han sido barridos de la faz de la Tierra! ¡Terremotos, olas gigantes, volcanes! El océano Pacífico es un rojo albañal de muerte. La atmósfera sigue contaminada por el humo de los incendios y la ceniza de cuarenta y siete grandes erupciones volcánicas. Veinte millones más han muerto de sed y de envenenamiento por arsénico. ¿Era voluntad de Dios contaminar la tercera parte de las reservas de agua potable del planeta? Tom, manejo estos datos a diario. Los dos últimos años hemos sido testigos de la mayor hambruna en la historia de la humanidad. Entre la capa de ceniza y la incapacidad de los agricultores de cultivar

sus campos durante cinco meses a causa de las langostas, la producción agrícola mundial se ha visto reducida en un sesenta y cinco por ciento. ¿Es voluntad de Dios que la gente se esté muriendo de hambre? ¿Es voluntad de Dios que quienes intentan detener a Juan y Cohen estallen en llamas?

—Sí, Decker, lo es —contestó Tom convencido.

Decker casi se cae de su asiento. Era tan obvio que la respuesta correcta era *no* que la contestación de Tom le pilló totalmente desprevenido.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? —le espetó, perdiendo por un momento los nervios.

—Decker, ya sé que desde tu punto de vista no tiene ningún sentido, pero es lo mismo que en la película de *Los diez mandamientos*^[15].

Decker había olvidado la costumbre que tenía Tom de recurrir al cine para ilustrar su punto de vista en una discusión, y estuvo tentado de reírse ante la referencia, pero el asunto era demasiado serio para tomárselo a broma.

—¿Te acuerdas —continuó Tom— de cómo Moisés y su hermano Aarón hacen que descendan las plagas sobre Egipto?

—Sí, claro —respondió Decker, y se mordió la lengua para no añadir nada más. Por su expresión, se diría que Tom pensaba que Decker debería haber comprendido a qué se refería, de tan evidente que parecía resultarle a él. Pero, para Decker, lo único que estaba claro era que a Tom le habían lavado el cerebro.

—¿No lo entiendes? —continuó Tom—. El rabino Cohen y Juan son igual que Moisés y Aarón.

Decker estaba estupefacto ante tan completo lavado de cerebro, pero aquél no era el momento ni el lugar para intentar iniciar la desprogramación; mejor sería dejarlo en manos de profesionales. Nada más pronunciar Christopher su discurso y resumirse la votación, haría unas cuantas llamadas y lo dispondría todo para que un psiquiatra hablara con Tom. Tenía que buscar la manera de hacerlo sin que éste se enterara, porque si lo hacía, intentaría marcharse y entonces era posible que no lo volviera a ver jamás. Y Decker no iba a permitir que eso ocurriera. Tom era su amigo y necesitaba ayuda. Estaba dispuesto a encerrarlo en un manicomio, si con ello lograba que recuperara la cordura. Decker tenía influencia suficiente para hacer cuanto fuera necesario, y no iba a dudar en tirar de los cables necesarios para ayudar a Tom, quisiera él o no.

—Bueno —dijo Decker, intentando que no se le notara lo mucho que le estaban afectando las palabras de Tom, a la vez que trataba de zanzar el tema—, me alegra comprobar que al menos no te has pintado la frente como otros.

—La marca es sólo para los Koum Damah Patar; hombres vírgenes elegidos por Dios para que ejerzan como sus sacerdotes.

—Ya, supongo que eso te deja fuera —dijo Decker, que aprovechó la ocasión para desviar la conversación hacia un tema más agradable—. Entonces, ¿cuándo podré conocer a Rhoda?

—Supongo que la próxima vez que vayas a Israel.

Decker asintió.

—Será estupendo, sí —dijo—. ¿Dónde te alojas?

—En realidad, no tengo nada pensado.

—Entonces te vienes a casa —dijo Decker, rotundamente, dando a entender que no aceptaría un no por respuesta. Estaba decidido a no perder a Tom de vista ni un segundo.

Tom sonrió y asintió, para expresar su conformidad y agradecimiento.

—Ahora tengo que irme al pleno de la Asamblea General. Va a estar de bote en bote, pero quiero que me acompañes y seas mi invitado. ¡Qué pena que no llesves la cámara encima! —dijo Decker—. Estás a punto de ser testigo de un acontecimiento histórico.

* * *

Gerard Poupardin miró a su alrededor con nerviosismo, y entró en el aseo de caballeros de la tercera planta del edificio de la Secretaría de Naciones Unidas. Bajo el brazo llevaba una valija diplomática sellada. Los lavabos estaban desiertos. Se metió en una de las cabinas, pasó el pestillo, abrió la valija, sacó el revólver, y se lo introdujo en el bolsillo.

* * *

El Salón de la Asamblea General estaba a reventar. Allí presentes estaban las delegaciones de doscientos veintiséis países. Muchos jefes de Estado, que habían acudido a escuchar el discurso y a dejarse ver entre los más poderosos, también habían conseguido entrar. No había ni un solo asiento libre. La tribuna de visitantes se había cerrado al público, para habilitar espacio para otros dignatarios y para los directores generales de las agencias de la ONU, que habían viajado a la sede central para la ocasión. En la tribuna de prensa no cabía ni un alfiler. El personal de las numerosas oficinas de la ONU abarrotaba el fondo de la sala, y empezaba a desparramarse por los pasillos.

Decker miró hacia donde solía sentarse y se percató de que los asientos ya estaban ocupados por amigos del embajador norteamericano. Podía haberles pedido que le cedieran el sitio, pero no habría sido un gesto muy diplomático.

—Espero que no te importe estar de pie —dijo Decker.

—No, qué va —contestó Tom.

—Ven. Por lo menos podemos acercarnos un poco más —dijo Decker mientras Tom le seguía.

* * *

Al fondo de la sala hizo su entrada Gerard Poupardin. Con evidente nerviosismo, llevaba la mano suspendida sobre el bolsillo derecho de la chaqueta, intentando ocultar el bulto del revólver. Christopher no tardaría en subir al estrado, y aunque creía controlar sus emociones, Poupardin sintió cómo el sudor le empezaba a perlar la frente.

* * *

Decker y Tom tardaron un par de minutos en acercarse a la parte de delante; cinco minutos después se abrió la sesión. El primer punto del orden del día era la presentación ante la Asamblea General del candidato del Consejo de Seguridad. Instantes después, Christopher se puso en pie para hablar. Desde su posición, entre las primeras filas de asientos de la sala, Decker observó con orgullo paternal cómo Christopher accedía a la tribuna de oradores, para dirigirse a los miembros de Naciones Unidas. El estallido de aplausos fue ensordecedor. Christopher asintió en agradecimiento, pero el aplauso se prolongó durante varios minutos.

* * *

Desde el fondo de la sala, Gerard Poupardin se abría camino entre la muchedumbre hacia la parte de delante. Quedaban escasos segundos para que alcanzara el punto a partir del cual no habría marcha atrás, y Poupardin se sentía más como un espectador que como protagonista de los acontecimientos. Ya no había dudas sobre *si* llegaría hasta el final, ahora sólo cabía preguntarse *cuándo* lo haría. El tiempo de reflexión, que él había creído concederse al aplazar la decisión, se había consumido en el proceso de llegar hasta el punto en el que se encontraba ahora, y no en recapacitar. Lo único que podía hacer ya era seguir adelante, dejarse llevar como en un sueño, con la mirada perdida y supuestamente incapaz de alterar la ruta que se había marcado. Sin quererlo ni pensarlo siquiera, sintió cómo introducía la mano en el bolsillo. Con desinteresada apatía, empuñó la culata del revólver, al tiempo que su pulgar empezaba a jugar con el percutor. No veía las caras de cuantos le rodeaban, pero su avance le había llevado a apenas un metro del lugar donde se encontraban Tom Donafin y Decker Hawthorne.

* * *

Sin que nadie se diera cuenta, Tom extrajo de su bolsillo una nota manuscrita y se la deslizó a Decker en la chaqueta.

* * *

Los aplausos se fueron apagando por fin y Christopher se acercó al micrófono para hablar.

—Queridos delegados y ciudadanos del mundo —empezó, recurriendo al saludo que había caracterizado todos los discursos de Jon Hansen. Era idea de Decker, y por el aplauso con que fue recibido, supo que había acertado. Christopher miró desde el estrado al lugar desde el que Decker le escuchaba. A este último le agradó y sorprendió que Christopher hubiese podido localizarle entre la muchedumbre. Decker aplaudió y sonrió complacido, pero Christopher no le devolvió la sonrisa. Al contrario, en su rostro Decker percibió aquella extraña mirada de aprensión que ya conocía, aunque esta vez era más bien un gesto de terror absoluto.

Por el rabillo de su ojo izquierdo, Decker vio algo moverse de repente. Delante de él, en el estrado, Christopher se llevó de pronto las manos hacia el rostro, como intentando protegerse. Un instante después, un ruido atronador taladraba el cerebro de Decker desde algún punto situado muy próximo a su oído izquierdo. El eco del sonido reverberaba todavía en la sala, cuando Decker vio una explosión de rojo en el antebrazo izquierdo de Christopher al tiempo que éste se desplomaba detrás del atril, desapareciendo de la vista.

Sobresaltado por la detonación tan próxima a su oído, Decker se volvió hacia donde se había originado el sonido. Allí había alguien... un hombre... con los brazos todavía extendidos delante de él y las manos aferradas a la culata de un revólver. Inmóvil como una estatua, su dedo seguía apoyado en el gatillo. Decker empezó a resoplar atónito.

Era Tom Donafin.

Tom dejó caer los brazos y miró a Decker.

—¿Por qué? —resolló aterrorizado. A su alrededor, el sonido de los aplausos y los vítores había desaparecido y ahora, en su lugar, se oían chillidos y gritos de asombro.

—Me iba a abandonar... —empezó Tom, pero su explicación se vio interrumpida de golpe.

Ante la mirada de Decker, el cuerpo de Tom salió despedido hacia la derecha, mientras su cabeza maltrecha estallaba en una cascada carmesí, rociando de sangre, fragmentos de cerebro y esquirlas de hueso a quienes estaban junto a él. Un instante después llegaba a los oídos de Decker el sonido del segundo disparo. A su izquierda, vio a Gerard Poupardin, que sujetaba con fuerza la pistola recién disparada.

Poupardin estaba totalmente fuera de sí, superado por el ansia de matar. Había apuntado con su revólver a Tom porque, en su locura, quien había disparado a

Christopher se había convertido en el nuevo objeto de su odio. La bala de Poupardin atravesó el cerebro de Tom y fue a impactar contra la placa metálica que le habían implantado en el cráneo después del accidente de tráfico que sufrió cuando era niño. La fuerza del proyectil sacó los tornillos de su sitio y abrió un enorme boquete en un lateral de la cabeza. Tom había muerto antes incluso de que su cuerpo comenzara a desplomarse.

La sangre, que salía a borbotones de la enorme herida, empezó a formar un gran charco de color rojo a los pies de Decker. Los gritos de una mujer que había junto a Decker apenas lograron traspasar el zumbido que le martilleaba los oídos. Entonces se oyeron tres descargas más, disparadas sin apenas intervalo de tiempo entre una y otra contra el pecho de Poupardin por un guarda de seguridad, que al ver a Poupardin con un revólver creyó que era éste quien había disparado contra Christopher.

En la enorme pantalla de televisión que ocupaba la parte frontal de la sala apareció un primer plano del rostro exánime y salpicado de sangre de Christopher Goodman, que yacía encogido en el suelo. De la cavidad de su ojo derecho salieron varios borbotones de sangre antes de detenerse por completo, junto con los latidos de su corazón. Otro reguero de sangre emanaba de una herida abierta en el antebrazo izquierdo.

Decker sintió como una pared humana se abalanzaba contra él y lo derribaba al suelo boca abajo. Apenas habían transcurrido unos pocos segundos, pero mientras era arrasado por la estampida de dignatarios, se le antojó que en ese tiempo había perdido toda una vida.

En la caída se golpeó el pecho y se torció una rodilla, rompiéndose los ligamentos y luxándose la articulación. Sin embargo, no había razón para alarmarse. Ya no quedaba nadie en la sala que corriera peligro. Tom había cumplido su odiosa e inexplicable misión, y no había intentado huir, ni siquiera defenderse.

* * *

Luego, cuando ya sólo quedaban él y su dolor, Decker encontró la nota de Tom en el bolsillo de su chaqueta. «No llores por mí —decía—. Lo que haga no me será imputado como falta. Soy el Vengador de Sangre».

OSCURA LEGIÓN

NOROESTE DE IRAK

En las entrañas de la tierra, bajo el lecho del río Éufrates, entre las ciudades iraquíes de Ana y Hit, donde lo bordean las antiguas ciudades fortaleza de Baia Malcha, Auzura, Jibb Jibba y Olabu, una oscura asamblea se arrastraba ansiosa hacia la superficie; sus integrantes se abrían paso a empujones y arañazos en el agitado enjambre, para poder estar entre las primeras filas en emerger. Su momento estaba próximo. Lo sabían. Éstos eran la hora y el día y el mes y el año que aguardaban desde antes del albor de la historia de la humanidad. Pero su manumisión no duraría demasiado, y cada cual esperaba poder aprovecharla al máximo mientras fuera posible. Luego, sin que oído humano los oyera, sonó una trompeta y bramaron los truenos, y las cadenas fueron soltadas y cayeron al suelo.

La profecía más reciente de Juan y Cohen estaba a punto de cumplirse y abatirse sobre las gentes de la Tierra.

Por fin había llegado el momento. La tierra se convulsionó y las aguas del Éufrates se agitaron y rompieron a hervir. Entonces se produjo una erupción violenta, que liberó una exudación de bestias salvajes, sombrías y repulsivas al mundo de los hombres. Como la lava de un volcán o el pus de un absceso inflamado, la horda vil, invisible al ojo humano, se desparramó en todas direcciones sobre la faz de la Tierra, buscando vidas humanas que cobrarse. El fétido hedor a azufre se elevó hasta el cielo y saturó la atmósfera en miles de kilómetros a la redonda, al tiempo que las infames columnas del inmundo ejército espectral emergían una a una sobre la tierra. Ataviados con fantasmales armaduras —el pellejo, gris, oculto bajo corazas de rojo intenso, azul oscuro y amarillo—, cada integrante de la siniestra muchedumbre montaba una aberrante cabalgadura, que podría haberse parecido a un caballo, aunque con la cabeza y la melena de un león, y una nariz por la que exhalaban una respiración pútrida de humo y llamas amarillentas. La cola de cada bestia se levantaba y sacudía como con vida propia, y contemplada de cerca parecía más una serpiente venenosa que hubiese sido injertada al cuarto trasero de la bestia. La perversa legión alzó el vuelo en número ingente sobre la tierra, con sus alas de piel desnuda, y rasgó el cielo con revulsivos gritos de júbilo, liderando vehemente el lúgubre ejército de doscientos millones de huestes, resueltas a precipitar la destrucción del hombre.

Al nordeste de la ciudad de Ar-Ramadi, dormía en el fresco amanecer de marzo un pueblecito de beduinos iraquíes procedentes de las orillas pantanosas de los ríos Éufrates y Tigris. Ajeno al peligro acechante, el anciano se levantó de la cama y se echó el abrigo encima para cumplir con la oración ritual en dirección a La Meca.

Fuera, las legiones invisibles avanzaban a increíble velocidad, y se cernían ya sobre el pueblecito, ávidas de cobrarse su primera sangre. Sin ser visto ni oído, uno de los jinetes fantasma atravesó sin esfuerzo la pared de la casa; la saliva chorreaba de las comisuras de sus fauces grotescas ante la visión de su primera víctima. Después de detectar un ligero olor a azufre, el anciano sintió un escalofrío, como cuando se saborea un fruto amargo, al tiempo que el demonio invisible penetraba en su interior y se hacía con el control de su cuerpo y su mente.

Sigilosamente, para no despertar a nadie en la casa, el hombre entró en la cocina, cogió un cuchillo grande y regresó con él hasta su cama. Luego, la tocó suavemente para que despertara y lo viera venir y, sin vacilar, clavó el cuchillo en el corazón de su esposa de cuarenta años. El terror que leyó en sus ojos fue tan escalofriante que tuvo que llevarse la mano a la boca rápidamente, para que su risa no despertara a los demás. Entonces fue repitiendo la operación hasta que hubo acabado con la vida de sus dos hijos y sus esposas, y la de todos sus nietos. Contemplando el baño de sangre, se relajó por fin, dio con una silla, se sentó y rompió a reír sin control.

Después de dedicar unos momentos a regodearse en su hazaña, el anciano corrió al exterior aullando de alegría como poseso y blandiendo en su mano el cuchillo ensangrentado, en busca de alguien con que saciar su sed de sangre. El ejército invisible había encontrado otras víctimas en el pueblecito, y el asesinato regía triunfante por doquier.

En la cocina de una casa vecina, una joven preparaba el desayuno para su marido, todavía dormido. De pronto se irguió toda rígida y dejó caer al suelo los utensilios de cocina. Echó un vistazo a su alrededor, cogió una sartén grande y pesada, abandonó lo que estaba haciendo, y se fue hasta el dormitorio. Una vez allí, se acercó al borde de la cama, levantó la sartén sobre su cabeza y desde arriba la descargó con toda su fuerza sobre la cabeza de su marido. Los ojos de él se abrieron por un instante y miraron hacia ella asombrados y agonizantes, al tiempo que ella soltaba una carcajada, levantaba la sartén y volvía a descargarla sobre él. Ya sin conocimiento, su vida se le fue escapando poco a poco, mientras ella le golpeaba una y otra vez hasta que su cráneo quedó aplastado e irreconocible.

Con el vestido salpicado de sangre de arriba abajo, soltó la sartén y, riendo todavía, retornó a la cocina, donde el desayuno se había quemado. Muy excitada, se levantó el borde de la falda ensangrentada y lo acercó a la lumbre del fogón hasta que prendió. El vestido ardía en llamas y ella reía nerviosamente, balanceándose de un lado a otro hasta que el fuego la engulló.

* * *

La locura homicida a lomos de su caballería asolaba, rauda y ligera, granjas, aldeas, pueblos y ciudades. La matanza era descomunal; todos se volvían contra todos, impulsados por una fuerza que ni veían ni podían comprender. Siete horas y

media después de su aparición, el frenesí alcanzó Umm Qasr, Faw y las demás ciudades del golfo Pérsico, donde miles de personas se echaron a correr hacia el mar, como lemmings, para allí morir ahogados.

Cuando la locura engulló la capital, Bagdad, se perdió toda comunicación con el mundo exterior. No había nadie para informar del suceso al resto del mundo, porque no había supervivientes. Todos habían caído. Para los agentes de la muerte, mejor era la carnicería cuanto más violenta. Y cuando no quedó nadie por matar, el último superviviente se suicidó.

LONDRES, INGLATERRA

Stan McKay escupió una cáscara de pistacho y acabó de tragarse el fruto a medio masticar con un rápido sorbo de su refresco. El joven periodista era todavía novato en su trabajo, así que se apresuró a responder a la luz que parpadeaba delante de él. Cogió el auricular del teléfono y contestó sin más:

—McKay.

Era suficiente; si el que llamaba había marcado ese número intencionadamente, sabía que ahora hablaba con la sede de World News Network, en Londres.

—Ponme con Jack Washington —exigió una voz con urgencia.

—Lo siento, señor —contestó McKay—, pero el señor Washington no está aquí en este momento.

—Entonces pásame a Oliver Peyton.

—Lo siento —volvió a decir McKay—, está con el señor Washington. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Sí, sí. Claro —dijo la voz después de dudar un segundo—. Mira, soy James Paulson. Os voy a enviar la señal en directo desde el estudio de Riyadh. Quiero que te asegures de que está todo listo para grabarla, y luego quiero que te ocupes de que el reportaje le llegue a Jack Washington. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor —respondió McKay con convicción.

—De acuerdo, empiezo a emitir la señal en veinte segundos. ¿Tendrás tiempo?

—Uh... sí, señor. Creo que sí —contestó. Esta vez no tan seguro.

—Está bien, tú haz lo que puedas.

McKay tardó treinta segundos en comprobar el equipo.

—Ya está, señor —dijo regresando al teléfono, y luego encendió su monitor para poder ver la señal.

—Aquí James Paulson desde la sede de la WNN en Riyadh, Arabia Saudí —dijo en el mismo tono apresurado que al teléfono.

Stan McKay no tenía ninguna experiencia ante la cámara, pero sí que había estudiado algo en la Facultad —lo que en realidad tampoco le capacitaba para dar una opinión—, pero le pareció que aquel tipo hablaba demasiado deprisa para la televisión.

—Desde la ventana de nuestra oficina —continuó Paulson— estamos siendo testigos del caos que se ha apoderado del exterior. —La videocámara portátil abandonó a Paulson y se dirigió a la ventana de la oficina de la WNN, revelando el espeluznante espectáculo callejero, cuya imagen se superponía a la de la cámara y su operario, reflejados en el vidrio de la ventana cerrada.

—Es como si estuviéramos en guerra —dijo. Y, sin duda, lo parecía. La gente se arrojaba ladrillos, piedras y otros objetos pesados; había un puñado de personas blandiendo cuchillos y otros objetos afilados; y por todas partes yacían desperdigados los cuerpos de quienes ya habían caído—. Se trata de un estallido de violencia, claramente indiscriminada —continuó Paulson—. Los tenderos matan a sus clientes y viceversa; hombres y mujeres se matan de formas brutales inimaginables; y lo más curioso, probablemente, es que nadie parece hacer nada para defenderse. Nadie huye, nadie se oculta. Sólo se quedan ahí, a plena vista, sin buscar dónde refugiarse, y continúan asaltándose y matándose unos a otros.

Mientras Paulson hablaba, la cámara ofreció un primer plano de una adolescente, que apuñalaba con saña a una mujer, tal vez su madre, con un objeto punzante que por su aspecto podía ser un bolígrafo. La sangre impedía asegurarlo. Entonces la cámara se alejó, y en el encuadre apareció un hombre que saltaba al vacío desde la octava planta de un edificio, y se estrellaba contra el asfalto cabeza abajo.

Paulson permaneció en silencio, espantado, y luego hizo un esfuerzo por continuar.

—Todo indica que el tumulto se inició hace unos diez o doce minutos, cuando empezaron a oírse por toda la ciudad sirenas de la policía, los bomberos y los equipos médicos de urgencias, que respondían a las denuncias de actos violentos por doquier. Inmediatamente después, ha comenzado a oírse el sonido de disparos, que todavía continúa esporádicamente. Como puede comprobarse por cuanto se divisa desde nuestra ventana, el cielo empieza a oscurecerse con el humo de los centenares de incendios que se han declarado por toda la ciudad, al tiempo que la barbarie reina en las calles.

»Aquí, en las oficinas de la WNN, hemos cerrado todas las puertas de seguridad y anulado el acceso en ascensor a las dos plantas... —James Paulson se quedó repentinamente mudo y miró hacia algún lugar fuera de la imagen, detrás del operador de cámara. Paulson arqueó la ceja derecha con aprensión. Sus ojos se desplazaron por toda la habitación. Era obvio que algo estaba ocurriendo en la oficina, aunque Paulson no parecía saber qué, con exactitud.

En Londres, Stan McKay se removía inquieto en su asiento, contemplando instintivamente la pantalla del monitor desde diferentes ángulos por si así podía ver mejor, aunque a sabiendas de que por mucho que se moviera no iba a conseguir una perspectiva diferente de la oficina de Paulson. El gesto de aprensión del reportero se tornó en uno de terror absoluto, e instantes después, en una mueca amenazadora. Entonces su imagen desapareció, al tiempo que la cámara caía al suelo y la pantalla

se quedaba oscura.

SUR DE AS-MUBARRAZ, ARABIA SAUDÍ

El estruendo del rotor del helicóptero de Naciones Unidas ahogó por completo el sonido del aire atravesando las turbinas, cuando el aparato permaneció suspendido a una altura de unos noventa metros sobre un campamento de unos ochenta o cien beduinos, situado unos pocos kilómetros al sur del que era su destino, As-Mubarraz, en Arabia Saudí. Desde el interior del aparato, un equipo formado por cuatro hombres y dos mujeres, además del piloto y el copiloto, estudiaban el comportamiento de los nómadas, grabando cuanto veían y enviando las imágenes vía satélite a un portaaviones en el océano Índico. Por los datos que ofrecían los satélites, había un círculo de muerte —en rápida expansión y en cuyo interior no quedaba rastro de vida humana—, que se extendía casi mil setecientos kilómetros de este a oeste, desde Yazd, en Irán, a Mahattat Al-Qatrānah, en Jordania; y unos mil quinientos kilómetros de norte a sur, desde Nachičeván, en Azerbaiyán, a Al-Hulwah, en Arabia Saudí. As-Mubarraz, situada ciento treinta kilómetros por debajo del borde inferior del círculo, parecía no estar afectada de momento, y el campamento nómada era la primera señal de vida humana que el equipo había detectado a esa distancia de la periferia del círculo.

La hipótesis más verosímil acerca del círculo de muerte apuntaba a la presencia de un agente biológico o químico de acción fulminante y letal, que se estaba dispersando a toda velocidad. Pero había dos tipos de datos que chocaban con esa tesis. El primero era que el agente tóxico, fuera cual fuera, se desplazaba en todas direcciones a aproximadamente la misma velocidad y, por tanto, no se veía afectado por las corrientes de aire, lo que ocurriría de tratarse de un agente nuclear, biológico o químico conocido. El otro dato que no casaba con esta tesis era el macabro reportaje que World News Network había enviado desde Riyadh.

Por su seguridad, los tripulantes del helicóptero y el equipo de investigación vestían trajes especiales, que proporcionaban protección contra la filtración de partículas nucleares o químicas de un tamaño superior a 0,005 micras. Usaban máscaras de gas hasta que el helicóptero se encontraba a veinte kilómetros de la ciudad, y a partir de ese momento pasaban a respirar de la botella de aire comprimido que llevaba cada uno de ellos. Para comunicarse entre sí, el equipo se servía de pequeños transmisores y receptores de corto alcance, insertos en la mascarilla y la capucha del traje respectivamente. Así, cuanto decían era escuchado por el resto y transmitido por la radio del helicóptero al portaaviones del océano Índico.

No había indicios de nada anormal cuando el helicóptero llegó a la periferia sur de la ciudad. Los habitantes iban y venían, ocupados en su rutina diaria. Desde la panza del aparato, que volaba a unos cuarenta y cinco metros de altura, seis cámaras lo grababan todo, ofreciendo una vista panorámica completa. Dentro del helicóptero,

el equipo escrutaba infructuosamente el vecindario, en busca de alguna anomalía. El coronel Terry Crystal, jefe del equipo, se asomó a la cabina por la puerta que la separaba del compartimento de carga, y le indicó al piloto que continuara hacia el norte y se detuviera sobre cada una de las coordenadas preestablecidas, para proceder a su inspección.

El helicóptero era un laboratorio volante, dotado del instrumental necesario para analizar *in situ* todos los datos medioambientales, y recoger y almacenar muestras que luego procesaban de regreso a la base, en Qal'an Bishna. En cada uno de los altos que hacía sobre distintos sectores de la ciudad, se tomaban muestras de aire que eran analizadas al instante, pero hasta el momento no habían detectado nada fuera de lo normal.

Al llegar al límite septentrional de la ciudad, el aparato redujo su velocidad una vez más, y se quedó suspendido mientras el equipo repetía la rutina. Si no hallaban nada, el plan de ruta les llevaría a Al-Hulwah, un punto situado dentro del radio conocido del círculo de muerte, donde los escáneres de los satélites no detectaban señales de vida humana. La muestra de aire del límite norte de la ciudad no detectó presencia de contaminantes, y la exploración visual no revelaba nada anormal. El coronel Crystal buscó la confirmación de cada uno de los miembros del equipo, se asomó de nuevo a la cabina y le hizo un gesto al piloto para que siguiera adelante.

Cuando éste iba a ejecutar la maniobra, el copiloto creyó ver algo.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando hacia el suelo.

Crystal y el piloto miraron hacia el lugar que les indicaba.

—No es más que una mujer lavando ropa en un barreño —dijo Crystal.

—No, mire de cerca —insistió el copiloto.

El coronel Crystal cogió sus prismáticos y entró en la cabina para ver mejor.

—Pero ¿qué es eso? —dijo asombrado, sin dejar de mirar por los prismáticos. Su reacción llamó la atención del resto del equipo, que viajaba en el compartimento de carga. Para espanto de la tripulación del helicóptero, una mujer de unos veintitantos años sujetaba por el pie a un bebé, y balanceaba su cabeza de un lado a otro bajo el agua del barreño.

—¡Mirad ahí! —exclamó alguien, señalando unos cien metros más allá del lugar donde se encontraba la mujer.

La exclamación captó la atención del resto, y todas las miradas se desviaron a tiempo de ver cómo un hombre, con una horquilla en la mano, corría hacia otro y se la clavaba por la espalda, atravesándole el tórax de lado a lado.

—¡Rápido! ¡La mujer! —gritó otro crípticamente, y señaló de nuevo a la escena anterior, donde un hombre con un rifle se acercaba ahora a la mujer. Un segundo después, el hombre pegaba el cañón a su pecho y le descerrajaba un tiro a quemarropa.

—¡Sáquenlos del alcance de ese rifle! —ordenó el coronel Crystal al instante.

—¡Agárrense fuerte! —gritó el piloto, y elevó el aparato bruscamente hacia arriba

y a la izquierda, para guarecerse detrás de uno de los edificios más altos de la ciudad. Lo hizo justo a tiempo, porque el hombre ya se había girado y empezado a disparar hacia ellos.

—¡Mirad allí! —exclamó una de las mujeres del equipo.

—¡Y allí! —dijo otro.

Enseguida se dieron cuenta de que era absurdo llamar la atención sobre cada atrocidad, de tantas como se estaban cometiendo. La carnicería ofrecía un espectáculo nauseabundo, incluso desde varios cientos de metros de altura. A sus pies, la locura se propagaba a una velocidad increíble.

—¿Se está grabando todo esto? —preguntó Crystal.

—Sí, señor —contestó la persona responsable de las cámaras.

—Pues tomemos las muestras de aire y salgamos de aquí enseguida —ordenó el coronel, y entró de nuevo en la cabina. La visibilidad desde allí era mejor y ofrecía una panorámica más amplia que las ventanillas del compartimento de carga. Aunque se trataba de algo horrible, los tres hombres de la cabina no podían apartar la mirada de cuanto sucedía bajo ellos, incapaces de concebir una matanza tan delirante. Permanecieron en silencio durante un rato, observando incrédulos, esforzándose por comprender qué podía haber desencadenado aquello.

—Señor —dijo el piloto dirigiéndose al coronel Crystal—, no sé qué será lo que está pasando ahí abajo, pero si su gente ha acabado con las muestras, creo que deberíamos salir de aquí; ya volveremos para hacer el resto de pruebas cuando las cosas se hayan calmado. Ahora mismo somos un blanco perfecto para cualquiera que tenga un arma de fuego. De momento no se han fijado demasiado en nosotros pero... —Una luz intermitente en el panel de control, seguida de un vuelco repentino del aparato debido a un cambio en la distribución de peso, interrumpieron al piloto a mitad de la frase—: ¡Alguien ha abierto la puerta del compartimento de carga! —gritó.

Crystal dio media vuelta y regresó apresuradamente al compartimento de carga. Lo que allí descubrió desafiaba toda explicación lógica. Efectivamente, la puerta estaba abierta, tal y como indicaba el panel de control, pero los miembros del equipo habían desaparecido.

El piloto esperó unos instantes y como no recibía respuesta del coronel, decidió ir a echar un vistazo personalmente.

—Toma el mando —le dijo al copiloto—. Voy a ver qué pasa ahí atrás.

En el compartimento de carga le esperaba la misma escena que a Crystal. La puerta estaba abierta y no había nadie a la vista; ni siquiera el coronel Crystal.

—¡Aquí no hay nadie! —informó absolutamente pasmado al copiloto por el intercomunicador del traje protector—. ¡Parece que han saltado todos!

No hacía falta pensar demasiado para adivinar que lo que fuere que estaba afectando a la gente en la superficie se había cebado también en el equipo de investigación.

—Salgamos de aquí, capitán —repuso el copiloto.

—Recibido. ¡Deja que cierre esta puerta y nos vamos!

El piloto se aproximó rápidamente a la parte posterior del compartimento de carga y se dispuso a tirar de la puerta para cerrarla. A su espalda, algo se movió de repente y una persona se abalanzó en su dirección desde detrás de unos bultos de equipaje. El hombre cayó sobre el piloto con todo su peso, lanzándolo fuera de la puerta abierta del helicóptero junto con su atacante. En plena caída, el piloto pudo ver a quien le había derribado. Era el coronel Crystal.

—¡Regresa a la base! —gritó el piloto tan fuerte como pudo, esperando disponer todavía de cobertura para comunicarse por radio con su copiloto; era esencial que se entregara la información recogida por el equipo. Dos segundos después, él y Crystal habían muerto.

En el interior del helicóptero, el copiloto había llegado a escuchar la última orden del piloto y ya había empezado a acatarla. Volando hacia el sur tan rápido como lo permitía el helicóptero, se retiraba siguiendo la misma ruta por la que habían venido. Por todas partes debajo de él, la matanza progresaba a impresionante velocidad. Las cámaras no habían dejado de grabar, captando cada detalle y enviando después las imágenes al sobrecogido equipo de analistas del océano Índico. Entonces, un extraño olor a huevos podridos o a azufre sorprendió al copiloto.

* * *

Las lúgubres legiones del río Éufrates no habían alcanzado todavía el campamento beduino del sur de la ciudad. Un adolescente beduino, que alimentaba a los camellos de su padre, levantó la vista para contemplar, con mucho interés, el regreso del helicóptero que los había sobrevolado media hora antes. Curiosamente, voló directamente hacia ellos y al llegar al campamento, se quedó allí suspendido, asustando a los animales y sacando a todos de las jaimas. Después de un momento de suspense, pareció que empezaba a llover pero la lluvia les quemaba los ojos. El «agua» era combustible de los tanques del helicóptero, que estaba siendo bombeada sobre el campamento y desperdigada por el rotor del helicóptero. Muchos de los beduinos corrieron a refugiarse en el interior de sus tiendas, que absorbieron la gasolina. Cuando sólo quedaba un cuarto de depósito de combustible, el helicóptero salió disparado hacia arriba. Alcanzados los trescientos metros de altitud, el copiloto cambió de ruta y se lanzó en picado contra el corazón mismo del campamento beduino, donde el aparato explotó y transformó el paisaje en un espectacular infierno abrasador.

* * *

Al final del segundo día no quedaba ni una persona con vida en un radio de dos mil kilómetros alrededor del Éufrates, y la locura homicida proseguía su avance y había llegado ya hasta Libia, al oeste, y Afganistán, al este; y hasta Volgograd, en Rusia, al norte, y hasta el golfo de Aden, al sur. Cinco millones de hombres, mujeres y niños habían muerto, y nada indicaba que la cosa fuera a menos. La noche siguiente, el círculo de muerte había llegado a Timessa, en Libia, y al talón de la bota de la península Italiana, al oeste; al oeste de la India, al este; a Moscú, al norte, y a Burji, en Etiopía, al sur. Ochocientos millones de personas yacían brutalmente mutiladas; las poblaciones de Irak, Irán, Jordania, Arabia Saudí, Yemen, Omán, Afganistán, Pakistán, Siria, Egipto, Turquía, Grecia, Bulgaria, y buena parte de las de Rumania, Turquestán, Libia, Etiopía y Sudán habían muerto. Sólo había una excepción. Ni una sola persona dentro de las fronteras de Israel había sufrido daños.

ADVENIMIENTO DEL AVATAR

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Las cortinas cerraban el paso al sol de la tarde, salvaguardando el ambiente sombrío que reinaba en el interior. En la señorial estancia, iluminada tenuemente por luz artificial, varios guardas velaban en silencio el féretro, sellado y envuelto en una bandera, del líder caído. Decker fue uno de los primeros en llegar a la misa de funeral previa al entierro. Bamboleándose sobre unas muletas, debido a la lesión que sufrió cuando lo arrollaron después del asesinato, Decker permaneció de pie junto al féretro, abatido por el dolor y la incredulidad, con lágrimas surcándole las mejillas. Pasados unos instantes, se retiró y tomó asiento, solo y en silencio, en el estrado, desde donde pronunciaría después el panegírico en honor a Christopher Goodman.

Poco a poco empezó el goteo de dignatarios, que vestidos de luto y llegados desde todos los rincones del planeta, acudían a la solemne ceremonia de despedida de uno de los suyos. Eran en su mayoría embajadores y otros funcionarios, que Decker había conocido mientras trabajaba en la ONU, pero había otros también, muchos de ellos conocidos de Robert Milner: empresarios, escritores, profesores universitarios, actores, productores de cine y televisión, líderes religiosos, gente influyente de todos los ámbitos. La afluencia fue en aumento y no tardó en formarse una cola, que se extendía por el vestíbulo y avanzaba lentamente hacia el féretro, ante el cual se detenían los dolientes un instante para rendir sus últimos respetos.

El funeral de Jon Hansen había sido diferente. En aquella ocasión, cientos de miles de personas habían hecho cola para pasar junto al féretro. Aunque Christopher era extremadamente popular en Naciones Unidas y en Italia, país del que había sido representante ante la ONU, su popularidad no se extendía al resto de la población mundial. La mayoría lo conocía como uno de los diez miembros del Consejo de Seguridad y sabía que había muchas probabilidades de que se hubiese convertido en el nuevo secretario general de no haber sido asesinado. Por lo tanto, existía un sentimiento generalizado de dolor y asombro por su muerte violenta, pero no era aquella sensación de pérdida personal que había suscitado la muerte de Hansen.

El secretario Milner se había hecho cargo del cuerpo de Christopher y de disponer todo lo necesario para el funeral y el entierro. A Decker le alivió que le quitaran ese peso de encima. Pero no pudo evitar sorprenderse ante el elevado número de periodistas y cámaras que Milner había acreditado para el seguimiento del funeral. Casi todos pertenecían a importantes cadenas de televisión y agencias de noticias, además de cadenas exclusivamente de noticias.

En Oriente, el número de muertos era atroz, y el pánico ya había empezado a apoderarse del resto del planeta, así que costaba creer que los medios dieran tanta

cobertura al funeral de un solo hombre. Pero como ocurre casi siempre, la prensa adolece de cierta tendencia a prestar oídos a lo que le conviene: ya sea porque ocurre en casa o porque sucede en un lugar donde al periodista le apetece pasar una temporada con los gastos pagados, aun cuando el mundo se pueda estar viniendo abajo en otro lugar. Todos los medios más importantes tenían oficinas en Nueva York, así que casi todos estaban presentes para cubrir el funeral. Por supuesto que había periodistas en Oriente cubriendo los acontecimientos desde la periferia de la terrible hecatombe, pero aunque sus aterradoras informaciones dominaban los titulares, no había ninguno lo suficientemente cerca que no hubiese acabado como una víctima más. Hasta el momento, todas las misiones de reconocimiento habían acabado mal, así que la cobertura se limitaba principalmente a informar sobre las avalanchas de gente que, presas del pánico, intentaban huir del embate de la locura.

El ambiente de casi absoluta normalidad que gobernaba en la sala podía deberse, tal vez, a la incapacidad de comprender lo que estaba ocurriendo al otro lado del planeta. Podía ser, tal vez, porque acaecía, precisamente, en el *otro* lado del planeta. O tal vez se debía a la sensación, cada vez más generalizada, de que las crisis empezaban a ser la norma.

Decker era tan consciente de la hecatombe de Oriente como cualquier otro, pero después de tanto sufrimiento y de tantas muertes como le había tocado vivir —desde su periodo de servicio en el ejército, a los guardas asesinados en el Muro de las Lamentaciones, a la muerte de su mujer, sus hijas y cientos de millones de personas en el Desastre, los cientos de millones más caídos en el holocausto ruso y en la guerra entre China, India y Pakistán, la descomunal pérdida de vidas y destrucción de los asteroides y la hambruna resultante en tantos lugares del mundo, y, más recientemente, el tormento de las langostas que él había sufrido en su propia carne—, se sentía incurablemente paralizado e incapaz de reaccionar. Mientras Christopher vivía, todo ese sufrimiento parecía tener alguna justificación, eran «los dolores de parto de la Nueva Era»; así lo habían llamado Milner y Christopher. Pero con Christopher muerto, nada tenía sentido.

Decker repasaba mentalmente, una y otra vez, cuanto había ocurrido. Lo que menos sentido tenía eran las circunstancias que habían conducido al asesinato de Christopher. No podía perdonarse haber sido él quien proporcionara a Tom Donafin el acceso y la oportunidad para cometer su infame crimen. Cuando se relacionó a Decker con Tom después del asesinato, Decker fue interrogado por el departamento de seguridad de la ONU. Los medios no tardaron en sacar la historia también. Probablemente no había nadie que pensara seriamente que Decker había participado voluntariamente en lo ocurrido, pero era tan poco lo que se sabía del asesino que su conexión con Decker se convirtió en una vertiente del caso, que los servicios de seguridad y los medios insistían en explorar hasta el último detalle. Decker y Tom habían sido amigos y compañeros de curso; habían trabajado para la misma revista, y luego habían sido secuestrados y permanecido retenidos durante tres años en el

Líbano. La ironía de que hubiese sido Decker quien liberara a Tom Donafin en el Líbano, y que ahora fuese precisamente Donafin el que hubiera asesinado a Christopher, a quien Decker había criado como a un hijo, era un tema sobre el que se discutió y se reflexionó hasta la saciedad. Si alguien hubiera sabido que, de hecho, había sido Christopher quien había liberado a Decker, haciendo luego posible que éste hiciera lo mismo con Tom, los debates sobre esta ironía se habrían alargado aún más.

Después, cuando los servicios de seguridad de la ONU inspeccionaron el apartamento de Gerard Poupardin y se descubrió, por los muchos recortes de noticias garabateados y las fotos desfiguradas allí encontrados, que el objetivo original de Poupardin era Christopher, los medios encontraron por fin otro filón que explotar. Varios comentaristas, motivados en parte, tal vez, por lástima hacia Decker, argumentaron que si Tom no hubiese matado a Christopher, Poupardin se habría encargado de hacerlo de todas formas. «Aun así —concluían— era irónico que...».

Así que el veredicto *oficial* de los medios fue que Decker había actuado de buena fe. A la misma conclusión llegaron los servicios de seguridad de la ONU. Pero Decker no podía dejar de culparse.

Para mayor escarnio, debía soportar el dolor que sentía por Tom. La violenta escena de su muerte no era algo que pudiera olvidarse con facilidad. Y, sin embargo, la sola idea de que pudiese lamentar la muerte del asesino de Christopher le hacía sentirse todavía más culpable. Había meditado sobre las últimas palabras de Tom, una y otra vez. «Me iba a abandonar», eso había dicho. ¿De verdad significaba algo o se trataba nada más que del delirio de un lunático? ¿Y a qué se refería Tom en su nota con aquello de ser el Vengador de Sangre? Fuera lo que fuera, tenía toda la pinta de deberse a su relación con Juan, Cohen y el Koum Damah Patar. Decker estaba convencido de que eran ellos los que estaban detrás de todo. De una manera u otra, habían inducido a Tom a hacerlo, porque sabían que Christopher era la única fuerza que les obstaculizaba. Apenas les quedaba tiempo. Y si Christopher siguiera vivo y hubiese sido nombrado secretario general, no cabía duda de que habría acabado con su reinado de terror en la Tierra.

Decker se refrenó y empezó otra vez a castigarse. «Pero no deja de ser culpa mía que Tom entrara en el Salón de la Asamblea General», se dijo para sí. Volvía sobre este pensamiento una y otra vez. El sentimiento de culpabilidad, la aflicción, e incluso el dolor de la luxación, se habían convertido en su penitencia, aunque dudaba de que ésta fuera suficiente para enmendar su crimen.

En el bolsillo de la pechera de su chaqueta, Decker había guardado el folleto informativo de un centro de interrupción de la vida de la zona. «Interrupción de la vida», un ridículo eufemismo para no decir suicidio, por lo menos eso le había parecido a él siempre. Sin embargo, dos días atrás había ido a recoger el correo y, al encontrar el folleto, enviado por algún jefe de *márketing* agresivo, se lo había guardado. Ya había recibido *ofertas* de esta clase —en ocasiones se enviaban de

manera indiscriminada—, pero ésta era la primera vez que la recibía directamente a su nombre. Los buenos comerciales diseccionaban todos los medios de información local en busca de futuros clientes: personas recientemente enviudadas o divorciadas, gente que había tenido que cerrar el negocio o que se había declarado en bancarrota, o cosas por el estilo. Dadas las circunstancias, a Decker le sorprendía haber recibido sólo una oferta. La carta ofrecía consuelo «en estos momentos difíciles», para a continuación poner generosamente a su disposición sus servicios, en caso de que los fuese a necesitar.

A Decker le quedaban unos cuantos asuntos por cerrar, pero ya tenía decidido hacer una escapada a las instalaciones del centro no mucho después del funeral; aunque en absoluto creía que allí se preocuparan de verdad por su sufrimiento, como aseguraban en la carta. Sencillamente consideraba que era el lugar más conveniente y la forma menos dolorosa, mucho mejor que colgarse o saltar de lo alto de un edificio.

Había leído que la mayoría de las personas que contemplan el suicidio se sienten muy aliviadas cuando toman la decisión definitiva de llevarlo a cabo. A él no le pasaba nada por el estilo.

Decker no se dio cuenta, pero sí la prensa y la mayoría de los presentes. El ex subsecretario de la ONU, Robert Milner, había entrado en la sala. No es que Milner fuera tan famoso como para llamar tanto la atención, pero quienes frecuentaban su círculo lo conocían de sobra. Y el resto tenía noticia, cuando menos, de su trabajo y de los numerosos libros que había escrito sobre el advenimiento de la Nueva Era. La razón del interés que suscitaba ahora se debía, no obstante, a su atuendo. Entre dos de los guardas de honor que velaban inmóviles, en actitud de descanso, con el féretro a su espalda, Milner aparecía vestido no con su traje de siempre, sino con una larga túnica de lino blanco que le llegaba hasta el suelo.

A dos metros del pie del féretro y con la cabeza ligeramente inclinada, Milner taladraba con su mirada el ataúd. Decker sabía que Milner acababa de llegar, pero por su quietud, plantado allí como un roble, se hubiese dicho que llevaba allí horas. Entonces Decker notó algo más. Era casi imperceptible, pero le pareció que la bandera de Naciones Unidas que envolvía el féretro sellado de Christopher había empezado a despedir un ligero fulgor.

Enseguida no hubo duda, todos los hilos del tejido se volvieron iridiscentes. Un velo de silencio cayó sobre la sala, mientras Milner y el féretro acaparaban toda la atención. A falta de luz natural, el ataúd se había convertido en el objeto más luminoso de la estancia. El interés y la curiosidad se tornaron rápidamente en alarma y temor, y quienes se hallaban más próximos al féretro empezaron a retroceder hacia la muchedumbre. En el estrado, desde el que estaba programado que pronunciara el panegírico de Christopher, Decker se levantó, no sin cierta dificultad, y, completamente pasmado, se quedó mirando a la luz que emanaba de la caja donde yacía su amigo. Para entonces, incluso los guardas se habían vuelto a mirar, y retrocedido muy lentamente, dejando a Milner solo, completamente inmóvil.

La expectación reinaba en la sala; sin querer, todos contenían la respiración, y los corazones latían aceleradamente. De repente, las manos de Milner salieron despedidas hacia el aire. No como si él las hubiese levantado voluntariamente, sino, más bien, como si no hubiera podido mantenerlas pegadas más tiempo al costado. Tan pronto alcanzaron las manos su cenit, de las juntas del féretro brotó una luz brillante como el sol, levemente atenuada, como a través de un filtro por la bandera de la ONU que todavía lo recubría. La luz que salía de la caja era tan caliente como luminosa, e hizo que el aire se dilatara produciendo un sonido parecido al del rugido de un soplete. Decker comprendió de inmediato lo que ocurría: Christopher estaba siendo regenerado; resucitaba igual que Jesús lo había hecho dos mil años antes.

El resto de los asistentes se echó hacia atrás, protegiendo sus ojos de la intensa luz. Entonces, el féretro empezó a sacudirse violentamente. La bandera se deslizó hasta el suelo, y la luz —tan intensa que ya no se podía mirar— inundó la estancia sin filtro alguno. Sólo los ojos de Milner permanecían abiertos. Las cámaras de televisión seguían enfocando la escena, pero los operadores tuvieron que retirar la mirada o cerrar los ojos. La imagen de televisión sólo mostró un raudal de luz que engullía cuanto tenía a su alrededor.

Luego la luz desapareció y se hizo el silencio.

En el centro de la sala, la bandera de Naciones Unidas yacía en el suelo hecha un guiñapo chamuscado. La tapa del féretro había salido despedida y se había hecho trizas contra el suelo, completamente descerrajada. De pie, junto al féretro abierto, estaba Christopher Goodman. Llevaba el brazo izquierdo colgando, inutilizado por la bala que lo había atravesado, y la herida de la cabeza le había dejado vacía la cuenca del ojo derecho. Con todo, estaba vivo.

Ya fuera una ilusión óptica producida por la intensidad de la luz o por las lágrimas de alegría que le nublaban la vista, Decker creyó percibir que un aura de luz rodeaba todavía a Christopher. Éste echó un rápido vistazo a su alrededor y se acercó hasta el subsecretario Milner, que había hincado una rodilla en el suelo, agotado por el esfuerzo. Luego miró a Decker, que se apoyaba sobre sus muletas. Christopher sonrió.

—Vamos, Decker —le dijo—. Tenemos trabajo. —Decker hizo ademán de echar a andar hacia él, pero Christopher lo detuvo—: A ésas no las vas a necesitar —dijo.

De repente, el dolor de la rodilla se desvaneció, y Decker dejó caer las muletas al suelo. Al instante estaba junto a Christopher. Mientras la muchedumbre se mantenía a una distancia prudencial, los tres hombres se dirigieron hacia la salida.

—¿Dónde vamos? —preguntó Decker. Tenía un millón de interrogantes y de cosas que decir. Quería parar allí mismo, abrazarle y llorar de alegría, pero por los pasos apresurados de Christopher y su gesto de determinación supo que había cosas más urgentes que hacer.

—Jerusalén —repuso Christopher al alcance del oído de casi toda la prensa.

—Hay un helicóptero esperándonos que nos llevará hasta el aeropuerto —añadió

Robert Milner, cuando estaban algo más alejados—. El supersónico del secretario general está en el aeropuerto Kennedy.

Poco importaba ya que la votación para que Christopher ocupara el cargo no se hubiese llevado a cabo; dadas las circunstancias, nadie iba a negarle ese privilegio. Teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, a Decker le sorprendió que Christopher pudiera necesitar un avión. No sabía si preguntar o no, pero Christopher se anticipó a la pregunta.

—Existen ciertas limitaciones con las que tendré que vivir mientras permanezca confinado en este cuerpo —dijo—. Te lo explicaré todo en el avión.

* * *

En cuestión de segundos, todas las agencias de noticias del mundo informaban sobre el prodigioso suceso de la resurrección de Christopher. El mundo se quedó paralizado de asombro, impresionado por las informaciones y la cobertura televisiva del acontecimiento. Nadie estaba seguro de su significado, pero con tanta violencia y muerte por todas partes, esta única victoria sobre la tumba parecía abrir un resquicio de esperanza para el amenazado planeta. Algunos rompían a llorar, otros lo celebraban, pero la mayoría se limitaba a observar las imágenes incrédulos, preguntándose si no se trataría de una broma cruel. Pero en un mundo donde se había sido testigo de tanta muerte y destrucción, y sobre el que todavía planeaba la amenaza de una forma de aniquilación inexplicable, muchos buscaban desde hacía tiempo un rayo de esperanza, y por eso la mayoría deseó con toda su alma que lo que veían fuera verdad.

* * *

Cuando el helicóptero aterrizó en el aeropuerto Kennedy, había ya más de cuarenta periodistas apostados allí con sus cámaras y micrófonos. El cuerpo de seguridad de Naciones Unidas los mantenía alejados de la pista de aterrizaje —tal y como había dispuesto Milner—, pero la prensa obstaculizaba el acceso de Christopher al reactor del secretario general.

Nada más abrirse la puerta del helicóptero, los periodistas empezaron a gritar preguntas. Decker fue el primero en salir. Se preguntó cómo iban a atravesar la marabunta de periodistas y acceder al avión. Pero cuando Milner, seguido de Christopher, ahora vestido con una larga túnica de lino como la de Milner, bajaron del aparato, los reporteros callaron de repente. El brazo izquierdo de Christopher colgaba exangüe al costado, y un parche ocultaba la cuenca vacía del ojo derecho. La visión de los periodistas completamente mudos era toda una experiencia, pero Decker supuso que no podía haber sido de otra manera, dadas las circunstancias. Espoleados

por el cuerpo de seguridad de la ONU, los periodistas se apartaron a un lado, para que Decker, Christopher y Milner pudieran pasar.

Mientras subían a bordo del enorme reactor, uno de los periodistas recuperó el habla y lanzó una pregunta a Decker.

—¿Adónde se dirigen? —exclamó.

Al final era la única pregunta que se había llegado a formular, aunque mejor así, porque era la única para la que Decker conocía la respuesta.

Trasladando lo que Christopher le había dicho en el helicóptero, Decker gritó:

—¡A Jerusalén, a poner fin a la matanza!

EL ORIGEN DE DIOS EL DESTINO DEL HOMBRE

Escasos minutos después estaban en el aire. El supersónico —uno de los tres aviones reservados para uso exclusivo del secretario general— tardaría siete horas y media en llegar a Tel Aviv. Ahora era el momento de hablar.

—Decker —dijo Christopher muy excitado—. ¡He mirado en el interior de la caja! La vieja caja de madera del sueño era el Arca, el arca de la Alianza sin su revestimiento de oro —explicó.

»Cuando Moisés fabricó el Arca, se le pidió que construyera una caja de madera, que luego debía recubrir con varias capas de oro. Si se retira la envoltura de oro del arca, entonces encontrarás una caja muy sencilla de madera de acacia. Eso es lo que era la vieja caja que aparecía en mi sueño. —Christopher hizo una pausa—. Y esta vez he mirado en su interior.

»Decker, dentro del Arca he visto el pasado infinito, y también he podido comprender el futuro. Ahora lo entiendo todo: el significado de la vida y de la muerte, la razón de que yo esté aquí, ahora, en este preciso momento. *Existe* una razón, un propósito. Pero tenemos una ardua tarea por delante, que va a ser difícil de llevar a cabo; mucho más de lo que puedas imaginar. —Christopher se detuvo pensativo.

—En cierta manera —dijo—, creo que preferiría pasar de nuevo por la crucifixión antes que tener que hacer lo que se me ha pedido.

Le temblaba la voz, y se le habían empezado a formar gotas de sudor en la frente. Incluso parecía como si intentara contener lágrimas de miedo y de dolor, pero su determinación era más fuerte y le espoleaba a seguir adelante.

—Está todo tan claro —dijo sacudiendo la cabeza y pasándose los dedos por el pelo—. ¡Pero no tiene nada que ver con lo que yo creía! Ninguno lo podíamos imaginar. —Christopher se giró de pronto hacia Milner, como si cayera ahora en la cuenta de algo que tenía que haberle resultado obvio desde siempre—. Ninguno, salvo tú, claro. Tú lo sabías. ¿Verdad?

Milner asintió.

—Lo sabía —dijo—. Pero no te lo podía contar. Tenías que descubrirlo por ti mismo, para todos nosotros, para toda la humanidad.

»Sólo hay una cosa en la que, no obstante, me equivoqué —confesó Milner—. No hice bien al pedirte que no utilizaras tus poderes para sanar. Ahora me doy cuenta. Para ti, ayudar a la gente es tan esencial como para Decker lo es respirar. Pedirte que no lo hicieras era como pedirte que no fueras tú mismo. Y como se ha visto, fueron las curaciones las que desencadenaron tu nominación al cargo de secretario general, y esta última la que puso en marcha el mecanismo para tu asesinato, que, por doloroso

que nos resultara a todos, era un paso necesario para que conocieras toda la verdad sobre ti.

Milner se volvió hacia Decker.

—No debes sentirte culpable. Christopher tenía que sufrir y morir —dijo—, para que el mundo pueda vivir. No podía cambiar el mundo sin pagar un precio. Para convertirse en el Soberano de la Nueva Era, Christopher debía participar del dolor del mundo. Su muerte equivalía al sufrimiento soportado por la tierra a causa de las plagas.

—¿Y qué hay de tu brazo y de tu ojo? ¿Se curarán? —preguntó Decker.

—Sí —contestó Christopher—, pero no sanaré mis heridas hasta que no haya sanado las del resto del mundo. Hasta entonces serán para la humanidad un símbolo de lo que debe lograrse antes de que ninguno de nosotros pueda descansar en paz.

La expresión de su rostro revelaba la furiosa velocidad a la que corrían sus pensamientos.

—Necesito tu ayuda —dijo, de pronto, mirando a Decker.

Decker arqueó las cejas como diciendo: «¿Qué puede hacer un simple mortal como yo?». Después de todo, el hombre —si es que se le podía llamar así— que tenía ante sí acababa de regresar de entre los muertos, y ¿le pedía ayuda a él?

—La tarea que nos aguarda —continuó Christopher— requiere un acto de voluntad decisivo, la voluntad de todos los hombres y mujeres del planeta. Además de su apoyo y cooperación, necesitamos su compromiso. Y sólo se puede conseguir informando correctamente a la gente sobre lo que está en juego y lo que se arriesga. El problema —dijo Christopher— es que la verdad es tan fantástica, tan diferente a lo que la gente ha creído toda su vida, ¡que ni siquiera espero que tú la creas!

—Bueno, visto lo visto —le interrumpió Decker—, creo que me creeré cualquier cosa que me cuentes.

—No estés tan seguro —le advirtió Christopher—. Lo que te voy a contar dará al traste con algunas de tus costumbres y de tus creencias más arraigadas. Hace añicos los cimientos mismos de la civilización, tal y como los entiende la gente. Pero *debes intentar* comprender y creer, Decker, para poder luego ayudarme a comunicárselo al resto del mundo.

»Ésa es la razón de que estés aquí. Sé que te gusta pensar que tienes un don para estar en el sitio adecuado, en el momento oportuno, pero no estás aquí sólo por pura casualidad. Lo sé. Es el destino, estaba escrito. Tú, y sólo tú, has sido testigo de esta historia desde el principio, desde antes de que yo naciera, incluso. Ahora es el momento de que revele la verdad al mundo. Y necesito que me ayudes a buscar las palabras justas para que entiendan lo que estoy a punto de contarte.

—Sabes que haré cuanto esté en mi mano —le aseguró Decker.

—Gracias, Decker. Pero antes de explicarte lo que nos espera, te diré que hay otra razón para tu presencia aquí. No puedo explicar cómo ocurrió —hay fuerzas en el universo que superan cualquier explicación—, pero tú juegas un papel primordial en

todo esto. Decker, ésta no es la única vida que has vivido, no sé cuántas más habrá, pero sé que hubo una más, por lo menos. Hace dos mil años, tú y yo éramos casi como hermanos. Tú fuiste uno de mis seguidores, uno de mis discípulos.

Decker parpadeó antes de abrir los ojos como platos y arquear las cejas, en un gesto de sorpresa y un intento, a la vez, de no perder contacto visual con Christopher. Luego, hundió ligeramente la cabeza e intentó tragar saliva. Robert Milner esbozó una gran sonrisa, pero Decker no lo vio.

—Tú estuviste conmigo en Israel y, como yo, fuiste traicionado. Ahora comprendo por qué me resultó lo más natural acudir a ti cuando murieron mis tíos, Marta y Harry. Estábamos destinados a pasar juntos esta vida, igual que en el pasado.

»Mi querido e íntimo amigo, ¡tú fuiste mi discípulo Judas Iscariote! A ti también te traicionó Juan —Yochanan bar Zebadee^[16]—, para su propio provecho^[17] — Christopher posó la mano en el hombro de Decker y apretó con firmeza—. Y ahora, los dos juntos, debemos hacerle frente y poner fin a su maldad.

Christopher relajó la mano.

—Pero tu pasado no es tan importante como tu destino. Decker, no fue una casualidad que no encajaras del todo con la gente del Lucius Trust ni con ninguno de los demás grupos Nueva Era que hay en la ONU. Sé que a veces te has sentido fuera de lugar con personas como el subsecretario Milner, Gaia Love y otros líderes de la Nueva Era. Pero eres mucho más importante para el movimiento, para el advenimiento de la Nueva Era, de hecho, que lo que imaginas. Eres el puente necesario para que todo esto resulte comprensible a las gentes de la tierra.

—Decker —dijo Robert Milner tomando el testigo de Christopher—, es mucho lo que se ha hecho ya de cara a este momento. La labor del Lucius Trust no es más que la punta de un inmenso iceberg. Forma parte de una red mundial de grupos similares que, desde hace unas décadas, se han dedicado a preparar al mundo para la llegada de la Nueva Era. Al igual que el Lucius Trust, estos grupos han organizado seminarios y también clases donde se enseñaba meditación, canalización, visualización, autoactualización, imaginación positiva y demás, todo con el fin de preparar al mundo para lo que ha de llegar. Algunos han escrito y publicado libros, artículos en revistas de gran tirada y también libros de texto para las escuelas públicas. Otros han escrito guiones cinematográficos o han compuesto obras musicales, que han servido como canales de transmisión para parte del mensaje. Muchos de los movimientos políticos y religiosos más populares tienen en su seno hombres y mujeres comprometidos con nuestra causa. Es más, dudo que se puedan encontrar muchos ámbitos de la vida a los que no haya llegado la influencia de la Nueva Era. Aunque en muy pequeña medida, el Lucius Trust ha intentado funcionar como centro neurálgico para muchos de esos grupos, pero el movimiento es demasiado importante, demasiado diverso, para englobarse bajo un único organismo.

»Todo esto no se debe a ninguna *conspiración*. No hay una mente privilegiada y calculadora detrás. Al contrario, se trata más bien de un germen, de una convergencia

natural del pensamiento, de la alineación mental entre muchas personas del planeta. No es que toda esa gente sepa, exactamente, lo que está por llegar, disponen de muy poca información, pero sí que han comprendido que acaba una era y que otra está a punto de empezar. Comprenden cuáles son los objetivos generales.

Entonces Christopher le preguntó a Decker:

—¿Te acuerdas de por qué me puso Christopher de nombre el tío Harry?

Había pasado mucho tiempo desde que el profesor Goodman se lo explicó, pero Decker se acordaba perfectamente.

—Dijo que te había llamado así en honor a Cristóbal Colón, porque esperaba que tú, como él, condujeras a la humanidad hacia un nuevo mundo.

—Exactamente —dijo Christopher—. Y es precisamente para eso para lo que estoy aquí. Pero, como ocurría en tiempos de Colón, ¡todavía hay muchos que creen que la Tierra es plana!

»Debemos iluminarlos. Como decía Bob, muchos han entrado ya en contacto con nuestros amigos del movimiento Nueva Era. Pero todavía hay algunos que ni siquiera han oído hablar de la Nueva Era, y mucho menos han tenido contacto con la dimensión espiritual. Es a éstos a los que quiero llegar con tu ayuda. Ésa es la razón precisamente de que no se te haya permitido entrar en el terreno espiritual; así te sientes más próximo a esas personas y las entiendes mejor.

»En el pasado, hubo dos ocasiones en las que tuviste la oportunidad de entrar en la dimensión espiritual. Una fue después de morir tu familia, cuando estuviste tres días en estado catatónico. Oíste voces que te llamaban y luego a otra que dijo: “¡No! Éste es mío”. Y entonces las voces cesaron. Pensaste que te estabas volviendo loco.

Decker nunca le había contado a nadie esa historia, ni siquiera a Christopher.

—La segunda vez fue cuando fuiste al Lucius Trust con Jackie Hansen, y aunque en esa ocasión no oíste las voces con claridad, estaban allí. Si se te hubiese permitido dar el paso a la dimensión espiritual, seguro que ya estarías muy cerca de alcanzar la madurez de espíritu. Pero has sido elegido con un propósito. Tus palabras deben llegar a los millones de personas que nunca han experimentado esa dimensión.

Decker estaba comprensiblemente abrumado.

—Haré lo que me pidas —acertó a decir.

—La verdad no será fácil de asimilar —le advirtió Christopher—. La dirás y serás repudiado. Algunos desearán tu muerte, los habrá que incluso intentarán matarte.

Como Decker no mostraba signo alguno de vacilación, Christopher continuó:

—Decker, me equivocaba con Juan y Cohen. Desde el primer momento han estado actuando a instancias de Dios, tal y como sostienen. Cuanto han hecho ha sido por orden suya.

Decker estaba atónito.

—Pero ¿cómo es posible? ¡Han muerto más de mil millones de personas!

—Muchas más, Decker. Una tercera parte de la población del planeta, mil cuatrocientos millones, sólo como resultado de la última plaga. Casi dos mil

quinientos millones en total, que viene a ser casi la mitad de la población mundial. — Christopher sacudió la cabeza—. Tendría que haberme dado cuenta mucho antes — dijo—. Ahora lo veo tan claro. Supongo que, en el fondo, no quería creerlo, pero ahora es incuestionable.

»Decker, ¡todo lo que ha acontecido en el planeta en los últimos tres años y medio ya estaba escrito en la Biblia! La devastación nuclear de la guerra entre China, India y Pakistán, la destrucción de la tercera parte de los bosques de la Tierra, las olas gigantes, los terremotos, el exterminio de la vida marina en el Pacífico, los cielos cargados de ceniza, las langostas, y ahora la locura que barre la tierra, todo ha pasado tal y como aparece descrito en el libro bíblico del Apocalipsis. Yo pensaba que Juan y Cohen no hacían más que seguir el esquema del Apocalipsis, pero estaba equivocado. Es imposible que, ellos solos, hayan sido los causantes de tanta destrucción.

»Decker, todo lo que ha pasado, las muertes, el sufrimiento, la destrucción, ¡todo se ha ejecutado por voluntad de Dios! Todo lo que ha pasado, absolutamente todo, ya estaba planeado, hasta el último detalle, desde hace miles de años.

Decker no había visto jamás en Christopher una expresión tan sombría. Era obvio que decir todo esto le resultaba muy doloroso.

—Decker —dijo muy despacio, sufriendo con cada palabra—, ¡Dios no es lo que creíamos que era!^[18] —Christopher hizo una pausa, y Decker esperó, sin querer interrumpir—. Casi nada en Dios es como nosotros entendíamos que era. ¡El que el hombre consideraba su amigo es, en realidad, su enemigo! Y el que el hombre creía que era su enemigo es, a su vez, su amigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Decker frunciendo el ceño y meneando la cabeza instintivamente, confundido por aquel enrevesado juego de palabras.

—En cierto modo —empezó Christopher, con una sonrisa torcida y pesarosa—, el tío Harry no se equivocaba cuando decía que yo venía de otro planeta. Pero a la vez —añadió—, ¡yo soy el hijo de Dios!

»Hace casi cuatro mil quinientos millones de años, como primer paso colonizador, los habitantes de un planeta llamado Theata, situado a setecientos mil años luz de la Tierra, sí que lanzaron miles de sondas potenciadoras de vida al espacio, justo como conjeturaba el profesor Crick^[19] y como sospechaba el tío Harry tras el descubrimiento de células en la Sábana Santa.

»En el momento en que se lanzaron las sondas, los habitantes de Theata se encontraban en un momento evolutivo ligeramente superior al de la Tierra en la actualidad. Su forma de vida era sorprendentemente similar a la nuestra, pero su historia demostraba que no se había producido ningún tipo de cambio evolutivo en la estructura física o en la capacidad intelectual de su especie desde hacía decenas de miles de años. Muchos científicos theatanos creyeron que la evolución había llegado a su grado máximo de desarrollo. Nadie sospechaba ni por lo más remoto que, durante todos esos miles de años de estancamiento, habían tenido al alcance de la mano el siguiente gran salto en su evolución.

»Finalmente, fueron los líderes espirituales, y no los científicos, quienes descubrieron cómo había de darse ese paso. En Theata pasaba lo mismo que aquí en la Tierra, hay verdades que sobrepasan los límites de la ciencia. Como resultado, en lugar de permitir el avance de la civilización, la ciencia había amarrado a Theata al pasado. Lo mismo puede decirse de nosotros. Por ejemplo, hay muchos científicos que al analizar un cristal de cuarzo no ven más que un mineral compuesto por dióxido de silicio. Pero los líderes espirituales llevan años diciendo que, de hecho, se trata de algo más. Los cristales de cuarzo, correctamente purificados y sintonizados, pueden emplearse para corregir el flujo de energía negativa dentro del cuerpo humano, con fines curativos, para facultar a quienes desean prever el futuro, y muchas cosas más.

»Menos de mil años después del lanzamiento de las primeras sondas espaciales desde Theata, y mucho antes de que ninguno de los planetas sembrados fueran habitables, los theatanos dieron el siguiente gran salto evolutivo, dejaron de necesitar un cuerpo físico, y se convirtieron en seres puramente espirituales. Esta nueva naturaleza les otorgó la capacidad de poder viajar a otros planetas, a otros sistemas solares e, incluso, atravesar las fronteras de esta galaxia para visitar los miles de galaxias que conforman el universo. Aprendieron a explorar otras dimensiones, a viajar en el tiempo (tanto al pasado como al futuro), y pueden hacer todo esto de forma instantánea y sin esfuerzo alguno, sólo con el poder de la mente. Desde entonces y durante millones de años, los theatanos han existido como seres espirituales inmortales, y han pasado ese tiempo viajando, explorando, observando, descubriendo las maravillas del universo infinito. Con esta capacidad, la antigua idea de colonizar otros planetas con naves espaciales quedó obsoleta.

»Los planetas que habían sembrado anteriormente con sondas pudieron desarrollarse a su ritmo, y la vida evolucionó en cada uno de forma distinta, según las características medioambientales del planeta huésped. Con el tiempo, quedó demostrado que la vida puede evolucionar en infinidad de combinaciones. De entre todas ellas, sólo un puñado posee el potencial de prosperar como formas de vida consciente. Es más, en el universo hay más de medio millón de planetas con formas de vida avanzada, pero sólo existen algunos centenares de criaturas cognoscentes. Y de entre todas ellas, sólo se han hallado dos vías por las que se llega, en última instancia, a la evolución de seres espirituales.

»Una de ellas surgió en un planeta de un sistema estelar situado a sólo treinta y dos años luz de Theata. En ese primer caso, la evolución dio lugar a una forma de vida que es instintiva y totalmente lógica. Su transformación en seres espirituales fue mucho más rápida que la de los theatanos. Como los seres de ese otro planeta eran incapaces de sentir emociones, no pudieron avanzar tanto como los theatanos. Resumiendo, existen siete planetas con esta clase de seres; tres han alcanzado la forma espiritual, y los otros cuatro lo harán en el transcurso de los próximos tres millones y medio de años. Estos seres son los que en la Tierra conocemos como ángeles.

»La otra vía evolutiva que puede dar lugar al desarrollo eventual de seres espirituales —continuó Christopher— es, como decía antes, la que siguieron los theatanos. Pero, a lo largo de la historia, en los miles de millones de planetas del universo sólo ha habido uno donde haya evolucionado una forma de vida paralela a la de Theata. Además de los theatanos, solamente esa forma de vida posee la capacidad de alcanzar la divinidad. Y esa forma de vida existe solamente en el planeta Tierra.

Decker se quedó sin aliento ante la magnitud universal del drama que les había tocado vivir.

—Por lo general —continuó Christopher—, los theatanos son muy reacios a interferir en los asuntos de otras formas de vida. Pero cuando descubrieron lo mucho que la evolución en la Tierra se parecía a la de Theata, uno de sus habitantes asumió la responsabilidad de velar porque se preservara la vida en este planeta.

Christopher hizo una pausa a modo de transición, y a fin de concederle a Decker tiempo para asimilar cuanto había dicho hasta ahora.

—Lo que te voy a contar ahora —dijo, retomando la conversación— es la parte más dura de asumir. Pero debes intentarlo. Necesito que lo hagas.

Decker se sentía ya sobrepasado y se rodeó instintivamente el cuerpo con los brazos, como si las palabras que iba a escuchar fueran a impactarle físicamente. Decker asintió, instando a Christopher a continuar.

—Hace quince mil años, uno de los theatanos proclamó haber alcanzado, mediante un método que se negó a revelar, un estadio más avanzado en el proceso evolutivo, lo que le convertía en un ser superior al resto de los theatanos. — Christopher hizo otra pausa, pero ni todo el tiempo del mundo habría sido suficiente para preparar a Decker para lo que le iba a decir a continuación—. Aquel theatano se llamaba... ¡Yahvé!

—¿Yahvé? —exclamó Decker—. ¿El nombre de Dios en hebreo?

Christopher asintió.

—Sí, Decker. El mismo. Yahvé aseguraba haber dado el último salto en la evolución, y que había accedido a una etapa evolutiva exclusiva, a la que tan sólo un ser en todo el universo podía llegar. Alcanzar ese último escalón lo convertía en detentador del poder con el que se había creado el universo. Aun es más, reclamó haberse convertido, por esa misma razón, en el *Creador*. Pero Yahvé fue más lejos aún, y exigió que los theatanos le adoraran.

»Los theatanos, sin embargo, habían dejado de creer y de adorar a toda forma divina mucho antes de alcanzar su forma espiritual —es más, aquél había sido *el paso más importante* en su desarrollo evolutivo hacia una entidad espiritual—, ¡y no estaban dispuestos a volver a adorar a nadie nunca más!

»Cuando resultó evidente que los theatanos no iban a satisfacer sus exigencias, Yahvé se exilió. Sólo su hijo lo acompañó. El resto de theatanos celebró con júbilo su partida. Yahvé renegó de los theatanos, pero necesitaba comunicarse, aunque sólo fuera en una relación de conflicto. Además, no había renunciado a su deseo de ser

adorado. De ese modo, eligió para exiliarse el planeta Tierra. Si los theatanos no querían adorarle, lo mejor era que lo hicieran los habitantes de la Tierra, destinados también a convertirse en seres espirituales. Pero debido a que los humanos *son* seres destinados a convertirse en entes espirituales, adorar a un dios va en contra de su verdadera naturaleza.

»El theatano encargado de velar por la Tierra se opuso a la interferencia de Yahvé, pero no fue lo suficientemente fuerte para resistir. Intentó razonar con él, pero fue inútil.

—¿Y no podían detenerle los demás theatanos? —interrumpió Decker.

—La verdad es que sí, si así lo hubiesen querido —contestó Christopher—, pero ya te he dicho que los theatanos han mantenido siempre una actitud de no injerencia en el resto del universo.

Christopher continuó con su explicación.

—Decker, ¿no te has preguntado nunca por qué la gente tiene ese deseo insaciable de querer más, o por qué produce mayor placer *querer* que *tener*? ¿Por qué la rosa cortada no despierta el mismo deseo que la rosa por cortar? —preguntó Christopher. Decker asintió; no era la primera persona que se lo preguntaba. Hacía miles de años que poetas y filósofos se planteaban lo mismo.

—Se debe a que el hombre no cesa en la búsqueda de lo que se le ha negado, su destino espiritual. El hombre no alcanzará jamás la felicidad plena mientras sea una dicotomía de carne y espíritu. Lo que satisface sólo lo hace temporalmente. El hombre busca la felicidad, ¡pero no la podrá hallar del todo porque no le dejan desarrollar todo su potencial!

»¿Te suena la historia del jardín del Edén? —le preguntó Christopher retóricamente. Decker asintió de todas formas—. Bueno, pues aunque tal y como la cuenta la Biblia es incompleta y ligeramente engañosa en algunos detalles, en líneas generales dice la verdad. El Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento, narra cómo la Tierra era un jardín precioso y tranquilo donde vivían Adán y Eva. Entró entonces en ese mundo apacible Yahvé, quien, asumiendo un aspecto rutilante y magnífico jamás visto por los habitantes de la Tierra, les reveló que él era el único dios verdadero, su creador, y que debían adorarle y obedecer sus leyes. Ellos, ingenuos e inexpertos, se sometieron.

»En su primera ley, Yahvé les pidió algo tan sencillo que era casi ridículo, incluso para una cultura tan primitiva; les ordenó que no comieran el fruto de determinado árbol. Y para forzar su cumplimiento, los amenazó con un castigo extremadamente duro e injusto. Yahvé dijo que si comían del fruto de aquel árbol, morirían^[20]. Pero la prohibición no se debía a que el fruto del árbol fuera mágico, como sugiere la Biblia. Yahvé tenía una razón mucho más insidiosa para imponer una ley tan ridícula. ¡Lo hizo porque *era* ridícula!

»Verás. Si les hubiese dado una ley razonable, una ley destinada a protegerles, diseñada para su propio bien, entonces la habrían respetado por ser ésta buena para

ellos. Ese tipo de leyes promueven la lógica, como cuando un padre le dice a su hijo que no toque una estufa ardiendo. Pero Yahvé pretendía todo lo contrario. ¡Quería una obediencia ignorante y ciega! Daría a las personas una ley absurda, tanto que al cumplirla quedaría demostrado su sometimiento. ¡Ésa era la verdadera e insidiosa naturaleza de su plan!

»Yahvé sabía que el último paso en la evolución de la humanidad requeriría desechar creencias infantiles en divinidades, y empezar a confiar en uno mismo. Sabía que, una vez subyugados, los habitantes de la Tierra no alcanzarían jamás la dimensión espiritual en su evolución, sino que, por el contrario, permanecerían oprimidos hasta la eternidad, ¡presos de sus cuerpos carnales y adorándole a él!

»El otro theatano, el que había velado la Tierra hasta la llegada de Yahvé, comprendió que debía hacer algo para frustrar su plan. Le costó mucho tomar una decisión. Hasta entonces, no se había aparecido jamás a los habitantes de la Tierra porque sabía que éstos, con su inteligencia primitiva, podían confundirle con un dios, y quería evitarlo a toda costa. Sabía que la creencia en una divinidad, cualquiera que ésta fuera, interferiría en el desarrollo de su intelecto y de su autoestima. Pero como Yahvé ya se les había aparecido, no tuvo otra elección. Tenía que intentar que todo volviera a su cauce denunciando las mentiras de Yahvé.

»Para minimizar el riesgo de ser confundido con un dios, se apareció al hombre y a la mujer adoptando la forma de un animal común que les fuera familiar. Primero se dirigió a la mujer, y le explicó que Yahvé no decía la verdad y que no morirían si comían del fruto del árbol^[21]. Le dijo que comiendo el fruto se daría cuenta de que Yahvé había mentido y de que no era quien decía ser. Muy al contrario, era un tirano cruel cuyo ansia por controlarlos no se detendría ante nada ni nadie. Ella comprendió e instintivamente confió en las palabras del theatano, y en una sorprendente muestra de coraje y fortaleza —evocada infinitas veces en una canción y una leyenda en un millar de planetas a lo largo y ancho del universo—, comió la fruta. La mujer sabía que si se equivocaba moriría, y también que si no comía había la probabilidad de que su pueblo nunca llegara a conocer la verdad.

»¡Y por supuesto que no murió! ¡Yahvé había mentido! Entonces se apresuró a compartir el fruto con los demás, que tampoco murieron. ¡Incluso la Biblia lo reconoce y dice que, en lugar de morir, como Yahvé había amenazado: “Abriéronse entonces los ojos de ambos”! Esto habría bastado para convencer a la humanidad de una vez por todas de que Yahvé era un mentiroso, pero con el paso del tiempo esta revelación cayó en el olvido.

—Espera un momento —dijo Decker visiblemente contrariado—. A ver si lo entiendo. El otro theatano del que me hablas... ¿quién es...? ¿Satán? ¿Me estás diciendo que Satán era todo buenas intenciones cuando tentó a Adán y Eva para que comieran la manzana?

—Bueno —contestó Christopher—, supongo que, para empezar, debería aclarar que, de hecho, el nombre del otro theatano es Lucifer, que significa «portador de la

luz». «Satán» no es más que el resultado de la mala pronunciación de «theatano»; hay muchas lenguas que carecen del sonido *th* y, con el tiempo, «Satán» se ha convertido en la pronunciación más aceptada. Al principio, Yahvé se negó a llamar a Lucifer por su nombre y se refería a él simplemente como theatano, puesto que él se consideraba superior a los theatanos, su raza de nacimiento. En cuanto a lo de si Lucifer los *tentó* o simplemente les informó sobre la verdad, eso depende mucho de cómo se mire.

La expresión de Decker era el reflejo mismo del desconcierto.

—Christopher, ¿estás seguro de lo que dices? ¿No te estarás equivocando?

Christopher meneó la cabeza.

—No cabe error alguno, Decker. Estos tres últimos días, mientras mi cuerpo yacía muerto, he estado en presencia de Yahvé en espíritu. He hablado con él, cara a cara. He descubierto que la voz y la risa helada e inhumana que escuchaba en el sueño de la caja eran la risa y la voz de Yahvé.

»El *salto evolutivo definitivo* de Yahvé sí que lo hizo más poderoso que los demás theatanos, pero de muchas maneras representa una vuelta al pasado, con toda su avaricia, su orgullo y su envidia. Él mismo lo reconocería en uno de los mandamientos que le entregó a Moisés: «No tendrás otros dioses frente a Mí [...] pues Yo, Yahveh, tu Dios, soy un Él^[22] celoso»^[23].

»Pero no importa, Decker. Aunque no hubiese hablado personalmente con él. La propia Biblia condena a Yahvé. Está repleta de ejemplos de la opresión y crueldad con las que ha tratado al mundo. No hay más que echar un vistazo al texto algo más adelante del capítulo sobre el jardín del Edén y la amenaza de matar a las personas sólo por comer el fruto. Por ejemplo, en el capítulo undécimo del Génesis, donde se narra la historia de la torre de Babel.

Robert Milner abrió su maletín, sacó la Biblia que había traído con este único propósito y se la pasó a Decker, quien encontró rápidamente la referencia.

—A partir del versículo quinto —dijo Christopher, y Decker se situó—. Dice así:

Yahveh bajó para ver la ciudad y la torre que habían construido los hijos del hombre, y díjose Yahveh: «He aquí que forman un solo pueblo y poseen todos ellos una misma lengua, y éste es el comienzo de su actuación; ahora ya no les será irrealizable cuanto maquinen hacer. Ea, bajemos y confundamos ahí mismo su lengua, a fin de que nadie entienda el habla de su compañero»^[24].

Christopher citó el texto a la perfección, sin necesidad de mirar a la Biblia abierta sobre el hombro de Decker.

—Cuando Yahvé descubrió que las personas cooperaban, que trabajaban juntas para erigir la torre de Babel —explicó Christopher—, intervino para acabar con aquella avenencia. Ahora, como entonces, ha percibido la armonía que se ha alcanzado gracias a Naciones Unidas, por eso intenta destruir todo esfuerzo de cooperación, igual que lo hizo en Babel.

»Yahvé no temía la construcción de la torre, no. Lo que le inquietaba era que los pueblos de la Tierra se unieran en el esfuerzo. En la unión está la fuerza; y Yahvé teme esa fuerza, porque sabe que cuando las personas pasan a depender las unas de las otras, dejan de necesitarle a él. Dios se alimenta de la discordia y el sufrimiento. Es más, siembra de ellos la tierra allá donde va. El odio farisaico que promueve y que tantas persecuciones religiosas y guerras ha hostigado en el pasado es el combustible con el que corrompe el espíritu humano. Dios no desea paz en la Tierra ni buena voluntad entre los hombres. ¡Lo demuestra la propia Biblia!

Christopher dio un trago antes de continuar.

—Muy bien, echa ahora un vistazo al capítulo cuarto del Éxodo. Yahvé le acaba de pedir a Moisés que viaje a Egipto y le pida al faraón que libere al pueblo de Israel. Pero atento a lo que de verdad importa —dijo Christopher, para remachar el clavo—, Yahvé dice: «Pero Yo endureceré su corazón y no soltará al pueblo»^[25].

»Y, luego, para empeorar las cosas, le dice a Moisés: “Entonces dirás al faraón: ‘Así ha dicho Yahveh: Israel es mi hijo primogénito; y te he dicho: ¡suelta a mi hijo para que me sirva!, y te has negado a dejarle partir; he aquí que Yo voy a matar a tu hijo primogénito’”^[26].

»Decker, ¿te das cuenta de que estamos hablando del mal con mayúscula, del Mal en estado puro? —preguntó Christopher—. Yahvé envió a Moisés a que advirtiera al faraón, después de endurecer su corazón para que hiciera caso omiso de la advertencia. Y, luego, para rematar, Yahvé culpa al faraón por negarse y asesina a su hijo.

»¡Toda la historia no es más que un juego para Yahvé! Y, claro, el faraón no fue el único en sufrir. Todo Egipto padeció las plagas que Yahvé hizo descender, una a una, sobre el pueblo confiado. Hoy el mundo sufre, de nuevo, otra andanada de plagas malditas de Yahvé.

»De no haber hablado con él, seguiría sin creer que en el universo pueda existir semejante maldad; al contrario, buscaría una explicación o pensaría que se había vuelto loco. Pero he hablado con él. —Christopher sacudió la cabeza y suspiró con renuencia—. Si lees los versículos que siguen —continuó finalmente—, verás a qué me refiero. Después de enviar a Moisés a Egipto, para hablar con el faraón, ¡Yahvé decidió matarlo por hacer, precisamente, lo que él le había pedido!^[27] Por fortuna, la esposa de Moisés comprendió la naturaleza cruel y sanguinaria de Yahvé, de modo que hirió a su hijo con un cuchillo y embadurnó con la sangre los pies de Moisés, para que Yahvé no lo matara^[28]. Ya sé que suena absurdo, ¡pero ésa es precisamente la cuestión! Y está escrito en la Biblia, donde todos podemos leerlo.

»Y, hablando de ser sanguinarios, ¿no has leído nunca los macabros detalles de cómo Yahvé ordenó a los sacerdotes judíos que debían sacrificar a los animales para las ofrendas?^[29] No bastaba con exigir el sacrificio de animales, sino que además ordenó que a las pobres bestias se las degollase y se las dejase morir lentamente.

»¡Y no son sólo los animales! En el capítulo undécimo del libro de los Jueces, el

pasaje que empieza en el versículo 29 y acaba en el 39 relata cómo Yahvé obliga a un hombre llamado Jefé a cumplir su voto tras haber derrotado a los amonitas, exigiéndole que sacrifique a su único vástago, que no es más que una niña pequeña.

»Échale ahora un vistazo al capítulo vigésimo segundo del libro de los Números. En él se narra la historia del rey Moab, que envía varios mensajeros en busca del profeta Balaam y cuando lo encuentran, éste se niega a acompañarlos si no es con el consentimiento de Yahvé. Lee a partir de ahí —le dijo Christopher, señalándole el lugar en la página.

Decker encontró la referencia y empezó a leer:

—«Durante la noche, 'Elohim^[30] llegó a Balaam y le dijo: “Ya que esos hombres han venido a llamarte, levántate, vete con ellos, pero sólo has de hacer lo que yo te dijere”»^[31].

—Continúa —dijo Christopher.

—«Levántese Balaam por la mañana, aparejó su asna y partió con los magnates de Moab. Pero encendióse la cólera de Elohim, cuando él marchaba, y el Ángel de Yahveh se plantó en el camino en actitud de contrario a él»^[32].

—Ahora salta al versículo 33 y verás que Yahvé le había pedido al ángel que matara a Balaam. ¿Y por qué? ¡Pues por hacer exactamente lo que Yahvé le había dicho que hiciera! ¡Y luego Yahvé tiene la *audacia increíble* de declarar nada menos que en el capítulo siguiente: «No es Él hombre para mentir, ni hijo de hombre para arrepentirse»!^[33] Pero como demuestran las historias de Moisés y de Balaam, ¡Yahvé cambia de opinión cuando se le antoja!

»Cuando los israelitas llegan por fin a la tierra prometida, se topan con un *pequeño* problema; resulta que ya hay gente viviendo allí. Así que ¿qué es lo que hace Yahvé? Les dice a los israelitas que entren en el país y exterminen o arrojen a cuantos hombres, mujeres y niños encuentren, y que lo hagan sin piedad^[34]. — Christopher sabía dominar sus emociones, pero con cada cita la ira que reflejaba su voz iba en aumento—. Más adelante, en el capítulo decimoquinto del libro primero de Samuel... —Christopher hizo una pausa—. Bueno, léelo tú, Decker. Es el libro primero de Samuel, capítulo quince, versículo tercero.

Decker fue pasando las páginas hasta dar con la referencia, y empezó a leer.

—«Ahora, pues, ve y derrota a Amaleq y consagraréis al anatema cuanto posee, sin compadecerte de él: matarás tanto hombres como mujeres, muchachos y niños de pecho, toros y ovejas, camellos y asnos».

—¿Qué clase de dios pide que se mate a niños inocentes; que se extermine a los recién nacidos, incluso? —preguntó Christopher.

Al principio, Decker, que nunca se había considerado un hombre religioso, se resistía a creer lo que Christopher decía. Pero, ahora, poco a poco empezaba a pensar que tenía que estar en lo cierto.

—Oh, y retrocede hacia el principio, al capítulo veinte del Éxodo —dijo Christopher—. Es donde se enumeran los diez mandamientos. —Esperó hasta que

Decker lo hubo encontrado—. Empieza en el versículo quinto.

Decker leyó el contenido del segundo mandamiento:

—«No te postrarás ante ellas ni las servirás; pues Yo, Yahveh, tu Dios, soy un Él celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación».

—Creo que lo vas cogiendo —le interrumpió Christopher—. ¿Acaso se puede ser más cruel o injusto que quien castiga a un hijo o a un nieto por lo que hizo su padre o su abuelo?

»Pero hay mucho más. El libro de Job, en el Antiguo Testamento, trata de un hombre que siempre ha servido a Yahvé fielmente. Yahvé, no obstante, le despoja de cuanto posee: mata a sus hijos, le arrebató todas sus posesiones, y lo infecta con una úlcera maligna que le cubre todo el cuerpo. Y Yahvé hace todo esto como parte de un juego cruel destinado a poner a prueba la lealtad de Job, que había prometido no maldecirle cualesquiera que fueran las penalidades que cayeran sobre él.

»Por sorprendente que te parezca, Decker, está todo escrito en la Biblia; al alcance de todos. Y es que, aunque los redactores de la Biblia maquillaron al máximo las acciones de Yahvé, no consiguieron disfrazar al ser sádico y retorcido que es en realidad.

»Podríamos seguir así horas y horas, con otros ejemplos. Todo aparece recogido en la Biblia —repetió—. La “palabra de Dios”, sí, ¡pero sembrada, de principio a fin, de las atrocidades de un déspota arrogante, egoísta y maníaco! ¡Oh, sí, podrá autoproclamarse el Dios amor, pero en su palabra se le ve como la *bestia* que es! Aun cuando desecharas cuanto he dicho sobre Theata y el origen de Yahvé, no tienes más que leer la Biblia para llegar a la misma conclusión.

»Pero si examinas el fin último de sus motivos encontrarás que es culpable de un crimen todavía peor contra la humanidad, como si todos los ejemplos que te he dado no constituyeran mal suficiente. En el primer capítulo del Génesis, la Biblia dice que Dios creó al hombre a su imagen. Evidentemente, es mentira, aunque los hombres sí que evolucionaron a imagen de los theatanos. De aceptar, no obstante, esta afirmación, es imposible no hacerse una pregunta: ¿después de crear al hombre a su imagen, consintió Dios que éste se convirtiera en lo que su naturaleza le *llamaba* a ser? ¡No! —Ahora, la cólera de Christopher se intensificaba a cada palabra.

»¿Dice la Biblia que Yahvé creó al hombre a imagen de un dios y aun así exige a ese hombre que sea un esclavo!? —Christopher empezó a golpear el puño contra el brazo del asiento—. ¡Si quería esclavos y aduladores, tendría que haber escogido a seres de esa naturaleza y no a personas que, por naturaleza, *han de ser libres* para tomar decisiones y hacer juicios independientes!

»¿Acaso se puede ser más insidioso, depravado, demente o sádico que quien toma a hombres y mujeres —seres creados a imagen de un dios— y los esclaviza imponiéndoles leyes que van contra su propia naturaleza; leyes diseñadas, es más, para evitar que esos mismos hombres y mujeres alcancen algún día el lugar que se

merecen en el universo?

Christopher sacudió la cabeza y respiró hondo para serenarse.

—Ahora bien, no estoy diciendo que todos los mandamientos de Yahvé sean malos. Muchos, como el no matarás, no robarás y demás, persiguen un buen fin, aunque a Yahvé, obviamente, no le importa romper esas leyes cuando se le antoja. Eso sí, como todo buen mentiroso, sabe que la mejor forma de que alguien se crea una mentira es mezclándola con una pequeña dosis de verdad. Además, los preceptos de no matar o no robar son evidentes a todas las personas, y no hacía falta que viniera un *dios* a imponérselos. Pero muchas otras de sus leyes, como el pago del diezmo o sus interminables leyes represivas contra los impulsos básicos y las relaciones sexuales entre las personas, no sólo no son buenas para ellas, sino que son dañinas.

»Desde el principio de los tiempos, el hombre se ha preguntado: ¿por qué, si Dios es un dios amor, consiente todo el mal que hay en el mundo? O, por decirlo de otra manera, ¿por qué les suceden cosas malas a las buenas personas? La respuesta es tan sencilla como terrible. Cuesta admitirlo, pero la respuesta está bien clara: ¡Yahvé no es un dios amor! Es un ser enfermo, demente e inestable, con un historial de comportamiento sádico y opresivo recurrente contra el ser humano.

—Espera —dijo Decker sacudiendo la cabeza, mientras hacía esfuerzos por procesar esta información completamente inesperada—, no entiendo nada. ¿No has dicho que sí que eres el hijo de Dios?

—Sí —corroboró Christopher—. Soy su hijo, igual que lo es Jesús. Y ésa es la clave de todo el misterio de mi misión en la Tierra.

»Poco tiempo después del incidente sobre el que acabas de leer en el primer libro de Samuel, en el que Yahvé ordena al rey Saúl que mate a todos los hombres, mujeres, niños, recién nacidos y animales, el theatano, Lucifer, fue a hablar con Yahvé. Había intentado razonar con él en numerosas ocasiones, pero el otro siempre se había mofado de él. Con todo, supo que tenía que intentarlo de nuevo cuando vio lo que Yahvé había hecho con los amalequitas. Le rogó que reconsiderara la manera en que estaba tratando a la gente de la Tierra. Le mostró los cuerpos de los niños y de los recién nacidos que los soldados del rey Saúl habían asesinado y mutilado. Tenía la esperanza de que todavía le quedara algo de decencia. Pero Yahvé no quiso arrepentirse. Es más, lo encontró divertido y se rió de las pretensiones de Lucifer.

»Entonces Lucifer le hizo una valiente proposición, que constituía todo un reto al orgullo de Yahvé. Le dijo que la razón de su desprecio hacia la vida humana se debía a que había olvidado lo que era ser mortal, pues ya había pasado mucho tiempo desde que viviera confinado a un cuerpo en Theata. Así que le retó a que se convirtiera en hombre para vivir una vida normal y experimentar la vida como sólo un humano puede hacerlo.

»Lógicamente, Yahvé se negó, pero Lucifer insistió. Finalmente, Yahvé accedió a que su hijo —el único theatano que le había acompañado en su exilio— se convirtiera en hombre. Después, si su hijo juzgaba que su trato a los humanos había sido injusto,

aceptaría recapacitar sobre lo que Lucifer le había dicho. Si no, entonces Lucifer se comprometía a abandonar la Tierra para siempre.

»Y así, su hijo, Jesús, tomó la forma de un ser humano, descendió a la Tierra en forma de niño y creció entre los habitantes del pueblo de Israel. Cuando Jesús llevaba treinta años viviendo entre los hombres, empezó a plantearse la posibilidad de que Lucifer tuviera razón. Para él, fue una lucha interna terrible, porque recordaba perfectamente la razón por la que Yahvé le había enviado y sabía cuál era la conclusión a la que quería que llegase. Entonces, Jesús empezó a interrogar a su padre sobre algunas de sus dudas. Y empezó, él también, a tener el mismo sueño de la caja de madera que yo. Ésa es la razón de que en mi sueño siempre tuviese la sensación de haberlo soñado antes, hacía mucho, mucho tiempo. Es un sueño simbólico. Al mirar en el interior del Arca ves lo que es en sí, una vieja caja de madera con un revestimiento de oro; igual que, cuando miras más allá de la fachada vanagloriosa de Yahvé, descubres un tirano vulgar, egoísta y egocéntrico.

»Yahvé empezó a temer que si no intervenía, las preguntas y la insistencia de Jesús irían a más y, en último término, llegaría incluso a aliarse con Lucifer para intentar liberar a la Tierra de su opresión. Fue entonces cuando Yahvé decidió poner fin a la estancia de Jesús en la Tierra. Lo más sencillo habría sido devolverle a su forma espiritual, pero Yahvé decidió disponer lo necesario para su brutal crucifixión a manos de los hombres. Con ello esperaba que Jesús reaccionara poniéndose para siempre en contra de las gentes de la Tierra. Su idea era sembrar en Jesús el odio y la desconfianza hacia los humanos, y para ello haría que uno de sus mejores amigos lo traicionara. De modo que Yahvé hizo un trato con el apóstol Juan. Le prometió la vida eterna a cambio de que traicionara a Jesús. Pero, al final, Juan fue demasiado cobarde, y engañó a Judas para que le hiciera el trabajo sucio.

»Por desgracia, el plan de Yahvé funcionó. Claro está que nunca sabremos qué habría hecho Jesús de haber vivido el resto de su vida normal. ¿Habría hecho causa común con Lucifer y los hombres? —Christopher se encogió de hombros—. Ahora poseo la memoria completa de Jesús hasta el día de su muerte, y ni aun así estoy seguro. Sospecho que habría permanecido leal a Yahvé. Su fidelidad era demasiado fuerte.

»Jesús nunca logró verse como un humano más. El problema es que nació en este mundo con todo el conocimiento y la memoria de su padre y de su vida anterior. Así que nunca pudo labrarse una opinión objetiva sobre Yahvé. Por otro lado, debido al trauma de la crucifixión, la resurrección y casi dos mil años de letargo antes de la clonación, yo apenas recordaba nada de la vida de Jesús o de sus recuerdos sobre Yahvé; eso, claro está, hasta que me fueron revelados a través de la muerte.

»¿Te acuerdas cuando hace un rato te decía que los theatanos pueden viajar al pasado y al futuro? Bueno, pues quiero matizar eso un poco. Ya conoces el debate sobre las teorías acerca del viaje en el tiempo. A grandes rasgos, la controversia se puede reducir a la siguiente pregunta: ¿podría una persona viajar al pasado y hacer

algo como matar a su padre siendo éste todavía un niño? Si lo hiciera, entonces el viajero en el tiempo nunca habría nacido. Y si no, ¿cómo iba a viajar en el tiempo y matar a su padre? Los theatanos hallaron la respuesta a esa paradoja. Cuando una persona viaja en el tiempo, no tiene la facultad de hacer cambios, ni siquiera la de romper un palito o levantar un objeto, aunque sea minúsculo. No puede ser visto, ni oído, ni sentido. Es más, puesto que no puede cambiar nada, no puede ni siquiera desplazar el aire ni ocupar espacio. La única razón por la que el viaje en el tiempo es posible es que se efectúa en espíritu, forma en la que el viajero no ocupa espacio. De hecho, el que viaja no es más que un espectador. Es totalmente incapaz de cambiar el pasado, y sólo puede modificar el futuro si regresa a su presente e intenta activar las circunstancias necesarias para el cambio.

»Te cuento todo esto porque necesito que sepas que la clonación de las células que quedaron en la Sábana Santa estaba planeada desde el principio; desde que Lucifer propuso a Yahvé tomar forma humana. Lucifer había visto el futuro y sabía que Jesús sería crucificado antes de poder tomar ninguna decisión sobre el género humano. Muerto Jesús, Lucifer envió sus ángeles a la tumba para asegurarse de que el sudario estaba bien pegado a sus heridas, para que, al resucitar, sus células quedaran prendidas a él. Lo hizo a sabiendas de que, dos mil años después, unos científicos examinarían la Sábana. Cuando llegara el día, se encargaría de que uno de ellos hallara las células y clonara a Jesús.

»Pero todavía hacía falta una cosa más para que todo esto funcionara. Era estrictamente necesario que Yahvé no se enterara del plan ni de la existencia de las células. Ya te he hablado de los seres espirituales, que aquí llamamos ángeles. Lo que no te he contado es que la mayoría de estos seres han optado por ponerse de parte de los theatanos. Debido al carácter único de la Tierra, Yahvé y Lucifer tienen millones de ángeles que se han unido a ellos y hacen cuanto ellos les piden. A fin de proteger las células de la Sábana, Lucifer encargó a un grupo de ángeles partidarios de él que se ocuparan de que Yahvé no descubriera la existencia de las células. Desde la clonación, ese mismo grupo de ángeles ha velado también por ocultar mi existencia.

»Te he contado que a veces tenía la sensación de que se estaba librando una batalla entre alguien que intentaba atraparme y alguien que trataba de evitarlo. Esa sensación me invadía siempre que hacía algo que requería el uso de mis habilidades de theatano, como sanar a las personas, incluida la vez que doné sangre para curar al subsecretario Milner en el hospital. Cuando hacía esto, los ángeles de Yahvé podían percibir mi presencia. La batalla que sentía la libraban los ángeles de Yahvé, que querían encontrarme, y los ángeles de Lucifer, que habían jurado protegerme.

—Un momento —le interrumpió Decker—. Pero, entonces, ¿quién fue con el que hablaste esos cuarenta días que pasaste en el desierto israelí?

—Lucifer —contestó Christopher.

—Pero él se identificó como tu padre.

—Bueno, comprenderás que por entonces, antes de conocer la verdad, no habría

estado muy dispuesto, que digamos, a conferenciar con Lucifer. Además, él es mi padre mucho más de lo que lo es Yahvé. Igual que tú me has cuidado, me has protegido y me has ayudado a alcanzar mi destino, Lucifer también lo ha hecho. ¿Quién es más importante, Decker? ¿El que me dio la vida hace casi cuatro mil millones de años, o quien me ha querido y se ha preocupado por mí?

Era una pregunta retórica.

—Al final —continuó Christopher—, después de las curaciones en la ONU, Yahvé me encontró. Fue entonces cuando envió a Tom Donafin a que me matara. Yahvé sabía que te culparías por mi muerte, exactamente igual que lo hiciste hace dos mil años. Es posible incluso que supiera que planearías suicidarte otra vez, igual que cuando eras Judas.

A pesar de todo lo que Christopher había dicho hasta ahora, todavía consiguió sorprenderle con esta pequeña revelación. Instintivamente, Decker se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, donde se había guardado el folleto del centro de interrupción de la vida.

—¿Lo sabías? —preguntó Decker.

—Lo sabía —respondió Christopher.

Decker sacó el folleto, le echó un vistazo —consciente del trágico error que había estado a punto de cometer—, lo rompió en dos y lo tiró. Fue un alivio deshacerse de él.

—Enviando a tu amigo Tom Donafin a matarme, Yahvé pretendía otra cosa más —continuó Christopher—. Tenía la esperanza de que yo te culpara a ti y que, en consecuencia, dejara de confiar en todos los hombres, igual que Jesús lo hizo después de que lo traicionaran.

»Pero yo no te culpo, ni os guardo rencor ni ti ni a Tom. Tom Donafin no era más que un pobre peón inocente, víctima de los embustes de quienes le rodeaban; igual que tú fuiste embaucado por Juan en el pasado. —Christopher posó la mano sobre el hombro de Decker—. Decker —le dijo consolador—, no fue culpa de Tom. Y aún menos tuya.

Decker no contestó, pero era obvio que apreciaba el consuelo.

—Estos tres últimos días, mientras estaba en su presencia espiritualmente —continuó Christopher—, Yahvé ha intentado ganarme; me ha prometido mucho poder si le seguía y ha amenazado con castigarme si no lo hacía. Pero ha fracasado, si no yo no estaría aquí. Ahora sé que gane o pierda, he de luchar contra él, igual que lo ha hecho Lucifer, para intentar liberar a la Tierra de la esclavitud a la que la tiene sometida. Yahvé conoce mi decisión. Me he consagrado a la victoria de la raza humana sobre los perturbados designios de Yahvé.

Christopher se volvió de nuevo hacia Robert Milner.

—Y tú lo has sabido desde siempre.

—Bueno, no desde siempre —confesó Milner—. Lo cierto es que Alice Bernley lo sabía desde mucho antes que yo. Por eso, si lees la carta de constitución del Lucius

Trust, descubrirás que al principio se llamaba el *Lucifer Trust*. No te imaginas lo que discutimos sobre este asunto hasta que reconoció que llamarlo Lucifer Trust ahuyentaría a mucha gente. Es más, yo no conocí la verdad hasta después de morir Alice, cuando el Tibetano, el maestro Djwlij Kajm, vino a mí y me preparó para recibir el espíritu del antiguo profeta hebreo Elías. Después de quince meses de aprendizaje con él en el desierto israelí, comprendí que el maestro Djwlij Kajm era en realidad el theatano Lucifer, el portador de la luz.

—Pero yo pensaba que Elías era profeta de Dios, es decir, de Yahvé —dijo Decker—. ¿Acaso cambió de bando?

—Para abreviar, sí —contestó Milner—. Verás, hay algo que diferencia a Elías de los demás profetas del Antiguo Testamento. Gozaba de tanto favor con Yahvé que éste le recompensó llevándole ante su presencia sin que tuviera que morir^[35]. Elías fue elevado físicamente al cielo, y conducido ante la presencia de Dios. Pero con lo que no contaba Yahvé era con que, después de pasar un tiempo ante su presencia, Elías acabó por descubrir lo que Lucifer ya sabía. Luego, sin el conocimiento de Yahvé, Elías se puso bajo la tutela de Lucifer para seguir sus enseñanzas. Con los siglos consiguió llegar hasta casi el mismo grado de desarrollo que los theatanos. Ahora ha regresado a la Tierra, y su espíritu comparte mi cuerpo. Él está aquí para asistir a Christopher en cuanto ha de hacerse.

Decker respiró hondo y preguntó:

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Decker —contestó Christopher—, hasta ahora he comparado la Nueva Era con un alumbramiento, y así es en efecto, pero tal vez sea más apropiado describirlo como una «prueba de madurez». En la vida llega un momento en el que hay que romper amarras con la niñez, para que cada uno emprenda su propio camino, salga a buscar sus metas, y viva su propia vida. Sé que no es fácil. Recuerdo cuando te dejé, para ir a la universidad, en Costa Rica. Puedo evocar el dolor de la partida como si hubiese sido ayer. Pero sabía que para madurar y convertirme en un hombre del que te pudieras sentir orgulloso y del que yo llegase a estar orgulloso, tenía que aprender a depender de mí mismo.

»Ha llegado el momento de que la raza humana dé ese paso. Y, por supuesto, no va a resultar fácil. Recuerdo lo mucho que me apoyaste cuando me tocó dejar el nido, y aun así no me resultó nada sencillo; supongo que no lo fue para ninguno de los dos. Ahora bien, la emancipación resulta particularmente penosa si el progenitor se resiste a dejar libre al hijo o pone obstáculos a su desarrollo. En situaciones así, lo mejor para todos es que el niño tome su decisión y haga lo que tiene que hacer. No hace bien a nadie prolongando su sometimiento a la autoridad de sus progenitores. Es inevitable que el proceso sea doloroso, tanto para el padre como para el hijo, pero negarse a aceptar y padecer ese dolor no hará más que aumentar y prolongar el sufrimiento. Y si la separación se retrasa demasiado, entonces el espíritu del niño acabará por quebrarse.

»La raza humana está en esa encrucijada. Su espíritu debe liberarse. Y bien sea Dios un tirano o nada más que un padre que se resiste a dejar marchar a su hijo para que éste se convierta en lo que el destino le llama a ser, los pasos a seguir son los mismos.

»El ser humano debe ser libre, y ¡el momento de serlo ha llegado! Es a lo que me refería cuando dije que la misión que nos esperaba requería un acto de voluntad de todos y cada uno de los hombres y mujeres del planeta. De la misma forma que el niño debe ser firme en su decisión de romper con el control paterno, los habitantes de la Tierra deben liberarse del yugo de Yahvé, espontáneamente, unidos y con fe en sí mismos.

»Para eso nos han preparado los profetas y maestros de la Nueva Era —dijo Christopher—. Desde las creencias centenarias de la francmasonería, las enseñanzas de la Sociedad Teosófica de *madame* Blavatsky, y los rosacruces a los libros de David Spangler y el físico Fritjof Capra; desde las enseñanzas de Mary Baker Eddy y Christian Science a las profecías sobre la Gran Paz de Bahá'u'lláh, Abdul-Bahá y Shoghi Effendi y a la iluminación de la Iglesia Universal y Triunfante de Elizabeth Clare Prophet; desde las teorías de los psicólogos Carl Jung, Abraham Maslow y Carl Rogers a la dianética y la cienciaología, est, Forum y Lifespring; desde los métodos espirituales de las artes marciales a la Meditación Trascendental instruida por Maharishi Mahesh Yogi; desde la revitalización de la astrología y la conciencia de la Era de Acuario introducida por el musical *Hair* a *La conspiración de acuario* de Marilyn Ferguson; desde los libros acerca de la actitud mental positiva de Napoleon Hill a las obras *Megatrends* de John Naisbitt; desde los cursos de Control Mental de José Silva a la obra *Un curso de milagros* de Helen Schucman; desde el cuento de una gaviota de Richard Bach a *Un camino sin huellas* de M. Scott Peck; desde las últimas secuelas de *Star Trek* y las películas de *La guerra de las galaxias* de George Lucas, que iniciaron a millones de personas en el concepto del poder de “la Fuerza” interior, a los libros, conferencias y películas de Shirley MacLaine, proclamando que cada uno debe ser su propio dios; desde las profecías de Edgar Cayce a los pronunciamientos de Ramtha, Seth, Lazaris y otros sabios a través de canales como J. Z. Knight, Jane Roberts, Jach Pursel y Kevin Ryerson; desde las últimas obras de John Denver a los artículos y conferencias del astronauta del *Apollo 14* Edgar Mitchell; desde el resurgimiento de religiones naturales como la santería y la wicca al crecimiento exponencial de las religiones orientales como el budismo y el hinduismo y los millones de personas que practican el yoga, el chamanismo y la medicina holística; desde el Club de Roma a World Goodwill, Planetary Citizens y los otros miles de grupos Nueva Era; y, cómo no, a la ONU misma... podría seguir y no acabar; bueno, pues todos han participado en conducir a la humanidad hasta este punto de inflexión. La Tierra está al borde del precipicio. Pero no hemos llegado hasta aquí desprevénidos.

»Debemos decidir por nosotros y por nuestros hijos. No se trata solamente de

elegir entre la esclavitud y libertad, es una elección entre la vida y la muerte. Esta guerra se libra con una única arma, la de la fuerza de voluntad avisada, renovada e intuitiva. ¡Si la humanidad se une y ofrece resistencia, prevaleceremos! ¡De eso sí que estoy seguro!

»Aunque no lo parezca, vistas la muerte y la destrucción que se han abatido sobre nosotros, tenemos la victoria a nuestro alcance. A pesar de las calamidades que han asolado la Tierra, el espíritu humano resiste con fuerza. Él es la razón de esta batalla, y en él reside nuestra esperanza.

»Si te fijas, hasta ahora, la táctica de Yahvé tenía como principal objetivo quebrar el espíritu de los hombres. En la guerra entre China, India y Pakistán, ocultó sus maniobras en forma de desastre ocasionado por los hombres. Y, por supuesto, no fue por casualidad que el blanco del ataque fuera, precisamente, la cuna del hinduismo y del budismo, los dos predecesores de la Nueva Era. Luego, con los tres asteroides, disfrazó el ataque en forma de desastre natural. Tanto con la guerra como con los asteroides, Yahvé pretendía en última instancia que el hombre recurriera a lo sobrenatural, es decir, a él, en busca de consuelo.

»Al hacerlo, la raza humana estaría dándole la espalda a su única salvación, su autoestima. Al ver que fracasaban sus tácticas y que la gente no le imploraba de rodillas, Yahvé, desesperado, recurrió a la plaga de las langostas. De este modo empezó a emplear métodos cuya índole sobrenatural era más evidente. Sabe que está perdiendo la batalla, y ya no quiere que le invoquen, ahora desea infundir temor en las personas. Es la misma estrategia que está empleando con la plaga de locura homicida.

»Pero al valerse de fuerzas tan claramente sobrenaturales, Yahvé se ha puesto en evidencia y nos ha brindado la oportunidad de revelar al mundo que él es el culpable de cuanto ha ocurrido. Es su flanco más débil, y debemos atacar por ahí cuanto antes. Por eso nos hemos propuesto como primer objetivo explicar a la gente que ésta es una guerra espiritual. Deben comprender que el responsable de nuestro sufrimiento no es la naturaleza ni el azar, sino el mismo Dios, que ha hecho descender sobre nosotros las plagas, tal y como amenazaba en la Biblia. Una vez depuradas las responsabilidades, el siguiente paso a dar será ayudar al mundo a comprender que no debemos temer el poder de Yahvé, sino plantar cara a sus ataques.

»Otra de las razones por las que era necesario que yo muriera era la de revelar la naturaleza espiritual de la batalla. Lucifer podría haberme protegido fácilmente de la bala de Tom Donafin, pero era preciso que yo muriera y resucitara para que el mundo distinguiera con claridad la naturaleza espiritual del conflicto. El sufrimiento de la muerte es un precio muy bajo a pagar, si con él consigo comprar la libertad de las personas de la Tierra.

»Decker, te advierto que lo que pido no debe tomarse a la ligera. Si perdemos esta guerra, nos arriesgamos a que el hombre viva el resto de la eternidad en una pesadilla inimaginable. Pero si ganamos, pondremos fin a ese infierno de servidumbre a Yahvé.

Decker asintió con la cabeza, pero su expresión delataba cierta vacilación. Se le había ocurrido algo que quería preguntar, pero no se atrevía a sacar el tema.

—¿Qué pasa, Decker? —preguntó Christopher—. Aunque me parece que ya lo sé.

Decker se mordió el labio casi imperceptiblemente.

—Bueno —dijo, por fin—, reconozco que no soy un entendido en la Biblia, pero sí que recuerdo algunas cosas, y se me ocurre que, si estamos experimentando las plagas anunciadas en el Apocalipsis, pues...

Christopher empezó a asentir con la cabeza.

—Bueno... ¿dice algo de ti el Apocalipsis? Me refiero a que...

Christopher asintió con la cabeza a modo de respuesta. Era obvio que la pregunta le dolía un poco, pero al mismo tiempo sabía que debía responder. Es más, era una pregunta a la que tendría que responder un millar de veces en el futuro.

—Sí, Decker, sí que me menciona. Para ser más exactos, habla del papel que me ha tocado desempeñar. Al escoger oponerme a Yahvé y ponerme del lado de los habitantes de la Tierra, he cumplido las profecías sobre el Anticristo; la Bestia, por emplear el nombre que me dio Juan.

Decker se quedó boquiabierto a su pesar.

—Pero no olvides la fuente —añadió Christopher, agitando la cabeza lenta y apesadumbradamente—. Yahvé sabía que este día podía llegar, así que me ha dado el papel de villano; sólo Lucifer supera mi supuesta maldad. Pero en realidad, sólo soy culpable de intentar revelar al mundo la verdad sobre Yahvé, lo mismo que intentó Lucifer en el Paraíso. Si eso me convierte en «malvado», entonces que así sea —continuó con arrojo—. No voy a rehuir mi responsabilidad ni pienso abandonar a los habitantes de la Tierra, sólo porque Yahvé arremeta contra mí con insultos y mentiras. En realidad, no sólo no soy el Anticristo, sino que soy Cristo. Soy el Mesías, y vengo a rematar lo que empecé hace dos mil años. ¡Mi misión es decirle al mundo que no se postre ante el tirano! ¡Mi misión es decirle a la gente que puede depender y confiar en sí misma! ¡El hombre debe creer en sí mismo y en su potencial para alcanzar la divinidad!

EXPULSIÓN DEL TEMPLO

JERUSALÉN, ISRAEL

No había amanecido y el aire era fresco y muy seco. Andrew Levinson, su padre, su hermano, su tío y dos primos atravesaban el polvoriento y reseco territorio en dirección a la antigua ciudad de Jerusalén. Ante ellos, el reconstruido Templo judío se erguía, esplendoroso y sublime, por encima de las murallas de la ciudad. Hasta ellos llegaba ya el débil sonido de los balidos y berridos de los corderos y el ganado, transportados a Jerusalén para los sacrificios. Los seis Levinson, que habían salido de sus respectivas casas en Corozáin, al nordeste del mar de Galilea, habían pernoctado en casa de los abuelos de Andrew, cerca de Betania.

A pesar de la devastación absoluta que rodeaba al país, no era momento para pensar en ello, aquélla era la semana de servicio de los Levinson en el Templo. Como miembros de la antigua casa hebrea de Leví, su deber hacia su nación y su Dios estaba claro, y prevalecía sobre las circunstancias externas, por severas que éstas fueran. Acudían al Templo dos veces al año, igual que sus antepasados, para servir allí durante una semana, desempeñando la infinidad de tareas que requería el correcto funcionamiento del Templo.

Para Andrew Levinson, el hecho de que Israel sobreviviera mientras los países de su alrededor habían sido exterminados por completo, era razón para creer y temer a Dios y, por lo tanto, para servirle. Israel, desde luego, tenía también sus problemas después de tres años y medio de sequía, pero por lo menos ellos seguían vivos.

Al principio, cuando sólo los árabes morían víctimas de la locura y se hizo evidente que Israel se salvaba de la plaga milagrosamente, Andrew, como buena parte del resto de personas creyentes de Israel, lo celebró, convencido de que así era como Dios castigaba a los enemigos de Israel. Pero la locura continuó su avance, y alcanzó países muy apartados de la región. Aliados y adversarios de Israel morían ahora por igual en sangrientos arrebatos de demencia, y Andrew empezaba a temer, como muchos otros, que el exterminio pudiera acabar con el planeta.

Era un sentimiento espantoso y aterrador, pero Andrew no podía empeñarse en darle más vueltas. Era la voluntad de Dios, y la voluntad de Yahvé no debía cuestionarse, de modo que los seis hombres caminaban en silencio hacia el Templo, donde se ocuparían de sus quehaceres como si todo fuera normal, entregándose con su servicio a su Dios.

Al igual que la mayoría de los otros miembros de su familia, el padre, el tío y los primos de Andrew Levinson pertenecían a la Guardia del Templo, y aunque no era uno de los cargos más honrosos, sí que era relativamente selecto comparado con otros. A los varones de cada familia de la tribu de Leví se les asignaba de por vida

una tarea en el Templo. Unos servían como ayudantes de los sacerdotes, otros como porteros o vigilantes. Unos recogían las entrañas y el estiércol de los animales sacrificados, otros limpiaban el altar del Sacrificio. Otros despellejaban los animales para vender la piel a las curtidurías. La variedad de cometidos era casi infinita. La adjudicación de tareas a cada familia dependía del criterio, antojadizo e incontrovertible, del sumo sacerdote, y los Levinson se contentaban con que el destino no les hubiese deparado un trabajo menos amable. Los componentes de la Guardia del Templo eran los responsables de garantizar el mantenimiento del orden y el cumplimiento de las leyes y tradiciones del Templo por parte de los miles de fieles y visitantes que pasaban por allí cada día.

Andrew y su hermano James también habrían entrado en la Guardia del Templo a no ser por las enseñanzas recibidas de su madre desde muy pequeños. Todos los días, durante un mínimo de dos horas, les había enseñado a cantar los salmos y a tocar el arpa del Templo, un instrumento que al parecer guardaba un gran parecido al de David, el gran rey de Israel. Gracias a su pericia musical, ambos habían sido seleccionados como músicos y cantores del Templo; James tocaba el arpa del Templo, y la robusta voz tenor de Andrew le había hecho ganar un puesto como cantor. Eran dos oficios muy codiciados, pero su madre también les había dado lecciones de humildad, de modo que bregaban bien con el honor.

Al acercarse a la puerta de la ciudad, el grupo se hizo más numeroso. Docenas de levitas se dirigían al Templo. Los que servían con la familia de Andrew pertenecían todos a las casas Levinson, Levin o Levine, y juntos formaban el decimoséptimo relevo. En total había veinticuatro relevos o turnos de levitas, y cada uno servía en el Templo durante una semana, dos veces en el transcurso del año judío. Lo había sido así en la antigüedad y así lo seguía siendo en el presente. El cambio de un turno de levitas a otro se hacía siempre en sábado, el sabbat, justo antes de los sacrificios vespertinos. Como era domingo, era el segundo día de la semana de servicio de los Levinson.

A pesar de no haber despuntado el sol todavía, pudieron ver como entraban, a miles, en la ciudad. Había familias enteras; unas con palomas o pichones enjaulados; otras tiraban de cabritos o corderos con correas improvisadas; algunos llevaban corderos de lechal en los brazos. El día anterior no había acudido ni la mitad de gente porque era sabbat, y ese día estaba prohibido hacer ofrendas particulares.

La muchedumbre, proveniente de todos los rincones de Israel, venía al Templo para ofrecer sus sacrificios a Dios. Algunos traían ofrendas para expiar sus pecados y ofensas, otros traían ofrendas de buena voluntad, y otros, ofrendas de acción de gracias, pero a todos les unía una cosa en común, el miedo. Los primeros querían pedir perdón a Dios, para que siguiera librándolos de la locura. Los segundos deseaban mostrar su lealtad a Dios y pedirle su protección. Y los terceros venían a agradecer a Dios que los hubiese protegido hasta ahora y a rogarle que siguiera preservándoles de la destrucción que rodeaba el país.

Andrew y sus familiares se abrieron paso entre la multitud hasta llegar al conjunto de galerías que discurría debajo del Templo, donde un guarda levita les cedió el paso. Mientras que los sacerdotes se encargaban de guardar los recintos del interior del Templo, los levitas se apostaban en las puertas exteriores. Una vez dentro, Andrew debía prepararse para el servicio del día.

* * *

Andrew cerró la cortina tras él y colocó su túnica junto con las demás, en una pila sobre la mesa. Antes había dejado sus sandalias a cargo de otro levita. Una vez desnudo, se sumergió rápidamente en el agua fría de manantial del *mikvé*. El baño ritual tenía como fin limpiar el alma más que el cuerpo, y aunque la primera impresión era desagradable, sólo duraba lo que tardaba en mojarse el cuerpo entero. En total había entre quinientos y seiscientos miembros de su centenaria tribu, y tal vez unos cuatrocientos sacerdotes que servían también aquella semana. Todos debían bañarse en la misma agua o en uno de los otros seis *mikvés* que había debajo de la entrada sur del Templo, de modo que era extremadamente importante que el baño fuera rápido. También se esperaba de todos que, a fin de mantener el lento flujo de agua de manantial lo más limpio posible, se bañaran antes de ir al Templo. Como el resto del grupo, Andrew se había bañado justo antes de salir de casa de sus abuelos. Debido a la sequía había severas restricciones de agua, pero se hacía una excepción a los levitas que servían en el Templo.

Cuando hubo salido del agua, Andrew entró en una pequeña habitación para secarse y ponerse las vestiduras tradicionales del levita. Como Dios dispuso a través del profeta Ezequiel^[36], los levitas deben cubrirse sólo con lino, nunca con lana u otro tejido que les pueda hacer sudar. Primero iba la ropa interior de lino blanco; sobre ella una túnica sin costuras de hechura estrecha que llegaba hasta los tobillos y que iba atada a la cintura por un largo cordón, también de lino blanco; y finalmente un turbante de lino blanco. Al igual que los sacerdotes, los levitas andaban descalzos por el Templo, incluso en lo más crudo del invierno, porque así lo exigían las leyes de su Dios. Una vez debidamente ataviado, Andrew Levinson se reunió con los otros de su orden, que esperaban para entrar en procesión al Templo.

El diseño del Templo era el resultado del conjunto de compromisos adquiridos entre políticos, líderes religiosos y constructores. Los líderes religiosos, o por lo menos los más destacados, se habían dividido entre los que insistieron en que el diseño debía corresponder al de la visión del profeta Ezequiel^[37] y los que deseaban una construcción más parecida a la del Templo de Herodes. Los políticos se debatían, como es habitual, entre reducir los costes al máximo y complacer a los votantes. Y los constructores, por otra parte, coincidían al argumentar que ninguna opción podía construirse por el precio que se tenía pensado. Al final, no hubo nadie que quedara

del todo satisfecho, pero desde su consagración hacía quince años nadie había tenido nunca nada que objetar al edificio. Después de todo, era el Templo de Dios, y nadie pensaba que criticarlo fuera prudente o útil.

Las entradas principales al Templo se parecían a las del modelo de Ezequiel, con escalinatas largas y anchas que, elevándose bastante sobre el paisaje, daban acceso a las gigantescas entradas de los flancos norte, sur y este. Por estas últimas era por donde la mayoría de los visitantes y fieles entraban al Templo. Los que venían del *mikvé* entraban por una larga escalinata cerrada situada en el patio exterior o patio de los Gentiles, así llamado porque los gentiles tenían acceso hasta esta zona del Templo. En este sentido, el Templo se parecía mucho al modelo de Herodes.

La procesión de levitas, entre los que se contaban Andrew y James Levinson, ascendió la escalinata, cruzó el patio de los Gentiles, atravesó una de las puertas abiertas en un muro bajo de piedra llamado el *soreg*, y luego franqueó aún otra puerta, dejando atrás los gruesos muros de piedra que rodeaban la primera de las tres divisiones del patio interior llamado patio de las Mujeres. Una vez aquí, la procesión se dispersó y los levitas asignados a cometidos dentro del patio interior se separaron del resto para dirigirse a sus respectivos puestos. Para Andrew y James Levinson el recorrido terminaba aquí, pues no tenían permitido adentrarse más en el Templo.

El patio de las Mujeres, que ocupaba el tercio oriental del recinto interior, estaba rodeado por unos muros de piedra impresionantes, de tres metros y medio de espesor y once metros de alto. Por la cara interior, rodeaba el patio una columnata, sobre la cual se extendía un balcón. Todos los judíos tenían acceso al patio, pero era lo más cerca que las mujeres tenían permitido acercarse al Templo en sí, o Santuario; de ahí su nombre. En el siglo primero, el patio se había convertido en lugar de encuentro natural de los judíos que buscaban descargar su frustración lejos de los oídos de las legiones romanas que ocupaban su territorio. En este refugio, que incluso los romanos habían respetado (salvo la única y breve incursión del general romano Pompeyo en el 63 a. C.), podían departir libremente. Pero la política no era el único tema de conversación. Precisamente fue en el patio del siglo primero donde el joven Jesús se sentó a hablar con los maestros del Templo sobre religión, pocos días después de cumplir los doce años^[38].

El patio de las Mujeres albergaba, además, la sala del Tesoro y los trece cepillos en forma de cuernos de carnero, que recibían un constante flujo de ofrendas monetarias. En las cuatro esquinas del patio había grandes salas en las que tenían lugar otras actividades del Templo.

En el centro del muro occidental del patio de las Mujeres, una escalinata semicircular de quince escalones se levantaba más de cuatro metros (siete codos y medio), entre el suelo y la majestuosa puerta de Nicanor, por la que se entraba al patio de Israel. En la parte más amplia, la escalinata alcanzaba veintisiete metros de ancho. Precisamente en estos escalones, y ante el fabuloso portón profusamente labrado y ornamentado, era donde Andrew y James Levinson cantaban y tocaban

junto con los otros músicos y cantores del Templo. Entre los instrumentos había platillos, tambores de piel, caramillos, flautas antiguas, arpas como la que tocaba James, liras y varios tipos diferentes de instrumentos de cuerda.

* * *

Al romper el alba, las puertas del Templo fueron abiertas y comenzó a entrar una riada de fieles. En el patio de los Sacerdotes, más allá del patio de las Mujeres y de la puerta de Nicanor, los sacerdotes del Templo empezaron el día como siempre, degollando un cordero con un cuchillo afilado y sosteniendo luego al animal sobre una vasija hasta que, muy lentamente, moría desangrado. La sangre era entonces derramada sobre el altar de piedra, y el animal era desollado rápidamente antes de ser arrojado a la hoguera que ardía en lo alto del altar del Sacrificio.

Seis días a la semana —todos los días salvo el sabbat, en que no se hacían ofrendas privadas—, la imagen se repetía cientos, miles de veces incluso, durante ocho horas y media. Los fieles conducían o se acercaban con sus animales en brazos, mientras grupos de sacerdotes realizaban los rituales del sacrificio en cadena. Unos degollaban y desangraban al animal, otros los desollaban, otro grupo derramaba la sangre sobre el altar, y otro se encargaba de mantener vivo el fuego del altar para que consumiera rápidamente los cuerpos. Las pieles pasaban a propiedad de los sacerdotes, que las vendían en su mayoría a las curtidurías y así conseguían un suplemento a sus ingresos.

Sin embargo, no todos los sacrificios eran de sangre. Los más pobres tenían la posibilidad de ofrendar una pequeña cantidad de harina refinada. Pero aunque la mayoría de quienes ofrecían sacrificios de animales también traían ofrendas en forma de grano y vino, muy pocos de entre ellos admitirían jamás ser tan pobres como para no poder ofrecer más que grano o vino. La mayoría encontraba la forma de traer una paloma o un pichón, como mínimo.

* * *

Aunque el día estaba resultando más ajetreado de lo habitual, todo progresaba con normalidad y ya eran casi las ocho de la mañana. Andrew Levinson acababa de entonar el salmo 91, cuando le invadió una extraña sensación. Parpadeó varias veces, en un vano intento por sacudirse aquella sensación de encima, y luego sintió cómo se hacía la oscuridad. A pesar de su rápida pérdida de visión, tuvo tiempo de comprobar cómo a los demás parecía sucederles lo mismo. Se preguntó si sería así como empezaba la locura. Segundos después, había perdido la visión por completo, y al intentar pedir ayuda descubrió que la vista no era el único sentido que había perdido; ahora tampoco podía oír. Consciente de la precariedad de su situación, en lo alto de

los escalones, decidió intentar bajar a tuestas hasta el patio de las Mujeres. No obstante, al primer paso alguien chocó contra él, y lo lanzó escalones abajo. Mientras yacía en el suelo, entre la maraña de compañeros cantores, Andrew, dolorido por la caída, comprobó desconsolado que lo que no había perdido era sensibilidad.

A pesar del dolor, Andrew Levinson se desenmarañó rápidamente y se puso en pie antes de que alguien pudiera pisarle o tropezarse con él. Se giró en todas direcciones, tanteando en busca de algún objeto que le permitiera volver a orientarse, y entonces se dio cuenta de que no *todo* era oscuridad. Delante de él, como a unos veinte metros, había un foco de luz. Sin otra elección razonable, Andrew empezó a caminar muy despacio hacia la luz, tanteando cuidadosamente el camino con los pies, y con las manos extendidas delante de él, para evitar tropiezos.

Mientras caminaba, Andrew no tardó en descubrir que no conseguía acercarse a ella. Por absurdo que pareciese, era como si la luz le estuviera guiando hacia algún lugar. Avanzaba arrastrando los pies, para evitar volver a precipitarse por otra de las muchas escalinatas del Templo, y así sintió a tiempo que el suelo de piedra desaparecía delante de él. Había llegado a los escalones que separaban el patio de las Mujeres del patio de los Gentiles, en el perímetro exterior del Templo, y con mucho cuidado consiguió descenderlos sin caerse.

Avanzaba tan despacio que tardó casi un cuarto de hora en llegar a la larga escalinata que, por el número de escalones, reconoció le debía de estar conduciendo fuera del Templo. A pesar del camino recorrido, no se había acercado ni un ápice a la luz. Seguir la hasta aquí le había parecido lo mejor dada la escasez de alternativas, pero con tan limitada visión y sin poder oír, Andrew no tenía intención alguna de abandonar el espacio conocido del Templo para adentrarse en las calles de Jerusalén. Pero tan pronto hubo tomado esta decisión, la luz empezó a hacerse más grande. Y un momento después se dio cuenta de que había recuperado algo de audición. No tenía elección, debía seguir la luz al exterior del Templo. A cada paso veía y oía mejor. Y supo que no estaba solo. Cuando se hubo distanciado unos setenta metros del Templo, recuperó por completo la visión y el oído. Entonces no tuvo que echar más que un vistazo a su alrededor para descubrir lo que les había ocurrido a él y a cuantos se encontraban en el interior del Templo, incluidos los sacerdotes, los altos sacerdotes, los levitas, los fieles, e incluso el sumo sacerdote Chaim Levin, a quien Andrew vio ahora bajando a tuestas por la escalinata.

Cuando vieron al sumo sacerdote que bajaba a duras penas los escalones, algunos de los sacerdotes que se encontraban cerca de Andrew corrieron a ayudarlo. Al acercarse al Templo, sin embargo, perdieron de nuevo ambos sentidos, y no tuvieron más remedio que retroceder. Mientras contemplaba la escena, Andrew descubrió que los que abandonaban el Templo no eran los únicos que ocupaban la escalinata. Allí de pie, en los escalones, observando a la gente que llenaba la calle, había dos hombres vestidos de arpillera y cubiertos de ceniza de los pies a la cabeza. Andrew los reconoció de inmediato; eran los que se hacían llamar Juan y Cohen.

El aeropuerto Ben Gurion bien podía haber estado cerrado. Debido a la propagación de la locura ya no llegaban aviones y, por lo tanto, tampoco despegaba ninguno. De haber despegado alguno, habrían ido atestados de viajeros ansiosos por huir de la zona afectada por la locura. En Israel, no todos coincidían en que la mejor forma de garantizar su seguridad fuera confiar en que el Dios judío siguiera protegiéndoles. Muchos no pensaban más que en la manera de alejarse lo máximo posible del peligro. Los que intentaron huir por tierra fracasaron y fueron víctimas de la locura nada más traspasar la frontera. La mayoría opinaba, no obstante, que Norteamérica, Sudamérica, Australia o cualquier otro lugar aislado de la locura por el océano ofrecía mayores garantías de seguridad.

En Israel, era plena noche cuando Christopher resucitó, y la mayoría de los israelíes no se enteró hasta la mañana después. Entonces, la noticia corrió como la pólvora, dejando estupefactos a cuantos la escuchaban. Junto con el vídeo de la resurrección, los medios repetían una y otra vez el anuncio que había hecho Decker en Nueva York, justo antes de subir a bordo del avión con Christopher y Milner, cuando a la pregunta sobre adónde iban había exclamado: «¡A Jerusalén, a poner fin a la matanza!».

Aunque todavía había gente que contemplaba con escepticismo la posibilidad de que fueran fuerzas espirituales las causantes de la locura, no era el caso de los reportajes de la prensa internacional. En parte podía achacarse a esa necesidad que tienen constantemente los medios de simplificarlo todo, pero desde el punto de vista informativo, la cosa no podía estar más clara. La locura era, no se sabía cómo, el resultado de los poderes espirituales, o cuando menos físicos, de los israelíes Juan y Cohen; y Christopher Goodman, después de resucitar de entre los muertos, se dirigía a Jerusalén a poner fin, no se sabía cómo, a sus atrocidades.

De este modo, la llegada inminente de Christopher a Israel era vista por muchos como una señal de esperanza. Otros, sin embargo, le habían buscado a aquel peregrinaje una utilidad mucho más concreta. Para ellos, la llegada de Christopher suponía, simple y llanamente, que aterrizaría un avión que luego tendría que volver a despegar. Y cuando lo hiciera, tenían la intención de encontrarse a bordo, ya fuera rogando, suplicando o, si era necesario, tomando el avión a la fuerza.

La gente empezó a llegar al aeropuerto Ben Gurion antes de las siete de la mañana. A las ocho y media, cuando aterrizó el avión de Christopher, el ambiente era de extrema excitación, los nervios estaban a flor de piel y el personal de seguridad era escaso; una combinación peligrosa. Entonces alguien escuchó a otra persona decir que había oído que el avión se detendría en un extremo de la terminal. Fue suficiente para que la gente que había en el aeropuerto se lanzara a correr apresuradamente en aquella dirección. En el otro extremo de la terminal, otra persona pensó que el avión se detendría en el extremo opuesto. Poco importó que estuvieran equivocados; a la

inmensa estampida le siguió el caos absoluto. Entonces alguien, haciendo gala de una falta absoluta de lógica y sentido común, invadió la pista de aterrizaje y empezó a correr hacia el avión, que acababa de tomar tierra. Aparte de peligrosa, la idea era absurda, pues colocaba a la persona en una situación desde la que le sería totalmente imposible abordar el avión. No obstante, le siguieron muchos más. El personal de seguridad no pudo contener la turba.

Cuando el avión se hubo detenido, Decker divisó el problema a través de la ventanilla y avisó a Christopher, que miró hacia el exterior y, sin hacer ningún comentario, telefoneó al piloto, que se anticipó a su pregunta.

—Me temo que no podremos movernos de aquí hasta que el personal de seguridad del aeropuerto haya despejado la pista —dijo el piloto—. Si nos movemos ahora, corremos el riesgo de herir a los de ahí abajo.

—No se preocupe —contestó Christopher—. Quédese aquí.

—Yo me ocupo —ofreció Milner descolgando otro teléfono casi al instante.

Unos minutos después, Decker observó que se acercaba un helicóptero.

—Ya vienen a por nosotros —dijo Milner.

—Pero ¿cómo vamos a subir? —preguntó Decker.

—De eso se tendrá que encargar Christopher.

Decker y Milner siguieron a Christopher hasta el morro del avión, donde un miembro de la tripulación les esperaba junto a la puerta. El joven auxiliar de vuelo estaba visiblemente nervioso ante la perspectiva de verse cara a cara con un hombre que, hasta hacía muy poco, había estado muerto.

—Lo siento, señor —farfulló—, pero no podemos acercarnos más a la terminal debido a la gente que invade la pista. El personal de tierra tiene una escalera móvil preparada, pero con toda esa gente ahí abajo, si la traen hasta aquí, invadirán el avión.

—Abra la puerta —dijo Christopher.

—Pero, señor —empezó a protestar el auxiliar, que sin embargo se lo pensó mejor y decidió obedecer a Christopher.

En un momento la puerta estuvo abierta y Christopher se asomó y contempló desde lo alto a la masa clamorosa que iba en aumento. Entonces, alzó ligeramente la mano derecha, y dijo simplemente:

—Paz. —La muchedumbre calló al instante.

Y entonces pasó algo más curioso aún. Todos los que estaban allí sonrieron al tiempo, dieron media vuelta y empezaron a alejarse.

—Ahora pida esa escalera móvil —le pidió Christopher al auxiliar, que se apresuró en cumplir la orden.

Una vez a bordo del helicóptero, pusieron rumbo directamente a Jerusalén y el Templo.

HE AQUÍ LOS EJÉRCITOS CELESTIALES

JERUSALÉN, ISRAEL

La situación en el templo no distaba mucho de la que se habían encontrado en el aeropuerto. Incluso a distancia se podía divisar una inmensa muchedumbre. El Templo solía ser un hormiguero de actividad, pero ahora, a pesar de la gente que llenaba las calles, el recinto estaba vacío. Los patios interior y exterior, que a menudo resonaban con el bullicio de sacerdotes y fieles, estaban desiertos, y la escalinata que ascendía a la fachada del Templo presentaba un aspecto igual de desolador, salvo por dos excepciones. Mientras el helicóptero dibujaba un círculo, Christopher, Milner y Decker divisaron a los dos hombres plantados en los escalones, ambos ataviados en arpillera y cubiertos de ceniza gris.

Más allá, un grupo de entre doscientos y trescientos sacerdotes y levitas se apiñaba junto al sumo sacerdote Chaim Levin, que se mantenía a una distancia prudencial, ofreciendo una ridícula imagen desafiante a los hombres de la escalinata. Algo más atrás, la muchedumbre se agolpaba contra una fila de soldados israelíes armados. Los periodistas extranjeros, que no habían podido abandonar el país y se habían enterado de que Christopher se dirigía a Jerusalén, ya estaban allí para cubrir cada instante del acontecimiento. La inesperada llegada de Juan y Cohen, una hora antes, y la posterior expulsión del Templo, mientras Christopher viajaba hacia allí desde Nueva York, había hecho crecer la expectación. Fue en medio de este escenario, concretamente entre la línea de personal militar y los escalones del Templo, donde Christopher ordenó al piloto que posara el helicóptero.

Todas las cámaras enfocaron a Christopher, que fue el primero en bajar del aparato. Con el pelo y la larga túnica revoloteando violentamente a su alrededor en los remolinos que levantaban las aspas giratorias, ofrecía una imagen impresionante para los telespectadores y las primeras planas de las revistas, con su aire firme y resuelto ante el desafío que le aguardaba. Decker, que observaba la escena desde el helicóptero, comprobó que Juan y Cohen no estaban allí por casualidad.

Una vez hubieron bajado todos, Milner se volvió hacia el piloto y le indicó que se retirara. Al encontrarse cara a cara con Juan y Cohen, Decker, que no conocía aún todos los detalles del plan de Christopher, no pudo ignorar la repentina punzada de ansiedad que le recorrió el cuerpo. Se preguntó si aquella sensación podía ser el resultado de la animosidad surgida entre él (en su anterior encarnación como Judas) y Juan hacía dos mil años, tal y como le había contado Christopher. Pero no estaba seguro de que lo fuera. Para su sorpresa, y a pesar de cuanto ocurría, Christopher se giró hacia él y apoyó la mano en su hombro.

—Todo va bien —le dijo, y Decker, sin saber cómo, supo que, efectivamente, así

era.

Juan fue el primero en hablar.

—*Hiney ben-satan nirah chatat haolam!* —exclamó en hebreo, queriendo decir: «He aquí el hijo de Satán que manifiesta el pecado en el mundo».

—Así que volvemos a encontrarnos, por fin —contestó Christopher con ironía, ignorando las palabras de Juan.

—Te equivocas —repuso Juan—. Yo nunca te conocí.

—No, Yochanan bar Zebadee —dijo Christopher, llamando a Juan por su nombre hebreo—. ¡Soy yo quien nunca te conoció!

Pasaron unos momentos en silencio, los dos mirándose fijamente a los ojos. Luego Christopher bajó la mirada hacia el suelo.

—No es demasiado tarde —dijo por fin, dirigiéndose a Juan y Cohen. En su voz se adivinaba un ruego, y a la vez algo en el tono indicaba que sabía que el intento era en vano.

De pronto, Juan sonrió y se echó a reír. Cohen no tardó en sumarse a la carcajada. Christopher se volvió hacia Decker con una expresión que parecía decir: «Esto va por los dos». A continuación, respiró hondo y sin señal alguna de enojo pero con absoluta convicción, miró de nuevo hacia los dos hombres y gritó por encima de sus risas:

—¡Como queráis!

Christopher alzó la mano derecha y realizó un rápido movimiento de barrido. La risa cesó al instante y Juan y Cohen salieron disparados hacia atrás a una velocidad increíble, y sus cuerpos fueron a estrellarse contra la fachada del Templo, a ambos lados de la entrada. El crujido de sus huesos al romperse fue tan violento que toda la muchedumbre alcanzó a oírlo y dejó pocas dudas acerca de su suerte. La sangre, esparcida por todo el muro, marcaba el lugar contra el que habían chocado. Luego, Christopher bajó la mano y con otro gesto de barrido, los dos cuerpos cayeron al suelo y rodaron escaleras abajo, hacia la calle, dejando tras de sí dos largos rastros de sangre.

Los presentes contemplaron atónitos y en silencio cómo Christopher, Milner y Decker subían los escalones hasta el Templo, mientras los cuerpos destrozados rodaban hacia abajo a ambos lados de ellos. Al ver que Juan y Cohen habían muerto, la muchedumbre estalló en un clamor, que surgió de civiles y militares por igual. En la calle brotó una celebración espontánea, que no tardó en ser secundada con alegría por todos los rincones del mundo según llegaba la noticia a través de la televisión o de la radio. Rápidamente, los representantes de los medios atravesaron a empujones la línea de soldados israelíes, para poder contemplar más de cerca los cuerpos.

* * *

En Chieti, Italia, un hombre con la nariz saturada del rancio hedor a azufre, y el corazón arrobado por la locura que, hasta ese momento, le había empujado a

masacrar a toda su familia salvo a uno de sus miembros, sostenía por encima de la cabeza un cuchillo de carnicero y estaba a punto de dejarlo caer sobre su único hijo superviviente, cuando la locura, igual que había venido, desapareció. Con mucho cuidado, el hombre bajó el cuchillo, lo tiró a un lado, e hincado de rodillas entre los cuerpos desmembrados de su familia, abrazó a su hijo aterrorizado y rompió a llorar. En Rudnyj, Turskaja, una anciana tosió y jadeó buscando recuperar el resuello, después de sacar la cabeza de un barril de agua de lluvia en el que había intentado ahogarse. En Baydhabo, Somalia, un adolescente se detuvo un instante antes de encender la cerilla con la que pensaba prender fuego a sus cuatro hermanos más pequeños, rociados de gasolina.

En toda la zona afectada, la muerte de Juan y Cohen marcó el cese de la locura.

* * *

Cuando llegaron al final de la escalinata del Templo, Christopher se volvió hacia la muchedumbre.

—Nadie debe tocar los cuerpos —gritó señalando a Juan y Cohen—. Todavía poseen un enorme poder. No es seguro tocarlos ni deshacerse de ellos hasta dentro de cuatro días, por lo menos.

Con un gesto, Christopher le indicó a Decker que velara por que así fuera. Luego se dio media vuelta y, acompañado por Robert Milnet, se adentró en el Templo.

Como ya habían planeado antes de aterrizar, Decker se quedó fuera. Sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta, y se dispuso a esperar a la prensa, que, sin lugar a dudas, se lanzaría sobre él tan pronto acabaran de tomar fotografías de los dos oráculos muertos. Le complació comprobar que los periodistas hacían caso a la advertencia de Christopher y no se aproximaban demasiado a los cuerpos. De los sacerdotes y los levitas no hacía falta preocuparse, sus leyes les prohibían entrar en contacto con cadáveres. El único que podía dar algún problema era el público, que de momento seguía contenido detrás de la línea policial.

* * *

En el interior del Templo, Robert Milner y Christopher caminaban codo a codo. En el patio de los Gentiles, siempre tan bullicioso, el único sonido que se oía procedía del pórtico que recorría los muros. Eran los animales traídos al Templo para ser vendidos a los fieles y luego sacrificados, que habían sido abandonados por los pastores y mercaderes en el momento en que todos habían sido conducidos fuera del Templo.

A unos ciento cuarenta metros delante de ellos, los edificios del patio Interior y del Santuario de dentro se elevaban más de setenta metros sobre ellos.

* * *

Delante de la entrada meridional, enmarcado a derecha e izquierda por la sangre de Juan y Cohen, Decker esperaba a los periodistas, que empezaron a subir apresuradamente los escalones por si él podía arrojar algo de luz sobre los acontecimientos.

* * *

Christopher y Milner llegaron al *soreg*, el muro bajo de piedra que separaba el patio de los Gentiles de los patios interiores del Templo y que formaba una balaustrada o recinto sagrado, al que no podía acceder ningún no creyente. Una inscripción en el muro, que se remontaba a la que había en el Templo de Herodes dos mil años atrás, advertía al visitante en más de una docena de lenguas: «Ningún extranjero franqueará la entrada al recinto que rodea el Templo. Aquel que lo hiciera será responsable de propiciar su propia muerte». Les vino bien que el Templo hubiese sido despejado de gente, porque los sacerdotes y los levitas no habrían permitido jamás que Christopher y Milner continuasen más allá de la balaustrada sin oponer resistencia.

Dando un rodeo intencionado para entrar desde el lado este, los dos hombres se dirigieron a la apertura central del extremo oriental del *soreg*. En un abrir y cerrar de ojos salvaron la distancia entre el *soreg* y el primero de los tres pequeños tramos de escaleras que ascendían al *Chel*, o muralla, una especie de terraza de casi cinco metros de ancho, desde donde los ciclópeos muros del patio Interior se elevaban once metros sobre ellos.

* * *

—Damas y caballeros —dijo Decker, elevando su voz sobre el ruidoso griterío de los periodistas—. He preparado un breve comunicado. Después atenderé a algunas preguntas.

Alguien le gritó una pregunta, pero Decker le ignoró.

—Hace cuarenta y cinco años, formé parte de un equipo de científicos estadounidenses que viajó a Italia para examinar la Sábana Santa, un fragmento de tela con la imagen de un hombre crucificado —empezó Decker leyendo el comunicado que había preparado en el avión. En el poco tiempo del que disponía, proporcionó cuantos detalles pudo sobre los acontecimientos que siguieron a la expedición de Turín y que, en última instancia, habían propiciado el momento que ahora vivían. Les contó cómo, once años después de la expedición, un miembro del equipo, el profesor Harold Goodman, le había telefoneado pidiéndole que fuera a la

UCLA para ser testigo del descubrimiento que había hecho relacionado con la Sábana.

—El profesor Goodman —dijo Decker— halló, entre las muestras que se habían obtenido de la Sábana, un grupo minúsculo de células epiteliales humanas. Para mi asombro... —Decker hizo una pausa. El recuerdo de lo que había visto entonces, tantos años atrás, aún le sobrecogía—... las células de la Sábana seguían vivas. — Para algunos de los presentes, esta pieza del rompecabezas y la resurrección de Christopher eran todo lo que necesitaban para ver el increíble cuadro al completo, pero a pesar de la más que audible reacción de asombro, nadie habló—. Después de varias pruebas, se demostró que las células tenían una increíble capacidad de adaptación, además de poseer una serie de características únicas —continuó Decker—. Los cultivos de estas células fueron los que el profesor Goodman utilizó para su investigación sobre el cáncer.

»Tiempo después me enteré de que, por aquel entonces, el profesor Goodman ya había realizado varios experimentos con las células —Decker hizo una pausa como para darles tiempo a los periodistas a agarrarse fuerte—, incluida la implantación del ADN de una de ellas en el embrión de un óvulo humano no fertilizado, que luego volvió a introducir en la donante... clonando, de este modo, a la persona cuyas células habían quedado prendidas en la Sábana. Como resultado de aquella clonación nació un niño varón.

Para los que no se lo habían figurado ya, la revelación les proporcionó la pieza que faltaba; para los que lo intuían, fue la confirmación definitiva. Christopher Goodman era el clon de Jesucristo.

Por increíble que resultara la historia, no había otra explicación posible a lo ocurrido en la ONU o a lo que acababan de presenciar en la escalinata del Templo.

—Aquel niño recibió el nombre de Christopher —dijo Decker, para mayor confirmación—, y fue criado por el profesor Harry Goodman y su esposa, Martha, hasta que ambos murieron prematuramente en el Desastre. Por aquella época —prosiguió—, Christopher Goodman tenía catorce años y, como el profesor Goodman le había dicho que recurriera a mí en caso de emergencia, Christopher se vino a vivir conmigo. Ya conocen el resto de la historia, por lo menos lo más importante.

La inflexión en su voz indicaba que Decker había concluido el comunicado, y mientras volvía a plegar el papel para guardárselo de nuevo en el bolsillo, le sorprendió que nadie tuviese ninguna pregunta que hacer. Pero se equivocaba, porque los reporteros las tenían a cientos, sólo se estaban tomando su tiempo para procesar lo que acababan de escuchar.

El desconcierto que reflejaban sus rostros explicaba su pasividad, pero Decker no se dio cuenta y empezó a despedirse. El ademán bastó para remover las aguas y romper el muro de contención. A la primera pregunta, lanzada por alguien desde la parte de atrás, le sucedió al instante una cascada de interrogantes. Como no se había establecido un turno de preguntas, Decker se limitó a contestar primero a los que

gritaban más alto.

Sí, Christopher había estado clínicamente muerto.

Sí, por supuesto que lo que quería decir era que Christopher era el clon de Jesucristo.

Sí, *estaba* diciendo que Christopher era el hijo de Dios, igual que Jesús. (Esta afirmación no cayó bien entre los periodistas judíos presentes, pero no era el momento de abrir una discusión sobre el asunto). Nadie tenía razones para cuestionar o preguntar más detalladamente sobre aquella relación —que Christopher le había revelado en el avión—, y Decker no tenía intención alguna de dar pistas. Era Christopher el que debía explicarlo, y lo iba a hacer muy pronto.

—¿Y qué hay de su brazo y de su ojo? —gritó uno de los periodistas.

—Aunque Christopher posee el poder necesario para recuperar ambos —repuso Decker—, ha hecho promesa de no hacerlo hasta no haber completado su misión.

—¿Cuál es esa misión? ¿Por qué ha venido el embajador Goodman al Templo? —chilló alguien. Casi todos los periodistas callaron al instante; todos querían escuchar la respuesta.

Decker se quedó pensando un momento.

—Lo cierto es que hay varias razones —dijo—. La primera, y más importante de todas, era poner fin al reinado de terror de esos dos hombres, Juan y Saul Cohen. Eso, como habrán comprobado, ya lo ha hecho. Además, ha venido al Templo porque supongo que es el lugar más apropiado para hacer el anuncio que tiene pensado.

—¿Qué anuncio es ése? —gritó un periodista, al tiempo que otro exclamaba—: ¿Puede adelantarnos lo que va a decir el embajador Goodman?

—Va a dirigirse a la población mundial para hablar sobre el destino de la humanidad.

* * *

Christopher y Milner subieron otros tres pequeños tramos de escalones, franquearon la puerta Hermosa y entraron en el patio de las Mujeres. Pocas horas antes, el atrio había sido el centro de actividad del Templo. Ahora sólo se escuchaba el eco de los pasos en el suelo de piedra, mientras Christopher y Milner caminaban en silencio hacia la ancha escalinata semicircular del extremo oeste del atrio. En lo alto de la escalera, la majestuosa puerta de Nicanor, de dieciocho metros de ancho y casi veintitrés de alto, se elevaba por encima de los muros dibujando un arco, y daba paso al patio de Israel.

Sólo los judíos varones tenían autorizado el acceso a esta zona del patio Interior. A diferencia del patio de las Mujeres, un atrio de planta cuadrada a cielo abierto, el patio de Israel era estrecho y cubierto, rodeaba el núcleo del Templo, y contenía numerosas columnas. Contra los muros del patio de Israel se alineaban varias estancias, que se empleaban como almacenes o para celebrar reuniones, y que

reducían aún más el espacio abierto.

El tercer y último atrio, el patio de los Sacerdotes, se elevaba aproximadamente un metro sobre el patio de Israel. Aunque lindaba con éste sin muro de separación alguno, el acceso de los legos al patio de los Sacerdotes sólo era posible si traían algún sacrificio. El resto del tiempo, la entrada estaba limitada a los sacerdotes y los levitas. En la puerta de acceso al patio de los Sacerdotes había cuatro mesas esculpidas en piedra, sobre las que descansaban los cadáveres desangrados de media docena de corderos y cabritos, que habían quedado allí abandonados cuando los sacerdotes y levitas fueron conducidos fuera del Templo. El olor a sangre, a incienso y a grasa animal chamuscada seguía llenando el aire. Al norte y al sur de la puerta había ocho mesas más, que presentaban un estado parecido.

En el centro del extremo oriental del patio de los Sacerdotes, el altar del Sacrificio se levantaba seis metros del suelo a modo de pirámide escalonada, compuesta por cuatro enormes piedras sin desbatar, porque, de acuerdo con uno de los mandamientos, no podían haber sido tocadas jamás por herramientas de metal^[39]. Una escalera en la cara oriental del altar permitía ascender a los pisos superiores. La piedra angular, a la que los sacerdotes y los levitas llamaban *Ariel*, medía más de seis metros cuadrados y, al igual que la piedra sobre la que descansaba, tenía dos metros de espesor. En esta piedra ardía la hoguera de los holocaustos, donde se quemaban las ofrendas. Debido a la ausencia de los sacerdotes, el fuego se había consumido y ya sólo quedaban rescoldos.

Desde las cuatro esquinas de la piedra angular del altar, apuntaban hacia el cielo cuatro protuberancias en forma de cuerno, de cincuenta centímetros de largo. Era en estos cuernos, y en el *altar*, donde los sacerdotes derramaban la sangre de los animales degollados como sacrificio. Alrededor de la base del altar discurría un sumidero, de cincuenta centímetros de ancho y cincuenta centímetros de profundidad, con un reborde de veintitrés centímetros y una capacidad total de más de once mil litros, que servía para recoger la enorme cantidad de sangre que se derramaba sobre el altar en los días más concurridos. Los sacerdotes y los levitas habían sido conducidos fuera del Templo poco más de una hora después de haber comenzado la jornada, de modo que el sumidero no acumulaba más que unos pocos centímetros de sangre coagulándose y atrayendo a las moscas.

Justo detrás del altar, en la sección más occidental del patio de los Sacerdotes, estaba situado el Santuario. Éste era el destino final de Christopher, pero Milner y él tenían que cumplir con otra misión antes de seguir adelante. Christopher encontró rápidamente lo que buscaba y, con un gesto, le señaló a Milner sus intenciones.

—Hemos de asegurarnos de que no vuelvan a sacrificarse aquí más animales para satisfacer la sed de sangre de Yahvé. Debemos profanar el altar para que no pueda ser utilizado nunca más.

Con Milner siguiéndole de cerca, Christopher se aproximó al lugar donde había visto varias palas de latón, que los sacerdotes utilizaban para recoger la ceniza.

Cogieron una cada uno y se fueron hasta un montón de estiércol que aguardaba a ser retirado cerca de las mesas de sacrificio. Apañándose con un solo brazo, Christopher llenó una palada, se acercó al altar y la vació sobre uno de sus costados. Luego, entre ambos, repitieron el gesto hasta que hubo desaparecido el montón y el altar estuvo sucio de estiércol, y para terminar golpearon las palas de latón contra cada una de las cuatro piedras del altar.

—Con eso bastará —dijo Christopher, que sabía que la ley judía prohibiría para siempre jamás que aquellas piedras profanadas fueran utilizadas como altar.

Rematada la faena, Christopher y Milner se adentraron en el Santuario. A vista de pájaro, el Templo propiamente dicho se levantaba sobre una planta en forma de T, resultado del compromiso al que habían llegado los que querían reconstruir el Templo a partir de los planos del profeta Ezequiel y los que querían recrear el diseño del Templo de Herodes. Medía cincuenta y tres metros en la parte más ancha, treinta y dos en la más estrecha, y se alzaba otros cincuenta y tres metros sobre el patio de los Sacerdotes. Flanqueaban la entrada a derecha e izquierda dos fabulosos pilares exentos de bronce, a los que los sacerdotes se referían como Jaquim y Boaz respectivamente.

Milner se detuvo. Christopher continuaría solo a partir de aquí.

Christopher sólo miró atrás para saludar con la cabeza a Milner. Luego ascendió el último tramo de escalones hasta el vestíbulo o porche. Delante de él había una gigantesca puerta de doble hoja, de casi dos metros de ancho por más de diez de alto, tallada en madera de olivo, con relieves de querubines, palmeras y flores, y bañada por completo en oro puro. Un espectacular tapiz multicolor suspendido sobre las puertas exhibía un paisaje del universo. Y sobre él, todo el ancho del muro estaba esculpido con enormes relieves de viñas y hojas de parra, con racimos de uvas tan altos como un hombre, y casi igual de anchos, también completamente recubiertos de oro.

Christopher respiró hondo y reanudó el paso. Abrió una tras otra las hojas de la enorme puerta, para que penetrara la brillante luz del día, y pasó a la siguiente cámara, llamada el *Hekal* o Sancta. El techo del Sancta era doce metros más bajo que el techo del porche, dotando a la sala de una altura de treinta y dos metros. El suelo era de madera de ciprés. Las paredes lucían un friso de cedro, y encima de éste estaban revestidas de oro. El dorado altar del incienso humeaba todavía, liberando una agradable fragancia a olíbano. Otro altar, la mesa de los panes de la proposición (pan sagrado), presentaba un aspecto impoluto, con doce hojas de pan ácimo dispuestas en hileras. Las velas de un *menorá* de oro, aunque casi consumidas por la llama, proporcionaban la única luz interior.

* * *

Milner, que permanecía en el exterior del Santuario, dio media vuelta y

desanduvo el camino por el que habían entrado. Había un asunto fuera del Templo que requería su atención.

* * *

Delante de Christopher, suspendido del techo en el extremo occidental del Sancta, estaba el velo, que separaba el Sancta de la última cámara, el *Debir*, o sanctasanctórum. Al otro lado del velo, al que sólo le estaba permitido entrar al sumo sacerdote —y sólo una vez al año, el Día de la Expiación—, descansaba la vieja Arca de la Alianza. Componían el velo un par de cortinas lujosamente decoradas, que colgaban en paralelo, con un espacio abierto entre ambas de aproximadamente un metro y medio de ancho, de modo que formaban un pasillo de entrada que evitaba que la luz penetrara al espacio sin ventanas del sanctasanctórum.

Christopher se dirigió al extremo norte de la cortina más cercana al Sancta, la agarró del borde y tiró con fuerza hasta que, poco a poco, se fue soltando y sólo quedaron unos pocos metros de tela prendidos del techo. Luego agarró la otra cortina y empezó a arrancarla del techo desde el extremo sur, de modo que dejó una amplia abertura en el centro del velo, quedando expuesto el sanctasanctórum a la luz del día, que entraba a raudales a través de la enorme puerta del Santuario.

Ante sí, en el sanctasanctórum, dos colosales querubines alados de cinco metros de altura tallados en madera de olivo y bañados en oro puro velaban el Arca de la Alianza. Sus alas extendidas abarcaban la mitad del ancho de la cámara y se encontraban en el centro de la habitación, justo encima del Arca.

Christopher entró en el sanctasanctórum y se aproximó al Arca.

* * *

En el exterior, Decker atendía una pregunta más, cuando un leve retumbar empezó a sacudir los escalones donde se encontraban él y la prensa. Parecía provenir del interior del Templo. Sin más explicaciones y con mucha parsimonia, Decker anunció que no contestaría a más preguntas, y dio por concluida la conferencia de prensa.

—Ahora puede que quieran bajar la escalinata y alejarse del Templo —añadió con exagerada modestia. Empezaba a divertirse.

* * *

Dentro del sanctasanctórum, Christopher se detuvo ante el Arca y tras una pequeña pausa, agarró la tapa y la deslizó hacia atrás, dejando su contenido al descubierto.

* * *

—¿Qué pasa? —le preguntaron a gritos varios reporteros a Decker, mientras el Templo volvía a sufrir sacudidas.

—Damas y caballeros, sean pacientes. Estoy convencido de que pronto obtendrán respuesta a todas sus preguntas, pero por su propia seguridad, debo insistir en que se alejen del Templo inmediatamente. —La rotundidad del tono y la premura de sus pasos convencieron al resto, que se apresuraron tras él.

* * *

Christopher se asomó al interior del Arca y encontró los objetos que buscaba.

* * *

Un estrepitoso retumbar infinitamente más atronador que los dos primeros recorrió el Templo como un tren de mercancías e hizo que periodistas y curiosos echaran a correr. Un momento después reapareció Robert Milner. Estaba solo. Decidido, bajó una cuarta parte de la escalinata y, mirando desde lo alto a los miles de personas presentes y a las docenas de cámaras que desde allí retransmitían el acontecimiento al resto del mundo, comenzó a hablar. Lo hizo con su voz, aunque sonaba diferente; al menos Decker podía detectar que había una diferencia.

—«He aquí que Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día de Yahveh grande y terrible, para que vuelva el corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos a sus padres, no sea que Yo venga y haya de consagrar el país al anatema» —dijo Milner citando al profeta Malaquías^[40]. Sus palabras resultaron familiares a muchos de los presentes, pero sobre todo a los sacerdotes y los levitas—. Escucha, oh, Israel —dijo Milner, sin citar ya a nadie—, porque en este día, en esta hora, cesa tu lamento. Éste es el día del que habló el profeta. ¡Elías ha llegado! ¡Yo soy él!

La proclamación provocó una gran conmoción entre los sacerdotes y levitas judíos, y todas las miradas se concentraron en el sumo sacerdote, curiosas por ver su reacción. La expulsión del Templo había sido una maniobra ruin, pero que un gentil viniera a presentarse como el profeta Elías era una ofensa tremenda, aunque no una blasfemia propiamente dicha. Nadie sabía muy bien cómo reaccionar, de modo que todos miraron a Chaim Levin, el sumo sacerdote, para seguir su ejemplo. De haber tenido la más mínima sospecha de que, en ese instante, Christopher se encontraba en el interior del sanctasanctórum ante el Arca de la Alianza, no habrían esperado a la reacción del sumo sacerdote y se habrían lanzado ya a rasgarse las vestiduras y

echarse polvo sobre la cabeza, como hacen por costumbre los judíos ante una grave ofensa.

Sorprendentemente, Chaim Levin estaba muy calmado. Ataviado con la indumentaria tradicional de su oficio en el Templo, el sumo sacerdote lucía una mitra azul con una diadema de oro sólido grabada con las palabras hebreas **לַיהוָה קִדְשׁ**, que significaban «Santidad a Yahvé». Sobre la túnica de lino blanco que vestían todos los sacerdotes y que le llegaba hasta los tobillos, dejando únicamente al descubierto sus pies desnudos, el sumo sacerdote llevaba un manto hasta la rodilla. Estaba adornado con ricos bordados, y del borde inferior colgaban campanillas doradas que sonaban musicalmente cuando se desplazaba. Sobre este manto, lucía el *efod*, una especie de chaleco hasta la cadera, profusamente bordado con gruesos hilos de color dorado, púrpura, azul y carmesí. En el pecho, sujeto con cordones de oro a unos grandes broches insertos en las hombreras y atado a la cintura con cordones escarlata, iba el pectoral, un peto cuadrado de grueso lino, decorado con brocados de oro e incrustado con doce grandes piedras preciosas, en cuatro hileras de tres, representando a las doce tribus de Israel.

Ya fuera por gratitud hacia Christopher por haberles librado de Juan y Cohen o, sencillamente, porque no quería arruinar sus hermosos ropajes, Chaim Levin mantuvo la serenidad ante la afirmación de Milner. Es más, le miró fijamente a los ojos y con tacto y, eso sí, cierto regodeo escéptico, le preguntó:

—¿Y por qué señal nos harás sabedores de que eres quien dices ser?

—Con la misma que yo, Elías, usé ante el rey Ajab y el pueblo de Israel en el Carmelo^[41] —contestó Milner bien alto para que todos pudieran oírle.

Chaim Levin arqueó una ceja y frunció ligeramente el entrecejo. El descaro de Milner le impresionaba, pero ni por un momento pensó que fuera capaz de hacer lo que decía.

—¿Y cuándo veremos esa señal? —preguntó pasados unos instantes.

—En esta hora —repuso Milner. Entonces le dio la espalda a Levin y, girándose hacia la muchedumbre, continuó—: Israel ha sufrido mil doscientos sesenta días de sequía. ¡Hoy ésta llega a su fin!

Dicho esto, sus manos salieron disparadas hacia el cielo, y en algún lugar más allá del Templo se oyó un leve rugido, que en pocos segundos ganó la intensidad de un trueno estremecedor. De pronto, el cielo se oscureció a una velocidad inaudita, y el firmamento se llenó de gruesos nubarrones grises aparecidos como por arte de magia. La muchedumbre y los sacerdotes, salvo unos pocos que había junto al sumo sacerdote, retrocedieron aterrados. Nada más retirarse, cayó en el área que había quedado despejada un rayo acompañado del estallido ensordecedor de un trueno, que hizo que la gente saliera corriendo, echándose las manos a los oídos. Al primer rayo le siguieron enseguida otros tres, que cayeron, cada uno más potente que el anterior, en el espacio abierto por la evacuación. Después empezó a llover.

El agua se precipitó como una tromba sobre Milner, el sumo sacerdote y todos los

demás, exceptuando los poquísimos que habían tenido tiempo de resguardarse. La mayoría permaneció donde estaba, mirando agradecida hacia el cielo. Algunos se pusieron a bailar.

Para la muchedumbre, que conocía el episodio bíblico de Elías, el veredicto no podía ser otro: éste tenía que ser el profeta. ¿Cómo si no se explicaba aquello? El sumo sacerdote no estaba convencido del todo, pero no podía ofrecer ninguna explicación plausible, de modo que permaneció en silencio, con la mirada fija en Milner, mientras la lluvia convertía su impecable y elegante atuendo en un hatajo de trapos chorreantes. Enseguida muchos de los sacerdotes y levitas se unieron a la muchedumbre, que proclamaba a Milner como el Elías prometido, quien, según la profecía, había de preceder al Mesías^[42].

Fue por eso por lo que nadie se sorprendió cuando, pasados unos minutos en los que la lluvia les seguía calando, Milner anunció:

—¡He aquí vuestro Mesías!

Bajo la lluvia incesante, Milner se volvió y pareció que señalaba con la mano extendida hacia el Templo, pero nadie adivinó qué era exactamente lo que esperaba que vieran. Entonces, por encima del ángulo sudeste, se abrió un claro en las nubes, permitiendo que lo atravesara un único rayo de rutilante sol.

—¡Ahí está! —exclamó alguien.

En lo alto del muro, justo al borde del ángulo sudeste del Templo, a cincuenta y cinco metros por encima de ellos, en un lugar tradicionalmente conocido como el pináculo, estaba Christopher, con sus ropas agitándose al viento y completamente seco bajo el rayo de luz, que le iluminaba como un foco. Enseguida el haz de luz se ensanchó, al tiempo que las nubes se esparcían en todas direcciones, llevando la lluvia al reseco territorio de los alrededores de Jerusalén. Escasos momentos después, volvía a lucir el sol sobre la zona del Templo.

Ahora casi todas las cadenas de televisión del mundo estaban emitiendo en vivo cuanto acontecía en Jerusalén. Todas las cámaras le enfocaban y retransmitían sus palabras y su imagen a los rincones más apartados del planeta.

—Gentes de la Tierra —empezó Christopher lentamente, con un tono sereno y tranquilo destinado a restaurar la calma—. Durante miles de años, profetas y augures, astrólogos y oráculos, chamanes y adivinos han anunciado la llegada de quien traería consigo la rama de olivo de la paz para todo el planeta. En el mundo se le ha conocido por un centenar de nombres diferentes. Y por un centenar de nombres diferentes ha sido invocado este portador prometido de la paz, para que acudiera raudo al amparo de los desventurados. Para los judíos es el Mesías; para los cristianos, el regreso de Cristo; para los budistas, él es el Quinto Buda; para los musulmanes, el duodécimo sucesor de Muhammad o el imán Mahdi; los hindúes lo llaman Krishna; Eckankar lo llama Mahanta; la comunidad bahai espera la llegada de la Gran Paz; para el zoroastrismo él es el Shah Bahram; para otros él es el Señor Maitreya, o Bodhisattva, o Krishnamurti, o Mitras, o Deva, o Hermes y Kus, o Jano,

u Osiris.

»Cualquiera que sea el nombre por el que se le conoce —declaró Christopher—, sea cual sea la lengua en la que se le invoca, en este día os digo: ¡las profecías se han cumplido! ¡En este día se cumple la promesa! ¡En este día la visión se hace realidad para toda la humanidad!

Christopher hizo una pausa al tiempo que crecía la expectación.

—¡Porque éste es el día de mi venida! —gritó triunfante.

Aunque no sorprendió a nadie porque la conclusión era evidente, sí que los dejó a todos asombrados. Nadie podía estar lo suficientemente preparado para semejante proclamación.

La voz de Christopher enseguida ganó velocidad y fervor.

—¡Yo soy el prometido! —exclamó como en un cántico—. ¡Yo soy el Mesías, el Cristo, el Quinto Buda, el duodécimo sucesor de Muhammad; yo soy el que trae la Gran Paz; yo soy Krishna, Shah Bahrain, Mahanta, el Señor Maitreya, Bodhisattva, Krishnamurti y el imán Mahdi; yo soy Mitrás, Deva, Hermes y Kus, Jano y Osiris! No hay diferencia. Todos son uno. Todas las religiones son una. ¡Y yo soy aquel del que hablaban todos los profetas! ¡Éste es el día de la salvación de la Tierra!

Para desazón del alto sacerdote, muchos de los reunidos en Jerusalén rugieron de contento, y su reacción encontró eco en todo el planeta. Todos habían visto a Christopher morir a manos de un asesino, y habían visto su resurrección. Habían sido testigos de la vehemencia con que había despachado a Juan y Cohen, los culpables de sembrar la Tierra de terribles plagas. Habían contemplado boquiabiertos cómo Robert Milner había conjurado relámpagos y había traído la lluvia a la sedienta Tierra Santa. Pero su entusiasmo se debía, sobre todo, a que estaban *listos* para la llegada del salvador.

—No vengo a hacer píos pronunciamientos religiosos —dijo Christopher—. Ni a exigir que me adoréis o insistir en que me rindáis homenaje. No busco vuestras alabanzas ni vuestra pasión, tampoco os pido devoción. No es mi intención que me veneréis ni que me aduléis, o que me paguéis tributo. Y aún menos que me glorifiquéis, deifiquéis, idolatréis, ensalcéis, exaltéis o veneréis.

»Al contrario, vengo para deciros que os ocupéis de vosotros mismos. Porque es dentro de cada uno de vosotros donde reside toda la deidad, toda la divinidad que vayáis a necesitar. Podéis llamarme dios, no lo niego: ¡soy un dios! Pero yo os llamo dioses a vosotros. ¡A todos! ¡A cada uno!

Para el sumo sacerdote Chaim Levin, aquélla fue la gota que colmó el vaso. Lo que escuchaba era una blasfemia flagrante, y por nuevos que fueran sus ropajes, tenía la obligación de rasgarse las vestiduras y arrojarse polvo sobre la cabeza. Así que empezó con mucho ímpetu, pero tuvo que conformarse con el barro. Algunos de los sacerdotes y levitas que estaban con él se aprestaron a imitarle. Pero otros, muchos más, estaban demasiado interesados en lo que aquel hombre resucitado de entre los muertos tenía que decir.

—No es mi divinidad lo que vengo a proclamar aquí —continuó Christopher—, ¡es la vuestra!

»No traigo amenazas ni castigos —dijo tranquilizador, haciendo caso omiso a los aspavientos que hacía el sumo allí abajo—. Vengo a ofrecerle a la humanidad la vida eterna y un gozo inimaginable. Traigo conmigo la oportunidad de construir un mañana de abundancia y vida, a partir de un pasado de hambre y muerte. Venid conmigo. Seguidme. Y os conduciré a un milenio de vida y de luz.

La teatralidad con que el sumo sacerdote arrancaba sus ropas y se arrojaba barro encima distrajo a Decker del discurso de Christopher el tiempo suficiente para darse cuenta de que le oía con toda claridad, a pesar de encontrarse éste tan lejos de la calle. Su voz parecía brotar de algún lugar pegado a él o puede incluso que... de su propio interior. A este hallazgo le siguió otro mucho más prodigioso. De pronto, cayó en la cuenta de que Christopher no estaba hablando en su lengua natal; de hecho, no la había utilizado desde que empezó a hablar. Decker no sabía bien de qué lengua se trataba, pero estaba convencido de que jamás la había escuchado antes, y, sin embargo, entendía cada palabra. Lo mismo le pasaba, aparentemente, a cuantos le rodeaban y, por deducción, a todos los habitantes de la Tierra, independientemente de cuál fuera su lengua nativa.

Se preguntó si alguien más se habría dado cuenta de que Christopher les hablaba en una lengua que no era la suya. Decker intentó recordar y repetir mentalmente algunas de aquellas palabras, pero descubrió que, a pesar de comprender cuanto Christopher decía, le era completamente imposible reproducir ni una sola palabra, ni siquiera una sílaba. Christopher le explicaría más tarde que aquélla era la lengua madre de todas las lenguas humanas, una universal y espontánea a los hombres, igual que los sonidos animales lo son para cada especie animal. Christopher le aclararía después que se trataba de la lengua que hablaban los hombres antes de la confusión de lenguas, confusión de la que se sirvió Yahvé para dividir a la gente de la Tierra cuando construyeron la torre de Babel^[43]. Esta lengua no necesitaba traducción. *Era* la traducción.

—Hace tres días y medio —continuó Christopher—, ante el mundo entero, un seguidor de Juan y Cohen y del Koum Damah Patar me mató disparándome un tiro a la cabeza. Hace menos de doce horas, y de nuevo con todo el planeta como testigo, he sido resucitado de entre los muertos.

»Pero mi resurrección no es el símbolo de *mi* victoria sobre la muerte. Simboliza, más bien, la victoria de la vida de la humanidad. Mi resurrección, mi liberación de las cadenas de la muerte, ha sido posible porque por fin ha llegado el momento de que la humanidad rompa las ataduras que la aprisionan y reclame para sí el glorioso futuro que le aguarda.

»Que nadie se confunda. Las aflicciones que han asolado al mundo durante estos últimos tres años y medio no han sido el resultado del azar ni de desastres naturales. Han sido todas actos crueles y calculados de opresión sobrenatural, ejecutados a

través de Juan y Cohen, contra toda la humanidad. Pero estos dos hombres no actuaron solos. Es más, no eran más que meros canales de los que se ha servido una fuerza maligna y opresora; una entidad espiritual —salvaje, bárbara y egoísta— cuya meta era, y es, evitar que la raza humana cumpla su destino y alcance el lugar que merece en el universo.

»El poder que ordenó mi asesinato y la entidad que ha llevado al mundo al borde de la aniquilación son uno solo. Pero mi resurrección es la prueba de que esta entidad *puede* ser derrotada, de que la Tierra puede ser restituida, de que la humanidad está lista para romper las cadenas de la esclavitud y dar el último paso en su evolución hacia la plenitud espiritual.

»He regresado para sacar al mundo de esta era de destrucción y muerte, y guiarlo a una era nueva y trascendente, donde el sufrimiento y la muerte no forman parte de la vida; una edad nacida de las pruebas a las que ha sido sometida la Tierra y un tiempo de armonía individual con el universo. Vosotros, los que habéis sobrevivido a los desastres, las inundaciones, los terremotos; ¡vosotros sois los supervivientes y seréis los vencedores!

»La raza humana ha probado lo peor de la opresión de este ser malvado y ha resistido desafiante. Es el poder de esta resistencia el que ha debilitado al enemigo. Esta resistencia y la confianza de la humanidad en sí misma son las que han abocado en la Nueva Era.

»Y que a nadie le quepa duda. La Nueva Era no consiste en la sustitución de una religión por otra. Más bien lo contrario. No se trata de depender o de tener fe en un dios lejano y aislado. Se trata de que la humanidad confíe en sí misma, en el poder y el dios que reside dentro de cada uno de nosotros. No se trata de un grupo limitado de opresores farisaicos y egoístas empeñados en su autoenaltecimiento. Se trata de que los individuos se hagan con el control de sus vidas, de su entorno y de su destino.

»Durante dos mil años, los calendarios han tomado como referencia el nacimiento del mesías cristiano. Mi resurrección de los muertos marca el comienzo de la Nueva Era. La fecha estimada del nacimiento de Jesús es ya irrelevante, y los calendarios de la era cristiana son historia. Ha nacido una Nueva Era. Dejad, por consiguiente, que los calendarios marquen el día de mi resurrección como el primer día del primer año de la Nueva Era. —Christopher levantó la mano derecha y sacudió la cabeza, al tiempo que ofrecía una explicación a su consigna—. No es que quiera que marquéis la fecha de mi resurrección para *mi* satisfacción —explicó—. Al contrario, es para marcar el comienzo de vuestra liberación de quien ha intentado aplastar vuestro espíritu y destruir vuestra alma.

»Que esta fecha marque también el final de toda reclamación de la verdad absoluta, que sostienen religiones anticuadas como la que practica el KDP. A los miembros del Koum Damah Patar yo les tiendo mi mano en señal de paz. Juan y Cohen han muerto, sus ambiciosas reivindicaciones yacen estériles y acabadas junto con sus cuerpos. Os llamo a que abandonéis vuestras maneras ofensivas; abandonad

esa actitud de santos en posesión de la verdad absoluta y uníos a nosotros. Debemos purgar al mundo y a nosotros mismos de esas filosofías y religiones intolerantes. ¡A partir de hoy la religión de la humanidad será la humanidad!

»Que nadie presuma de que el suyo es el mejor camino hasta dios, porque no es un dios lo que buscamos, sino el poder que llevamos dentro. Dejemos de excusarnos por “no ser más que humanos”, ¡es cuanto necesitamos ser!

»Esa divinidad reside en la condición humana. La humanidad se halla suspendida al borde del último gran paso en su evolución. Pero divinidad e inmortalidad no se alcanzan a través de la evolución física. Lograr ese paso puede llevarles a algunos sólo unas décadas, a otros les costará más. Pero aun cuando sean necesarios mil años, ese tiempo habrá merecido la pena. —Christopher hizo una pausa para que calara la idea. Quería que su audiencia comprendiera perfectamente lo que estaba diciendo—. No os inquietéis —continuó— si digo que tal vez nos lleve mil años. ¡Qué importan diez, doscientos, o incluso mil años! ¡Hablamos de la inmortalidad! ¡Viviréis gracias al poder con el que el hombre llamado Juan alcanzó a vivir dos milenios, el mismo que me ha resucitado de entre los muertos y que hará posible que superemos al ente maligno que se nos opone! ¡A quienes me sigan yo les daré el poder de vivir mil años! Después ocuparéis el lugar que se os debe como seres evolucionados ¡y no moriréis jamás!

»De nuevo extendiendo la mano de la paz al Koum Damah Patar. Enmendad vuestro error y seguidme, y seréis la vanguardia del proceso evolutivo. Vosotros que ya habéis empezado a experimentar la metamorfosis evolutiva, como evidencia vuestra avanzada capacidad extrasensorial, no empleéis vuestros poderes en beneficio de la opresión. Al contrario, aprovechadlos para mirar en vuestro interior. Abandonad la servidumbre al ente malvado que se llama a sí mismo Dios y, en su lugar, servid a la humanidad. Renunciad a quien busca la destrucción de la Tierra y glorificad, en cambio, la condición humana, y juntos restituiremos el mundo.

»Honorable vosotros que trabajáis por el avance de la humanidad, porque el universo será vuestro. Honorable vosotros que habéis aprendido a amaros primero a vosotros mismos, porque seréis como dioses. Honorable vosotros que no os negáis los deseos del corazón, porque habréis entendido que hacerlo es negarse a uno mismo. Honorable vosotros que sacáis aliento y esperanza de vuestro interior, porque seréis fortalecidos. Honorable vosotros de espíritu fuerte y desafiante, porque seréis los primeros en el reino del universo. Honorable vosotros que prohibís la intolerancia y aplastáis al que impide el desarrollo, porque seréis llamados faros de la verdad y señales al desarrollo pleno.

»¡Escuchadme y creed! ¡Honrad la verdad y el desarrollo con vuestra lealtad!

»Y por tercera vez ofrezco al Koum Damah Patar los brazos abiertos de la fraternidad. Entended, no obstante, que no hay lugar para vosotros en la Nueva Era si perseveráis en vuestro oneroso proceder. Mucho se espera de a quien mucho se le otorga. Sois los primeros en experimentar el poder de la Nueva Era y habéis probado

el dulce sabor y experimentado el imponente poder que ya crece en vuestro interior, pues bien, si no abandonáis vuestro afán persecutorio e intolerante, entonces seréis los primeros en caer y en sufrir la ira de un planeta que ha superado la querencia a vivir sometido. Quienes pretenden fortalecerse sometiendo a la humanidad a la esclavitud de su dios ya han elegido someterse a éste voluntariamente.

»Si su propio sometimiento les satisficiera, ello no supondría amenaza alguna para la humanidad, por lo tanto podría ser tolerado durante un tiempo. Pero no es ésa su naturaleza. Al contrario, desean imponer esa esclavitud a los demás. Son débiles y primitivos; son completamente ajenos a la realidad presente y no pertenecen a este milenio, y mucho menos a la Nueva Era. No comprenden la situación actual en el planeta. No se puede permitir que su debilidad socave y corrompa la fortaleza de quienes están listos para avanzar hacia el futuro. Bajo el liderazgo de Juan y Cohen, lo han intentado conjurando cuantos desastres han podido imaginar. Brutales y despiadados, han causado la muerte a millones de inocentes y traído miseria y sufrimiento a quienes hemos sobrevivido. Y a pesar de todo, ¡no han conseguido quebrar el espíritu humano! La voluntad del hombre permanece firme ante los aciagos vientos de la persecución teísta. ¡Somos luchadores! ¡No nos arrodillaremos ante el tirano!

Dejando a un lado al KDP, Christopher fijó de nuevo la atención de su discurso en la mayoría de su audiencia y declaró:

—¡No está en vuestra naturaleza servir a nadie!

Debido a la distancia que separaba a la muchedumbre de Christopher, y a la forma en la que el viento sacudía su túnica, nadie se había fijado en los dos objetos que yacían a sus pies. Para los telespectadores eran más discernibles, pero nadie les había prestado demasiada atención durante su electrizante discurso. Y desde luego que nadie sospechaba que los objetos procedían del Arca de la Alianza.

—Os he hablado de un tirano malvado —prosiguió Christopher—, de una entidad espiritual que ha tenido encadenado al mundo. A muchos de los que ahora me miran y escuchan no les sorprenderá oír que el ser de quien hablo —y a instancias de quien Juan, Cohen y el Koum Damah Patar han infligido tanta ruina— es el mismo que ha exigido a su pueblo que le ofreciera como tributo la sangre de animales inocentes.

Christopher se detuvo para coger los objetos que descansaban a sus pies y los izó por encima de su cabeza. El público presente en Jerusalén no podía discernir claramente de qué se trataba, pero sí los televidentes, para quienes era obvio que Christopher sostenía lo que parecían dos tablas de piedra. Cuando las cámaras se acercaron, se pudo ver con claridad que la piedra estaba inscrita con una extraña escritura. Christopher tenía en sus manos las Tablas de la Ley. Un grito ahogado recorrió de pronto la multitud en Jerusalén.

—¡Nunca más! —exclamó Christopher con toda su furia—. ¡Nunca más volverá a dominar este planeta el absurdo dictado de un tirano espiritual!

Y dicho esto, Christopher arrojó las dos tablas centenarias a la calle, cincuenta y

cinco metros más abajo, donde se rompieron en pedazos tan pequeños que se perdieron entre la gravilla. La audiencia, mayoritariamente judía, que hasta ahora se había mostrado a favor de Christopher, se quedó paralizada de asombro. Christopher acababa de reducir a polvo un tesoro religioso nacional. Su discurso les había conmovido, pero no esperaban que fuera a derivar en algo semejante.

Christopher continuó, consciente de que debía volver a captar cuanto antes la atención de la gente para ganarse su apoyo.

—Las cosas que he prometido son ciertas y están al alcance del hombre. ¡Lo digo por experiencia!

»La Tierra no está sola en el universo —explicó Christopher—. Como sospechan los científicos desde hace tiempo, hay miles de otros planetas con vida en el universo. Uno de ellos, un mundo antiguo y hermoso que órbita una estrella más allá de las Pléyades, es Theata. Allí, la vida evolucionó mucho antes de hacerlo en la Tierra. Los habitantes de Theata inauguraron su era del espacio particular cuatro mil millones de años antes de que los primeros organismos unicelulares aparecieran en la Tierra. ¡Es un planeta donde el hambre y el temor ya no existen, donde no se conoce la muerte, donde la gente ha dado el último paso evolutivo para convertirse en una sola carne; un planeta cuyos habitantes se han transformado en el dios que llevan dentro! Es de este planeta lejano y extremadamente avanzado de donde proviene la vida en la tierra. Los habitantes de Theata son la raza a partir de la cual nació la vida humana en este planeta. ¡Yo vengo para que cuanto ellos tienen lo tengáis también vosotros!

El relato sobre el origen de la vida humana en la Tierra era interesante, pero no tanto como para que el pueblo de Jerusalén olvidara lo que acababa de hacer con las tablas que Moisés bajó del monte Sinaí. Christopher percibió este malestar y decidió que era el momento de ofrecer al mundo una demostración de sus verdaderas habilidades.

—El futuro que yo ofrezco es un futuro de poder —proclamó—. Incluido el poder de controlar la naturaleza, como os ha demostrado Robert Milner, que es Elías. Pero el poder, al igual que los últimos pasos en la evolución, no se concede. Para hacerlo verdaderamente vuestro, debéis tomarlo. ¡Tomadlo y se os dará! Yo he puesto fin al reinado de terror que habían instaurado Juan y Cohen; yo he puesto fin a la plaga de locura que amenazaba a todo el planeta; ¡y ahora comenzaré a regenerar la Tierra!

Christopher extendió el brazo derecho con la palma de la mano vuelta hacia abajo. Durante un largo lapso no se oyó sonido alguno, y la masa empezó a murmurar. Chaim Levin, el sumo sacerdote, con las ropas hechas jirones y cubierto de barro, quiso aprovechar la oportunidad y empezó a intentar atraer la atención de la gente. Pero antes de que pudiera articular palabra, un movimiento en los márgenes de la muchedumbre atrajo la atención de todos.

En el suelo recién empapado por la lluvia, en particular donde había tierra, junto al asfalto y alrededor de los edificios, algo empezó a moverse y, bajo la atenta mirada de los presentes, empezaron a brotar hierba y flores donde antes no había nada. Como

si de una grabación a cámara rápida se tratara, la gente pudo contemplar en completo asombro cómo la tierra liberaba plantas de hermosos verdes, rojos, amarillos y morados. Del suelo baldío brotaban arbustos en flor y una fragancia primaveral llenó el aire de pronto.

Pero el milagro no sólo ocurría en Jerusalén. Christopher permaneció callado e inmóvil durante casi cinco minutos, mientras la vida vegetal mundial empezaba a brotar y a crecer. Muchas de las plantas más pequeñas alcanzaron la madurez en pocos instantes y en las zonas ennegrecidas por el fuego, los árboles jóvenes crecían hasta alturas de dos y tres metros. Entonces Christopher dejó caer el brazo y el fabuloso desarrollo aminoró a su velocidad habitual.

—Vengo para que poderes como éste sean vuestros —gritó. Su voz reflejaba claros signos de fatiga, prueba del gran esfuerzo que había requerido la demostración de sus poderes.

—Como he dicho —recalcó Christopher, retomando el hilo de su discurso—, no pido ni busco vuestra devoción. Os pido vuestra lealtad.

Esta vez no hubo vacilaciones, y la vasta mayoría de los presentes, junto con el resto del mundo, se puso a aplaudir, a vitorear y a gritar el nombre de Christopher.

Christopher volvió a levantar la mano derecha, esta vez para acallar a la multitud.

—Algunos os preguntareis —continuó Christopher— ¿y qué hay de los miles de millones caídos en los desastres de Yahvé?

Christopher hizo una pausa para que la pregunta calara entre quienes le escuchaban. Sabía que, en el contexto de su discurso, no podía haber muchos que se hubiesen planteado la pregunta, pero la mayoría acabaría planteándose la cuestión tarde o temprano. De modo que era mejor abordar el asunto ahora y no esperar a que le preguntaran sobre él.

Christopher sacudió la cabeza con tristeza y dijo:

—Es imposible devolverles la vida. Pero quienes lloráis la muerte de amigos y familiares no os aflijáis. Alegraos, más bien, porque no están verdaderamente muertos. Volverán a sentir la tierra bajo sus pies, porque los dioses no pueden morir del todo. Como Jesús dijo a Nicodemo hace dos mil años: «Es necesario que nazcáis de nuevo»^[44]. Así es con los que han muerto. Llámese reencarnación o «nacer de nuevo» o lo que se quiera, lo cierto es que algunos de los que han muerto en estos últimos tres años y medio ya han vuelto a nacer; pero, afortunadamente, pocos recordarán su vida anterior. No obstante, como enseñan los hindúes y los budistas, el sufrimiento que soportaron en sus vidas anteriores les servirá de escalón hacia un futuro más elevado y luminoso. De modo que no lloréis ni penéis. Enjugad vuestras lágrimas y alegraos de que cuando regresen, nacerán en una era a la que siempre ha aspirado la humanidad, la Nueva Era, la Era de la Ascensión para toda la humanidad.

»Pueblos de la Tierra, pueblo de Jerusalén, ha llegado el momento de dejar a un lado cuanto nos divide. El *destino* de la humanidad al completo espera a la *unidad* de la humanidad. Desechemos las diferencias, como el color de la piel, el género, la

lengua o el lugar de procedencia. Que desaparezca la división entre razas o nacionalidades. No haya más gentiles y judíos. Todas estas distinciones carecen ya de validez y sentido —dijo Christopher—. ¡Todos los pueblos son el pueblo elegido!

»Así, este edificio dejará de ser un templo a Yahvé, para convertirse en monumento a la divinidad del hombre. Nunca más volverá nadie a traer animales a su interior para su brutal sacrificio en honor a un dios sanguinario. ¡Desde este día cesarán los sacrificios y el Templo permanecerá abierto a todos!

En las primeras filas de la muchedumbre, Decker se preparó para lo que sabía estaba a punto de acontecer.

—Y si hay alguien que duda todavía —dijo Christopher preparándose para concluir su oración—, os ofrezco una última prueba de que soy quien digo ser. Hace cuatro mil millones de años, las simples naves espaciales enviadas desde Theata a la Tierra necesitaron veintitrés mil años para llegar a nuestro planeta, viajando casi a la velocidad de la luz. Ahora, una vez alcanzado el estado espiritual en su evolución, los theatanos pueden recorrer esa distancia en menos de un segundo.

»Todo de cuanto disfruta Theata está a vuestro alcance. En este mismo instante nos rodean millones de nuestros hermanos. Han venido a conducir, a guiar a cada una de las personas de la Tierra por el camino que lleva a la integración en el universo.

»¿Los veis? —exclamó Christopher—. ¿Los veis?

Christopher alzó la mano derecha en el aire, echó la cabeza majestuosamente hacia atrás y gritó:

—¡He aquí los ejércitos celestiales!

De pronto, el firmamento apareció repleto de miles o cientos de miles de luces preciosas, algunas de centenares de metros de ancho, otras pequeñas como la cabeza de un alfiler, unas moviéndose lentamente, otras cruzando el cielo a gran velocidad.

—¡He aquí los ejércitos celestiales! —tronó Christopher. Luego saltó al vacío desde el pináculo.

Notas

[1] Todas las referencias a la Biblia, salvo que se indique lo contrario, las he tomado de la versión en español de Cantera Burgos, Francisco e Iglesias González, Manuel (2000): *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos. (N. de la T.) <<

[2] En inglés, wormwood. (N. de la T.) <<

[3] Apocalipsis 8,7-12. <<

[4] Apocalipsis 11,3-6. <<

[5] 1 Corintios 13,9-12. <<

[6] 2 Reyes 2,11. <<

[7] Malaquías 4,5-6. En la versión española de F. Cantera y M. Iglesias, Malaquías 3, 23. (N. de la T.) <<

[8] William Skakespeare: *Hamlet* (acto III, escena 2). <<

[9] En español, granero. (N. de la T.) <<

[10] En inglés, Segmented Mirror Telescope. (N. de la T.) <<

[11] *The Merck Index*, novena edición (Rathway, N. J.: Merck & Co., Inc., 1976), pág. 107, ítem 820. <<

[12] Apocalipsis 8,13. <<

[13] Véase Jeremías 17,5-6 y Apocalipsis 9,1-6. <<

[14] Apocalipsis 9,13-16. <<

[15] 1956, Paramount. <<

[16] Juan Zebedeo. (N. de la T.) <<

[17] Véase *A su imagen, Trilogía del Cristo clonado*, libro primero, capítulo 26. <<

[18] Remito a los lectores a la *Nota importante del autor* que se incluye al comienzo de este libro. <<

[19] Francis Crick, *Life Itself* (Nueva York: Simon and Schuster, 1983). Véase también la referencia original en *A su imagen, Trilogía del Cristo clonado*, libro primero, capítulo 3. <<

[20] Génesis 2,17 <<

[21] Génesis 3,4-5. <<

[22] Dios. (N. de la T.) <<

[23] Éxodo 20,3,5 <<

[24] Génesis 11,5-7. <<

[25] Éxodo 4,21. <<

[26] Éxodo 4,22-23. <<

[27] Éxodo 4,24. <<

[28] Éxodo 4,25. <<

[29] Véase, por ejemplo, Levítico 1,5-17. <<

[30] Dios. (N. de la T.) <<

[31] Números 22,20. <<

[32] Números 22,21-22. <<

[33] Génesis 1,26. <<

[34] Números 33,51-52 y Deuteronomio 7,1-2. <<

[35] 2 Reyes 2,9-12. <<

[36] Ezequiel 44,17-18. <<

[37] Ezequiel 40-44. <<

[38] Lucas 2,42-50. <<

[39] Éxodo 20,25. <<

[40] Malaquías 4,5-6. En la versión de la Biblia de Cantera/Burgos, Malaquías 3,23-24 . (N. de la T.) <<

[41] 1 Reyes 18,19-40. <<

[42] Malaquías 4,5-6. En la versión de la Biblia de Cantera/Burgos, Malaquías 3,23-24 . (N. de la T.) Mateo 17,10-13. <<

[43] Génesis 11,1-9. <<

[44] Juan 3,7. <<